

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

La formación del sujeto de rendimiento.
Sobre la razón neoliberal y las tecnologías
de autodisciplina

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Adolfo López Novas

DIRECTOR

Pablo López Álvarez

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

La formación del sujeto de rendimiento.
Sobre la razón neoliberal y las tecnologías
de autodisciplina

Doctorado en Filosofía

Doctorando:

Adolfo López Novas

DIRECTOR

Pablo López Álvarez

ÍNDICE

Resumen	6
Abstract	9
Introducción	11
Capítulo 1. Razón neoliberal	21
1.1. ¿Qué es el neoliberalismo?	23
1.1.1. Lectura marxista	40
1.1.1.1 David Harvey. La restitución del poder de clase	40
1.1.1.2 Crítica del valor. La huida hacia adelante	48
1.1.2. Lectura de Foucault	53
1.1.2.1. Gubernamentalidad neoliberal. La razón rectora	53
1.1.3. Las nuevas teorías económicas liberales del siglo XX	65
1.1.3.1. Ordoliberalismo alemán. La Escuela de Friburgo	65
1.1.3.2. Neoliberalismo americano. La Escuela de Chicago	68
1.2. Conservadurismo y neoliberalismo. Ideologías de la desigualdad	82
1.2.1. Doctrina social y económica del conservadurismo. Antesala al neoliberalismo	82
1.2.1.1. Spencerismo como doctrina. La desigualdad como base social del progreso	82
1.2.1.2. Conservadurismo, mercado y política de reacción	92
1.2.1.3. Individualismo heroico. Hacia el neoliberalismo y al fascismo pro-mercado	106
1.2.2. El programa neoliberal	112
1.2.2.1. La intervención jurídica del Estado. Marco y reglas para el libre juego económico del mercado de competencia	112
1.2.2.2. Produciendo subjetividad. El empresario de sí formalizado como capital humano	115
1.2.2.3. Transformando el espíritu humano. Diseminación de la razón neoliberal	121
1.3. Lectura a través de Michel Foucault y más allá de él	126
1.3.1. Laval y Dardot. El sistema competitivo	126
1.3.2. Wendy Brown. La contradicción de las democracias liberales capitalistas	129
1.3.3. Maurizio Lazzarato. La acumulación por desposesión	134
1.4. Conclusiones	143

Capítulo 2. El sujeto de rendimiento	149
2.1. Trabajo y neoliberalismo	151
2.1.1. La transformación del paradigma laboral	152
2.1.1.1. Una aproximación a la categoría del trabajo	152
2.1.1.2. Del orden fordista a la flexibilidad neoliberal posfordista	156
2.1.2. Precariedad neoliberal. Pobreza y disminución de derechos	174
2.1.2.1. La crisis del valor y la devaluación del trabajo	174
2.1.2.2. Nuevas relaciones laborales. La tecnologización de la precariedad y la aceleración del tiempo	191
2.2. Subjetivación neoliberal	206
2.2.1. Ethos neoliberal	207
2.2.1.1. Nuevas formas de vida neoliberales. Hogar, familia, trabajo y consumo	207
2.2.1.2. Nueva ética del trabajo. La conformación del sujeto de rendimiento	212
2.2.1.3. El sujeto (obligado a ser) feliz	226
2.2.2. El sujeto alienado	246
2.2.2.1. La subjetividad fragmentada	246
2.2.2.2. Ignorancia y violencia. Reproducción de la barbarie	258
2.3. Conclusiones	263
Capítulo 3. Hacia la formación de una subjetividad democrática	267
3.1. Crisis de las democracias occidentales	272
3.2. Del agente económico al sujeto político	286
3.2.1. Hacia una nueva praxis democrática	286
3.3. Democracia republicana	296
3.3.1. Igualitarismo para tiempos de crisis y desigualdad	296
3.3.2. Democracia radical. Principios y valores republicanos	309
3.4. Conclusiones	326

Capítulo 4. Conclusiones	331
Bibliografía	341

La formación del sujeto de rendimiento. Sobre la razón neoliberal y las tecnologías de autodisciplina

Resumen

Esta investigación explora, desde la perspectiva del análisis foucaultiano del neoliberalismo, la formación de la subjetividad neoliberal a través de diferentes tecnologías o dispositivos que el neoliberalismo diseña para gobernar las acciones de los individuos a través de su libertad. Esta perspectiva del neoliberalismo como subjetividad requiere, en todo caso, ir más allá del análisis de Foucault, debido a sus limitaciones históricas, recurriendo a autores con perspectivas similares desde sus lecturas del filósofo francés y cubriendo en ocasiones determinados huecos con pensadores fuera del canon foucaultiano. Para entender qué es el neoliberalismo es importante tomar en cuenta de entrada que no hay un neoliberalismo unívoco, sino que se trata de un fenómeno heterogéneo y plural, por lo cual resulta una tarea enormemente complicada dar cuenta de todos sus matices. Por ello, en la *primera parte* de la investigación me he centrado sobre todo en corrientes del neoliberalismo occidental, que recorre EE.UU. y Europa. En este apartado pretendo dar cuenta, como punto importante, de la vinculación entre el neoliberalismo y el pensamiento conservador y reaccionario antidemocrático, para lo cual ha sido necesario recurrir a autores alejados de la órbita de Foucault, pero de los que también se han hecho eco autores como Wendy Brown. La *segunda parte* de la investigación toma como análisis principal la formación del sujeto de rendimiento y su encaje dentro de la maquinaria productiva de capital y beneficios para sus empleadores, en el mismo proceso en el que los individuos pierden derechos laborales y aumentan las desigualdades y la precariedad en las poblaciones. Para tratar de paliar el descontento, el neoliberalismo genera una industria cultural del discurso de la felicidad y el optimismo que relega los problemas sistémicos a la responsabilidad de los individuos, y al mismo tiempo ata la subjetividad en el ámbito neoliberal individualista y privatizador, envolviendo esta situación en una apariencia de libertad y autonomía. La filósofa norteamericana Wendy Brown será especialmente relevante en la *tercera parte* de la investigación, en la que, tras dar cuenta de los problemas que acaecen con el sesgo antidemocrático del neoliberalismo y la implantación de la subjetividad neoliberal en las

sociedades occidentales, se aborda la profunda crisis interna de las democracias avanzadas. Es en este punto donde trato de analizar las causas y las consecuencias previsibles de esta crisis democrática, así como una posible salida de la crisis a través de la instauración de modelos democráticos más radicales como el propuesto por la tradición republicana, en contra de modelos por ensayar como una epistocracia que, en última instancia, dejaría el estado de cosas tal y como está.

Abstract

This research explores, from the perspective of Foucaultian analysis of neoliberalism, the formation of neoliberal subjectivity through different technologies or devices that neoliberalism designs to control the actions of individuals through their freedom. This perspective of neoliberalism as subjectivity requires going beyond Foucault's analysis due to its historical limitations through authors with similar perspectives from their readings of the French philosopher, and sometimes covering certain gaps with thinkers outside the Foucauldian canon. In order to understand what neoliberalism is, it is important to realize that there is no univocal neoliberalism, but rather a heterogeneous one, making it a complicated arduous task to account for all its nuances, so that in the *first part* of the research I have focused mainly on a Occidental neoliberalism, which runs through the USA and Europe. In this section I will also give an account of the link between conservative and reactionary anti-democratic thought and neoliberalism, for which it has been necessary to resort to authors far removed from Foucault's orbit, but who have also been echoed by authors such as Wendy Brown. The *second part* of the research will take as its main analysis the formation of the subject of performance and his or her fit within the productive machinery of capital and profits for their employers, while individuals lose labor rights and increase inequalities and precariousness in populations. In an attempt to alleviate discontent, neoliberalism will generate a cultural industry of the discourse of happiness and optimism which, in short, relegates systemic problems to the responsibility of individuals, and at the same time ties subjectivity in the individualistic and privatizing neoliberal sphere, wrapping this situation in an appearance of freedom and autonomy. The American philosopher Wendy Brown will be especially relevant in the *third part* of the research, where, after giving an account of the problems that occur with the anti-democratic bias of neoliberalism and the implantation of neoliberal subjectivity in Western societies, democracies suffer a deep internal crisis; It will be at this point that I will try to analyze the causes and foreseeable consequences of this democratic crisis, as well as a possible way out of the crisis through the establishment of more radical democratic models such as the one proposed by the republican tradition, as opposed to models to be tested such as an epistocracy which would ultimately leave the state of affairs as they are.

Introducción

El análisis de Michel Foucault sobre el neoliberalismo realizado a lo largo del curso de 1978-1979 en el Collège de France, que sería titulado *Nacimiento de la biopolítica*, ha supuesto posteriormente a su publicación una vía de lectura fundamental para plantear la problematización de la racionalidad neoliberal. Su aparición en francés en el año 2004 y sus traducciones al inglés (2008) y al castellano (2007) marcan sin duda una inflexión en las aproximaciones filosóficas al neoliberalismo, justo en el momento en el que esta categoría se instala en el lenguaje académico.

El análisis de Foucault, ya clásico, debe ser contextualizado debidamente, ya que no sólo supone una mutación en el pensamiento foucaultiano, sino que incide igualmente en el valor de la crítica realizada desde el planteamiento de la crítica de la economía política. Planteamiento que trataba el propio Foucault de romper, asimismo, con las lecturas y perspectivas que desde la izquierda se empeñaban en profundizar y plantear soluciones a través de un marco marxista, a ojos del filósofo francés, obsoleto.

Será de este modo que, en busca de una alternativa que plantee nuevas cuestiones y formas de incardinar los desafíos políticos, económicos y sociales de una época de crisis económica e institucional, Foucault buscará comprender la gubernamentalidad liberal a través de la *teoría de la subjetividad*. Ello planteará, no obstante, un determinado quiebre del eje del pensamiento propiamente foucaultiano, que pasa a ubicar la cuestión de la seguridad y control de la sociedad al margen del modelo disciplinario presentado en su anterior obra *Vigilar y castigar* en 1975. Ya no estamos en ese paradigma, subrayará Foucault, para quien el neoliberalismo abre uno nuevo en el que la libertad, la autonomía y la forma sujeto del empresario de sí tomarán una perspectiva predominante con el paso de las décadas, que Foucault, fallecido en 1984, no llegará a vivir.

No llegará a vivir, por tanto, todas las transformaciones llevadas a cabo por el neoliberalismo en las siguientes décadas, lo que necesariamente implica que su análisis está marcado, para el investigador actual, por la presencia de huecos sin solución ni respuesta que pueda otorgar el filósofo francés. El contexto en el que Foucault dictó su curso era específico y muy diferente de nuestros marcos de discusión actuales.¹ Pero,

¹ López Álvarez, Pablo (2021). “El último umbral. Foucault y el neoliberalismo”, *Ir a clase con Foucault*. Siglo XXI, Madrid.

además, el neoliberalismo ha seguido su propia evolución, a menudo de manera contradictoria y alejada de sus principios de legitimación originales.

Es por ello que nos encontramos en la necesidad de ir más allá del análisis de Foucault, con autores de su órbita que, asimismo, fueron más allá de él para poder problematizar y reproblematicar las cuestiones que ayer y hoy se abren en torno a la racionalidad neoliberal, su desarrollo, sus límites y sus consecuencias. Algunos de estos autores que emplearemos serán:

- 1) Wendy Brown. La filósofa y activista norteamericana será de especial relevancia en este trabajo por sus últimas reflexiones sobre el neoliberalismo,² que lo vinculan especialmente a un sesgo conservador y reaccionario de tintes antidemocráticos. Este elemento ha horadado diferentes democracias del mundo occidental tanto desde el interior de las propias instituciones como de manera exterior, en forma de una ciudadanía que ha asimilado los eslóganes de la antipolítica y de la antidemocracia, generando subjetividades frágiles y un mundo percibido inconmensurable, totalmente desligado de la realidad e incapaz de comunicarse y ponerse en diálogo con aquellas perspectivas que difieran de ella.
- 2) Christian Laval, quien, junto con Pierre Dardot, es autor de la importante obra *La nueva razón del mundo*, en la que tomando la estela del análisis foucaultiano describe las transformaciones políticas y sociales que, desde la era Reagan/Thatcher, han ido produciéndose en el mundo a través de la razón rectora que encarna la razón neoliberal.³ Como se sabe, Laval es asimismo un profundo estudioso no sólo de las cuestiones neoliberales, sino también de la obra de Foucault, y ello nos servirá para poder clarificar aquellas cuestiones en torno a los debates abiertos sobre la filiación o no filiación política de Foucault o sus posibles coqueteos con el neoliberalismo.
- 3) Maurizio Lazzarato. El pensador y sociólogo italiano es uno de esos autores críticos con Foucault, pero que al mismo tiempo siguen la perspectiva foucaultiana de la teoría de la subjetividad, enfocada en su caso al problema de la *deuda* y el *crédito*, como generadores de una determinada subjetividad moral que

² Brown, Wendy (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Traficantes de sueños, Madrid.

³ Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa, Barcelona.

ata a los individuos a cumplir con sus obligaciones crediticias, en una tecnología autodisciplinaria que requerirá de una autovigilancia constante y una disciplina marcial para conseguir el capital necesario que encauce las deudas contraídas.⁴

En última instancia, la lectura a través de Foucault pero yendo más allá de él que proporcionan autores como Brown, Laval y Lazzarato, desde coordenadas distintas, nos situará ante la posibilidad de completar en gran medida los huecos y los planteamientos que el propio filósofo francés no pudo llegar a plantearse al acontecer posteriormente a su muerte.

El esquema realizado para dar cuenta de la problematización del vínculo entre el pensamiento conservador y el sesgo reaccionario antidemocrático viene de la mano de autores que, desde luego, se alejan del planteamiento de las subjetividades foucaultianas. No obstante, muchas de las lecturas realizadas a este respecto son recogidas por autores que sí se pueden encontrar dentro de esta tradición de lectura y pensamiento, llamémosle, foucaultiano, como puede ser Wendy Brown. Pero también acudiendo a las propias fuentes, en primer lugar, la obra de referencia de Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, encontramos los mismos sesgos de los que hablamos. No será Hayek el único de la órbita neoliberal que pueda haber coqueteado con la posibilidad -o incluso en algún momento planteado la necesidad- de optar por una forma de administración política no democrática. Su propio colega, Ludwig von Mises, también considerará que, si deviene el caos social, será lícito plantearse un modelo de administración política que, a diferencia de la democracia, la cual podría ser a sus ojos un esquema político que en gran parte pueda paliar el caos social, pueda llegar a promulgar y establecer un orden social que permita continuar con los negocios y la vida. Más tarde, Milton Friedman llevará a cabo labores de consultor económico en dictaduras como la de Augusto Pinochet, en Chile, en la segunda mitad del siglo XX. No es irrelevante mencionar que estas cuestiones las pudo haber recogido Michel Foucault al encontrarse presente en el momento en que fueron sucediendo -los vínculos de Friedman con Chile, por ejemplo, eran conocidos en el momento en que recibió el Premio Nobel de Economía, y generaron numerosas protestas- y tener disponibles los textos de los que podían sacarse conclusiones

⁴ Lazzarato, Maurizio. (2013). *La fábrica del hombre endeudado Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu, Buenos Aires.

antidemocráticas. Es imposible, en todo caso, saber por qué Foucault, dado asimismo a desentenderse de aquellas cuestiones y temas que no le interesan en especial en ese momento, no desarrolló este aspecto en su análisis. Pero ello motiva que autores como Wendy Brown afronten la discusión de esta cuestión política y democrática que consideran en falta en el análisis foucaultiano del 1979.

En esta investigación, la cuestión de la crisis política y democrática se entenderá como de primer orden, como una causa directa del neoliberalismo y de la subjetividad implementada socialmente en los individuos, que produce distorsiones democráticas y políticas, pasividad política y un claro debilitamiento de la defensa de la ciudadanía de sus democracias. El capítulo tres desarrolla una reflexión específica sobre ello y sobre la posibilidad, asociada a lo anterior, de llevar a cabo o favorecer su revitalización democrática.

El argumento de la tesis avanza así: una vez planteado lo específico del programa neoliberal occidental, la transformación del espíritu de la sociedad y la conformación de una subjetividad neoliberal concreta, la del sujeto empresario de sí formalizado como capital humano, nos adentraremos en la especificidad del *sujeto de rendimiento*. El capítulo dos plantea los problemas de la *cuestión laboral*, habitualmente poco considerada en los estudios filosóficos, al albur del paradigma posfordista neoliberal constituido tras la caída del sistema de posguerra keynesiano, de corte fordista. Las crisis sociales, que podemos representar en los acontecimientos del Mayo del 68 -en Europa y muchos otros lugares del mundo-, estuvieron marcadas por la exigencia de una mayor autonomía individual en los diferentes niveles de la vida, que fueron recogidas por sectores neoliberales y ayudaron a forjar un nuevo modelo, el posfordismo, con una apariencia de liberalidad laboral, autonomía individual, innovación e, incluso, progreso social. La crisis económica y los problemas de paro y empleabilidad posteriores supusieron el fin del sistema keynesiano y la implementación con Ronald Reagan y Margaret Thatcher, en la década de 1980, de las políticas neoliberales tanto en EE.UU. como en Reino Unido, y posteriormente, el consenso europeo de llevarlas a cabo para abrirse económicamente a Norteamérica.

En cualquier caso, el modelo posfordista neoliberal no será el que salvaguarde la autonomía y libertad individuales del modo en que se esperaba. Richard Sennett, sociólogo cuya relevancia dentro del estudio de las patologías de la subjetividad no puede discutirse, llevará a cabo en su obra seminal *La corrosión del carácter*, escrita a finales

de la década de 1990, un análisis de las transformaciones que el nuevo paradigma laboral ha supuesto para la estructura de la sociedad, pero también para el modo de vida de los individuos y las familias.⁵ Vinculada a esta descripción del cambio paradigmático se encuentra también la obra del sociólogo especulativo Zygmunt Bauman, *La modernidad líquida*, que estudia, entre otras cuestiones, las transformaciones de la concepción temporal en la nueva modernidad, desestructurada y no lineal, posmoderna.⁶

Estos autores -y otros próximos- son fundamentales para comprender el momento inicial del neoliberalismo implementado políticamente en Occidente, pero también su desarrollo posterior: el marco es la sensación de incertidumbre ante los acontecimientos de la propia vida y de los acontecimientos trascendentales de la política internacional. La caída del muro de Berlín, el desmembramiento de la URSS, la salida de la crisis económica y una época de bonanza, hacían prever a autores como Francis Fukuyama el *fin de la historia*. Esto es, el fin de los grandes relatos, de las ideologías: había triunfado el (neo)liberalismo, el capitalismo se impondría al resto del globo y nuevas partes del mundo se abrirían al comercio internacional, generando nuevos mercados y oportunidades.

Pero la apertura económica del mundo, el globalismo económico, no pudo realizarse sin importantes contrapartidas. Subrayamos ahora este aspecto: las empresas comenzaron a deslocalizarse, esto es, a marcharse a aquellos países (por lo general, más pobres) donde el contexto social y económico les supusiera un mayor beneficio económico. La desregulación de los mercados y del sistema financiero posibilitó esto, así como el enorme crecimiento de la cuenta de préstamos bancarios, de crédito y deuda para mantener a la sociedad dentro del libre juego económico. Lo importante era entonces que la máquina no parase. Y por ello, la burbuja llegó a explotar, provocando una depresión económica en 2008 y la crisis del sistema financiero global, que todavía definen nuestro escenario político y económico actual.

Entre sus efectos pueden destacarse la destrucción de empleo, el cierre de empresas, y en general, el fin de una ilusión, la del progreso permanente de la sociedad. La precariedad se instaló socialmente a raíz de la profundización de la crisis, que provocó

⁵ Sennett, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.

⁶ Bauman, Zygmunt (2004). *La modernidad líquida*. Fondo de cultura económico de Argentina, Buenos Aires.

la devaluación de los suelos y unas peores condiciones de trabajo. La imposibilidad de salir del paro siendo reclutado en una empresa provocó, asimismo, un discurso en favor del emprendimiento y la autonomía del trabajador por cuenta propia, afín al modelo de pensamiento neoliberal, que autores como Sergio Bologna o Boltanski y Chiapello ayudan a comprender.⁷

En este trabajo se pondrá un especial énfasis en las nuevas relaciones laborales y su vinculación con las tecnologías digitales, que han supuesto un acortamiento de los tiempos y plazos, donde el tiempo digital ha afectado a los tiempos físicos, en una aceleración que sume en peores condiciones a los trabajadores; y donde la cuestión del rendimiento es visto bajo la lupa de estas nuevas relaciones laborales, donde el trabajador, en condiciones de precariedad material y existencial, sin poder dedicar su tiempo libre a otra cosa que no sean tareas, trabajo o estudio para aumentar su capital humano, es llevado hacia un desmoronamiento mental. El tiempo se constituye en la actualidad como un potente dispositivo de control. Los individuos deben realizar un trabajo sobre sí para autocontrolar el tiempo que dedican a cada cosa, unido a un ecosistema tecnológico que contabiliza los esfuerzos y tiempos dedicados a cada tarea, la salud mental y cardíaca, o el seguimiento de pautas para la consecución de los objetivos del día planteados. Este trabajo sobre sí, lleva a una subjetivación donde el rendimiento se convierte en la exigencia que todo individuo debe seguir para mantenerse en su puesto de trabajo o alcanzar un puesto más relevante con mejores condiciones materiales y laborales, pero también es una tensión que algunos individuos adoptan como modo de vida permanente. Cuando a todo esta tensión laboral y vital se le unen los condicionantes de la incertidumbre laboral y las pésimas condiciones materiales del crecimiento de la desigualdad y la pobreza, surgen las patologías mentales del *burnout*, estudiadas por el sociólogo laboral Christophe Dejours,⁸ una serie de patologías referentes tanto a la mente como al cuerpo, y que sufren de un desgaste total y absoluto, el estrés y dolores musculares constantes.

Todo ello ha dado lugar a una industria cultural y empresarial del *management*, del *pensamiento positivo*, una *industria de la felicidad* que sumía a los sujetos en un *ethos*

⁷ Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid. Bologna, Sergio (2006). *Crisis de la clase media y postfordismo*, Akal, Madrid.

⁸ Dejours, Christophe (2001). *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo*. Lumen Humanitas, Buenos Aires.

de búsqueda constante de progreso, éxito y felicidad. El sujeto de rendimiento se instaura aquí a través de la necesidad de rendir siempre, de ser siempre útil y estar siempre en activo, puesto que, de lo contrario, el valor del propio trabajador se devalúa. La necesidad de obtener éxitos que, a modo de lista de objetivos, se vayan cumpliendo para, así, obtener la fórmula de nuestra felicidad, lleva también a un desgarramiento entre el carácter y la identidad, sumiendo a los individuos en realidad en una infelicidad constante por conseguir una felicidad a la que se debe estar poniendo siempre nuevas metas. Todas estas técnicas y tecnologías, a las que aquí sólo apuntamos, sirven para la conformación de este sujeto de rendimiento que siempre debe de estar autovalorizándose, haciendo de sí mismo una marca personal.

Finalmente, las subjetividades sufren un proceso de individualización que afecta también epistemológicamente al reconocimiento de la realidad intersubjetiva. No podemos encontrarnos entre diferentes. El neoliberalismo ha puesto en marcha una constelación de medios de información privados en un mercado en competencia que luchan por obtener audiencias y contratos publicitarios que, sin atender a las consecuencias éticas y a las deontologías de sus propios medios, han conducido a las masas a una polarización de opiniones y sesgos donde la censura a voces contrarias a las nuestras, el análisis de brocha gorda a favor de nuestras intuiciones, y la movilización sentimentalista apelando a nuestras emociones más primarias, tienen lugar. La educación informativa en la Red tampoco ha sido mucho más favorable, espacio donde las turbas digitales buscan destruir la reputación de algunos personajes contrarios a su opinión y donde los linchamientos se suceden día tras días, hora tras hora. Como consecuencia de este ecosistema informativo, las subjetividades se han vuelto frágiles y se han atrincherado en sus ideologías y opiniones, y las realidades se han vuelto inconmensurables, incomunicables entre sí. Los partidos políticos han seguido las mismas lógicas que los medios de comunicación y de las masas sociales, y la polarización en los congresos parlamentarios en las democracias occidentales se han vuelto más altisonantes, impidiendo la llegada a acuerdos entre partes enfrentadas, entre gobierno y oposición.

En último lugar, en este trabajo observaré cómo tanto la ideología neoliberal como las subjetividades por ella movilizadas han dado lugar a una crisis profunda de las democracias en Occidente. Esta génesis de una subjetividad frágil en busca de éxitos que nunca llegan da lugar a lo que puede denominarse una *sociedad del descontento*.

Descontento con una sociedad y un sistema que ha fallado en los procedimientos de control de las instituciones bancarias y financieras, de los mercados, y de la imposibilidad de mejorar los salarios que eliminen la precariedad y la desigualdad material en alza. En última instancia, ha fallado la *idea de progreso* vinculada a nuestro sistema.

En relación con ello, lo que planteamos en el tercer capítulo de esta tesis es la necesidad de revitalizar las democracias empleando tecnologías y dispositivos e instituciones participativas donde los individuos adquieran una subjetividad y un *ethos* democrático, que promulguen y expandan sus valores y derechos sobre los ciudadanos y los transforme en agentes activos políticamente, lejos del cálculo del *homo oeconomicus*, o del apoliticismo neoliberal de una subjetividad frágil inconmensurable con otras realidades diferentes a la suya percibida.

Para ello, problematizaré aquellas cuestiones que el neoliberalismo ha abierto en torno a su vinculación con sesgos reaccionarios antidemocráticos vistos en autores de la talla de Hayek, von Mises, Friedman o Röpke, entre otros. Ello nos servirá como prueba y modelo de que dentro del academicismo y del neoliberalismo se busca ensayar nuevas formas de paradigmas políticos, como puede representar el caso de Jason Brennan. Este, en su obra *Contra la democracia*, postula la necesidad de ensayar modelos de corte *epistocrático*, donde “los que saben” confronten los problemas y dilemas que la sociedad y la política deben abordar, sin el obstáculo de masas ignorantes y desinformadas que se limitan a votar por aquellos políticos de inclinación populista. Estos problemas son discutidos en las obras del teórico de la democracia José Luis Moreno Pestaña, quien, como expondremos en nuestra investigación y en nuestro argumentario, explora las vías para una salida democrática y para la implantación de instituciones y prácticas que lleven a los individuos y ciudadanos a adquirir una vida políticamente activa.⁹

Con todo lo anterior, los *objetivos* de esta investigación quedan definidos en lo esencial. El primer objetivo de este trabajo consiste en la realización de un ejercicio de conocimiento del momento actual, a través de lo que el propio Foucault denominó una *ontología del presente*, y dar cuenta de los problemas y las posibles soluciones que se

⁹ Moreno Pestaña, José Luis (2019). *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico*. Siglo XXI, Madrid. (2021). *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político*. Akal, Madrid.

aportan desde diferentes especialidades a este momento específico del desarrollo de la racionalidad neoliberal (posterior a la crisis de 2008 y en plena intensificación de su orientación autoritaria). El segundo objetivo consiste en un análisis de las características especiales de la *subjetividad neoliberal* en estas condiciones: qué elementos la hacen tan resistente y exitosa en la sociedad contemporánea, qué tecnologías y herramientas son empleadas para su conformación, y qué patologías individuales, sociales e institucionales arrastra de manera estructural. El tercer objetivo de la tesis es analizar y vincular la relación entre el neoliberalismo, desde su propia génesis, con el conservadurismo social y el sesgo reaccionario antidemocrático, que creo de vital importancia para poder comprender mejor los desafíos a los que nos enfrentamos en la actualidad. El cuarto objetivo de la tesis es dar cuenta de una manera teórica adecuada de la *precariedad* de la vida y el *sufrimiento* que las políticas económicas neoliberales y determinados discursos y prácticas ligados a su ideología generan hoy en día. El quinto objetivo nos conduce a la presentación de un marco teórico y filosófico que esté en condiciones de articular una salida democrática en la que sea posible la *repolitización del espacio político* perdido con el neoliberalismo y la intensificación de su sesgo antidemocrático, así como poder garantizar los derechos que la ciudadanía ha visto, de un tiempo a esta parte, puestos en duda.

La investigación se plantea a partir de una metodología basada en el estudio y el trabajo sobre fuentes primarias y bibliografía secundaria especializada, con sus respectivos análisis y comentarios. Ello articula el desarrollo del trabajo, como se irá apreciando en cada una de sus partes. La labor filosófica es, en parte, acudir a aquellas fuentes consideradas por el investigador como relevantes y recopilar todas aquellas lecturas y perspectivas que abran el foco de la investigación, planteando posibles soluciones y abriendo nuevos interrogantes. Para ello, es también de relevancia ampliar el abanico de posibilidades de lecturas, y no cerrarse a un único ámbito o especialidad, e incluso ideológicamente. En ese sentido, esta tesis hace suyo un espíritu de investigación interdisciplinar, que ubica a la filosofía en una relación específica con las ciencias, especialmente -en este caso- las ciencias sociales.

Para un correcto desarrollo de la investigación, he querido adoptar una perspectiva sistémica, en el sentido de que la tesis siga un cauce lógico reconocible desde el principio

hasta el final, incluyendo la elección de los autores que servirán como enlaces entre temas y momentos históricos. He destacado ya las razones por las que el análisis de Foucault en torno al neoliberalismo debe ser complementado para nuestro propósito.

Asimismo, ha sido necesario a lo largo de toda la investigación adoptar patrones de una metodología arqueológica, sobre todo en el caso de aquellos conceptos provenientes de pensamientos anteriores al neoliberalismo, como el modelo de competencia social spenceriano, el germen conservador del neoliberalismo o su vinculación con el sesgo reaccionario antidemocrático.

He intentado, por último, ofrecer un contexto claro y concreto de la situación del estado de cosas en cada momento histórico tratado a lo largo de la investigación, así como de algunas obras de relevancia escritas y explicadas en un determinado contexto. Es obvio que un recorrido teórico como el que planteo podría apoyarse en fuentes e ideas diferentes, pero confío en que las referencias elegidas permitan sustentar el argumento de la tesis y el tipo de discusión a la que quiere contribuir.

CAPÍTULO 1. RAZÓN NEOLIBERAL

*La vida es una lucha constante, una cacería cruel
en que nos vamos devorando los unos a los otros.*

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*.

1.1. ¿Qué es el neoliberalismo?

Definir qué es el neoliberalismo es entrar en un laberinto de matices y diferentes posicionamientos ideológicos, de los cuales no sólo habría que dar cuenta -como haremos recogiendo algunas de las lecturas que aportan matices a la comprensión de la cuestión que nos atañe- sino también hacer una labor de discriminación de aquellas tesis e ideas que encontramos apropiadas para aportar luz a la hora de clarificar los conceptos e ideas claves, no sólo en el ámbito teórico, sino también en el ámbito práctico.

Por mucho que podamos establecer una suerte de concepto “guía” sobre qué es el neoliberalismo, es imposible establecer una definición que tenga validez universal. La génesis del neoliberalismo no sigue una evolución linealmente homogénea en todas partes, sino más bien contradictoria y adaptativa a cada territorio y a las particularidades culturales y sociales, y, por ello, el neoliberalismo es heterogéneo más que unívoco. Autores como Jamie Peck han enfatizado este punto suficientemente.¹⁰ Lo propio del neoliberalismo es, precisamente, una adaptación local, a cada nación, tomando elementos propios de cada región donde se establece. La cultura, la idiosincrasia social y la tradición política permean en las diferentes formas de neoliberalismo que se han podido establecer. El fenómeno no se puede explicar únicamente a partir de la dimensión económica, sino que su sentido y su desarrollo se encuentran asimismo en el ámbito político, jurídico o cultural, partiendo de una básica preocupación por lo que considera la amenaza a los valores centrales de la civilización.

El carácter conservador y contrarrevolucionario del neoliberalismo se expresa en su carácter adaptativo y englobador. De este modo lo describe Pablo López Álvarez: «El neoliberalismo no puede imponer simplemente su programa, depende de aquello que es distinto a él y con lo que se compone: del poder estatal a las demandas subjetivas de cooperación y relación. Por emplear la expresión de Peck, el neoliberalismo convive siempre con *su odiado otro*, lucha por integrarlo y reformarlo».¹¹ El consenso social es un requerimiento inicial que se torna finalmente en una hegemonía ideológica y cultural, transformando, al mismo tiempo que es transformado, la idiosincrasia local particular. Es

¹⁰ Peck, Jamie (2010). *Constructions of Neoliberal Reason*. Oxford University Press.

¹¹ López Álvarez, Pablo (2019). “Lo imposible y lo inevitable. Aspectos del neoliberalismo”. *¡Autonomía! ¡Autonomización!*: p. 132.

esta capacidad fagocitadora lo que le otorga, por decirlo de alguna manera, mil vidas, a pesar de encontrarse desde hace más de una década en crisis.

El neoliberalismo es una ideología que surge como una doctrina económica durante las décadas de 1930 y 1940, siendo prácticamente marginal en el mundo académico, y que se presenta como respuesta a las políticas económicas intervencionistas, planificadas y centralizadas de las dictaduras y órdenes políticos que surgirán tras la Gran Guerra. No obstante, será a partir del nacimiento de la Sociedad Mont Pelerin, en 1947, impulsada por, entre otros, Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o Walter Lippman, cuando esta doctrina empiece a aparecer en los debates de economía con mayor asiduidad.¹² Con la crisis del fordismo y la puesta en riesgo del estado de bienestar instaurado en la posguerra, los neoliberales empezarán a ofrecer recetas económicas diferentes a las del keynesianismo, que pronto comenzarán a implementarse en las décadas de 1970 y 1980 con los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher en EE.UU. y Reino Unido respectivamente.

Se entiende comúnmente por neoliberalismo una ideología y una política económica basada en la generalización de las lógicas mercantiles y la comprensión de que las relaciones de libre competencia y libre empresa son las más adecuadamente reconocen y defienden la libertad de los individuos. Esto implica ir más allá de la concepción del mercado como realidad natural, con leyes naturales, que se autorregula para alcanzar equilibrio, estabilidad y crecimiento; de tal modo que la intervención de los Estados sólo puede generar perturbaciones y desajustes en él. Aunque parte importante de esta retórica se mantiene en los formuladores originales del ideario neoliberal, estas posiciones pertenecen más bien al liberalismo clásico. La doctrina política neoliberal va necesariamente más allá de ser un *laissez-faire*, un “arte de no gobernar” en terminología foucaultiana: desde el umbral de los años 20 del pasado siglo se opone, de hecho, a este principio, y hace descansar lo “nuevo” de su nuevo-liberalismo en su superación. Más bien hay una necesidad de intervención del Estado neoliberal: la generación de un buen contexto económico, social y empresarial, desregulando, re-regulando y privatizando esferas, sustituyendo el servicio público por la empresa privada.

¹² Mirowski, Philip (2013). *Never let a serious crisis go to waste: how neoliberalism survived the financial meltdown*. Londres/Nueva York, Verso.

Entendemos por intervencionismo neoliberal, siguiendo la aportación de los filósofos y pensadores críticos del neoliberalismo, Christian Laval y Pierre Dardot, un *intervencionismo negativo* donde el Estado sustituye progresivamente el servicio público por la empresa privada. El intervencionismo neoliberal se constituye, paradójicamente, como “principio anti-intervencionista”. Los teóricos economistas neoliberales defienden que la intervención estatal perturba la información transmitida por el mercado, desmiente a los agentes económicos y genera una incertidumbre que arruina el orden establecido necesario para el correcto funcionamiento de la actividad económica. Así, no hay tercera vía entre el libre mercado y el control del Estado. La máxima es que todo intervencionismo conduce a un totalitarismo. Joseph Stiglitz, Premio Nobel de economía y economista progresista estadounidense, denominó al imperativo de la libertad de mercado promulgada por los teóricos neoliberales como “fanatismo de mercado”.¹³ Sin embargo, el neoliberalismo es más que este *fanatismo de mercado* y del *laissez-faire*: es un sistema normativo, se constituye como una normatividad práctica dotada de cierta eficiencia que orienta la acción de los gobiernos, las empresas, la sociedad en su conjunto y la vida cotidiana de los individuos. De modo que podemos afirmar que *el sistema neoliberal produce modos de vida y subjetividades a través de su normatividad práctica*:

Esta norma obliga a cada uno a vivir en un universo de competición generalizada, impone tanto a los asalariados como a las poblaciones que entren en una lucha económica unos contra otros, sujeta las relaciones sociales al modelo del mercado, empuja a conducirse como una empresa¹⁴

Todo ello abre unas nuevas problematizaciones desde diferentes ámbitos: la conquista del poder de las fuerzas neoliberales, el auge del capitalismo financiero mundializado, la individualización de las relaciones sociales en detrimento de las solidaridades colectivas y la brecha social abierta por la creciente desigualdad entre ricos y pobres, así como la aparición de nuevas patologías psíquicas como consecuencia de la aceleración y el frenesí como estilo de vida, con una exigencia externa, pero también interna, al mejoramiento y al progreso permanente. La razón neoliberal configura nuestro “cosmos social”:

¹³ Cfr. Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa, Barcelona: p. 13.

¹⁴ *Ibid.*: p. 14.

Se trata de una razón global, en los dos sentidos que puede revestir el término: es “mundial”, porque es válida a escala mundial y además porque lejos de limitarse a la esfera económica, tiende a totalizar, o sea, a “hacer mundo” mediante su poder de integración de todas las dimensiones de la existencia humana. Razón del mundo, es al mismo tiempo una “razón-mundo”¹⁵

Para el investigador político Quinn Slobodian, en su novedosa y reciente obra *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, un gran error en la discusión del neoliberalismo consiste en mantener que sus dogmas postulan como principios básicos la desregulación de los mercados y la elección racional individual de los agentes económicos. Por el contrario, se trataría de desarrollar una regulación del mercado controlada no por las democracias y los Estados, sino por instituciones propias del mercado (lo que en términos foucaultianos sería un *límite intrínseco*, y según su propio análisis, carente fácticamente de capacidad limitadora). Así, el propio Slobodian nos dice en su introducción:

La esencia de las teorías neoliberales del siglo XX trata sobre lo que llamaron las condiciones metaeconómicas o extraeconómicas capaces de salvaguardar el capitalismo a nivel mundial. [...] el proyecto neoliberal estaba centrado en diseñar instituciones que, en vez de liberar a los mercados, los aprisionaran, que vacunaran al capitalismo contra la amenaza de la democracia, que creara una infraestructura que contraviniese el comportamiento humano -que a menudo es irracional- y reordenara el mundo tras el fin del imperialismo como un espacio de Estados rivales en el que las fronteras juegan un papel necesario¹⁶

Slobodian defiende que, a pesar de la *fobia al Estado* que Foucault vinculaba a los neoliberales, éstos, incluso en la línea de von Mises, defendían un Estado lo suficientemente fuerte como para garantizar la seguridad. ¿Qué seguridad? La de la propiedad privada y el libre mercado en competencia. Lo que verdaderamente teme el neoliberalismo es al intervencionismo “populista”, es decir, aquel que apela al pueblo para legitimar su praxis, y, por lo tanto, su temor es a las democracias, y no tanto al Estado.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Slobodian, Quinn (2021). *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing, Madrid: p. 14.

En términos similares se expresa López Álvarez, para quien «el neoliberalismo es un modelo activo de gubernamentalidad, de carácter anti-naturalista y productivo».¹⁷ Frente al liberalismo clásico, que concibe el mercado como un espacio natural al que hay que dejar hacer y donde se produce el intercambio, el neoliberalismo lo concibe como un espacio que hay que transformar para que se pueda producir la competencia, no el intercambio, la cual no se da de manera natural y se debe producir «sin descanso» las condiciones «para que las interacciones humanas se conduzcan de esta manera». «Debe intervenir permanentemente en cada una de las áreas de la reproducción social», dice López Álvarez, manteniendo una perspectiva foucaultiana sobre la producción de subjetividad social. Es preciso tener en cuenta también las acciones reguladoras y ordenadoras del neoliberalismo europeo u ordoliberal, y el hecho de que su política social es desigualitaria: genera competitividad y estimula la iniciativa individual. No busca políticas redistributivas igualitaristas, sino netamente el crecimiento económico, «que ha de permitir la capitalización más amplia posible de todos los individuos y su acceso a la cobertura privada de riesgo».¹⁸

Slobodian, que no sigue de manera directa el esquema foucaultiano, sí encuentra un punto de acuerdo con Foucault a la hora de comprender la acción político-social neoliberal. Los neoliberales promueven un sistema en el cual los sujetos se vean empujados a adaptarse, de tal modo que éste termine convirtiéndose en un mecanismo de control a distancia de las acciones económicas de los agentes económicos.

Frente a la visión del NOEI de un Estado final de justicia redistributiva, los neoliberales de la Escuela de Ginebra definían el orden como una relación en constante cambio, con una exposición a estímulos que requieren respuesta y adaptación en un futuro necesariamente incognoscible. Más que una simple acción de retaguarda para defender el *statu quo*, los neoliberales proponían un marco y una escala de valores para sostener la contradictoria afirmación de que “el orden es adaptación”¹⁹

En la determinación del sentido y las transformaciones del neoliberalismo es decisivo atender a uno de los debates más importantes que ha tenido lugar a partir de la aportación de William Davies, uno de los intérpretes más importantes del pensamiento

¹⁷ López Álvarez, Pablo (2015) “Sigue cierta algarabía. Foucault, el neoliberalismo y nosotros”. *La actualidad de Michel Foucault*. Escolar y mayo, Madrid: p. 236.

¹⁸ *Ibid.*: p. 237.

¹⁹ Slobodian, Quinn (2021). *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing, Madrid: p. 337.

político y sociológico de Europa, que describe lo que él entiende ha sido una evolución del neoliberalismo por diferentes fases. Con el artículo de Davies, “El nuevo liberalismo”, de 2016, dialoga la filósofa feminista y política Nancy Fraser, quien hará, en un artículo de cariz menos académico, una distinción clara de un neoliberalismo conservador y de derechas -valga la expresión-, como el que fue durante los años de los gobiernos de Reagan y Thatcher, y un *neoliberalismo progresista*, que tendría lugar con las políticas socialdemócratas, señalando al gobierno de Bill Clinton y posteriormente Barack Obama en EE. UU.. Con este último artículo, que ha sido determinante en muchas discusiones teóricas y políticas, debate Johanna Brenner, activista feminista socióloga, abriendo una línea de debate que ha encontrado su lugar en las izquierdas de todos los países. Se plantea, sobre estas bases, un aparente dilema entre políticas identitarias o simbólicas (las propias de las luchas feministas, la diversidad sexual LGTBIQ o étnicas) y las políticas laboristas o de clase trabajadora, centradas supuestamente en lo material. Estos debates nos aportarán matices interesantes para pensar lo neoliberal a lo largo de toda esta investigación.

Para William Davies, según el artículo que acabamos de mencionar, la ideología económica neoliberal ha promulgado una serie de dogmas que los gobernantes de la UE se han dedicado a poner en funcionamiento sin atender a si hay datos históricos que corroboren su funcionamiento para mejorar la economía. Davies nos menciona al respecto la austeridad como ejemplo paradigmático, y se remonta a Alberto Alesina, economista de Harvard que planteó la hipótesis de la “austeridad fiscal expansiva” en 2009. La tesis afirmaba que, durante un ciclo de depresión económica, la contracción presupuestaria evitaría el estancamiento macroeconómico. Desde 2008 la austeridad ha sido la norma de las políticas presupuestarias europeas para disminuir la ya elevada deuda pública de algunas de las naciones. Sin embargo, como decimos, no hay pruebas empíricas de su eficacia, sino más bien al contrario: ha llevado a la sociedad europea hacia una precariedad que no sólo amenaza con acabar con el Estado de bienestar, sino con la propia integridad de la institución y con la salud de sus democracias (son ya varios los países donde la extrema derecha supone un problema para la gobernabilidad y el diálogo político y de la sociedad civil, como en España, Francia, Italia o Países Bajos; o directamente gobiernan o influyen en las políticas conservadoras y reaccionarias contra los derechos humanos y del ciudadano, como en Hungría y Polonia).

Davies responde al análisis sobre el neoliberalismo de Michel Foucault, en el punto en que afirma que desde el siglo XIX los Estados liberales habían abandonado la práctica del castigo excesivo contra los ciudadanos y buscaba maneras más amables de conducirse mediante un “poder a distancia” a las poblaciones hacia aquellos objetivos que se habían prefijado; hoy, sin embargo, vemos un empleo de políticas punitivas más severas contra aquella ciudadanía que es, por otro lado, más vulnerable, y a la cual se le aplican discursos que funcionan como mecanismo de autoculpación, individualizando la responsabilidad y las soluciones, abandonándolos a su propia suerte, que suele ser la pauperización, los callejones sin salida y, por ello, en algunas situaciones, la desesperación y el suicidio, cuando no la muerte sobrevenida por el estrés y el sufrimiento. Así, asumiendo al mismo tiempo la crítica foucaultiana a las ciencias sociales, replica Davies, «ya no está claro que las ciencias sociales, la economía o la psicología se están aplicando en un sentido normativo, metodológico, públicamente verificable. Por el contrario, parecen estar operando como armas de poder soberano, afirmando verdades en lugar de descubrirlas».²⁰

Lo que afirma, de este modo, es que el neoliberalismo contemporáneo tiene características distintas del neoliberalismo de 1990 a 2008, y que a su vez este es diferente al de las décadas de 1970 y 1980. Dice Davies: «Lo que ha surgido, quiero sugerir, no es simplemente otro “post”, sino una nueva fase del neoliberalismo organizado en torno a unos valores y actitudes de castigo. No es el tipo de castigo concebido por Bentham e historizado por Foucault, a saber, una ciencia ponderada de displacer. Es, por el contrario, una forma implacable que actúa en lugar del discurso razonado, sustituyendo a la necesidad de formación de consenso económico».²¹ Cabría contestar en este punto a Davies que, si entendemos, como aquí hago y dejaré explícito en el punto 1.2., el neoliberalismo como una ideología netamente conservadora e, incluso, como una normatividad que orienta hacia la puesta en práctica de políticas reaccionarias cuando el modelo político-democrático y el social-económico entran en crisis, el *punitivismo neoliberal contemporáneo* (o fase actual del neoliberalismo punitivo) se encuentra en la raíz del pensamiento neoliberal original y de aquellos filósofos conservadores que inspirarían posteriormente a la ideología político-social neoliberal, como son los casos de Herbert Spencer y Edmund Burke.

²⁰ Davies, William (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101: p. 131.

²¹ *Ibid.*: p. 132.

Para Davies, una primera fase es aquella que va desde 1979 a 1989, la del *neoliberalismo combativo*. Señala al economista austriaco Ludwig von Mises como origen del proyecto político e intelectual del neoliberalismo, en virtud de la desacreditación política del socialismo y del keynesianismo, siendo su tono discursivo hostil y sus argumentaciones simplistas en comparación a la estrategia argumentativa que mantendrá el pensamiento neoliberal posterior. Sus dos principales aportaciones fueron los ataques contra la falta de racionalidad a toda propuesta de los gobiernos socialistas, y su defensa del sistema de precios como único medio para traducir los valores (subjetivos) en algo medible y conmensurable, esto es, entendible por todos y comunicable. Sin este método, sostendría von Mises, la inversión en capital productivo (es decir, productor de valor) sería irracional y, por lo tanto, el mercado sería ineficiente. Asimismo, tanto él como el resto de los primeros neoliberales compartían su lectura de Carl Schmitt y su postura antidemocrática. Cito a Davies:

La visión que aquellos tenían de “lo político”, presente también en la tradición del neoliberalismo estadounidense que emergió en las universidades de Virginia y Chicago, estaba dominada por el problema de la decisión ejecutiva, que necesitaba aislarse de objetivos populistas a corto plazo. Situar el poder ejecutivo en manos de tecnócratas racionales sería el corolario necesario de proteger la racionalidad del sistema de precios²²

Del mismo modo, la distinción radical entre las economías de mercado y los restantes modelos generaba la introducción de la dicotomía amigo-enemigo schmittiana en el discurso de la política económica, situando, con von Mises, en el papel del enemigo al socialismo y al keynesianismo. En su forma práctica, aplicada, el neoliberalismo combativo buscaba eliminar todo colectivismo, en especial la legislación en contra de los trabajadores, la provocación de enfrentamientos violentos contra los sindicatos (buscando su desacreditación social como impulsores del caos), las políticas monetarias antiinflacionistas y la subida de tipos de interés que produjeron el aumento del desempleo (y con ello, la pérdida de fuerza negociadora de los trabajadores, dando lugar a la disminución de los sueldos, pérdidas de derechos laborales, situaciones de precariedad material y mental, incentivación a la individualización de la resolución de problemas que son sistémicos, desindicalización del mercado laboral e implementación de la competición entre individuos); o el gasto militar acelerado de la legislatura de Reagan, que además obligó a la Unión Soviética, en plena Guerra Fría, a seguirle el ritmo de gasto,

²² Ibid.: p. 134.

lo que provocó su posterior destrucción económica y, como consecuencia, su desintegración, que daría lugar a un enmascaramiento de la depresión de beneficios en el sector privado estadounidense. Si bien, como hoy sabemos, las medidas de privatización británicas de Thatcher no sirvieron para aumentar el empleo privado, como se sostenía, sino que el sector privado parasitó los beneficios, y los accionistas y dirigentes de las empresas se los repartieron, en todo caso sus medidas sí sirvieron para “transformar el espíritu” de la sociedad, a la que llevaría a buscar sus esperanzas políticas fuera del socialismo. Dice Davies en su artículo:

La coherencia del neoliberalismo como forma particular de crítica y la práctica política sólo se inventó, por lo tanto, en oposición combativa al socialismo, cuya destrucción, tanto internacional como nacional, proporcionaba su *telos* motivador. Muchas de las políticas neoliberales emblemáticas de la década de 1980 no “funcionaron” en ningún sentido utilitario mensurable²³

Una segunda fase, desde 1989 a 2008, es la del *neoliberalismo normativo*. Una vez demolido todo el horizonte político que no fuese el del capitalismo neoliberalizado, todos los esfuerzos fueron concentrados en la creación de un nuevo sistema que resultase “justo”. El proyecto de modernización del sistema político-económico consistió en la producción de discursos normativos que construyesen un sistema totalizador que instaurase al mercado como “medida de todo el valor humano”, tanto dentro como fuera del mercado. Los individuos debían convertirse en agentes activos del mercado, y para ello era vital la creación de una subjetividad neoliberal que reproduciría las lógicas del mercado en su día a día. Esta sería la gran aportación al análisis del neoliberalismo de Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, quien recogería el concepto de “capital humano” a partir de la obra de 1964 de Gary Becker, *El capital humano: un análisis empírico referido fundamentalmente a la educación*, economista estadounidense conservador y ligado al neoliberalismo, y lo trasladaría a su noción de subjetividad conformada por el modo de la empresa, la del *sujeto empresario de sí*, instaurando la lógica de la competición del mercado a sus prácticas cotidianas y a su mentalidad como modelo de acción individualizador.

De acuerdo con esta lógica, todas las esferas de la actividad humana deberían en consecuencia reconstruirse en torno a los criterios de la competencia, para así garantizar que los productos, los servicios, los instrumentos, las ideas y las personas valiosas fuesen

²³ Ibid.: p. 135.

descubiertas. La tarea del gobierno era ahora la de garantizar que los “ganadores” fuesen claramente distinguibles de los “perdedores” y que el combate se percibiese como justo²⁴

Uno de los recursos discursivos empleados por el neoliberalismo para justificar la justicia del modelo del libre mercado es el de la meritocracia, una línea de argumentación según la cual el sistema de mercado ofrece una igualdad de oportunidades que en teoría favorece al ascensor social, esto es, la capacidad social de mejorar el propio estatus y la calidad de vida a través del esfuerzo, el trabajo y la eficiencia para la consecución de los propios éxitos. Sin embargo, en la práctica el discurso de la meritocracia sólo sirve para justificar el poder de unas élites y su reproducción de estatus y poder, frente a una sociedad cada vez más desigual y segregada a la cual se le ofrece un sucedáneo de estatus de clase media bajo modos de vida aspiracionales que reproducen el modelo del mercado competitivo y los valores *propietaristas* para el funcionamiento y la reproducción social del sistema.

A la socialdemocracia le sedujo este método político que, por lo novedoso de sus técnicas políticas basadas en la medición, la evaluación y la comparación, se presentaba como “progresista”, innovador, disruptivo, y al mismo tiempo, por su propia cultura intervencionista, se ofrecía, para Davies, como la corriente política más capacitada para su implantación. Aquello supuso la llamada “tercera vía”, llevada a cabo por diferentes gobiernos socialdemócratas como el del británico Tony Blair, Felipe González en España, Bill Clinton en EE.UU., Gerhard Schröder en Alemania o François Mitterrand en Francia, entre otros. La desigualdad dejó de ser un elemento a combatir a través de decididas políticas redistributivas de la riqueza. Por el contrario, los sistemas de medición, test y auditorías en los cuales se basaba el consenso sobre la utilidad y eficiencia del neoliberalismo normativos sirvieron como dique de contención y argumento de las bonanzas de este periodo. Sin embargo, con el estallido de la crisis económica de 2008, y el descubrimiento de que todo el sistema de auditorías estaba asimismo guiado por la incentivación financiera y, por tanto, corrompido, la indignación social se fue expandiendo contra todos aquellos elementos que habían promovido el engaño (partidos políticos, agencias de calificación, auditorías, medios de comunicación, y el propio sistema financiero), y la desigualdad y la precariedad volvieron a ser el centro de las reclamaciones políticas de parte del arco político progresista.

²⁴ Ibid.: p. 136.

La tercera fase del neoliberalismo llevaría desde 2008 hasta, al menos, el año de escritura del artículo de Davies, 2016. A esta nueva fase Davies la denomina *neoliberalismo punitivo*, y se ejerce esencialmente en momentos de crisis y depresión económica.

Davies explica que, durante las dos anteriores fases, la deuda pública creció en la primera y, posteriormente, en la segunda aumentó la deuda privada, que conjuntamente darían lugar a las burbujas financieras que estallarían con la crisis de 2008. Las políticas de austeridad fueron necesarias para que los Estados, las arcas públicas, pudieran asumir y hacerse cargo de las deudas bancarias, puesto que de lo contrario países enteros hubieran entrado en quiebra, y hubieran sido incapaces de asumir los pagos a sus acreedores, generando asimismo una espiral de impagos que hubiera llevado a la extinción total del sistema económico. Sin embargo, a pesar de ser este un problema causado por todo un funcionamiento sistémico, políticamente se empleó la culpabilización individual y moral. Así lo describe en su artículo:

En el neoliberalismo punitivo, la dependencia económica y el fracaso moral se enredan en forma de deuda, produciendo una afección melancólica en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población. Cuando la deuda se combina con la debilidad política, se convierte en una condición para aumentar el castigo. Los estudios de quienes viven en la pobreza con deudas problemáticas han encontrado una psicología de melancolía mayoritaria por la que la deuda exacerba la sensación de autorrecriminación y la expectativa de un nuevo castigo. La investigación de actitudes públicas hacia la austeridad confirma una interiorización similar de la moralidad financiera, que produce la sensación de que “merecemos” sufrir por el crecimiento económico animado por el crédito²⁵

Los partidos políticos conservadores han llevado a cabo medidas restrictivas como las promulgadas durante la era Reagan-Thatcher del neoliberalismo combativo. Del mismo modo, los métodos de calificación y evaluación del neoliberalismo normativo son ahora empleados como herramientas para retirar y eliminar subvenciones y ayudas. En una época en la que los fondos menguan, todas las instituciones y proyectos compiten por captar fondos. Ello ha generado, aplicado a todos los ámbitos de la vida, un aumento de

²⁵ Ibid.: p. 135.

las psicopatologías en la sociedad, que es fruto de la precariedad instaurada en las sociedades occidentales.

Davies pone el énfasis de su diagnóstico en esta disposición punitiva, que atiende a cierto deseo de venganza de las élites económicas y políticas neoliberales, y que no tiene como fin más que una dinámica de autodestrucción;²⁶ por mi parte, considero que puede sostenerse que nos encontramos en un momento de autodefensa del sistema capitalista neoliberal, motivo por el cual este radicalizará todos sus programas ideológicos y prácticos para su autoconservación, aunque ello redunde en una praxis paradójicamente autodestructiva. Lo que la fase punitiva representa es un repliegue defensivo en el que se trata de justificar y defender hasta la aniquilación de que no exista otro modelo de acumulación capitalista que no sea neoliberal.²⁷ Así concluye Davies su artículo:

El desarrollo capitalista mundial está confundido por su propio éxito: ha provocado una masiva sobrecapacidad de fabricación, con un exceso de producción, que reduce los beneficios, combinado con una enorme sobreoferta de mano de obra que debilita los salarios y, por lo tanto, la demanda. Con sólo algún repunte ocasional, las tasas de rentabilidad han ido cayendo, de ciclo empresarial en ciclo empresarial, desde finales de los *trente glorieuses*. El hecho irrefutable es, sin embargo, la drástica incapacidad de lograr un modelo viable y rentable de capitalismo desde la desaparición del keynesianismo fordista. La dependencia, antes tácita y ahora explícita, del modelo neoliberal respecto al creciente endeudamiento de los sectores público y privado ha sido, demuestra Streeck, diferir las soluciones durante cuarenta años. En último término, la función de los síntomas aparentemente irracionales presentes en el neoliberalismo actual es la de esquivar u ocultar esta comprensión²⁸

²⁶ «Pero la superficial similitud del neoliberalismo contemporáneo a las fases anteriores enmascara una profunda diferencia: en esta fase, no está completamente claro por qué se introducen dichas medidas, si no es por un deseo de obtener cierta forma de venganza. La perspectiva schmittiana de los pioneros neoliberales, que enfrentaba el capitalismo de libre mercado a todas las variedades de sistemas no capitalistas, se ha convertido en algo igualmente paranoide y simplista, pero ahora claramente autodestructivo» Ibid.: p. 141.

²⁷ Coincido en esto con Pablo López Álvarez (2019), ante aquellos que pronostican desde 2008 la muerte (al parecer, lenta) del neoliberalismo. Más bien, por el contrario, es posible defender que el neoliberalismo ha entrado en una fase nueva, defensiva, más virulenta e, incluso, reaccionaria, que ha encontrado un apoyo mediático y social en las sociedades bastante fuerte. Así, dice López Álvarez: «Es imposible comprender la victoria del neoliberalismo -y, por lo tanto, oponerle una alternativa- tomándolo únicamente como imposición de un programa de reformas económicas orientado al restablecimiento del dominio de clase- Debe tenerse también en mente su poder para producir formas positivas de comprensión del sujeto, la libertad y la relación social que integran valores de diferencia y expresión y que no han perdido en absoluto su atractivo» López Álvarez, Pablo (2019). “Lo imposible y lo inevitable. Aspectos del neoliberalismo”. *¡Autonomía! ¡Autonomización!*: p. 128.

²⁸ Davies, William (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101: p. 143.

A propósito de la búsqueda de una respuesta a la pregunta en torno a *qué es el neoliberalismo*, hemos visto, con William Davies, que las políticas socio-económicas de Bill Clinton supusieron la entrada del neoliberalismo económico en las políticas progresistas de la socialdemocracia occidental. Con el paso de las décadas y tras las diferentes crisis (económica, simbólica, moral, política y de representación democrática, por poner algunos ejemplos, a lo largo del siglo XXI) han surgido diferentes polémicas y debates, como el que protagonizaron Nancy Fraser y Johanna Brenner en 2017 sobre la existencia o inexistencia de un “neoliberalismo progresista”, y que en último término ha supuesto una discusión mucho más profunda y enconada en torno a la posible dicotomía entre políticas materialistas, de clase y laboralistas, y políticas simbólicas, identitarias, de diversidad sexual y antirracista.

Las últimas consultas populares en referéndum, como el Brexit, la elección de Donald Trump en EE.UU. y la pujanza de la extrema derecha en zonas de Europa como Francia, Italia o Hungría, hacen pensar a Fraser que nos encontramos en un momento de crisis en el que los ciudadanos están contestando contra todo el sistema que nos ha conducido hasta aquí. Se vota en contra de la austeridad, del libre comercio, de la deuda y la precariedad laboral del capitalismo neoliberal financiarizado. La tesis fuerte del artículo de Fraser es que en EE.UU. no se ha votado sólo contra el mero neoliberalismo, lo cual tendría un fuerte impacto sistémico, sino contra un neoliberalismo progresista encarnado por Hilary Clinton y más concretamente por el Partido Demócrata, el partido liberal. En el artículo de Fraser, “El fin del neoliberalismo progresista”,²⁹ podemos leer lo siguiente:

En la forma que ha cobrado en los EE.UU. el neoliberalismo progresista es una alianza de las corrientes principales de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo y derechos de los LGBTQ), por un lado, y, por el otro, sectores de negocios de alta gama “simbólica” y sectores de servicios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood). En esta alianza, las fuerzas progresistas se han unido efectivamente con las fuerzas del capitalismo cognitivo, especialmente la financiarización [...] Ideales como la diversidad y el “empoderamiento”, que en principio podría servir a diferentes

²⁹ Fraser, Nancy (2017). *El fin del neoliberalismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.

propósitos, ahora dan lustre a políticas que han resultado devastadoras para la industria manufacturera y para las vidas de lo que otrora era la clase media

Fraser señala como padre del neoliberalismo progresista a Bill Clinton. Verdaderamente, encuentro que el texto dialoga de manera directa con el de William Davies, siendo que lo que Fraser llama de este modo se encontraría en el artículo de Davies como la fase del neoliberalismo normativo. Clinton, así como Barack Obama posteriormente (y en el caso de Europa, la práctica totalidad de los partidos del arco socialdemócrata), llevaron a cabo políticas neoliberales que empeoraron la vida de una parte importante de la ciudadanía estadounidense trabajadora: «Clinton -dirá Fraser- tiene una pesada responsabilidad en el debilitamiento de las uniones sindicales, en el declive de los salarios reales, en el aumento de la precariedad laboral y en el auge de las familias con dos ingresos que vino a sustituir al difunto salario familiar». Se identificó el progreso con la meritocracia, de carácter liberal-individualista, y no con la igualdad abarcadora y antijerárquica. Esta combinación de liberalismo y progresismo fue debido, señala Fraser, por la ausencia de una voz fuerte e influyente de una izquierda genuina.

En el artículo “No ha habido tal cosa como el neoliberalismo progresista”³⁰ Johanna Brenner disiente de Fraser en su culpabilización de los movimientos sociales progresistas como parte del problema que habría conducido a la sociedad estadounidense a elegir a Donald Trump como presidente. Asimismo, le critica su olvido del papel que la clase capitalista ha tenido en el diseño del neoliberalismo estadounidense y del escoramiento político y mediático hacia la derecha. Para Brenner, los movimientos sociales y el activismo habrían llevado a cabo las propuestas de izquierdas que Fraser reivindicaba adoptar, y ello es algo que olvida mencionar en su artículo. Por el contrario, sí hace referencia a un feminismo liberal-individual meritocrático unido a las políticas demócratas contra las cuales el feminismo activista opone otras propuestas más abarcadoras y colectivas.

Frente a la crítica de Fraser de la conjunción entre los movimientos y el liberalismo del Partido Demócrata, que tiende a olvidarse de la clase trabajadora, Brenner explica que el sindicalismo y los movimientos sociales no han pasado por un período fácil desde la época de Reagan: «Sólo un movimiento militante, politizado e inclusivo,

³⁰ Brenner, Johanna (2017). *No ha habido tal cosa como “el neoliberalismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.

dispuesto a desafiar al poder corporativo estaría interesado y sería capaz de superar las muchas divisiones dentro de la clase obrera para construir una alianza con los movimientos sociales»; y concluye Brenner: «Por tanto, rechazemos la contraposición de las “políticas de identidad” a la “política de clase”. En su lugar, critiquemos el multiculturalismo *liberal* y el feminismo *liberal*, a la vez que avanzamos una visión feminista, socialista, antirracista y anticapitalista. Tratemos de dejar atrás las divisiones sectarias que nos han paralizado y aprovechemos la oportunidad de construir una nueva izquierda».

La respuesta que le ofrece Fraser a Brenner en “Contra el neoliberalismo progresista, un nuevo populismo progresista”,³¹ es la de haber malinterpretado y simplificado su tesis principal, que consiste en afirmar que el Partido Demócrata habría traicionado a los trabajadores con políticas antilaborales en su alianza con la élite financiera de Wall Street al tiempo que las tildaban de políticas progresistas y llevaban a cabo propuestas de progresismo social en feminismo, diversidad y derechos LGBTQ. Este sería el bloque hegemónico demócrata que Fraser habría denominado neoliberalismo progresista. Sostiene Fraser que no culpabiliza a los movimientos sociales de dejarse arrastrar por el neoliberalismo progresista; simplemente es el mecanismo de cooptación propio de la hegemonía, a fin de encontrar un modo propio de construir una contra-hegemonía propulsada por los movimientos sociales progresistas. Sin embargo, dirá Fraser, nunca tuvieron éxito de constituirse en una verdadera alternativa al neoliberalismo progresista. El ejemplo de Bernie Sanders, candidato *antiestablishment* del Partido Demócrata, contra Hillary Clinton, supuso la apertura de un camino por recorrer aún por la izquierda lejos del neoliberalismo progresista, cuyo discurso y programa defendían la emancipación y la protección social. Fraser finaliza el artículo contestando a Brenner: «no se trata de disolver la “política de identidad” en “política de clase”. Se trata de identificar claramente las raíces compartidas de las injusticias de clase y estatus en el capitalismo financiero y construir alianzas entre aquellos que deben unirse para luchar contra ellas».

A respecto de este debate, y para el propósito de esta investigación, me limitaré a reconocer en ambas propuestas su parte de razón y de verdad. Creo que con mi trabajo en esta tesis ya expongo un análisis que se posiciona entre lo material y lo simbólico, si bien

³¹ Fraser, Nancy (2017). *Contra el neoliberalismo progresista, un nuevo populismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.

lo material tiene, a mi juicio, una mayor proximidad con la realidad palpable de las poblaciones, acuciando de este modo a un mayor enfoque político sobre ello. Entre lo simbólico, conviene escoger bien las batallas a librar, sin entrar en los reduccionismos de las guerras culturales contemporáneas, que son espurias y sólo sirven para crispar debates. El ámbito identitario de los derechos de los colectivos minoritarios debe, asimismo, defenderse social y políticamente, ya que también genera problemas de primera índole en la sociedad.

En este punto, daré cuenta de los diferentes puntos de vista que desde distintas corrientes han venido a dar una respuesta acerca de qué es el neoliberalismo. En primer lugar, con las teorías de raíz marxista, como la que aporta de manera crucial David Harvey, que es sin duda una de las visiones más interesantes e influyentes, tanto por su repaso histórico del programa político neoliberal, su visión geopolítica, como por su lucidez a la hora de realizar un análisis de los presupuestos ideológicos neoliberales. me detendré igualmente en las lecturas que realiza el círculo académico de la Crítica del valor, cuya lectura resulta interesante en los términos de la categoría del valor, que permite seguir el proceso por el que, en plena crisis al final del fordismo keynesiano, el capitalismo halla en el neoliberalismo y su sistema económico financiero, basado en la deuda y el crédito, una singular reanimación de un capitalismo que se muere.

Sin embargo, las propuestas que más nos interesan son las siguientes. Primeramente, desglosaré el análisis de Michel Foucault, cuya lectura sobre el neoliberalismo ha sido tan importante y decisiva, como hemos destacado, pero que al mismo tiempo, debido a su pronto fallecimiento en 1984, quedó incompleto y sin posibilidad de recoger el desarrollo que tendría esta forma de gubernamentalidad con los gobiernos de Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher en Reino Unido y la serie de mutaciones que ese desarrollo implicó. A continuación, abordaré la propuesta de los economistas y pensadores que dieron lugar e influyeron a dar forma al neoliberalismo propiamente tal y como lo conocemos: aquellos que se adscriben al ordoliberalismo, que será la ideología que se asentará prácticamente en todo el continente europeo, y el neoliberalismo basado en la Escuela de Chicago, concretamente de Milton Friedman, fuertemente influenciada por Friedrich Hayek y Ludwig von Mises.³² Me centraré más

³² A pesar de las dudas e inconvenientes que pueda generar circunscribir a Hayek y von Mises en la escuela de Chicago como integrantes de pleno derecho, y no categorizarlos dentro de lo que Quinn Slobodian llama Escuela de Viena, los insertaré, como hacen Laval y Dardot, en la escuela norteamericana, con el simple

propriadamente en estos últimos, puesto que considero que la economía del capitalismo competitivo y del sistema financiero está intrínsecamente ligado a estos, y es este en gran medida el régimen rector que fija los principios normativos de la sociedad capitalista occidental.

argumento de que sus aportaciones, sobre todo la de Hayek, desde el ámbito cultural y la creación de una hegemonía propriadamente neoliberal, tomará un fuerte impacto en la “nación de las oportunidades”.

1.1.1. Lectura marxista

1.1.1.1. David Harvey. La restitución del poder de clase

David Harvey, uno de los pensadores marxistas más importantes de nuestra época, realiza su lectura del neoliberalismo a través del análisis de la lucha de clases, la tensión social por los derechos laborales y las crisis económicas y sociales surgidas en el último tercio del siglo XX. Es por ello que concibe el neoliberalismo como

Una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de provocar el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio³³

El Estado neoliberalmente entendido ha de ser el garante del marco institucional que permita el correcto funcionamiento del libre mercado y de la acción individual de los agentes económicos, así como de los derechos propietarios individuales. Debe crear y abrir los mercados mediante un intervencionismo mínimo, puesto que el Estado no tiene la capacidad de obtener la información necesaria para anticipar los acontecimientos económicos a través de los precios, que son las señales del mercado. Esto se debe a que cualquier intervención distorsiona el mercado, ya que los diferentes grupos de interés privados son capaces de condicionar el mercado en busca del propio beneficio, generando perturbaciones en el orden del mercado.

Siguiendo la tesis de Harvey, la base conceptual del ideal neoliberal son la dignidad y la libertad individual. Estos valores de la civilización se veían en peligro por los liberales de índole conservador ante toda forma de intervención estatal que sustituyera la libertad de elección individual por valoraciones colectivas, como consecuencia del periodo dictatorial vivido en Europa y que ellos, asimismo, achacan a los valores “socialistas” de la órbita soviética y marxista. La libertad de mercado garantiza las libertades individuales. Son, *grosso modo*, debemos decir, valores de una clase aristocrática, la del amo y señor acostumbrado a mandar y a tomar su palabra por ley, la de quien ante su presencia el resto baja la mirada y le es servil. Este aspecto es particularmente relevante para esta investigación, puesto que, como veremos posteriormente a lo largo del punto 1.2., dota al neoliberalismo de un carácter

³³ Harvey, David (2009). Breve historia del neoliberalismo. AKAL, Madrid: p. 6.

conservador, a veces reaccionario, frente al enmascaramiento progresista que algunos de sus partidarios le otorgaron.

Harvey describe, asimismo, el Estado neoliberal como «un aparato estatal cuya misión fundamental era facilitar las condiciones para una provechosa acumulación de capital tanto por parte del capital extranjero como del doméstico [...] Las libertades que encarna reflejan los intereses de la propiedad privada, las empresas, las compañías multinacionales, y el capital financiero».³⁴ El primer experimento de creación de un Estado neoliberal fue el Chile de Pinochet en 1973 tras el golpe de Estado contra el gobierno democrático de Salvador Allende (de corte socialista), ayudado por los Estados Unidos de Kissinger. Las doctrinas económicas que seguiría el gobierno chileno de Pinochet serían en lo esencial aquellas elaboradas en la Escuela de Chicago, exponente del neoliberalismo estadounidense bajo la atenta dirección de Milton Friedman. Más adelante mostraré cómo el vínculo entre dictaduras y neoliberalismo no es lateral o circunstancial, sino que se encuentra propiamente en el germen de la ideología neoliberal de sus fundadores más importantes. No obstante, cabe resaltar que, como dije con anterioridad, el neoliberalismo es una corriente de pensamiento heterogénea y en ella se encuentran autores con mayor compromiso con la democracia. En todo caso, la idiosincrasia del pensamiento neoliberal es, a la vista de los acontecimientos del siglo XXI, incompatible con una democracia digna de ser llamada tal.

A partir de mediados de los 1970, numerosos Estados del mundo comenzaron a girar hacia el neoliberalismo. El neoliberalismo era percibido como la promesa del fin de las crisis económicas, la prevención contra los totalitarismos, sobre todo de índole socialista, y como un elemento garante de seguridad al evitar las rivalidades geopolíticas. Harvey cita a Robert A. Dahl y Charles E. Lindblom, investigadores estadounidenses de política y economía, quienes escribían en 1953 que «tanto el capitalismo como el comunismo en su versión pura habían fracasado. El único horizonte por delante era construir la combinación precisa de Estado, mercado, e instituciones democráticas para garantizar la paz, el bienestar y la estabilidad».³⁵ Se crearon instituciones como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), e igualmente se promulgaron ajustes para la incentivación al libre comercio. Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, surgieron

³⁴ Ibid.: p. 13-14.

³⁵ Ibid.: p. 16.

diferentes formas estatales democráticas que tenían en común el objetivo de que el Estado cumpliera con determinados objetivos sociales y económicos como el pleno empleo, el crecimiento económico y el bienestar de los ciudadanos, dando paso a una liberalización del mercado bajo cierta vigilancia estatal, interviniendo en él si fuese necesario, tal y como promulgaban las políticas keynesianas. Sin embargo, esta limitación del mercado sumía a las empresas, reguladas por el Estado, a estar constreñidas por marcos y compromisos legislativos. El proyecto neoliberal consistirá pues en liberar al capital de sus restricciones estatales y keynesianas.

Como Harvey explica, el éxito del liberalismo embridado fue dispar. Países de América Latina, sureste asiático y África no progresaron industrialmente tanto como Japón o países con mayor industria dentro del llamado *capitalismo avanzado*, como son los países desarrollados de Europa. Sin embargo, en 1960 comenzaron las señales de una grave crisis de acumulación de capital que se alargaría durante los años 70. En 1971 se produjo el abandono de los tipos de cambio fijos al perder Estados Unidos su control y pasar los dólares a estar depositados en los bancos europeos.

La instauración del programa neoliberal fue un proceso marcado por los diferentes experimentos nacionales como consecuencia de la profunda crisis económica. Es por ello por lo que podemos hablar de que existen *diferentes fórmulas de neoliberalización*. Su instauración en Argentina y Chile generó beneficios para el país y sus élites dominantes, así como a inversores extranjeros; sin embargo, los efectos redistributivos y el aumento de la desigualdad se han constituido desde entonces como rasgos estructurales del proyecto neoliberal, fruto a las políticas fiscales neoliberales que eliminaban impuestos a las rentas más altas,³⁶ de tal modo que los economistas marxistas Gérard Duménil y Dominique Lévy no dudan en afirmar que el proceso neoliberal no es más que «un proyecto para lograr la restauración del poder de clase».³⁷ Esta tesis la compartirá también Harvey, que entiende que la estrategia no ha sido muy efectiva a la hora de revitalizar la acumulación global de capital de manera redistributiva. Fue en aquel momento cuando se

³⁶ El economista Arthur Laffer acuñó a principios de la década de 1980 su famosa *curva de Laffer*, un gráfico donde explica cómo a mayores tipos impositivos menor es la recaudación fiscal del Estado. Son muchos son, sin embargo, los economistas que se han opuesto a esta controvertida explicación. No olvidemos que la época de mayor esplendor de Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial, tuvo como principal medida socioeconómica la subida de impuestos a las rentas altas, que junto con un aumento de la producción y los salarios, generó mayor redistribución, mejores infraestructuras, innovación tecnológica y aumento de la calidad de vida de la ciudadanía estadounidense. Fue la época del llamado New Deal.

³⁷ Cfr. *Ibid.*: p. 23.

formó el grupo neoliberal *Mont Pelerin Society*, integrada por Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, Milton Friedman y Karl Popper entre otros. Liberales clásicos por su adscripción al ideal de libertad individual, pero neoliberales por su defensa de la escuela neoclásica de los principios del mercado libre.

El neoliberalismo comenzó a tener cierta incidencia en la sociedad tras serles concedido el Nobel de Economía a Hayek en 1974 y a Friedman en 1976. A finales de los 1970, la conservadora Margaret Thatcher da un vuelco a la política socialdemócrata de la Gran Bretaña anterior, girando hacia el neoliberalismo, lo cual supuso un enfrentamiento directo entre el gobierno y los fuertes sindicatos británicos, y como consecuencia de ello la destrucción de todo vestigio de planificación fordista que impidiera la implantación del modelo de flexibilidad laboral neoliberal, la privatización y desmantelamiento del sistema de bienestar y la generación de un entorno fiscal y económico favorable para los negocios y la captación de inversión extranjera en el país. Además, Thatcher adelantó el fin de la sociedad como institución securitaria, al sentenciar que no hay «eso que se llama sociedad, sino únicamente hombres y mujeres individuales»,³⁸ es decir, que las formas de solidaridad serían disueltas instaurándose un *principio*³⁹ de privatización en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares. En última instancia, se trata de la atomización social de los individuos. Célebremente, Thatcher dirá que para la realización definitiva de esta transformación social «la economía es el método, pero el objetivo es cambiar el alma».⁴⁰

El proceder imperialista estadounidense de implementación del programa neoliberal era, a todas luces, de carácter violento, aunque de manera encubierta. Tejió redes de comercio mediante el uso de la fuerza o la amenaza; diseminó al resto del mundo los bancos de inversión de Nueva York, cuya actividad se incrementó después de 1973. La refinanciación de la deuda se convirtió en una herramienta política en manos de la administración del presidente estadounidense Ronald Reagan. A través de este nuevo instrumento de poder, el neoliberalismo estadounidense se fue expandiendo como

³⁸ Cfr. *Ibid.*: p. 29.

³⁹ Llamo principio a toda normatividad instaurada, aceptada y asumida socialmente, y que se consolida como principio rector de la conducta individual y de las instituciones sociales, tanto privadas como públicas.

⁴⁰ Cfr. *Ibid.*

doctrina que las instituciones internacionales del FMI y el BM exigían como modelo de acción gubernamental a las naciones que requerían la refinanciación de su deuda.

Con el advenimiento del neoliberalismo, explica Harvey, se cambió y redefinió el concepto de clase. La configuración social de clase deja de ser estable con el proceso de modernización, restaurándose, por otro lado, un poder de clase fuera de las estructuras tradicionales. La restauración del poder de clase no significó la restitución del poder de clase de la tradición aristocrática. Más bien, el significado de clase es hoy geográficamente distinto, o, en ocasiones, vacío de todo significado. Esto es interesante, puesto que nos encontramos, como vimos en el debate entre Nancy Fraser y Johanna Brenner, ante una ausencia, al menos aparente, pero desde luego sí percibida socialmente, de políticas de clase como respuesta a la racionalización neoliberal. El conservadurismo, por su parte, sí realiza políticas de clase, pues la puesta en práctica del neoliberalismo es una decisión constante en favor de las empresas (sobre todo de las más poderosas) en detrimento de la clase trabajadora; sin embargo, la izquierda, sobre todo la hegemónica socialdemocracia actual, cuando ha decidido llevar a cabo políticas de clase, han sido tibias y apenas han supuesto una mejora percible en el tiempo para la sociedad más modesta.

Retomando el hilo de la exposición, subrayamos que el proyecto neoliberal se consumó, en países como Chile y Argentina, mediante golpes de Estado militares, mientras que en Estados Unidos y Gran Bretaña habría de producirse por medios democráticos. Su “consentimiento” debía conseguirse mediante la articulación con el sentido común de la sociedad, el cual era influenciado a nivel cultural y dirigido mediante eslóganes políticos. Conceptos como “libertad” conducían las reflexiones y actos de los individuos hacia el consentimiento y la defensa del neoliberalismo como programa político y económico. En este proceso de la “transformación del alma” al que hacía referencia Thatcher, se apelaba a las tradiciones y valores culturales como un intento no de restaurar un poder económico de clase, sino como proyecto de un programa que haría avanzar la causa de las libertades individuales. Una vez obtenido este consentimiento, advierte Harvey, el aparato estatal neoliberal podría utilizar sus poderes políticos y económicos para mantener el clima de consentimiento y perpetuar su poder.

Al otro lado del Atlántico, la política interior y exterior de Reagan consistió en una medida importante en privilegiar a las instituciones financieras y los beneficios de bonos, sin importar si las medidas tomadas contribuían a la generación de una mayor

brecha de desigualdad social y la creación de una economía paralela a la economía cotidiana y productiva de la ciudadanía. Es decir, su política se basaba en crear un contexto favorable a los negocios y al mercado, más que a las necesidades de la población. Ello se llevó a cabo mediante la desregulación laboral y la privatización, en un proceso de des-sindicación, que en cierto modo también fue consentido por la mayoría social. Asimismo, la demanda de los trabajadores de mejores condiciones laborales que conciliaran su vida privada con una mayor flexibilidad horaria resultó en adelante una de las medidas políticas sobre el ámbito laboral que más repercusiones tuvo en la horadada base de los derechos de los trabajadores:

La falta de flexibilidad era una desventaja tan importante para los trabajadores individuales como para el capital. La pura demanda de una especialización flexible en los procesos de trabajo y de la contratación de una jornada laboral flexible podía convertirse en una parte de la retórica neoliberal que podía ser conveniente para algunos trabajadores individuales, en particular para los que habían sido privados de los beneficios exclusivos que en ocasiones confería esa fuerte sindicación. Una mayor autonomía y libertad de acción en el mercado laboral podía venderse como una virtud tanto para el capitalismo como para la mano de obra⁴¹

La flexibilidad, de este modo, terminó por generar una nueva explotación en un *sistema de acumulación flexible*.

El proceso neoliberal del Reino Unido tuvo como fuerte aliado la crisis de los años 1970. Thatcher se erigió en la figura que domesticaría el poder sindical británico, que había tenido una gran fuerza hasta que perdió el favor de la opinión pública con las huelgas de 1978. La apertura a la competencia y a la inversión extranjera destruyó toda la industria tradicional británica y, con ello, los sindicatos. El consentimiento se forjó a través de influencias hacia una clase media en valores de la propiedad privada, la libertad individual y la liberalización de oportunidades empresariales; la destrucción de los vínculos de solidaridad obrera y la desindustrialización, propagaron los valores de la clase media; la liberalización del mercado atrajo la cultura de consumo y a las entidades financieras se las potenció.

Debido a una evolución desordenada y al desarrollo geográfico desigual de las instituciones, el Estado neoliberal es una forma política *inestable y contradictoria*. El

⁴¹ Ibid.: p. 62.

Estado neoliberal debería garantizar las libertades individuales aplicando un marco jurídico; estas libertades son: el derecho a la propiedad privada, el imperio de la ley y las instituciones del libre mercado, la inviolabilidad de los contratos y el derecho individual a la libertad de acción, expresión y elección. Para ello, afirma Harvey, el Estado politiza el monopolio de la violencia.

Algunas de las contradicciones del Estado neoliberal consisten en el modo de interpretar el problema del poder monopolista, o de los fallos del mercado, los cuales

[...] se producen cuando los individuos y las compañías eluden asumir la totalidad de los costes imputables a su actividad, eludiendo sus responsabilidades al no permitir que el mercado valore su incidencia mediante el sistema de precios resultante (estas responsabilidades son, en lenguaje técnico, “externalizados”). El tema clásico para abordar este problema es la contaminación, puesto que los individuos y las compañías eluden los costes vertiendo gratis sus residuos tóxicos en el medio ambiente. Como resultado de su actuación, puede producirse la destrucción o la degradación de ecosistemas de producción⁴²

La teoría neoliberal presume que los agentes del mercado actúan teniendo acceso a la misma información que sus competidores, que no existen asimetrías de poder en el mercado libre; sin embargo, la realidad es muy diferente, ya que son aquellos que mejor informados están y, al mismo tiempo, más poderosos son y más contactos de interés tienen, quienes defienden su ventaja mejor y tratan de aumentarla, y para ello requieren generar aún más asimetrías de poder. De igual modo, quien posee mayor cantidad de patentes utilizará su poder monopolista para establecer precios monopolistas. Y así nos advierte Harvey: «La idea neoliberal de un sistema de información perfecto y de un campo de juego equilibrado para la competencia parece o bien una utopía inocente o bien una forma deliberada de enmarañar los procesos que conducirán a la concentración de la riqueza y, por lo tanto, a la restauración del poder de clase».⁴³

La teoría neoliberal está en pugna con la práctica neoliberal en algunas cuestiones. Una de ellas es la necesidad de crear un clima óptimo de negocios o de inversión, que el Estado suele considerar por encima frente a los derechos colectivos y laborales o medioambientales. Asimismo, otra de estas prácticas consiste en que, en caso de conflicto, el Estado tiende a privilegiar la integridad del sistema financiero y la solvencia

⁴² Ibid.: p. 76.

⁴³ Ibid.: p. 77-78.

de las instituciones financieras sobre el bienestar de la población o el medioambiente. Estas *contradicciones entre la teoría y la práctica neoliberal* conducen directamente a la revitalización de sus enemigos y miedos más profundos:

La reducción de la “libertad” a la “libertad de empresa” desata todas aquellas “libertades negativas” que Polanyi vio como inextricablemente ligadas a las libertades positivas. La respuesta inevitable consiste en reconstruir los vínculos de solidaridad social, si bien en virtud de líneas diferentes. Esto explica el renovado interés por la religión y la moralidad, por nuevas formas de asociacionismo (en torno a cuestiones de derechos y ciudadanía, por ejemplo) o, igualmente, la reedición de formas políticas más viejas (el fascismo, el nacionalismo o el localismo, entre otras). El neoliberalismo, en su versión pura, siempre ha amenazado con provocar el nacimiento de su propia némesis en una variedad de populismos y nacionalismos autoritarios⁴⁴

Surge de este modo la respuesta de los neoconservadores, que mantienen las tesis neoliberales del poder corporativo, la empresa privada y la restauración del poder de clase, así como la necesidad de un gobierno elitista y tecnócrata, la desconfianza hacia la democracia y el mantenimiento de las libertades de mercado. Sin embargo, se trata de un modelo más intervencionista, pues exhibe una fuerte preocupación por el orden frente al caos de los intereses individuales, y busca el mantenimiento y la seguridad del Estado frente a peligros internos y externos. El neoconservadurismo se configura como una moral “arrogante”, que promueve ciertos valores que considera superiores.

Para finalizar, en el análisis geopolítico de Harvey, China y Estados Unidos, motores económicos del mundo, han actuado como “Estados keynesianos” en un mundo gobernado por reglas neoliberales. Afirma en esta línea que «Estados Unidos ha recurrido de manera desmedida a la financiación mediante el déficit presupuestario de su militarismo y de su consumismo, mientras China ha financiado mediante el endeudamiento con créditos bancarios de dudoso cobro enormes inversiones en infraestructuras y un capital fijo».⁴⁵ Los hitos de la neoliberalización deben ponerse en entredicho. El crecimiento del PIB per cápita ha disminuido; tan sólo países como la India y China superan el balance, sin embargo, su neoliberalismo y sus características sociales, económicas y políticas, son particulares. El modelo neoliberal restringido de Suecia ha funcionado mejor que, por ejemplo, la neoliberalización persistente del Reino Unido. En

⁴⁴ Ibid.: p. 90.

⁴⁵ Ibid.: p. 167.

casos de países desarrollados, la evolución positiva de sus economías se debe a la explotación sobre otros países -como de hecho ocurre con Estados Unidos. La guerra es una herramienta al servicio del mercado, precisamente abriendo y generando mercados allí donde no lo había.

Este es sin duda uno de los análisis marxistas más interesantes dentro del campo de los estudios neoliberales. Por supuesto, habrá otros muchos que dialoguen con el de Harvey, que ha quedado constituido como referencia. Aunque, por mi propia orientación, como expliqué con anterioridad, no me centraré en el análisis marxista, habrá -necesariamente- conceptos y aspectos que llevaré a término a lo largo del trabajo. A continuación, en esta línea, daré cuenta de un análisis controvertido y diferente, pero que considero también crucial en cuanto al análisis de las lógicas e imperativos normativos que el neoliberalismo en su expresión de capitalismo financiero despliega en la sociedad contemporánea.

1.1.1.2 Crítica del valor. La huida hacia adelante

Una lectura que se realiza desde algunas corrientes del marxismo contemporáneo es que el neoliberalismo es una fase *nueva* del capitalismo, un capitalismo desregulado, acelerado, salvaje con los más débiles y basado en la economía financiera. La fase actual del capitalismo sería una reacción, una renovación de las bases del sistema capitalista para salir de la crisis a la que el intervencionismo socialista y las políticas keynesianas no podían dar respuesta.⁴⁶ Así, la instauración de un principio de no injerencia del gobierno estatal en la economía, la consolidación del mercado financiero situado en el centro gravitacional del nuevo orden económico, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la información que acelerarán los flujos del capital y la instauración de un nuevo “tiempo del capital” -y del trabajo- basado en el modelo 24/7 -producir y consumir las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana-, serán las bases del inicio de la nueva fase capitalista. Pero las continuas crisis, sobre todo la depresión económica global del 2008, pusieron de manifiesto que, según las tesis marxistas, con el neoliberalismo no estábamos más que ante una huida hacia adelante: el problema podía situarse en la categoría del *valor*, que debido a su contradicción interna, el desarrollo

⁴⁶ La lectura neoliberal es que esas mismas políticas keynesianas habrían conducido a la crisis de los 1960, así como también el intervencionismo estatal y el socialismo eran el germen de los totalitarismos que se experimentó en Europa en la primera mitad del siglo XX.

tecnológico necesario para la producción de valor, genera una disminución del valor, provocando una crisis de valor que la producción y el trabajo no pueden revertir - debido en gran parte a que el precio de las mercancías disminuyen, el trabajo posfordista del sector servicios no produce, sino que consume valor, se pierden puestos de trabajo sustituidos por máquinas y se genera población superflua: población sobrante con la que no se sabe qué hacer-. Por ello, la economía financiera neoliberal requiere del capital ficticio, es decir, de la deuda y el crédito, la anticipación de las ganancias futuras previstas -y que bien podrían no darse- para extraer valor. Esto dará una nueva vida al capitalismo; sin embargo, su crisis es más profunda y esta serie de medidas no serán suficientes para evitarla.

En este punto hacemos referencia a las tesis del grupo KRISIS -revista fundada en 1986- y los teóricos adscritos a la Crítica del valor. Dentro de este grupo se encuentran Robert Kurz, Moishe Postone⁴⁷, Roswitha Scholz y Anselm Jappe, entre otros teóricos. En nuestro país, son importantes las aportaciones y la recepción de su pensamiento que han llevado a cabo los profesores Jordi Maiso y Eduardo Maura.⁴⁸

La crítica del valor afirma que el capitalismo se encuentra en una fase de agotamiento que ya se albergaba en su lógica interna sistémica. El *capital ficticio*, aquel que es resultado de la combinación entre el crédito, la deuda y la economía financiera, es necesario para insuflarle nueva vida al sistema de producción. Asimismo, este grupo de intelectuales critica el empleo del concepto de “lucha de clases”, al ser mera lucha por la redistribución cuantitativa, que busca cambiar las cosas para que todo siga igual, eludiendo la *ruptura categorial* entre el valor y el dinero, el mercado y el Estado, el capital y el trabajo. La “lucha de clases” y la “democracia” son conceptos que siempre se han contrapuesto al concepto del capitalismo. Sin embargo, el primero hoy no es más que el motor del desarrollo capitalista, y el segundo, en su vertiente liberal, su forma política. Los conceptos de “fetichismo” y “valor” dan cuenta del paso de la actividad concreta del hombre (el trabajo) a algo abstracto y puramente cuantitativo como es el valor de cambio, y que se encarna en la mercancía y el dinero. No es una “ilusión”, sino una realidad. Sin

⁴⁷ Postone, Moishe (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Marcial Pons, Barcelona.

⁴⁸ Maiso, Jordi y Maura, Eduardo (2014). “Crítica de la economía política. Más allá del marxismo tradicional. Postone y Kurz”. ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política N° 50

embargo, hay en el concepto de valor, desde Marx, una contradicción que la lleva a su crisis final.

La valorización del valor es la lógica que los individuos han interiorizado de tal modo que el capitalismo no es ya un sistema que oprime y coacciona desde el exterior, sino que *produce subjetividades* que conciben el mundo de manera instrumental (y a los seres vivos y cosas que en él se encuentran). La sociedad de la competencia habría generado individuos violentos que desembocan en colectivos terroristas y matanzas, ya sea en forma de guerras, o debido a esta violencia social que denota en matanzas en institutos de EE. UU., o actos terroristas en parte de Europa y zonas de Oriente Medio como los vividos a principios del siglo XXI. La sociedad de la competencia inclina a los individuos hacia el caos y la muerte, tanto la ajena como la propia, a partir de la intensificación del resentimiento y odio hacia el mundo y hacia sí mismo: una pulsión de muerte, en definitiva.

Los autores de la Crítica del valor advierten que la dinámica de la valorización del valor del capital sólo se produce explotando la fuerza de trabajo de los individuos. Pero para que se puedan generar beneficios es necesario dotar a los trabajadores de herramientas con las tecnologías más innovadoras. La contradicción del sistema estriba en que, para maximizar el beneficio, se requiere sustituir el trabajo humano por el de las máquinas, perdiendo las mercancías cada vez más trabajo humano, única fuente de plusvalía, y, por ello, del beneficio. De este modo, la producción de valor y de plusvalía se estanca, teniéndose que recurrir al crédito, al capital ficticio de los negocios financieros, único modo de obtener beneficios que eran imposibles de conseguir ya en la economía real.

El trabajo, así, se ha devaluado como instrumento de la producción de valor. El valor se ha autonomizado del trabajo humano y ha alcanzado la fórmula C-C' (el capital produce más capital) sin la intermediación de las mercancías. Por ello, nos habla ahora del fetiche del trabajo Robert Kurz:

El problema ya no es la “explotación” en la forma-valor, sino el trabajo abstracto mismo, esto es la utilización abstracta y empresarial del ser humano y de la naturaleza. El “trabajo” ha perdido toda dignidad; como terapia ocupacional, moderna construcción de pirámides, fetichismo del puesto de trabajo y producción destructiva, no sirve ya para

asegurar, a un coste cada vez más ruinoso, la continuidad del sistema capitalista globalizado⁴⁹

De manera correlativa, la mercancía también ha sido devaluada. La mercancía, afirma Jappe, es una forma específica de producto humano que posee una estructura particular. Está destinada a la venta y al mercado: no cuenta su utilidad, sino su capacidad de venderse y transformarse en otra mercancía a través del dinero. La sustancialidad de la mercancía no se da por el trabajo concreto (las actividades realizadas en la elaboración del producto), sino por el trabajo abstracto: la cantidad de tiempo de trabajo que se ha gastado en producirla. Es la propia mercancía (en tanto que valor de cambio, sujeto automático) la que regula la producción a través del mercado, sin importar las necesidades humanas, nos dice a continuación Anselm Jappe:

En la sociedad de la mercancía, el trabajo privado y concreto sólo se hace social, o sea útil para los demás y, por ende, para su productor, a trueque de despojarse de sus cualidades propias y de hacerse abstracto. A partir de ahí, sólo cuenta el movimiento cuantitativo, es decir, el aumento del trabajo abstracto, mientras que la satisfacción de las necesidades se convierte en un efecto secundario y accesorio que puede darse o no⁵⁰

Según estos teóricos, sería la devaluación del trabajo (abstracto) humano -fruto de la producción automatizada por la maquinaria industrial y por la economía financiera- y la devaluación de la mercancía lo que termina por sacar a la luz las contradicciones de la categoría de valor capitalista, y entrando en crisis la economía de las naciones. Lo que se denomina “crisis” o “depresión económica” no es más que un fenómeno secundario, manifestaciones visibles de la auténtica crisis: la crisis del valor. Realizar una crítica contra el neoliberalismo y las finanzas como responsables únicos de la crisis es una crítica simplista. Se buscan a los culpables de los excesos y se aboga por regular los mercados financieros o por un mayor intervencionismo sobre la economía. Del mismo modo, el *anticapitalismo* de la izquierda radical debe ser traducido como *antiliberalismo*. Una izquierda, dirá Jappe, que sólo puede concebir alternativas dentro de dictaduras con economía dirigida. Las crisis por sobreacumulación son incluso provechosas para el capitalismo, ya que se traduce en lo que Joseph A. Schumpeter, de manera determinante, denominó *destrucción creativa*.

⁴⁹ Jappe, Anselm; Kurz, Robert y Claus, Ortlieb (2014). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Pepitas de Calabaza, Madrid: p. 53.

⁵⁰ *Ibid.*: p. 68.

Es debido a la crisis del valor que, como nos describe Jappe al inicio de su Obra *Crédito a muerte*, la economía mundial debía refundarse y buscar nuevos paradigmas, por lo que se basó en el crédito y en la deuda para sobrevivir:

El crédito no es otra cosa que una anticipación de las ganancias futuras previstas. Pero cuando la producción de valor, y en consecuencia de plusvalía en la economía real, se estanca (lo que nada tiene que ver con un estancamiento de la producción de cosas; pero es que el capitalismo gira en torno a la producción de valor y no de productos en cuanto a valor de uso), sólo las finanzas permiten a los propietarios de capital extraer beneficios que ahora son imposibles de obtener en la economía real [...]. El neoliberalismo era, por el contrario, la única manera posible de prolongar todavía un poco más la vida del sistema capitalista. Un elevado número de empresas e individuos pudieron mantener durante largo tiempo una ilusión de propiedad gracias al crédito. Ahora también esta muleta se ha roto. Pero el retorno del keynesianismo, evocado un poco por todos lados, será del todo imposible: ya no hay dinero “real” suficiente a disposición de los Estados, es decir, dinero que no haya sido creado por decreto o por especulación, sino que sea el fruto de una producción de mercancías conforme a estándares de productividad del mercado mundial

El crédito ha dado una segunda vida al capitalismo, financiando la valorización de la fuerza de trabajo e invirtiendo en capital fijo. El desarrollo tecnológico supone una separación entre el papel de la fuerza de trabajo (fuente de valor y plusvalía) y el papel de los instrumentos de trabajo (pagados con la plusvalía obtenida de la fuerza de trabajo): «En consecuencia, el recurso al crédito no puede más que aumentar con el transcurso de los años y encaminarse hacia un punto sin retorno. El crédito, que es un beneficio consumido antes de haberse realizado, puede posponer el momento en el que el capitalismo alcance sus límites sistémicos, pero no puede abolirlo».⁵¹ No puede existir una sociedad basada en el trabajo del sector servicios, pues éste no reproduce el capital, sino que depende de los sectores productivos.

Para terminar este punto, aludo a este aspecto: como destaca Jappe, en esta cuestión se dilucida también el punto al que debe apuntar la crítica social. Si bien existe toda una industria cultural crítica del sistema, esta apunta con frecuencia a cuestiones meramente superficiales. En ese sentido Jappe puede concluir: «Sólo a partir de un

⁵¹ Ibid.: p. 52.

cuestionamiento radical de la lógica de la mercancía se pueden entender las raíces profundas de tales tendencias a la deshumanización».⁵²

1.1.2. *Lectura de Foucault*

1.1.2.1. Gubernamentalidad neoliberal. La razón rectora

La obra seminal de muchos de los estudios contemporáneos sobre el neoliberalismo es la ya mencionada *Nacimiento de la biopolítica*, correspondiente al curso de 1979 del Collège de France, donde Michel Foucault impartía sus clases desde 1970. Hasta tiempos más o menos recientes, no disponíamos de esta obra en su totalidad como la conocemos hoy, y apenas disponíamos de unas cuantas anotaciones en torno a sus clases. De manera significativa, la publicación y traducción del curso coincide con el momento de máxima atención académica al problema del neoliberalismo, pero también a la cuestión de su posible crisis.

Tras *Vigilar y castigar*, escrita en 1975, Michel Foucault fue dando paulatinamente un cambio en su pensamiento y en sus posteriores trabajos. Las etapas de su pensamiento han sido suficientemente estudiadas. Con *Seguridad, territorio y población*, el curso que impartió en 1978, Foucault empieza a dar forma a un nuevo esquema de pensamiento, confirmando un cambio de rumbo en el planteamiento de sus investigaciones. Aquí presenta por vez primera su noción de *gubernamentalidad*, así como trata la relación entre los mecanismos disciplinarios y los dispositivos de seguridad empleados por el liberalismo.

Cuando Foucault dio título al curso de 1978-1979 y comenzó sus clases, su intención primera era continuar con su noción de biopolítica empleada dos años antes en su libro *La voluntad de saber*. En todo caso, deberá disculparse por ello, ya que definitivamente el curso se centra en el análisis de las racionalidades de gobierno en el liberalismo clásico y en el neoliberalismo tal y como Foucault lo podía conocer hasta ese momento, y con especial atención a las obras escritas en el entorno de los años 1930 y posteriores. Es justo decir -ya lo hemos indicado- que habría podido dar cuenta de los experimentos que el neoliberalismo llevaba a cabo en América Latina, en México o Chile, y su vinculación ideológica con las dictaduras, pero decidió dejarlo de lado y no tomarlo en cuenta, quizá por el tipo de elementos que le interesaba destacar más del fenómeno y

⁵² Ibid.: p. 16.

por atrapar su originalidad en otros ámbitos. El tratamiento que hace Foucault del neoliberalismo dentro de la biopolítica explica perfectamente el cambio en su planteamiento de investigación, ya que en ese momento tratará de pensar sobre aquellas formas de administración de la vida a través de un gobierno de los individuos que tenga en cuenta su libertad y los gobierne actuando exclusivamente a través de ésta.

No es fácil explicar el porqué del cambio de rumbo en el pensamiento de Foucault, ni podemos hacernos cargo aquí de esta cuestión en su amplitud. Sí podemos recordar que la década de 1970 fue ciertamente convulsa debido a la crisis del modelo keynesiano y de todo el sistema que se había impuesto tras el periodo de las guerras mundiales. La crisis, la depresión económica, el desempleo, pero también las ansias de cambio de una sociedad que había explotado en el Mayo del 68, todo ello supone un caldo de cultivo al que el propio Foucault no es ajeno. En estas circunstancias, era un factor determinante la aparición de diferentes y múltiples discursos en torno a la autonomía fuera del Estado, el crecimiento y la innovación que, finalmente, el neoliberalismo supo movilizar o, en todo caso, encauzar de algún modo hacia su propio ideario.

Es igualmente sabido que Foucault es en aquel momento un crítico implacable del marxismo, especialmente en su realidad política, y su análisis del gobierno liberal y neoliberal debe pensarse en el marco de la necesidad de abordar el estudio del neoliberalismo, y de darle una respuesta, al margen de los elementos de la teoría y la práctica marxistas. Sus patrones de pensamiento, considera, están obsoletos. Un socialismo carente de imaginación política se verá abocado a seguir los preceptos del neoliberalismo, y por tanto, dar un giro a la derecha, aunque sus políticas sociales puedan seguir siendo progresistas. Es en este punto (directamente vinculado a la política francesa de finales de los 70) en el que Foucault se refiere a la necesidad de “inventar” una gubernamentalidad específicamente socialista.

En este contexto Foucault desarrollará su curso del 79 y su análisis del neoliberalismo, que no puede tomar pie ya en Marx y su *Capital*, sino en otros elementos, entre ellos la teoría de la subjetividad.

Uno de los elementos centrales del curso del 79 es la diferencia que Foucault establece entre el modelo de gobierno liberal frente a la razón de Estado establecida durante los siglos XVI y XVII. Este es el momento del mercantilismo, del Estado de

policía y del ejército permanente: una gubernamentalidad que gobierna por la fuerza y la capacidad del poder de matar. De este modo, surgirá en el siglo XVIII un liberalismo cuya preocupación principal será la de encontrar un equilibrio entre gobernar demasiado y gobernar demasiado poco. La razón gubernamental se impondrá una limitación a través de la economía política. Así, dice Foucault, la economía política descubre una cierta naturaleza de la acción gubernamental. «La economía política pone de manifiesto la existencia de fenómenos, procesos y regularidades que se producen necesariamente en función de mecanismos inteligibles».⁵³ Y, por lo tanto, de lo que se trata ahora es de gobernar acorde a la naturaleza, sustituyendo el criterio de legitimidad por el del éxito o el fracaso de la acción gubernamental.

Foucault consideraba que, en la anterior razón de Estado, el límite al poder era *externo*, esto es, por ejemplo, el derecho, que se encontraba fuera de los detentores del poder, y a través del cual podían ser juzgados los abusos de la soberanía. Al liberalismo le será de suyo una *limitación interna*, reflejado en este momento en el éxito o fracaso de sus acciones, y fijado por la economía política. Y aquí está la importancia que da Foucault a este cambio: será ahora con el liberalismo que se establezca un programa de *autolimitación del gobierno*, apelando a sus objetivos y a sus condiciones materiales antes que a supuestos derechos naturales o límites normativos.

Finalmente, antes de adentrarme en el análisis propiamente del neoliberalismo, destaco este otro aspecto: Foucault pone el acento sobre la cuestión del mercado como lugar de *veridicción*, en el siguiente sentido: el liberalismo no tomará el comercio como un espacio que se debe regular, sino que se tratará de un marco establecido por obedecer mecanismos naturales propios, por los cuales se establece una determinada *verdad*. Es, por tanto, en el mercado donde se establece la verdad del gobierno, dicho de otro modo, donde se verifica o se falsea la práctica gubernamental.

El neoliberalismo queda igualmente definido por Foucault como una “racionalidad gubernamental”, es decir, una racionalidad política de la forma de gobierno que guía la conducta de los individuos, las instituciones y de los Estados. A esta racionalidad rectora la denominamos *razón neoliberal* o *gubernamentalidad neoliberal*. Una primera definición de gubernamentalidad la realiza Foucault en *Seguridad, territorio*

⁵³ Foucault, Michel (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. AKAL, Madrid: p. 28.

y *población*, de manera muy vinculada a la noción de biopolítica, dirigida a todo aquello que afecta a la vida de las poblaciones:

Por *gubernamentalidad* entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma bien específica, siempre muy compleja, de poder que tiene como blanco principal la población, como forma principal de saber la economía política, como instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad⁵⁴

Este concepto se ampliará con la introducción de sinónimos como el “arte de gobernar” o “racionalidad gubernamental”, y designará de este modo las formas de dirigir a los individuos que suelen ser invisibles a ellos. Así, el punto de partida de la investigación en *Nacimiento de la biopolítica* es tratar, dice Laval, «de comprender cómo se han podido conciliar prácticamente un arte de gobernar específicamente liberal, cuyo principio es la limitación de su ejercicio, y una política que extiende sus tecnologías a la población, a los espacios de vida, a múltiples actividades y dominios de la existencia».⁵⁵

Christian Laval, uno de los investigadores más importantes de la obra de Foucault, analiza que, en *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault busca “revelar los mecanismos del poder” que se aleja de los elementos políticos, de manera más exterior e invisible. Estos elementos, ajenos a lo político y, al mismo tiempo, “lo propio de lo político”, son la familia, el sexo, la educación, el trabajo o los intercambios. Sus análisis no buscan ser la verdad, sino desbloquear y ayudar al desvelamiento de la verdad «la práctica de Foucault se presenta como una lucha que apunta a contrarrestar tanto como puede las formas más sutiles con las que el poder impone su verdad, moviliza ciertos saberes, pone en marcha ciertas técnicas».⁵⁶

Esto nos permite avanzar en el sentido de su curso. Foucault realiza una labor arqueológica en busca de las ideas y principios originales del liberalismo de la economía política y su evolución histórica hasta nuestros días. Como escribí anteriormente, en el siglo XVIII se impone, frente a la razón de Estado -que es aquella encarnada en el gobernante soberano, sólo limitada por factores externos, principios y reglas por encima de él-, un régimen al cual se impondrá un límite interno que dicte “no gobernar demasiado”, un límite no a la legitimidad del soberano, sino al exceso de gobierno. La

⁵⁴ Cfr. Laval, Christian (2020) *Foucault, Bourdieu y la cuestión neoliberal*. Gedisa, Barcelona: p. 42.

⁵⁵ *Ibid.*: p. 43.

⁵⁶ *Ibid.*: p. 32.

razón gubernamental se impone una autolimitación a través de la economía política. Asimismo, tiene la necesidad de un cierto despotismo a través de la figura de los fisiócratas; del mismo modo que la economía política reflexiona sobre las propias prácticas gubernamentales. Así, descubre y estudia que hay una cierta naturaleza de la acción gubernamental, y, por lo tanto, de lo que se trata es de gobernar acorde a la naturaleza, sustituyendo el criterio de legitimidad por el de éxito o el fracaso de la acción gubernamental.

Surge de este modo la doctrina liberal, un nuevo *arte de gobernar* que busca limitar desde dentro el ejercicio del poder de gobierno, intrínsecamente. Aquello que conectará la economía política liberal con la razón de Estado no van a ser ni los economistas ni diferentes modelos económicos que llevar a cabo, sino el mercado como “lugar de veridicción”, como el espacio de formación de verdad. Durante la Edad Media el mercado se constituía como espacio de justicia, con unas reglas estrictas y fijas, donde el precio de venta que era fijado en el mercado era justo o se consideraba que debía serlo. Será a mediados del siglo XVIII cuando será necesaria una transformación en el modo de comprender el mercado, y se vea en él un conjunto de mecanismos “naturales” y “espontáneos” que si se trataban de modificar quedaban alterados y desnaturalizados. Por contra, al dejar actuar estos mecanismos naturales se forma cierto precio “natural”, “bueno” o “normal”. Y es en este sentido que el mercado es un *lugar de veridicción*. Así, dice Foucault «[...] los precios, en cuanto se ajustan a los mecanismos naturales del mercado, van a constituir un patrón de verdad que permitirá discernir en las prácticas gubernamentales las que son correctas y las que son erróneas».⁵⁷

Foucault, como también explica Laval, aborda su análisis del neoliberalismo no tanto como una nueva fase del capitalismo, sino como *gobierno de los hombres y producción de sujetos*. Es decir, el neoliberalismo forma parte de su reflexión en torno a los diferentes tipos históricos de gubernamentalidad:

Se trata para él de repensar el poder, no como un centro unitario desde donde se difundirían de órdenes o desde donde caerían sanciones, sino como un modo determinado, históricamente caracterizado, de conducir a los individuos en una sociedad dada. En otros términos, ya no se trataba de tomar el Estado como punto de partida, sino de prácticas y relaciones que, aun estando incluidas en un movimiento continuo de estatalización, no se

⁵⁷ Foucault, *NBP*: p. 42.

puede reducir al ejercicio de una dominación centralizada, vertical y siempre idéntica a sí misma⁵⁸

El modelo de limitación al poder que se va a imponer en Europa a partir de entonces es el del radicalismo inglés, que parte no del derecho, sino de la propia práctica gubernamental. Su ámbito de reflexión se encuentra ligado a la corriente del utilitarismo, e impone al gobierno un ámbito de intervención circunscrito por la utilidad o inutilidad de sus intervenciones. «La esfera de competencia del gobierno va a definirse ahora, de seguir este camino, precisamente a partir de lo que para él sería útil o inútil hacer y no hacer. El límite de competencia del gobierno se definirá a través de las fronteras de la utilidad de una intervención gubernamental».⁵⁹ Esta imposición de límites a la práctica del gobierno lleva consigo determinadas concepciones de la ley y de la libertad jurídica. La ley será concebida como el efecto de una transacción que trasciende el espacio de intervención del gobierno y el espacio de independencia de los individuos. Y la libertad jurídica será concebida por la independencia de los gobernados respecto de los gobernantes.

De este modo, la práctica del gobierno transmutará en una administración de los intereses, interés del individuo e interés colectivo, «un juego complejo entre derechos fundamentales e independencia de los gobernados».⁶⁰ El gobierno puede influir a partir de estos intereses. El gobierno, así, se ejerce a través de la influencia, es decir, tratando de influir a los individuos a través de sus intereses, un modo de gobierno que Foucault denomina como «república fenoménica de los intereses».⁶¹

Foucault explica que los mercantilistas entendían la economía como un juego de suma cero. Esto es, de manera muy resumida: para ganar riqueza debes quitársela a otro. Esto se debe a que hay una cierta cantidad de oro finita, material con el que se hacen las monedas y material cuyo valor se emplea para el intercambio comercial y medidor de riqueza. Este juego económico en libre competencia permite fijar unos precios (buenos y justos) con los que no sólo gana el vendedor, sino también el comprador. Y es por ello por lo que en la medida en que mi vecino (Estado) y yo comerciamos, ambos nos enriquecemos y, por lo tanto, el comercio es competencia y es colaboración a la vez.

⁵⁸ Laval, *Foucault*: p. 35.

⁵⁹ Foucault, *NBP*: p. 51.

⁶⁰ *Ibid.*: p. 56.

⁶¹ *Cfr. Ibid.*: pp. 57-58.

En la medida en el que en las relaciones comerciales del mercado hay una cierta espontaneidad natural y unos principios o leyes inmutables que los gobernantes no sólo no deben alterar, sino que además deben aprender y analizar para llevar a cabo el correcto arte de gobernar, un gobernar como un “no gobernar demasiado”, “dejar hacer”, los gobiernos son juzgados dentro de su utilidad o inutilidad. Un dejar hacer que defina al gobierno en torno al mercado, a sus mecanismos naturales. Por tanto, no es el respeto a la libertad individual lo que define a la gubernamentalidad liberal, sino la libertad que se encuentra en el centro de la práctica comercial: la *libertad de empresa*.

La libertad que se requiere dentro de este sistema debe ser *producida*, puesto que no se encuentra en la naturaleza social. Esta producción de libertad genera determinadas coerciones de tal modo que se debe garantizar y asegurar la libertad y los intereses de los individuos frente a los del colectivo, así como los intereses del colectivo frente a los individuales. Se generan unos riesgos y peligros que la nueva gubernamentalidad debe gestionar y resolver, riesgos coyunturales a una sociedad mercantil, de carácter técnico, y donde el gobierno útil se define por ser aquel que resuelve los problemas que surgen en las sociedades complejas mercantiles, y a la vez aquel que no genera nuevos problemas. Por ello, Bentham define su panóptico como el modo de gobierno liberal por antonomasia: un gobierno en vigilancia que ejerce un control sobre las libertades y las conductas de sus individuos.

Laval explica que, para Foucault, entre libertad y coacción hay un vínculo insoslayable, a diferencia de posiciones tan determinantes como las de Milton Friedman. Por ello puede afirmar que el panóptico es la fórmula del gobierno liberal. Esta posición está sujeta a modulaciones, en cualquier caso. Si bien Foucault no abandonará por completo su concepción de la sociedad disciplinaria, se producirá posteriormente a su publicación de *Vigilar y castigar*, en 1975, un deslizamiento en el análisis. No se trata ya sólo del vínculo entre libertad y coacción, de la producción de sujetos trabajadores mediante el disciplinamiento de los cuerpos, sino que es necesario atender a la transformación del liberalismo en una tecnología del gobierno de los hombres, en un nuevo arte de gobierno en el que la libertad -más que el gesto del cuerpo dócil- es un aspecto central para la dirección de las conductas.

Como mostré en anterioridad, con el cambio de paradigma social hay también un desplazamiento en el análisis de Foucault, en concreto, de las técnicas de producción (la organización de la producción de los hombres y de los bienes) a las técnicas de circulación

(la de hombres y bienes en el “espacio abierto de la sociedad”, entendida ésta como mercado). De este modo, ha de producirse la subjetividad del *homo oeconomicus*, a través de procesos complejos en los que se dan cita el disciplinamiento, el adiestramiento y la conformidad con un sistema de normas y principios que empuja a los individuos a realizar sus propios cálculos de utilidad.

El utilitarismo y su cálculo de interés, resume Laval, servirán como marco del gobierno liberal, generando formas de poder más sutiles que se apoyan en el interés y el intercambio, cuyo alcance es individual y colectivo, más que en la disciplina del adiestramiento de los cuerpos y la biopolítica de las poblaciones.

El arte liberal consiste esencialmente en hacer de tal manera que los individuos sean incitados a seguir su propio interés, a producir riquezas útiles para ellos mismos y para los demás y, a través de ellas, producir su propia felicidad, minimizando al mismo tiempo, tanto como sea posible, las inevitables disminuciones de libertad que tal maximización implica por el hecho mismo de la acción pública. [...] Los “dispositivos” y “tecnologías” de este arte liberal son instrumentos de producción del bienestar de la población regidos por un cálculo de las consecuencias de la acción gubernamental⁶²

Así, el arte de gobernar liberal genera libertad a través de normas, leyes y principios, pero también de vigilancias. Es un poder que se ejerce y se administra jurídicamente, mediante técnicas jurídicas que incentivan o desincentivan la acción de los individuos instruidos en el cálculo de intereses.

Para Foucault, como vemos en otro de sus textos importantes sobre el poder, no se puede ejercer el poder sin libertad. Es un punto central de su analítica del poder. La carencia de libertad en las relaciones no es poder, es represión, es dominación. «El poder se ejerce sólo sobre sujetos libres, y solamente en la medida en que ellos son libres. Con esto queremos decir, sujetos individuales o colectivos que están enfrentados con un campo de posibilidades en el que se puedan realizar diversas formas de conducirse, diversas reacciones y diversos comportamientos».⁶³ La libertad es condición necesaria del poder y de las relaciones de poder. Paradójicamente, a esta le va de suyo la intransigencia con el poder. «El problema crucial del poder no es el de la servidumbre voluntaria (¿Cómo podríamos buscar el ser esclavos?). En el centro mismo de la relación

⁶² Laval, *Foucault*: p. 53.

⁶³ Foucault, Michel (1991). *El sujeto y el poder*. Carpe Diem, Bogotá: p. 87.

de poder y constantemente provocándolo, están la desobediencia de la voluntad y la intransigencia de la libertad».⁶⁴

Según su análisis, el neoliberalismo se diferencia del liberalismo en que lo que se busca es, de manera activa, «ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado».⁶⁵ El gobierno neoliberal debe intervenir, y lo hace de dos maneras: mediante *acciones reguladoras*, que tiene como fin mantener y estimular la economía de competencia, y mediante *acciones ordenadoras* para constituir el marco donde se va a establecer el libre juego económico, es decir, las condiciones de existencia del mercado. El sujeto es gobernable a través de su medio, el cual es moldeable, transformable. La libertad la practica en ese medio producido políticamente. Este modo de poder es una “acción a distancia”.

El neoliberalismo ha unificado las lógicas del mercado y del Estado en la lógica de la competencia. Ello se produce identificando el buen resultado de la economía del país como el buen funcionamiento del gobierno estatal y su fuente de legitimidad (es decir, que individuos y empresas sean competitivas, lo que resalta en ganancias y beneficios).

En la misma dirección, y de manera importante para nuestro argumento, Foucault sostiene que el neoliberalismo no busca mejorar o continuar el capitalismo, sino fundar y producir uno nuevo. De este modo, se concibe la economía como un juego con unas normas formales que posibilitan la libertad de los individuos dentro de un marco “de juego” regulado, un marco jurídico garantizado por el Estado. La pregunta liberal sobre los límites del gobierno se articula, así, con una “política de la vida”. De este modo, la *biopolítica* es la lógica de la gubernamentalidad liberal. Y la vía mayoritaria que se empleará en los próximos siglos será la utilitarista, actuando sobre los intereses individuales y apoyándose en el saber económico para limitar el empleo de los medios gubernamentales. Convirtiendo, así, a la economía política en criterio de acción público. La libertad es ahora el resultado de una intervención política. Pero la producción de libertad genera, a su vez, efectos, tensiones dentro de las sociedades que reclaman seguridad y cuidados. Así, surgirá la *sociedad civil* como un plano de referencia epistemológico nuevo sobre el cual se aplican las políticas liberales. Es por ello que el

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Foucault, *NBP*: p. 137.

problema del liberalismo, su división entre liberalismo económico y liberalismo social, radica en su imposibilidad de armonizar la tensión agónica entre la producción del capital y la reproducción de la población.

Para Foucault, el liberalismo clásico no se preocupó nunca de la cuestión del trabajo, dejando un vacío teórico. El paso teórico que dará el neoliberalismo será el de situar al trabajador ya no como un objeto, «el objeto de una demanda y una oferta bajo la forma de fuerza de trabajo, sino un sujeto económico activo»,⁶⁶ es decir, como *empresario de sí*. Un trabajador trabaja por un salario, por un ingreso. De tal modo que el “salario-ingreso” fruto del trabajo se concibe como renta del capital, eliminándose así el estado de trabajo abstracto ya que el trabajador no *vende* su fuerza de trabajo, sino que *invierte* su fuerza de trabajo como sujeto económico activo. Se concibe al trabajador como una máquina a la que no se puede dissociar unos flujos de ingresos, una máquina positiva, no alienada, de modo que el propio trabajador se presenta como *empresa* para sí mismo. Se pasa del *homo oeconomicus* del liberalismo clásico (intercambio entre socios equivalentes) al *homo oeconomicus* del neoliberalismo, que es un empresario, un empresario de sí mismo, «que es su propio capital, su propio productor, la fuente de sus ingresos».⁶⁷ Incluso cuando los individuos consumen, permanecen siendo productores, ya que producen su propia satisfacción.

El ordoliberalismo, explica Foucault, que es neoliberalismo pero en su vertiente específicamente alemana, tiene su origen en la Escuela de Friburgo, fundada por Walter Eucken. La política alemana la tomará como modelo tras la Segunda Guerra Mundial. Consiste en darle prioridad a la libertad económica y de mercado, la cual ejerce de legitimadora del nuevo Estado alemán. El mercado surge como un límite del poder político del Estado. «El mercado como objetivo, principio, y forma del Estado», describe Laval. Asimismo, el mercado es también *efecto* del Estado, pues éste debe realizar un marco jurídico-político estable para el correcto funcionamiento del libre juego económico. El crecimiento económico y el bienestar social son la condición de legitimidad del Estado y, por lo tanto, su responsabilidad. Debe llevar a cabo una “política de sociedad” actuando sobre el “entorno social” (el medio en el cual se mueven los

⁶⁶ Ibid.: p. 226.

⁶⁷ Ibid.: p. 228.

sujetos). Un modo de gobernar *para* el mercado, como describe Laval a través de su lectura de Foucault:

[...] la “sociedad” se convierte así explícitamente en el blanco de las políticas gubernamentales. Promotora del mercado, la “política de sociedad” constituye el elemento regulador de un Estado dotado él mismo de la función de crear y defender una lógica de competencia en el mercado económico, protegiendo al mismo tiempo a la sociedad de los efectos anómicos de la competencia mediante el sostenimiento de estructuras de organización comunitaria o formas de actividad que estimulen la responsabilidad individual, como, por ejemplo, la pequeña empresa. Es lo que Müller-Armack, a comienzos de los años 1950, llama la “economía social de mercado”⁶⁸

A diferencia de otras concepciones más clásicas del liberalismo, para el ordoliberalismo el mercado no es expresión de una naturaleza, sino el producto y el efecto de unas determinadas políticas, definido, eso sí, por el *eidos* de la competencia. El mercado no revela la verdad del precio de las mercancías, sino que busca encontrar el mejor precio posible para el consumidor, que será el beneficiario del sistema de competencia. «La intervención gubernamental será estimulada cuando vaya dirigida a establecer y mantener, mediante políticas “ordenadoras” y “reguladoras”, un marco que permita el juego de los mecanismos de competencia en la economía, sin perturbaciones monopolísticas, sindicales y sociales, administrativas o monetarias.

Para el neoliberalismo norteamericano, o también llamado “anarco-capitalismo”,⁶⁹ cuyas características *diferenciadas* Foucault quiere exponer, el fin último es instaurar una “política social privatizada” cuyo único objetivo es el óptimo funcionamiento del mercado y la maximización del rendimiento, de los beneficios. Para llevar a cabo sus modelos de sociedad, los ordoliberales se fijaban en la pequeña empresa, mientras que los neoliberales se fijan en la empresa, vinculada al cálculo de la rentabilidad. El sujeto de la sociedad neoliberal se constituye como agente económico, capital humano, emprendedor de sí mismo.

⁶⁸ Laval, *Foucault*: p. 59.

⁶⁹ Esta expresión que es común en algunos ámbitos, no la emplearé mayormente aquí dado que no entiendo que en EE.UU. se esté dando un anarco-capitalismo, sino que más bien el poder político ha establecido un fuerte sistema de mercado y de servicios privatizados que sustituyen en gran parte a las infraestructuras sociales públicas y a los servicios públicos que disfrutamos en Europa. Pero ello no se debe a algún tipo de anarquía, sino que es el resultado de una decisión política y de gobiernos estatales.

Foucault podía llegar a considerar que el neoliberalismo, considerado ideal y utópicamente, podría borrar todo disciplinamiento y normalización social gracias al juego de la competencia que incita a un movimiento constante y necesario de innovación y diversidad. Y, sin embargo, en su análisis pone el acento en las formas de poder del arte liberal de gobierno, lo que nos invita a pensar que no se permitía ingenuidades sobre el neoliberalismo como las que en ocasiones se le atribuyen, y ofreció un bosquejo de análisis crítico sobre éste.

Esto entra en debate con la lectura que realiza Daniel Zamora de la obra del filósofo francés, que ha tenido una enorme difusión en los últimos años.⁷⁰ Para Zamora, Foucault no sólo no fue crítico con el neoliberalismo: igualmente, es posible rastrear a lo largo de su bibliografía y sus declaraciones un conjunto de fragmentos de texto que le permiten sostener que Foucault sería un defensor de las ideas socioeconómicas y políticas neoliberales, directamente opuestas a la consolidación del Estado social o del bienestar. Si bien es cierto que Foucault resulta algo ambiguo en su lectura del neoliberalismo, resulta cuando menos llamativo que Zamora pase por alto una advertencia de Foucault, quien en una declaración -a la que ya he aludido- en su *Nacimiento de la biopolítica* confirma que de lo que se trata en el futuro es de generar una gubernamentalidad propia del socialismo, del mismo modo que ha hecho el liberalismo, extendiéndose hasta nuestros días como neoliberalismo.⁷¹ Al margen de ello, y de sus propios excesos, la lectura de Zamora peca sin duda de anacrónica, por cuanto que coloca a Foucault en discusiones sobre los derechos sociales que sólo tienen sentido en el marco de los debates posteriores. A la altura de 1979 el problema que se plantea Foucault es el de desentrañar la naturaleza del nuevo régimen de gobierno que ganaba terreno en Europa y América pero no se había dado aún una forma institucional concreta.

Por mi parte, y en este sentido, defiendo, con Laval, que es posible encontrar en Foucault una perspectiva crítica del neoliberalismo, con el matiz de que muy probablemente, como otros teóricos que fueron críticos con la izquierda marxista de su época, pudiese ver -y quisiese subrayar- en el neoliberalismo un discurso nuevo que, disfrazado de “progresista” e “innovador”, le seduciría en parte. Siguiendo el argumento de Laval, dice:

⁷⁰ Zamora, Daniel y Beherent, Michael C. (comps.) (2017). *Foucault y el neoliberalismo*. Buenos Aires, Amorrortu.

⁷¹ Foucault, *NBP*: pp. 103-104.

El poder sólo se ejerce produciendo -y esto ocurre siempre así- un determinado tipo de sujetos sometidos a normas de conducta, de palabras, de pensamiento. El poder atraviesa a los individuos y los normaliza. No parece que las técnicas del poder liberal constituyan una excepción, en este sentido, para Foucault. Por el contrario, hay sin duda una modificación del tipo de subjetivación requerida por el juego de la competencia. La insistencia en el capital humano y la figura del “emprendedor de sí mismo” procede de un esfuerzo por aislar esta originalidad y la coherencia del neoliberalismo⁷²

Tras dar cuenta en la tesis de la importante lectura de Foucault sobre el neoliberalismo, esto es, su análisis, avanzaré para dar cuenta de determinadas nuevas doctrinas económicas que surgieron en el siglo XX como una contestación a los autoritarismos, primero, y a las políticas keynesianas, en segundo lugar. Esto es, el ordoliberalismo alemán, originado en la Escuela de Friburgo, y el neoliberalismo norteamericano, de la mano de la Escuela de Chicago.

Estas doctrinas pondrán las bases de lo que será las políticas económicas de las siguientes décadas a partir de los años 1980, con la llegada de Ronald Reagan y Margaret Thatcher a sus respectivos gobiernos en EE.UU. y Reino Unido, dando paso a la era del neoliberalismo que, a pesar de haber sido dado por muerto desde 2008 con la crisis bursátil y su salida en falso de ésta, nos acompaña aún en pleno 2022, si bien en una variante profundamente modificada.

1.1.3. Las nuevas teorías económicas liberales del siglo XX

1.1.3.1. Ordoliberalismo alemán. La Escuela de Friburgo

El neoliberalismo, para los pensadores y economistas neoliberales, se apoya en lo esencial en la puesta práctica de los principios de libertad individual e igualdad de oportunidades, así como de las bases del capitalismo real, que sólo puede funcionar correctamente en un mercado regido por la competencia y una economía libre de las interferencias gubernamentales. Dicho de otro modo, el objetivo del neoliberalismo es la puesta en funcionamiento del *verdadero* capitalismo. El *principio de competencia* entre agentes económicos sin la intervención del Estado, afirman, es suficiente para mantener

⁷² Laval, *Foucault*: p. 67.

un equilibrio de fuerzas entre potencias económicas, pues el mercado contiene sus propias leyes naturales para su propia regulación interna.

Sin embargo, no todas las ideas de neoliberalismo confluyen a la hora de su puesta en práctica, sino que hay diferentes formas de neoliberalismo implantado según el territorio y sus circunstancias socio-económicas y culturales. Asimismo, sus orígenes los encontramos apuntando a diferentes inquietudes de la época, que difieren si nos centramos en el ordoliberalismo alemán o el neoliberalismo estadounidense. Y los matices que encontramos en su implantación en adelante responden, asimismo, a las inquietudes y tradiciones políticas de cada nación.

A partir de 1948, con el fin de la guerra y la derrota alemana, es necesario llevar una reconstrucción de Europa (de la que el Plan Marshall será una parte esencial), pasando de una economía de guerra a una economía de paz, y una socialización que impida repetir los errores del nazismo. El escenario es conocido. Estas exigencias implicaban una política intervencionista capaz de aplicar las tesis de la economía keynesiana. Sin embargo, Alemania tratará de alejarse de dicha política intervencionista, proponiendo por el contrario una liberalización de los precios y, por lo tanto, de la economía. Los economistas que en gran medida serán responsables de articular y concretar todo un entramado ideológico nuevo y moderno, en lo que será llamado *ordoliberalismo*, serán entre otros Wilhelm Röpke, Walter Eucken o Alexander Rüstow. Su programa de liberalización económica, afirma Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, se entendía, o se podía entender, de dos maneras: en primer lugar, «un Estado que comete abusos de poder en el orden económico, pero de manera general en el orden de la vida política, viola derechos fundamentales, atenta por consiguiente contra libertades esenciales y por eso mismo queda de algún modo desposeído de sus propios derechos»;⁷³ dicho de otro modo, es al mismo tiempo una formulación para reparar el anterior régimen nacional-socialista alemán y para garantizar la limitación de toda tentación de hipertrofia de poder. En segundo lugar, refiere no a un Estado que gobierne a los individuos, sino un Estado que garantice la libertad de los individuos -cuyo punto de base es la libertad económica- que les dota de libertad de elección y responsabilidad. De este modo, será la economía la garante de la soberanía del Estado

⁷³ Foucault, Michel (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. AKAL, Madrid: p. 90.

La economía, como ya estudiara Max Weber, tiene desde el protestantismo un significado, a saber, el de la adhesión de los individuos al Estado. Como señala Foucault, la economía «produce signos políticos que permiten el funcionamiento de las estructuras, produce mecanismos y justificaciones del poder. El mercado libre, libre en un sentido económico, vincula políticamente y pone de manifiesto lazos políticos».⁷⁴ El liberalismo, en este sentido, se constituirá como gubernamentalidad que buscará hacer funcionar al capitalismo.

El problema de fondo de los ordoliberales de 1948 estribaba en «cómo llegar a articular una con otra la legitimidad de un Estado y la libertad de los socios económicos admitiendo que la segunda debe fundar la primera o servirle de aval».⁷⁵ La Escuela de Frankfurt (Teoría Crítica) y la Escuela de Friburgo (economistas ordoliberales) son dos escuelas salpicadas por el análisis de la racionalidad económica llevada a cabo por Weber. Los primeros buscaron una nueva racionalidad social emancipatoria -heredera de la Ilustración de s. XVIII-; mientras que los segundos buscan recuperar la racionalidad económica que permita extirpar la irracionalidad de una sociedad que dio lugar al totalitarismo político y económico, y refundar así el capitalismo.

El sociólogo alemán Werner Sombart, en su obra *Deutscher Sozialismus*, responde que lo que la economía, el Estado burgués y el capitalismo producen es *la masa*, o lo que Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional* en 1964 denominaría posteriormente la *sociedad unidimensional*, esto es, una sociedad de consumo uniformadora y normalizadora, carente de crítica y rebaño de autoritarismos. Sin embargo, la crítica liberal apunta a que es precisamente una política intervencionista, antiliberal, la que verdaderamente provoca una sociedad de masas y autoritaria. Este es un elemento fundamental en la legitimación del neoliberalismo.

Siguiendo el hilo de este modo de crítica, los ordoliberales proponen que, puesto que el Estado está plagado de vicios -y nada prueba que la economía de mercado no-, sea el mercado el principio de limitación del Estado y su principio de regulación interna. Se trata por lo tanto de *invertir la visión socialdemócrata del Estado*, dirigida a controlar e intervenir en los desajustes del mercado y la redistribución de una sociedad materialmente desigual, por la *visión neoliberal*, en la cual los Estados se someten a la vigilancia del

⁷⁴ Ibid.: p. 94.

⁷⁵ Ibid.: p. 115.

mercado. Los ordoliberales, como el propio Röpke, pondrán el acento en la competencia como base del mercado que garantice su funcionamiento. Es decir, se trata de una economía de mercado de competencia fundada no ya en la equivalencia del mercado del siglo anterior, sino en la desigualdad. Sólo así se puede asegurar la racionalidad económica, a través de la formulación de precios que, fruto de la competencia, regulan las decisiones. La diferencia entre los liberales del siglo XVIII y XIX y los ordoliberales radica en que para los primeros el principio de la economía de mercado se extraía del intercambio entre agentes equivalentes, mientras que en los segundos se encuentra en la competencia entre agentes económicos desiguales. Los ordoliberales, buscando salir de esa especie de “naturalismo” del liberalismo anterior, afirmarán que el *laissez-faire* y la libre competencia no son fenómenos naturales, sino esencias, principios de formalización. Requieren de una serie de condiciones que deben ser producidos artificialmente, pues la tendencia “natural” es el monopolio.

El ordoliberalismo es, por lo tanto, un modelo de economía de mercado y política social intervencionista, un intervencionismo entendido como generador del marco, de las condiciones de posibilidad para el libre juego económico. Por ello, resulta completamente decisiva en él la relación entre lo jurídico y lo económico, pues si la economía es una actividad, toda actividad social es en definitiva una *actividad regulada* que genera las condiciones de posibilidad de su realización. Consecuentemente, se instaura como base normativa la institución del *Estado de derecho*, del intervencionismo no económico sino jurídico. El Estado de derecho sólo podrá intervenir en la economía o en el orden económico en el modo de una legislación de principios formales, pero será indispensable en la definición del programa.

1.1.3.2. Neoliberalismo americano. La Escuela de Chicago

El neoliberalismo norteamericano de la Escuela de Chicago, muy influenciado por la Escuela austríaca de la que proceden von Mises, Hayek y también Schumpeter, surge como contrapartida de las políticas keynesianas y al New Deal, si bien como corriente económica su origen es muy anterior: remite a los principios del siglo XX, entonces como corriente económica casi marginal. En el marco de los totalitarismos europeos y de la crisis del modelo económico keynesiano, el neoliberalismo se consolida y se impone como un poder límite al poder político centralizado. Para Foucault, «el liberalismo entró a juego a título de principio fundador y legitimador del Estado. No es el Estado el que se

autolimita mediante el liberalismo, es la exigencia de un liberalismo lo que se convierte en fundadora del Estado».⁷⁶

El papel del neoliberalismo no es, en este sentido, el de continuar o mejorar el capitalismo, sino producir un nuevo capitalismo. Así, se concibe la economía como un juego con normas formales que posibilitan la libertad de los individuos que siguen como principio de acción el modelo de la empresa dentro de un marco de juego garantizado por el Estado a través de un sistema de leyes. “Ley” y “orden” son los principios del gobierno neoliberal.⁷⁷ Sin este sistema de *ley y orden*, los *sujetos empresarios de sí mismos* no podrían actuar con libertad; una libertad que, en última instancia, genera fricciones, hecho por lo cual es necesario un marco jurídico y un arbitraje para disminuirlas.

En la evolución de la doctrina neoliberal, von Mises y Hayek definen al mercado en competencia como un proceso de descubrimiento de información. El mercado se constituye como una búsqueda de oportunidad de ganancias y ventajas competidoras. Ya se ha destacado este punto, que es importante en la concepción que el neoliberalismo tiene de la democracia: si se lleva a cabo un intervencionismo estatal en el mercado, se producirán necesariamente perturbaciones de la información del mercado, generando dentro de él una incertidumbre que terminaría provocando una salida hacia formas totalitarias. Así, los liberales conciben el mercado como un *proceso subjetivo*, con una serie de reglas que genera en los individuos mecanismos psicológicos y competencias específicas: el *empresario de sí* que ha de guiarse por la maximización de su propio valor como *capital humano* a través de las buenas elecciones dentro del mercado en competencia en la búsqueda de sus propios beneficios.

Para los liberales, todo intervencionismo estatal corre el riesgo de devenir en un peligroso totalitarismo. Muy marcados por la referencia de los gobiernos totalitarios del siglo XX y por la determinante obra de Hayek, *Camino de servidumbre*, escrita en 1944 y fuertemente aplaudida en gran parte de la esfera intelectual, el neoliberalismo se convertirá en una ideología ante todo antiintervencionista. Para Hayek, las ideas socialistas -entendido por socialismo el modelo que propugna la socialización de los medios de producción y la planificación económica centralizada-, una vez empiezan a implementarse por un gobierno, comienza a correr el riesgo de convertirse en un poder

⁷⁶ Foucault, Michel (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. AKAL, Madrid: p. 218.

⁷⁷ He aquí un eslogan que la tradición conservadora lleva haciendo suyo desde tiempos pretéritos. No será ésta la única característica en común que encontremos en ambas corrientes.

totalitario como el del nacionalsocialismo alemán de Adolf Hitler. Hayek identifica el nacimiento de los fascismos y de los nazismos en el socialismo: «el nacimiento del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas del período precedente, sino el producto inevitable de aquellas corrientes».⁷⁸ En este sentido, quizás a Hayek, a quien, según el prólogo introductorio de la versión castellana escrita por el traductor Ángel Uñarte, se le reconoce una honestidad intelectual intachable, habría que criticarle precisamente su falta de honestidad intelectual. Es más que obvio que todos los movimientos fascistas y dictatoriales europeos tuvieron como enemigos a los diferentes gobiernos socialistas o de izquierdas de la época, en lucha contra los cuales buscaron abolir el sistema democrático -sobre todo aquellas democracias europeas influenciadas por el nuevo constitucionalismo social, con marcadas características de izquierdas, representado en primer lugar por la Constitución de la República de Weimar, como es el caso de la Constitución española de la Segunda República-, y contando con la indispensable financiación de las grandes fortunas nacionales, de corte reaccionario.⁷⁹

Cabe dar cuenta de que padres del neoliberalismo como Hayek, von Mises o Friedman, e incluso el ordoliberal Röpke, proponían que las democracias fueran abandonadas cuando éstas no fuesen capaces de mantener el orden social que requiere la economía de libre mercado. Un ejemplo histórico, recogido por Slobodian, quien a su vez se hace eco de las palabras del economista influenciado por el propio von Mises, Jörg Guido Hülsmann, la revuelta de Viena, acaecido el 15 de julio de 1927, nos servirá para exponer las bases del pensamiento antidemocrático neoliberal de von Mises. Tras ser esta sofocada mediante el empleo de la violencia e incluso abatiendo a los manifestantes con armas de fuego, von Mises llegó a defender el derecho a matar impunemente mediante poderes especiales de los que se dotara el Estado para reestablecer el orden. Así lo escribe Slobodian: «Como describe su biógrafo, Mises se mostró “sorprendido y encantado por el fracaso de la huelga general”. Pareció aceptar con naturalidad los métodos utilizados para la represión, lo que en aquel entonces supuso un duro golpe para mucha gente. Mises veía con buenos ojos el derecho a matar con impunidad mediante poderes especiales»⁸⁰. Si la democracia era incapaz de evitar revoluciones como aquella, se debía adoptar,

⁷⁸ Hayek, Friedrich A. (2005). *Camino de servidumbre*. Alianza, Madrid: p. 32.

⁷⁹ Para una lectura más profunda y extensa: Antoni Domènech, *El eclipse de la fraternidad*. Madrid, Akal, 2017.

⁸⁰ Slobodian, Quinn (2021). *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing, Madrid: pp. 75-76.

aunque fuera temporalmente, cualquier otro modelo de gobierno que garantizase el orden.⁸¹

Hayek tampoco considera a las democracias como los únicos modelos de régimen político que preservan la integridad de los individuos y sus derechos. Llama la atención su defensa de ciertas formas de gobierno totalitarias que han preservado, a lo largo de la historia, mucho mejor las libertades individuales que las democracias.⁸² El temor de Hayek es que termine convirtiéndose la democracia en una dictadura de la mayoría a través de plebiscitos diseñados por el gobierno para ganarlos, perdiendo así su capacidad de ser límite del poder.

La discusión parlamentaria puede mantenerse como una válvula de seguridad útil y, aún más, como un eficaz medio de difusión de las respuestas oficiales a las reclamaciones. Puede también evitar algunos abusos flagrantes e instar útilmente para el remedio de algunos errores particulares. Pero no puede dirigir. A lo más, se reduciría a elegir las personas que habrían de disponer de un poder prácticamente absoluto. El sistema entero tendería hacia la dictadura plebiscitaria, donde el jefe del gobierno es confirmado de vez en cuando en su posición por el voto popular, pero dispone de todos los poderes para asegurarse que el voto irá en la dirección que desea⁸³

En este sentido, los neoliberales austriacos abogan por la creación de un orden legal, condición de posibilidad de la libertad individual, entendida ésta como iniciativa privada. Es decir: un intervencionismo no administrativo, sino jurídico, aquel que constituya el marco propio del mercado y la libre actuación de los agentes económicos movidos por el *principio de competencia*. Se genera de este modo un *orden del mercado*,

⁸¹ De las palabras de von Mises se puede extraer una visión particular de la democracia como un sistema para contener las ansias revolucionarias de la población trabajadora que reivindique mejores condiciones materiales: «La importancia de la forma de constitución democrática es algo muy diferente de todo esto. Su función es conciliar, evitar revoluciones violentas» Cfr. Slobodian, 2021. *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing, Madrid: p. 76.

⁸² «La democracia es esencialmente un medio, un expediente utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual. Como tal, no es en modo alguno infalible o cierta. Tampoco debemos olvidar que a menudo ha existido una libertad cultural y espiritual mucho mayor bajo un régimen autocrático que bajo algunas democracias; y se entiende sin dificultad que bajo el gobierno de una mayoría muy homogénea y doctrinaria el sistema democrático puede ser tan opresivo como la peor dictadura. Nuestra afirmación no es, pues, que la dictadura tenga que extirpar inevitablemente la libertad, sino que la planificación conduce a la dictadura, porque la dictadura es el más eficaz instrumento de coerción y de inculcación de ideales, y, como tal, indispensable para hacer posible una planificación central en gran escala» Hayek, *Camino*: p. 103-104.

⁸³ Hayek, *Camino*: p. 102.

orden construido mediante un intervencionismo jurídico formal.⁸⁴ Hayek, frente al homo oeconomicus neoliberal, contrapone una inclinación intrínseca del ser humano a acatar normas. Como nos dice Slobodian, «el primer mandamiento de los humanos no es maximizar las ganancias, sino reaccionar a los estímulos de acuerdo con las normas aprovechando al máximo las probabilidades de supervivencia. Los humanos, para Hayek, son “animales que acatan normas”. Las normas, como los precios, son señales que se dirigen al individuo, a menudo a un nivel “superconsciente”». ⁸⁵ Hago mía la valoración de Slobodian acerca de Hayek, quien no será una gran influencia para los economistas neoliberales, y llegará a estar en desacuerdo en muchas cuestiones con Friedman en torno a aspectos de su programa económico, pero lo será sin duda en el *campo* del derecho neoliberalmente entendido.

De igual modo, el igualitarismo democrático debía reducirse a su mínima expresión, pues es evidente que ningún individuo es igual a otro, y es necesario salvaguardar el ingenio individual o innovador. La verdadera democracia, allí donde el “voto” era enteramente igualitario, se producía en el mercado de consumo, donde precisamente cada consumidor otorga su “voto”, su riqueza, al dueño de los productos que él verdaderamente estima. Y éste no deja de ser un espacio de desigualdad, donde el consumidor genera riqueza a otros. Asimismo, para que las empresas austriacas fueran competitivas en el mercado, para salir de la crisis a la que estaba sumida la nación, von Mises defendió la reducción de los salarios de los trabajadores, que los seguros y bajas las pagasen los propios trabajadores y no las empresas, y, saliendo de la economía para entrar en lo político, prohibir o endurecer el derecho a la manifestación y los sindicatos.⁸⁶

Los neoliberales, asimismo, niegan que la tendencia al monopolio, el efecto del mercado de competencia que trata de eliminar la competencia, forme parte de la lógica económica de la historia de ésta. Hayek, que en este sentido se muestra liberal en sentido lato, realiza una apología del intervencionismo regulatorio que preserve, por encima de cualquier cosa, la competencia. Reniega del *laissez-faire* como norma dogmática que el liberalismo impone, pues no hay normas, dice, que éste imponga. Se opone a cualquier

⁸⁴ Así lo describe Slobodian: «Orden significaba adaptación continua en el marco de un sistema, y el papel de los legisladores e instituciones consistía en transformar las normas del sistema en legislación vinculante. Lo que se necesitaba no era solamente un guardián de la constitución económica, sino del sistema homeostático» Slobodian, *Globalistas*: p. 378.

⁸⁵ *Ibid.*: p. 349.

⁸⁶ Cfr. Hayek, *Camino*: pp. 76-78.

tipo de intervención estatal que tenga por objeto algún ámbito económico, incluyendo cualquier intervención que tenga como objeto la garantía o la ampliación de derechos a los ciudadanos. Para Hayek, por tanto, es necesario un “derecho negativo” que salvaguarde ante todo la propiedad privada. El principio que rige al liberalismo económico es el de la libre competencia como catalizador de las fuerzas; y si para ello, para hacer efectiva la libre competencia, hay que recurrir a la intervención del Estado, bien para la implantación de leyes que la favorezcan, bien para otro tipo de métodos como generar condiciones favorables para el emprendimiento,⁸⁷ entonces sí se defenderá una intervención del Estado.⁸⁸ Afirma también que la competencia es el método económico conocido más eficiente, pero además el único capaz de evitar la coacción y el control social: «uno de los principales argumentos en favor de la competencia estriba en que ésta evita la necesidad de un “control social explícito” y da a los individuos una oportunidad para decidir si las perspectivas de una ocupación particular son suficientes para compensar las desventajas y los riesgos que lleva consigo».⁸⁹ En realidad, contemporáneamente podemos afirmar que la competencia como principio neoliberal es aplicado como norma y hábito de conducta al conjunto de ámbitos cotidianos, y se impone como regulador social y de control de los actos particulares y de la mentalidad de la población en general. Por otro lado, en la misma lógica de generar un mercado libre competitivo, a los Estados les urge la necesidad de crear “campeones nacionales”, es decir, empresas con gran capacidad de recursos, favorecidos por los propios Estados y las entidades financieras, para poder competir en el gran mercado internacional. Es por ello que el dogma de la competencia hayekiano deviene ineluctablemente en el dogma del oligopolio.

Hayek escribe en 1927 en la revista *Die Industrie* sobre la importancia de la interdependencia de la economía entre países: ningún país puede ensimismarse sobre sus propios datos económicos, sino que requiere saber lo que sucede económicamente en los países que lo circundan, así como de aquellos con los que tiene algún tipo de vinculación de tal interés.⁹⁰ Su carácter globalista o internacionalista quedó patente cuando un año

⁸⁷ Entiendo aquí que defendería una menor carga impositiva, privatizaciones o abaratamiento del despido, que son las políticas neoliberales habituales.

⁸⁸ Cfr. *Ibid.*: p. 66.

⁸⁹ *Ibid.*: p. 67.

⁹⁰ Cfr. Slobodian, *Globablistas*: p. 106.

después escribió: «para los liberales, el mundo no termina en las fronteras del Estado [...]. Su pensamiento político abarca a toda la humanidad».⁹¹

Ahora bien, mientras que el liberalismo clásico consideraba necesaria la intervención del Estado para impedir la tendencia al monopolio, los neoliberales señalarán al intervencionismo estatal como la causa de este fenómeno. Sucedió algo parecido con las economías nacionales y proteccionistas. La tendencia a la concentración de capital no conlleva necesariamente al fenómeno del monopolio. De hecho, los neoliberales afirman que éste es un fenómeno inestable por la propia idiosincrasia del mercado de competencia y que se autorregulará solo sin necesidad de intervención alguna en él. Así lo resume Foucault: «En su dinámica de conjunto, la economía de competencia entraña toda una serie de variables en la que la tendencia a la concentración es contrarrestada por otras tendencias».⁹² Finalmente, donde podrían observarse prejuicios en el establecimiento de monopolios es en el precio, mecanismo regulador “natural” de la economía. Sin embargo, el monopolio no puede controlar los precios, puesto que ello conllevaría el surgimiento de competidores, de modo que debe actuar *como si* hubiera competencia. De este modo, el monopolio no sería siquiera un problema con efectos perjudiciales en la economía de competencia neoliberal.

Las tesis neoliberales señalan que llevar a cabo políticas sociales que busquen eliminar la desigualdad y fomentar el pleno empleo iría en contra del orden económico, que requiere de la desigualdad y el desempleo (entre otras cosas) para mantener su estabilidad y equilibrio interno: «Una política social no puede fijarse la igualdad como objetivo. Al contrario, debe dejar actuar la desigualdad».⁹³ Esa política social sólo puede ser de carácter privado. No una política social socialista, sino una política social individual, en la que el mercado ofrece la posibilidad de que cada individuo pueda *autoasegurarse* contra los riesgos existentes. Es decir, la producción del sujeto empresario de sí dentro de la *sociedad del riesgo*, donde cada individuo debe asumir riesgos en su cotidianidad, y que dentro de su bienestar material debe poder comprar los servicios de una aseguradora -de vida, de salud, de coche, de la casa, etc.- ante cualquier imprevisto. Una sociedad, en suma, en la que cada individuo es dueño de sí mismo y capaz de procurarse su sustento sin la ayuda de un Estado paternalista. Los neoliberales

⁹¹ Ibid.: p. 111.

⁹² Foucault, *Nacimiento*: p. 145.

⁹³ Ibid.: p. 153.

no buscarán hacer una política económica como los fisiócratas, sino una *política de sociedad*. Lo que se construye no es ya una sociedad basada en el intercambio de mercancías, sino aquella que tiene como principio regulador la competencia, en definitiva, una sociedad sometida a la dinámica competitiva entre agentes desiguales. Se pasaba así de la sociedad de supermercado a la sociedad de empresa.

No olvidemos, por otro lado, que Hayek concibe ciertas políticas de subsidios como admisibles e incluso deseables en determinadas condiciones para ofrecer una seguridad material que salvaguarde la libertad efectiva de los individuos. Apunta hacia un “ingreso mínimo”. ¿Es acaso ésta una medida socialdemócrata, como muchos le critican? Más bien, por su mínima ambición social y su nada determinación igualitarista, es un ingreso suficiente para mantenerse en el juego económico neoliberal. Él lo defiende desde una perspectiva liberal-republicana: no puede ejercerse la libertad mientras no haya seguridad material.

Será bueno contraponer desde un principio las dos clases de seguridad: la limitada, que pueden alcanzar todos y que, por consiguiente, no es un privilegio, sino un legítimo objeto de deseo, y la seguridad absoluta, que en una sociedad libre no pueden lograr todos, y que no debe concederse como un privilegio [...]. Estas dos clases de seguridad son: la primera, la seguridad contra una privación material grave, la certidumbre de un determinado sustento mínimo para todos, y la segunda, la seguridad de un determinado nivel de vida o de la posición que una persona o grupo disfruta en comparación con otros. O, dicho brevemente, la seguridad de un ingreso mínimo y la seguridad de aquel ingreso concreto que se supone merecido por una persona⁹⁴

En general, los neoliberales, comenzando por el propio Hayek, afirman que su política de subsidios no tiene efectos sobre la economía. Más bien, ésta es una técnica para que cada cual esté en condiciones de procurarse su subsistencia y la de las personas a su cargo. Foucault recoge investigaciones que refutan esta tesis de las políticas de seguridad social y que afirman que tienen efectos evidentes en la economía.⁹⁵ Pero lo que defienden los neoliberales para sustentar que de hecho hay una separación entre economía y sociedad a través de sus políticas es que

[...] la economía es en esencia un juego, se desarrolla como un juego entre *partenaires*, la sociedad entera debe ser atravesada por él y la función central del Estado consiste en

⁹⁴ Hayek, *Camino*: pp. 157-158.

⁹⁵ Cfr. Foucault, *NBP*: pp. 202-205.

definir las reglas del juego económico y garantizar en sustancia su correcta aplicación. ¿Cuáles son estas reglas? Deben ser tales que el juego económico sea lo más activo posible y beneficie, en consecuencia, a la mayor cantidad posible de gente, simplemente con una regla [...], una regla en cierto modo complementaria e incondicional en el juego, esto es, la imposibilidad de que uno de los participantes en éste pierda todo y ya no pueda, a causa de ello, seguir jugando⁹⁶

Con Milton Friedman, y siguiendo su obra en *Capitalismo y libertad*, de 1962, entramos de lleno en un plano económico y político basado en el rentismo accionarial. El objetivo de las empresas no consistiría, de ahora en adelante, en la generación de beneficios que se reinvierten en innovación y que redundan en pluses o mejores condiciones para los trabajadores, sino que las empresas se convierten en medios, en un producto de compra-venta de acciones y que, en último término, su único fin es el reparto de dividendos con sus accionistas. El nuevo modelo de la economía financiera se come los recursos de la ciudadanía, produciendo una concentración de capital y riqueza cada vez en menos manos. Los grandes salarios de los presidentes de grandes compañías y las cifras que se reparten entre los grandes accionistas contrastan con las condiciones laborales o los salarios de los trabajadores. Resulta sonrojante -pero es una dimensión sistémica de la reproducción del capitalismo- cuando, además de llevar a cabo estas prácticas, se realizan EREs o se enmascara una explotación laboral común en nuestros días, consistente en la acumulación de empleados temporales con los cuales garantizar bajos sueldos y poder de chantaje del empleador para mantener en la precariedad a los empleados.

El gran enemigo de la libertad, dirá Friedman, es la concentración de poder, concretamente la concentración de poder *político*. Sin embargo, Friedman concede que el «Estado es necesario para preservar nuestra libertad».⁹⁷ Para asegurar que el Estado no crezca lo suficiente como para poner en riesgo la libertad individual, Friedman propone que el Estado sea limitado a través de la empresa privada y las actividades económicas, y que el poder del Estado sea dispersado a lo largo del territorio en federaciones o autonomías más o menos independientes del gobierno central.⁹⁸ La tesis fuerte de

⁹⁶ Ibid.: p. 207.

⁹⁷ Friedman, Milton (2022). *Capitalismo y libertad*. Deusto, Barcelona: p. 38.

⁹⁸ Ibid.: pp. 38-39.

Friedman es que el capitalismo competitivo se constituye como un sistema que promueve la libertad económica y como una condición para la libertad política. Y, por ello, lo considera verdaderamente liberal, frente a los pseudo-liberales estadounidenses que imponen un Estado del bienestar, igualitarista e intervencionista.

Para Friedman, la importancia del capitalismo competitivo estriba en que este separa el poder económico del poder político, lo cual genera dos formas de libertad: la económica y la política. Lo que Friedman no parece ver -o es el punto de falta en su argumentación, a mi entender- es que esta misma separación acabará comportando una acumulación de riqueza y de poder en las élites económicas, pues la expansión del libre mercado y la supresión de cualquier política redistributiva, en vez de generar competencia, la elimina y genera súper empresas o multinacionales que escapan de toda institución reguladora. Con ello, aboca a una situación de monopolios y oligopolios, así como genera y aumenta el poder político del poder económico, que escapa del control político y democrático. Que el capitalismo permite y es condición de la libertad, al menos, económica, no impide ver que en algunas de las peores formas de dictaduras del siglo XX el modelo de organización era la empresa privada.⁹⁹

Friedman distingue dos modos de coordinar la acción económica de una nación: desde la coacción de un poder centralizado o desde la cooperación voluntaria de los individuos. La primera técnica es la del ejército o la del Estado moderno, la segunda, la del mercado. «Un modelo de trabajo de una sociedad organizada a través del intercambio voluntario es *una economía de intercambio de libre empresa privada*, lo que hemos estado llamando capitalismo competitivo».¹⁰⁰ Pero el mercado no elimina la necesidad del Estado. Más bien al contrario, lo necesitará más que nunca para garantizar el marco en el cual se establece el libre juego económico o la seguridad de la propiedad privada: «el Estado es fundamental como foro para determinar las “reglas del juego” y como árbitro para interpretar y hacer cumplir las reglas acordadas».¹⁰¹ Friedman señala a la coerción como el contrario natural de la libertad, y la institución que ha hecho gala de ella a lo largo de la historia y a la que más se vincula es al Estado. Por lo tanto, el libre mercado, al eliminar el control de la autoridad política sobre la organización política, garantiza y preserva la libertad. La libertad y la tolerancia son dadas por el mercado. Esto

⁹⁹ Ibid.: p. 54.

¹⁰⁰ Ibid.: p. 51.

¹⁰¹ Ibid.: p. 53.

es, el libre mercado generará por sí mismo que la intolerancia (y, por ende, la falta de libertad para el discriminado) sea más costosa que la tolerancia. Pero esto, a mi juicio, no supone más que dejar al arbitrio del mercado y de sus agentes cuestiones tan importantes como la segregación y la libertad material, generando una fuerte *economización de la vida cotidiana*, que empezará a regirse en términos de costo y beneficios. Y esto no siempre supone, contrariamente al pensamiento de Friedman, que los agentes del mercado lleven a cabo un “programa social” con valores progresistas, más bien al contrario. De hecho, y significativamente, Friedman es consciente de las tesis neoliberales más conservadoras que afirman que, en definitiva, el libre mercado actúa como un dispositivo que promueve los valores conservadores. Por lo tanto, lo que cabe oponer al posicionamiento liberal de la tolerancia es la idea de que ésta no debe quedar restringida a la presunta acción espontánea de los individuos, sino que debe ser promovida -que no impuesta- por las instituciones públicas y los agentes políticos.

Friedman avanza por una vía diferente: la democracia está abocada, según su juicio, al fracaso, puesto que ante cualquier disputa que genera división, esta se resolverá mediante un conflicto: «Si se llega a tocar un tema en el que los hombres sienten profundamente de manera diferente, esto puede perturbar a la sociedad. Rara vez o nunca las diferencias fundamentales en los valores básicos pueden ser resueltas en las urnas; en última instancia, sólo pueden decidirse, aunque no resolverse, por conflicto».¹⁰² Ante la falta de consenso democrático, el gobierno recaería sobre el principio de la mayoría. Variantes de este argumento se han empleado siempre contra la democracia. Frente a este argumento cabría contestar a Friedman que bajo el oligopolio generado por el libre mercado vivimos bajo el principio de una minoría que decide acorde a sus propios intereses, que suelen ir en contra de la mayoría social, lo cual, salvo el uso de la represión institucional (que, desde 2008, los gobiernos neoliberales han empleado impunemente y sin escrúpulos) llevará inevitablemente a diferentes expresiones de revueltas ciudadanas de aquellos más vulnerables.¹⁰³

Friedman critica la filosofía del estado de bienestar, el cual, ante una crisis, tendía a dar lo que llama “la teoría del timón”, buscando estimular la economía generando gasto

¹⁰² Ibid.: p. 65.

¹⁰³ Un ejemplo de ello puede ser las revueltas producidas en Francia en 2018 con el Movimiento de los chalecos amarillos, *Movement de gilets jaunes*, contra los impuestos al carbono que afectaban a la población media. Una típica expresión ciudadana de descontento al aplicar “sanciones” económicas al conjunto de la población sin atender a qué clase social contamina más.

con actividades financiadas por el gasto público. Considera que hubiera sido más útil aplicar la teoría del timón sobre los impuestos: a la baja. Los ciudadanos y las empresas dispondrían de más capital para invertir o gastar, y los Estados, aunque bajen los impuestos, seguirían aumentando sus ingresos y gastando menos, ya que ahora así el gasto y la actividad provendrá del sector privado y no del público.

Algo muy común en esta obra de Friedman es desarrollar diferentes contraposiciones teóricas para, finalmente, quedarse con los “males menores”, los cuales siempre están del lado de lo privado y desregulado: «la gran desventaja de la regulación estatal o de la operación estatal del monopolio es que es muy difícil de revertir. En consecuencia, me inclino a insistir en que el menor de los males es el monopolio privado no regulado siempre que sea tolerable».¹⁰⁴ No es sorprendente que una reflexión semejante se desarrolle a propósito del control de precios: «Ya sean legales o voluntarios, los controles de precios si se aplican de manera eficaz, al final conducirían a la destrucción del sistema de libre empresa y su reemplazo por un sistema controlado centralmente. Y ni siquiera sería eficaz para prevenir la inflación».¹⁰⁵ En el siguiente pasaje da su idea sobre qué significa una corporación para la sociedad y cuál es su objetivo último, así como su opinión sobre el impuesto de sociedades:

La corporación es un instrumento de los accionistas que la poseen. Si la corporación hace una contribución, impide que el accionista individual decida por sí mismo cómo debe disponer de sus fondos. Con el impuesto de sociedades y la deducibilidad de las contribuciones, los accionistas pueden, por supuesto, querer que la corporación haga una donación en su nombre, ya que esto les permitiría hacer una donación mayor. La mejor solución sería la abolición del impuesto de sociedades¹⁰⁶

Lo anterior no muestra, a nuestro juicio, más que una estrategia argumentativa con la que Friedman se limita a enumerar, de manera intelectualmente negligente, diferentes posturas ideológicas y políticas, con sus aparentes efectos sociales y económicos, pero sin proporcionar ningún dato empírico. En última instancia, todo se reduce en Friedman a dogma y saltos de fe.

¹⁰⁴ Friedman, *Capitalismo*: p. 183.

¹⁰⁵ *Ibid.*: p. 191.

¹⁰⁶ *Ibid.*

En el mismo sentido, Friedman defiende que, cuanto más capitalista es un país, menos desigualdad social tendrá.¹⁰⁷ No ofrece mayores datos ni estadísticas. Confrontará con sus tesis el economista francés de corte progresista Thomas Piketty, en su obra *Capitalismo en el siglo XXI*, enormemente difundida. Piketty defiende que, al menos desde 1980, con la llegada a la política del neoliberalismo, habría habido un aumento de la desigualdad.¹⁰⁸ La mirada de Friedman es diferente, e incluye en su argumentación la idea de que el progreso tecnológico ha favorecido a la clase trabajadora y ha mejorado la calidad de su ámbito laboral: «La característica principal del progreso y el desarrollo durante el siglo pasado es que, sin expandir de ninguna manera los productos disponibles para los ricos, ha liberado a las masas de un trabajo agotador y ha puesto a su disposición productos y servicios que antes eran monopolio de las clases altas».¹⁰⁹ Precisamente, este era el viejo mantra del progreso keynesiano, que anunciaría una reducción de las horas de trabajo y un aumento de la producción gracias al progreso tecnológico y el consecuente incremento productivo con menos esfuerzo físico humano. Sin embargo, ninguno de estos dos casos se ha dado, y podría objetarse, tanto a Friedman como a Keynes, que el capitalismo posfordista ha concluido en una sociedad agotada por la intensidad del trabajo, que exige la adaptación del ritmo humano a los ritmos de la máquina y de la esfera digital.

Sobre el salario mínimo, la posición de Friedman es que este tiene el doble efecto de hacer más pobre al pobre y de aumentar el desempleo, pero, como en el resto de puntos, no otorga dato alguno que lo corrobore. A falta de esos datos, el argumento no es más que burda especulación.

Concluyo con este punto. Tras haber visto a tres de los pensadores más importantes de la Escuela de Chicago, que más han influenciado política y económicamente en su tiempo y en el nuestro, podemos afirmar que el neoliberalismo *económico*, con la inestimable ayuda y el beneplácito del neoliberalismo *político*, ha socavado las bases de la economía real, la economía de la ciudadanía, instalando un marco de precariedad laboral y social que destruye toda perspectiva de futuro. Pero como las

¹⁰⁷ Cfr. *Ibid.*: p. 228.

¹⁰⁸ Cfr. Cooper, Melinda (2022). *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*. Traficantes de sueños, Madrid.

¹⁰⁹ Friedman, *Capital*: p. 229.

políticas neoliberales y los sistemas culturales entendidos neoliberalmente proponen sólo salidas y respuestas individuales, nunca colectivas ni sociales, el margen para el cambio se estrecha cada vez más: esta es una de las implicaciones de la *subjetivación* y *privatización de la responsabilidad*, que tan claramente iluminaba el análisis de Foucault. Una política basada en lo material -políticas económicas redistributivas que empleen a la economía como instrumento de generación de empleo, seguridad material para la sociedad y mejora de los servicios públicos-, unida a una reversión del *ethos* neoliberal y al ensayo de nuevos modos de vida basados menos en el consumo y en el culto al individualismo atomizador, parece ser el un modo de revertir el modelo de extracción de riqueza parasitario contemporáneo.

1.2. Conservadurismo y neoliberalismo. Ideologías de la desigualdad

No podemos entender el neoliberalismo sin el sesgo conservador que a él le corresponde, del mismo modo que no podemos obviar las fuentes ideológicas e históricas de las que procede. Uno de los grandes errores que se produjo durante los inicios de asimilación del neoliberalismo fue aceptar ciertos discursos que enmascaraban su ideología conservadora y reaccionaria como progresista e innovadora, hasta el punto de convertirse para muchos políticos socialdemócratas en la escena internacional como una “tercera vía” que asimilaría lo “mejor” y más “progresista” del neoliberalismo, convirtiéndola en una ideología transversal. Podemos afirmar que ese “progresismo neoliberal” no consistió en otra cosa que en “derechizar” las políticas económicas de la socialdemocracia, reproduciendo las mismas políticas de privatización y vaciamiento de los recursos públicos con que contaban los Estados.

En cualquier caso, debemos destacar que en el liberalismo hay espectros de todo tipo, desde el progresismo reformador de Jeremy Bentham y John Stuart Mill al liberalismo más conservador y reaccionario, como el que estudiaremos en adelante de Herbert Spencer. Es otro de los puntos en los que apoyamos nuestra argumentación.

Es indudable que el spencerismo social, una mala transliteración de la teoría científica evolucionista de Charles Darwin al ámbito de las sociedades humanas, ha tenido una fuerte influencia en el neoliberalismo reaccionario y conservador de nuestra época. A menudo, la moralización del trabajo y de los ámbitos del éxito y del fracaso tienen sus ecos en la doctrina spencerista -si bien no sólo, y de ello y otros pensadores influyentes en la doctrina neoliberal contemporánea trataremos en las siguientes páginas.

1.2.1. Doctrina social y económica del conservadurismo. Antecala al neoliberalismo

1.2.1.1. Spencerismo como doctrina. La competencia como base social del progreso

La doctrina de Herbert Spencer en torno a la competencia entre individuos, la lucha entre individuos por su supervivencia, ha tenido un claro eco en las doctrinas neoliberales más competitivistas. En todo caso, debe decirse que ni siquiera Hayek fue tan lejos como Spencer, quien sí hubiera eliminado toda ayuda proveniente del Estado contra las clases desfavorecidas y más débiles, mientras que el economista austríaco veía

con mejores ojos -como he mencionado- una suerte de renta básica que salvaguardase la libertad de los individuos. Desde luego, no podemos decir que Spencer fuera el primer neoliberal antes del neoliberalismo. Más bien, fue un conservador que se adelantó a visiones del individualismo más propias del siglo XXI, y a defender a ultranza la noción de competitividad social. Lo que en este punto trataré de dar cuenta es de cómo las nociones de individualismo y competitividad neoliberales remiten, en su germen, a la obra de Herbert Spencer. No se trata de defender que procedan de una lectura directa del autor inglés o de una *influencia* suya: lo decisivo es que estas nociones, que se hicieron ver a finales del siglo XX, con la puesta en práctica de las políticas neoliberales, como nociones progresistas e innovadoras, tienen una genealogía distinta, que las alejan de esa concepción. Ni puede decirse que sean nuevas ni son, desde luego, progresistas, pues reproducen e incorporan la defensa spenceriana de una estructura social profundamente desigual. Este punto es relevante desde el punto de vista de la autocomprensión del neoliberalismo y de la construcción de su hegemonía.

Las nociones de *competitividad social* y de *libertad individual* como búsqueda activa del propio interés, cuyo éxito se vincula a la propia supervivencia del individuo y al progreso social, que encontramos en la doctrina liberal de Herbert Spencer, fueron el germen de lo que a la postre sería la doctrina de competencia neoliberal.

El spencerismo es una reacción de corte individualista y egoísta contra el liberalismo, que promovía reformas sociales para buscar el bienestar de la población. Reivindica un utilitarismo evolucionista y biológico frente al utilitarismo de carácter jurídico y económico de Bentham. Las leyes que ponen algún tipo de límite a la “cooperación” laboral, como aquellas que prohíben el empleo infantil o la explotación de las mujeres, las considera “leyes coercitivas”.¹¹⁰ Un individuo incapaz de trabajar debería de desaparecer, en vez de recibir ayuda social alguna por parte del Estado, pues se trata de un individuo que no contribuye a bien alguno. El Estado, garante de las leyes y de los derechos de los hombres, según el socialismo utilitarista benthamiano, debía intervenir para garantizar el bienestar del pueblo, «fin supremo de la intervención del Estado». El evolucionismo biológico spenceriano es la base del *competencialismo* que dará origen al neoliberalismo. El “darwinismo social” (la supervivencia de los más aptos de la sociedad)

¹¹⁰ Cfr. Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 39.

le llevará a defender el cambio de paradigma de la división del trabajo al de la competencia como necesidad vital, donde los aptos sobreviven y los débiles perecen, en un proceso de eliminación selectiva. «El tan mal llamado “darwinismo social” es más exactamente un “competencialismo social” que instituye la competición como norma general de la existencia individual y colectiva, de la vida nacional y de la vida internacional».¹¹¹ Este extracto de la obra de Laval y Dardot, *La nueva razón del mundo*, me servirá en adelante como argumento para dejar de hablar de la doctrina social de Spencer como “darwinismo social”, y hablar propiamente de “spencerismo social”.

Concretamente, la tesis de Herbert Spencer en su obra *El individuo contra el Estado* es que los liberales de su época son en realidad una *nueva especie* de conservadores. En su concepción política, entiende por conservadores a los herederos de una organización social militar basada en el antiguo régimen de un Estado fuerte (monárquico y aristocrático), frente a la visión liberal, cuya organización social es la industrial, de orden contractualista, más libre y “voluntaria”. También liga al militarismo la visión de la comunidad o el grupo, frente al liberalismo que es eminentemente individualista. Dicho de otro modo, los conservadores son para él aquellos que defienden un Estado con poder para influir sobre los asuntos privados e individuales, como la economía y el mercado; mientras que el liberalismo es la ideología de los comerciantes, los cuales negocian y colaboran libre y voluntariamente, basando sus relaciones en relaciones contractuales que los ligan en el orden del derecho. Lo que caracteriza al liberal es que busca disminuir el poder del Estado sobre los individuos, mientras que el conservador busca perpetuarlos y mantenerlos.¹¹² Esta distinción realizada por Spencer convierte al socialismo, desde una praxis política que concibe el Estado como garante de derechos del ciudadano, como una ideología conservadora y reaccionaria. Para él, el partido liberal inglés había comenzado a organizar y dirigir a los ciudadanos, aumentando el poder estatal, y ello «persiguiendo aparentemente el bien público».¹¹³ Pero daremos más adelante justificaciones de por qué es en realidad Spencer quien defiende un conservadurismo reaccionario.

¹¹¹ Ibid.: p. 47.

¹¹² La distinción ideológica la plasma Spencer atendiendo al supuesto poder coercitivo de uno y otros: «[...] en un partido existía el deseo de contrarrestar y aminorar el poder coercitivo del Gobierno sobre los ciudadanos, y en el otro el de mantener y aumentar dicho poder» Spencer, Herbert (1976). *El individuo contra el Estado*. Doncel, Madrid: p. 14.

¹¹³ Ibid.: p. 17.

Frente a este liberalismo socialista con tintes “conservadores”, Spencer aboga por la distinción entre diferentes, es decir, la desigualdad social principio seminal para el progreso de la sociedad:

Cualquiera que sea su lugar en la escala de la vida, la inteligencia progresa en todos los seres por actos de diferenciación, y esto mismo se verifica en los hombres, desde el más ignorante al más instruido. Clasificar debidamente, esto es, colocar en el mismo grupo cosas que son esencialmente idénticas, y en grupos distintos las que son esencialmente diferentes, es la condición fundamental de una buena norma de conducta¹¹⁴

Este es un argumento naturalista que busca justificar la desigualdad social como base del progreso. Sin embargo, en contra de sus posiciones pueden alegarse muchos ejemplos, tanto antropológicos como de la naturaleza animal y vegetal, de que la colaboración entre distintos e iguales produce un igual o mayor grado de progreso y éxito de supervivencia y bienestar. Antropológicamente, incluso, es determinante en el proceso evolutivo el cuidado de los más débiles por parte del grupo, ya sea en la infancia o en la vejez, siendo así que culturalmente se ha vinculado a la vejez con la sabiduría y la transmisión de conocimientos a la comunidad más joven.

El problema que encuentra en el liberalismo social es la adopción de los postulados de la *justicia social* que busca disminuir las injusticias mediante reformas, algo considerado socialmente como positivo y beneficioso, y que sin embargo, ha generado una mayor intromisión estatal en la vida de los ciudadanos sin que éstos se hayan percatado: «[...] ha sucedido que los liberales han mirado el bien del pueblo, no como un fin indirecto, resultado de la supresión de trabas, sino como un fin que debe ser directamente perseguido. Y en su afán de alcanzarlo directamente, han empleado métodos intrínsecamente opuestos a los que usaran en un principio».¹¹⁵ Spencer distingue entre aquellas políticas reformistas que sí tuvieron un impacto positivo en la sociedad, y las políticas reformistas de los liberales contemporáneos suyos, basados más en la coacción sobre propietarios y contribuyentes, sobre filántropos e instituciones religiosas caritativas; dicho de otro modo, coacciones a la burguesía con políticas igualitaristas y redistributivas. Spencer aquí se sitúa entre los reaccionarios con su modelo social que mantiene la desigualdad y los privilegios, tachando de coerción e intrusión estatal a todo intento de paliar los desequilibrios de la economía, el despotismo de los industriales y

¹¹⁴ Ibid.: p. 17.

¹¹⁵ Ibid.: p. 20.

grandes capitalistas, y garantizar los derechos de los trabajadores. Es por ello por lo que critica la disminución del horario laboral, la instauración de una educación pública y gratuita universal, o los impuestos de fiscalización progresiva,¹¹⁶ tachando al partido liberal de «abogado de una libertad progresista».

En definitiva, para Spencer el único posible elemento para calificar y evaluar las políticas de un gobierno se basa en la disminución o al aumento de la libertad individual -entendida ésta como los límites de la propiedad privada individual-, y no ninguna otra como pudiera ser la desigualdad social, la pobreza, el acceso a alimentos o a la vivienda. En nombre del bien común o general, este liberalismo social disminuye la libertad -propiedad privada burguesa- de los ciudadanos, imponiendo coacciones -impuestos- y concepciones de justicia social sesgadas ideológicamente. No obstante, en una similar afrenta ideológica incurre Spencer en su análisis y crítica.

La «esclavitud del porvenir» es, dice, la expansión del socialismo. «Todo socialismo implica esclavitud».¹¹⁷ Esto se deriva de que «[...] nada importa que el señor sea un individuo o una comunidad; si se le obliga a trabajar para la sociedad y recibe del fondo común la porción que le señala ésta, será esclavo de la sociedad. La organización socialista exige una esclavitud de este género».¹¹⁸ Todo, incluyendo la economía, se pervertirá cuando el gobierno estatal se constituya como propietario del suelo, de las empresas y fábricas, y se dedique también a su venta. El gobierno estatal sustituirá así a la iniciativa privada y será imposible hacer negocios exitosos, constituyendo el poder del Estado como poder omnímodo, pues ese es en definitiva el fin socialista.

Uno de los argumentos más empleados por los liberales conservadores y reaccionarios, es que el socialismo es la antesala para que, una vez en el gobierno, acumule poder y degenera en una dictadura que elimine todas las libertades individuales. El problema de las tesis contra el socialismo es que, primero, no siempre las dictaduras provienen de un gobierno denominado “socialista”. Las dictaduras europeas del siglo XX que dieron lugar al fascismo fueron todas ellas de índole de derechas y apoyados por las

¹¹⁶ «Cada uno de estos impuestos implica una nueva coacción, una limitación mayor de la libertad individual del ciudadano. Efectivamente, cada uno de ellos implica el siguiente discurso, dirigido al contribuyente: «Hasta ahora has sido libre de gastar esta parte del fruto de tu trabajo como más te gustase; de ahora en adelante desaparece esa libertad; nos apoderamos nosotros de dicha parte para invertirla en beneficio del público». Así, ya directa o indirectamente, ya de ambos modos, el ciudadano se ve a cada paso de esta legislación coercitiva privado de alguna libertad que antes tenía» Ibid.: 29-30.

¹¹⁷ Ibid.: p. 59.

¹¹⁸ Ibid.: pp. 60-61.

élites económicas reaccionarias en defensa de su propio statu quo. Y, en segundo lugar, cuando los neoliberales como Hayek han empleado este argumento, no han respondido con la misma fuerza a colegas suyos como von Mises o Milton Friedman, para quienes la dictadura era un modo más de gobierno a través del cual imponer su doctrina económica y llevar a cabo las reformas políticas y sociales que veía imprescindibles para poner en práctica el programa neoliberal -como bien hiciera él y los Chicago Boys como asesores económicos de la dictadura chilena de Augusto Pinochet:

Júzguese, por lo tanto, de lo que sucederá cuando, en vez de asociaciones, relativamente de escaso poder, donde puede o no ingresarse a la voluntad, tengamos una asociación nacional, a la que será necesario pertenecer bajo pena de abandonar el país. Júzguese de lo que serán tales condiciones un funcionarismo organizado y centralizado, dueño de los recursos de la comunidad y disponiendo de cuanta fuerza era necesaria para hacer ejecutar sus decretos y *mantener el orden*¹¹⁹

Estas críticas, insisto, son estériles cuando herederos del *spencerismo* como la Escuela de Chicago, de Milton Friedman, von Mises y Friedrich Hayek, apoyaron e incluso asesoraron económicamente las dictaduras de Chile y Argentina, o experimentaron el modelo neoliberal en países como México.

Spencer hace una distinción entre la concepción social del pobre, mayoritaria, como la de alguien que sufre una injusticia, digno de lástima y de visiones del bien. Otra perspectiva, menos extendida por entonces y, a su parecer, más realista, es la de que el pobre es culpable de su situación y de sus propias faltas. Cuando se encuentra con grupos de personas en situación ociosa en las calles o en las tabernas, no piensa que sean personas sin trabajo despedidos o sin empleo por alguna injusticia sistémica, sino que ello se debe a una voluntad individual de no querer trabajar, o de que, como consecuencia de su indisciplina y vagancia, se hacen despedir de sus respectivos puestos de trabajo. «No son otra cosa que parásitos de la sociedad, que de un modo u otro viven a expensas de los que trabajan, vagos e imbéciles que son o serán criminales jóvenes mantenidos forzosamente por sus padres».¹²⁰ Es difícil no encontrar en este punto un prejuicio elitista, cuyo discurso se asienta, principalmente, en que los propios individuos, los pobres, son los culpables de

¹¹⁹ Spencer, *El individuo*: p. 65.

¹²⁰ *Ibid.*: p. 37.

su situación. Es, como digo, un argumento a menudo utilizado desde posiciones clasistas contra las clases más bajas para desacreditarlas moralmente, y por lo tanto, discriminarlas, por ejemplo, como base para la soberanía nacional de un poder democrático.

Asimismo, descarga toda una serie de prejuicios ideológicos contra la carga impositiva que, dice, redundará en menos puestos de trabajo y servicios y bienes más caros, lo que supone un doble perjuicio para la clase trabajadora desfavorecida. Ello se sostiene bajo el dogma liberal de que el beneficio privado redundará en beneficios públicos, al resto de la comunidad.¹²¹

Es por ello por lo que se opone a todo intervencionismo estatal, sobre todo de aquel que busca paliar los perjuicios y desequilibrios propios del sistema productivo. En primer lugar, porque el sufrimiento no es malo inherentemente, y eliminarlo puede a su vez eliminar los “fenómenos curativos” y sus efectos. Así, dar ayudas a los desempleados puede provocar desmovilización, desincentivación de buscar empleo, y por lo tanto aumentar el paro, generando un estado de cosas mucho peor que el que se tenía, el cual podría resolverse mediante los mecanismos de autorregulación del mercado y, en algunos casos particulares, con un cambio de actitud individual. La solución por la que aboga Spencer frente al intervencionismo paternalista es la caridad de los ricos y subvenciones mínimas, para que cada individuo busque por sí mismo salir de su estado de pobreza autoinfligida. Y, en segundo lugar, porque no todos los males pueden eliminarse, y tratando de prevenirlos se pueden originar otros, entrando en un bucle legislativo que no hace bien ni al Estado ni a la sociedad ni a los individuos privados. Considera que la única ayuda a los individuos “inferiores” (vagabundos o pobres) no debe ser con ayudas estatales que generan inmovilismo y que en ningún caso debería regirse por leyes morales de índole social o familiar, sino, si acaso, con caridad individual y privada, que es conforme a la moral social. Asimismo, concluye, aumentar el intervencionismo estatal fomenta la idea de su necesidad y extensión práctica.

Spencer señala que, igual que la legislación genera diferentes efectos, influye en el comportamiento de la sociedad y de los individuos. Su forma de abordar esta

¹²¹ Pero ese argumento, ya entonces, pero sobre todo actualmente con el auge de la economía financiera, se ve refutada al comprobarse que los grandes capitales no invierten los beneficios en mejorar las condiciones de sus empleados -algo que suele generar un mayor contento del trabajador, sentimiento de pertenencia en la empresa y mayor productividad-, como sucedía en ocasiones en el fordismo, sino que se reparten entre los accionistas y los directivos, generando una esfera económica paralela que a duras penas genera beneficios socioeconómicos, y que más bien parasita a las economías más vulnerables.

argumentación se asemeja a la descripción de Charles Darwin sobre la adaptación de las especies a su entorno, generando diferentes comportamientos según éste. Era algo muy típico de la época recurrir al discurso de las ciencias empíricas para fundamentar las teorías de las ciencias sociales. Así, según Spencer, «toda ley que contribuya a alterar la actividad de los individuos (bien imponiendo a éstos nuevos obstáculos y restricciones, bien proporcionándoles auxilio) los afecta de tal modo que su naturaleza se adapta a ella con el tiempo».¹²² A través de estas tesis, aplica a la sociología la teoría evolucionista de Darwin, de modo que, igual que los animales más aptos y fuertes son capaces de adaptarse a un entorno hostil para sobrevivir, evolucionando, y entendiendo por “evolución” progreso, los individuos de una sociedad deben adaptarse, dejando atrás a los más débiles y vagos -que son un lastre para la evolución social- en su libre desenvolvimiento. Sin injerencias del Estado, los individuos mejores medran y se reproducen, de modo que la sociedad progresa con ellos y sus logros redundan en beneficio colectivo.

Entre los muchos dogmas de tipo conservador-reaccionario, y sobre todo debido a su elitismo y clasismo, nos encontramos con su concepción del socialismo como la imposición de una civilización basada en los débiles. Y se lamenta: «[...] hoy que esa verdad es aceptada por todas las personas cultas, que no se niega por nadie la influencia bienhechora de la propagación de los más capaces, se hacen más esfuerzos que nunca para favorecer la multiplicación de los menos aptos».¹²³ La lucha por la existencia, dirá Spencer, genera menos sufrimiento que los intentos de los gobiernos por disminuir o eliminar el sufrimiento de los individuos más débiles (“vagos” y “viciosos”). El gobierno, empeorando las condiciones de los mejores (la élite social) se torna agresivo, pues agresiva es la naturaleza del Estado intervencionista. Se produce, según su parecer, una doble agresión, tanto al rico, quien por sus propios medios ha conseguido acumular recursos y éxito; como al pobre que trabaja y se esfuerza por obtener unos ingresos que le permitan, a él y a su familia, medrar. Y todo, piensa Spencer, por quienes no merecen ni protección ni misericordia alguna.

Sin embargo, sí concede una necesidad del individuo al grupo, y de una administración pública y estatal que garantice y defienda los derechos -que los marxistas dirían los “derechos burgueses”- a través de las fuerzas policiales del orden interior y las fuerzas militares que garanticen su soberanía del exterior. Es decir, el individuo necesita

¹²² Ibid.: pp. 100-101.

¹²³ Ibid.: pp. 110-111.

de la sociedad y su colaboración para su propia supervivencia, la defensa de sus recursos (propiedades) y la defensa del territorio:

[...] todos los individuos desean preservar su vida, preservar cuantas cosas sirven para la conservación y goce de la vida, preservar el libre uso de estas cosas y el deseo de aumentarlas. Cada uno ve que no puede realizar estos fines por sí solo. Contra los enemigos interiores, con sus simples esfuerzos, sería esta tarea para el individuo, difícil, ineficaz, peligroso. Hay otra cooperación en la que todos tienen interés: la de aprovecharse del territorio que habitan.¹²⁴

Como heredero de la tradición liberal, comparte también que hay un ámbito social para el que el Estado no debería intervenir, y que se autogestiona y se dota de normas y leyes a sí mismo, que es el mercado. El mercado es el ámbito de las transacciones mercantiles y con tal poder e influencia, que si dejase de funcionar correctamente destruiría al propio Estado. El mercado debe estar libre de toda injerencia, ya que en su funcionamiento estriba su autorregulación. La institución del mercado es, en cierto modo, de tipo colmena, pero también es individual, pues el deseo individual es su motor.¹²⁵

Del contexto político de su época, Spencer critica la filosofía política y de gobierno de Jeremy Bentham -cuyos partidarios políticos estaban entonces en el gobierno británico-, quien defendía la soberanía popular, de quien emana el poder legislativo. Conciben que la principal labor del gobierno es la de procurar la felicidad y bienestar del mayor número de personas posible, siguiendo el principio moral de la ética utilitarista del propio Bentham. Bajo la mirada de Spencer, ello desemboca en que termina habiendo una imposición de la mayoría (la sociedad igualitaria) sobre la minoría (el individuo). Y que esto no es más que una transliteración a la inversa del poder monárquico, cambiando el poder de la minoría por el de la mayoría.¹²⁶ La mayoría, y por tanto el gobierno, se impone como gobierno absoluto, similar en este sentido al gobierno absolutista monárquico, ya

¹²⁴ Ibid.: p. 134.

¹²⁵ «Las transacciones mercantiles que se extienden al mundo entero, el tráfico que se observa en nuestras calles, el comercio al por menor que todo lo pone a nuestro alcance y distribuye a la puerta de nuestra casa los artículos indispensables para la vida diaria, no tiene origen gubernamental. Todo esto es resultado de la actividad espontánea de los ciudadanos aislados o en grupo. [...] El lenguaje mismo en que dicta sus leyes y comunica órdenes a sus agentes, es un instrumento que no se debe al legislador; ha nacido, con entera independencia de la acción de éste, de las relaciones establecidas entre los individuos al perseguir la satisfacción de sus deseos personales» Ibid.: pp. 102-103.

¹²⁶ Esto es lo que convierte, a ojos de Spencer, en “nuevos conservadores” a los liberales socialistas, seguidores del utilitarismo benthamiano.

que la sociedad se guía por sus costumbres y tradiciones, y opina y obedece lo que su gobierno impone “violentamente”.

El tipo de cooperación social que defiende Spencer es una colaboración basada en el contrato, un dar y recibir recíprocos donde los individuos en sociedad se protegen entre sí e intercambian sus recursos. Es decir, son relaciones instrumentales basados en el beneficio propio y la búsqueda del interés individual, que sean beneficiosos para la sociedad, el grupo o ambos, es meramente circunstancial y secundario (o conforme a la razón, si se sostiene que nadie actúa contra sus propios intereses): «reconocer y garantizar los derechos de los individuos es al propio tiempo reconocer y garantizar las condiciones de una existencia social regular. En ambos casos se trata de una necesidad vital». ¹²⁷ Así, tomando la lógica utilitarista que critica a Bentham y a aquellos que en el gobierno llevan a la práctica sus teorías políticas, concluye que «por consiguiente, resulta que la utilidad, no evaluada empíricamente, sino determinada racionalmente, prescribe que se respeten los derechos individuales, y prohíbe al mismo tiempo todo lo que pueda contrariarlos». ¹²⁸

Ya en el siglo XX, Walter Lippmann continuará la línea de Spencer que aboga por la defensa incondicional de las libertades individuales. Lo hará a través de la intervención jurídica y de la producción de situaciones de mercado (privatizando y liberalizando), estimulando así comportamientos deseables cuando sea necesario restablecer el equilibrio económico, mediante medidas que ayuden a adaptarse a los individuos a las nuevas condiciones del mercado. «La política neoliberal debe cambiar al hombre mismo. En una economía en perpetuo movimiento, la adaptación es una tarea siempre actual con el fin de recrear una armonía entre la forma en que se vive y piensa en los condicionantes económicos a los que ha que someterse». ¹²⁹ Son estas palabras que nos resuenan de lo visto con anterioridad en la obra de Herbert Spencer.

Así, el darwinismo social, entendido como un spencerismo, de índole neoliberal fundamentado en la economía de la competencia requiere de una apariencia de naturalización de la economía como bioeconomía, olvidando su carácter artificioso, que se trata de una producción humana: «El darwinismo social no es tanto una descripción

¹²⁷ Spencer, *El individuo*: p. 156.

¹²⁸ *Ibid.*: pp. 160-161.

¹²⁹ Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 87.

como un proyecto, una utopía. Es la utopía de la reprogramación de la naturaleza viva por parte de un código generativo uniformizado por las leyes de la economía capitalista».¹³⁰ Se produce con él una eugenesia liberal que, en contraposición a la eugenesia nazi de la “raza superior” aria alemana, busca la eficiencia económica por encima de todo. Es decir, la supervivencia de los sujetos económicos que más valor generan por sí mismos. O, más bien, la reproducción y la perpetuación de la clase privilegiada de la sociedad.

1.2.1.2. Conservadurismo, mercado y política de reacción

Acabamos de observar el modelo conservador y reaccionario que Herbert Spencer supuso a finales del siglo XIX, su pugna elitista y clasista contra las clases sociales más vulnerables. A continuación, daré un repaso más exhaustivo de la mano de la obra del teórico político estadounidense Corey Robin, *La mente reaccionaria. El conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*, una obra interesante donde el autor disecciona a diferentes autores históricos de índole conservador, hasta nuestros días. El conservadurismo, nos dirá Robin, tiene un sesgo reaccionario que rechazaría todo intento de dar voz y cierto poder a las clases más bajas, y, por lo tanto, de aceptar en ellos cierta emancipación sin tutela o subordinación, motivo por el cual estas clases son constantemente descalificadas moral e intelectualmente.¹³¹ En similar situación, Quinn Slobodian con su obra *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, me aportará citas y argumentos sólidos para retratar el sesgo ya no sólo conservador, sino también reaccionario, de neoliberales y ordoliberales como Röpke, a quien además habría que incluir la etiqueta de racista.

Otra autora que aportará a la tesis un argumento más sólido sobre la relación entre conservadurismo y neoliberalismo será Melinda Cooper, gracias a su obra recientemente traducida al español *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*, en la que se hace patente hasta qué punto familia e individuo forman una dualidad indivisible para el conservadurismo social, e irrenunciable, a la vista de la reacción contra las diferentes formas de familia que se practican en nuestros días.

¹³⁰ Berardi, *La fábrica*: p. 153.

¹³¹ En el capítulo 3 daré cuenta de la obra de Jason Brennan, *Contra la democracia*, quien descalificará a los individuos menos atentos e informados de lo político como “hobbits”, en un intento de degradación que, para quien conoce la obra de Tolkien, no tiene muy clara tal descalificación.

El conservadurismo produce discursos en contra de la emancipación de las clases populares y del gobierno de éstas sobre la comunidad política. La élite ha de imponerse a las clases bajas, las cuales les deben obediencia y sumisión. De ahí que existan tantos discursos desde el conservadurismo contra la revolución, las rebeliones populares o la mera adquisición de derechos (sociales, laborales, humanos) ante los cuales tildan de “extremismo ideológico”.

Según Robin, lo que estaríamos viviendo hoy con nuestra crisis interna democrática occidental, no sería un fenómeno aislado históricamente, sino que se encuentra en el seno de la mentalidad conservadora de las élites de cada tiempo, la cual, en defensa de su status quo, es capaz de generar discursos que ataquen los regímenes en los que participa sin mucha convicción, para después imponer sus propios intereses. Y, para llevarlos a cabo, la democracia puede ser una herramienta útil, empleando ingeniería social, desinformación y discursos plagados de emotividad que generen rabia entre las poblaciones, para conseguir consenso social y, paulatinamente, destruir desde dentro los regímenes que no le son propicios a sus intereses. Lo interesante de la propuesta de Robin es su argumentación a través de citas y fuentes de pensadores de tradición liberal y conservadora, a veces reaccionaria, como Edmund Burke, Alexis de Tocqueville o Ayn Rand entre otros.

El liberalismo de los partidos conservadores es un liberalismo de poco compromiso con sus supuestos sociales, o que sólo llega a comprometerse con aquellos que perpetúan el statu quo y los privilegios de las élites: «Históricamente, los conservadores han favorecido la libertad para las clases más elevadas y restricciones para los estamentos más bajos. Lo que al conservador le desagrada de la igualdad, en otras palabras, no es que amenace la libertad, sino que esta se extienda».¹³² Igualdad es, dice Robin, «la rotación en el poder», que es lo que el conservadurismo niega políticamente: el gobierno de los subordinados y las políticas que los favorezcan y los doten de derechos. En muchas situaciones, esta reacción conservadora se debe a que, cuando los flujos del poder cambian, afecta a las vidas privadas de las élites.¹³³ Afectar el modo de vida

¹³² Robin, Corey (2019). *La mente reaccionaria. El conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Capitán Swing, Madrid: p. 25.

¹³³ Lo que para Antoni Domènech, en *El eclipse de la fraternidad*, es la “loi de famille” o *ley de familia*, esto es, el modo en que la estructura de la dominación social se reproduce en el ámbito familiar. Las relaciones de poder suelen ser simétricas tanto a escala macrosocial como microsocial, ajustándose las

plácido, confortable y derrochador genera las tensiones de las élites, a los que hay que arrancar privilegios para dar a sus subordinados derechos dignos. Comprender que los privilegios de las élites (como vivir de las rentas de la especulación financiera o el reparto de dividendos accionarial) es la negación de derechos fundamentales de los ciudadanos (imposibilidad de adquirir una vivienda digna, precariedad laboral) es o debería ser la base para los movimientos sociales y la lucha política.

Quinn Slobodian nos ofrece en *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo* una serie de ejemplos de algunos neoliberales, los cuales han defendido algunas de las ideas más perniciosas del academicismo neoliberal, que consiste en la función pragmática de la democracia (como hemos visto en von Mises anteriormente y su sesgo antidemocrático e, incluso, antimanifestaciones) como una forma de gobierno que previene revueltas y revoluciones de las masas trabajadoras y más vulnerables de la sociedad. Asimismo, Röpke defenderá que la esfera económica, para su correcto funcionamiento, requiere de un Estado fuerte. Von Mises y Hayek responden de manera similar al cuestionar la pragmática de la democracia y encontrar sus límites: cuando deje de funcionar a los intereses económicos, bien se puede optar por formas de gobierno más autoritarias. Para Röpke, es importante que un Estado fuerte no se deje influenciar por grupos de interés, y entre estos grupos de interés se encuentran las presiones de la influencia democrática.¹³⁴

Los neoliberales, tras la Segunda Guerra Mundial, van a ver cómo la democracia empieza a expandirse mientras sus ideas políticas pierden peso y relevancia en el plano político internacional. Su reacción contra la democracia queda patente cuando Röpke fue capaz de denominar al momento de postguerra como de “rabia democrática”.

En 1932, el neoliberal Walter Eucken denunció «la democratización del mundo». Con aquello se refería al sufragio universal masculino de las naciones industrializadas, que acercaba la política a «la gente y sus pasiones, los grupos de interés y los caóticos poderes

jerarquías en el ámbito de las familias. Los cambios en el ámbito macrosocial generan cambios en el ámbito microsociales, y, por ende, a la vida cotidiana.

¹³⁴ Así se expresa el propio Röpke en una carta a Marcel van Zeeland: «Es posible que, en mi opinión del “Estado fuerte” (*le gouvernement qui gouverne*), yo sea incluso “más fascista” que usted, porque, de hecho, me gustaría que todas las decisiones de política económica se concentrasen en manos de un Estado totalmente independiente y vigoroso al que no debilita ninguna autoridad pluralista de tipo corporativista [...]. Ansío que la fuerza del Estado estribe en la *intensidad* de sus políticas económicas, no en su *amplitud*. [...] Coincido con usted en que las viejas fórmulas de democracia parlamentaria han demostrado ser inútiles. La gente debe acostumbrarse al hecho de que existe también una democracia presidencia, autoritaria y, sí, incluso *-horrible dictum-* dictatorial» Cfr. Slobodian, *Globalistas*: p. 174. Las cursivas en original.

de las masas». La era de 1945 propagó a nivel mundial lo que Wilhelm Röpke llamó la «rabia democrática». [...] El nuevo lenguaje sobre el «desarrollo» y el subcampo de la «economía del desarrollo» ayudaron a legitimar las exigencias mundiales de pleno empleo, los controles de capital y el derecho a nacionalizar los activos y recursos de propiedad extranjera. [...] Frente a los derechos humanos, propusieron los derechos humanos del capital. Frente a los apátridas, propusieron a los inversores. Frente a la soberanía y la autonomía, propusieron la economía mundial y la división internacional de trabajo. Su «nacional» se refería tanto a las personas como a las empresas¹³⁵

El neoliberalismo, con su arrogancia internacional mercantil y su anti-nacionalismo (entendido este como una oposición no a la nación, sino a las políticas económicas intervencionistas sobre la imposición de aranceles y a la limitación del libre comercio), será el germen, paradójicamente, de lo que hoy son los populismo de extrema derecha anti-globalización, si bien con un fuerte carácter neoliberal en cuanto a políticas privatizadoras. Así lo describe Slobodian:

La visión del orden de Heilperin era multilateral, pero también unilateral: no toleraba desviaciones de las restricciones al libre comercio. No sólo es que Heilperin rechazase las quejas sobre la violación de la soberanía. De acuerdo con la postura del globalismo militante de la Escuela de Ginebra desarrollada a partir de la década de 1930, la cuestión consistía precisamente en reducir la soberanía. Heilperin escribió con franqueza que había que «subordinar» los objetivos nacionales al orden internacional. [...] [Las naciones d]ebían convertirse en «meras líneas de demarcación administrativa» y los gobiernos nacionales debían «tener poder limitado sobre la población»¹³⁶

El movimiento intelectual neoliberal ha actuado con las categorías y conceptos de los Derechos Humanos como los conservadores reaccionarios históricamente han hecho: ejerciendo la contrarreforma y apropiándose y resignificando aquellos conceptos e ideas que, en principio, irán contra sus ideales, como ha sucedido con el concepto de libertad. Sólo que ahora se vacía de contenido social a los Derechos Humanos para darles un contenido capitalista. Así, para Slobodian: «Frente a las cuatro libertades de Roosevelt - la libertad de expresión, la libertad religiosa, la libertad de vivir sin miedo y la libertad de vivir sin penuria-, los neoliberales propusieron las cuatro libertades siguientes: de capital, de mercancías, de servicios y de trabajadores».¹³⁷ Esta defensa de la propiedad, sobre

¹³⁵ Ibid.: pp. 185-186.

¹³⁶ Ibid.: p. 196.

¹³⁷ Ibid.: p. 203.

todo del capital, llega a ser tan grosero, que Michael Heilperin, economista neoliberal polaco, amigo de von Mises, propone que se defiendan y protejan las inversiones del capital extranjero por encima de los propios ciudadanos. El fin de la república ciudadana de carácter ilustrado, sustituido por la plutocracia financiera que terminaría por instaurarse a finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

Röpke se alejará de Hayek, von Mises y Heilperin cuando, a principios de los 1960, se destaque como ferviente defensor del apartheid de África meridional, entrando en ese momento más en el movimiento conservador norteamericano próximo a William F. Buckley. «Según su personal fusión del neoliberalismo y el conservadurismo tradicionalista, la supremacía blanca en África meridional en una característica esencial del marco extraeconómico que protegía la economía mundial».¹³⁸ Si bien ningún neoliberal se expresó en los mismos términos que Röpke sobre el apartheid, en su discurso sí hubo un clasismo y hasta un racismo que abogaba por restringir a determinadas clases y razas, masa ignorante, el sufragio universal «en aras de salvaguardar la estabilidad y la prosperidad».¹³⁹

Frente a Röpke y el África meridional, Hayek y el economista británico William Hutt proponían un régimen independiente de instituciones económicas internacionales, limitando de este modo el papel de los Estados democráticos: «Hutt proponía restricciones a la democracia diseñadas para disminuir la probabilidad de proteccionismo económico y redistribución, mientras que el globalismo militante de Hayek afirmaba que la totalidad debía resistir a las ruinosas exigencias de una moral globalizada».¹⁴⁰

Slobodian resume así la vinculación entre sus ideas racistas y neoliberales en Röpke: «El orden mundial liberal, el heredero de un orden cristiano, se definía como un sistema de expectativas económicas y modos de interacción sin gobierno formal: era una comunidad de valores, a la que cada economía podía unirse y de la que podía desvincularse, pero cuya existencia no podían legislar las instituciones supranacionales».¹⁴¹ Al mismo tiempo, la nueva política económica estadounidense, el New Deal, de corte keynesiano e intervencionista, llevó a algunos neoliberales como Röpke a posturas más hostiles. «La política estadounidense estaba erosionando la

¹³⁸ Ibid.: p. 226.

¹³⁹ Ibid.: p. 226.

¹⁴⁰ Ibid.: p. 227.

¹⁴¹ Ibid.: p. 233.

constitución económica del mundo, una división firme entre el mundo de los Estados y la economía mundial». ¹⁴²

Asimismo, la desigualdad es consustancial al sistema según Röpke. El igualitarismo no sólo es un ideal imposible, sino desestabilizador de los sistemas económicos internacionales. Siempre habrá países ricos y pobres, así como ciudadanos ricos y pobres, pues la desigualdad es fruto de la división internacional del trabajo.

En su opinión, el derecho a la igualdad recogida en el espíritu del estado de bienestar resultaba tan inviable e imprudente a escala global como a escala nacional. La desigualdad debía asumirse como una característica inevitable de la sociedad capitalista. Mientras que la “promesa de igualdades se ha considerado como uno de los mayores atractivos de la teoría de la modernización, el modelo de Röpke contemplaba la desigualdad como el inevitable *statu quo* crónico de una división internacional del trabajado ¹⁴³

Estas ideas antidemocráticas serán retomadas en el capítulo 3, para plantear las soluciones a los problemas que el germen antidemocrático del neoliberalismo ha instaurado en nuestras instituciones y en nuestras poblaciones, en algunos de sus individuos. Se necesita más democracia y menos neoliberalismo, si bien, la democracia podría valerse de algunos métodos socioculturales empleados por el neoliberalismo para instaurar y diseminar sus valores y principios, generando de este modo un *ethos* democrático.

Volviendo a la obra de Corey Robin, cabe preguntarnos ¿cómo puede el libertario o el liberal defender posturas reaccionarias que van, en teoría, contra sus propios dogmas de libertad individual? El liberalismo no se trataba más que de una ideología contra el poder absoluto de la monarquía que buscaba solucionar el problema de cómo limitar el poder. No hay un único liberalismo, sino muchos modos de entenderlo y practicarlo. La corriente que más se ha expandido a lo largo de la historia ha abandonado el liberalismo social, de carácter más progresista, y se ha vinculado estrechamente con los valores propietarios e individualistas más exacerbados, más propios de un conservadurismo. Robin lo explica así:

¹⁴² Ibid.: p. 327.

¹⁴³ Ibid.: p. 242.

El conservadurismo tampoco es una fusión improvisada de capitalistas, cristianos y guerreros, ya que esa fusión viene impulsada por una fuerza más elemental: la oposición a que los hombres y las mujeres se liberen de los grilletes de sus superiores, particularmente en la esfera privada. Esa visión parecería estar muy alejada de la defensa libertaria del libre mercado, con su celebración del individuo atomista y autónomo. Pero no es así. Cuando el libertario observa la sociedad, no ve individuos aislados; ve grupos privados, a menudo jerárquicos, en los que el padre gobierna sobre su familia y el propietario sobre sus empleados¹⁴⁴

El conservadurismo es la oposición a un nuevo orden que concibe como caos y eliminación de las jerarquías sociales. No renuncia al cambio como tal, ni se opone a todo cambio. Por el contrario, tampoco defiende un orden total. Se trataría, más bien, de la defensa de determinados regímenes de orden particulares que tienen que ver con su propio estatus y con su situación jerárquica. El cambio es consustancial al pensamiento conservador, y reflejo de ello es el célebre lema de Giuseppe Tomasi di Lampedusa en *El gatopardo*, «todo debe cambiar para que todo siga igual».

El conservador, considerado por sí mismo como prudente y moderado, es más bien arrogante y radical, de modo que políticamente «el conservadurismo ha sido un movimiento de cambio inquieto e infatigable, partidario de la asunción de riesgos y del aventurerismo ideológico, militante en su postura y populista en su orientación, con simpatía por los que empiezan y los insurgentes, por los outsiders y los recién llegados».¹⁴⁵ Es una ideología de la reacción, que encuentra sus orígenes, según Robin, contra la Revolución francesa. No obstante, no se limita únicamente a la defensa de lo viejo, sino que, en su versión contrarrevolucionaria, el conservadurismo toma algunas de las nuevas dinámicas que la sociedad quiere incorporar y no está dispuesta a renunciar. He ahí el elemento gatopardista.¹⁴⁶ También hay algo metafísico en su concepción de los tiempos de cambio, que hace al conservador especialmente vulnerable ante las contingencias:

¹⁴⁴ Robin, *La mente reaccionaria*: p. 34.

¹⁴⁵ *Ibid.*: p. 63.

¹⁴⁶ «[...] el imperativo reaccionario presiona al conservadurismo en dos direcciones bastante diferentes: primero, hacia una crítica y reconfiguración del antiguo régimen; después, hacia la absorción de las ideas y las tácticas de la propia revolución o reforma a las que se opone. Lo que el conservadurismo quiere conseguir a través de la reconfiguración de lo viejo y de la absorción de lo nuevo es convertir el privilegio en algo popular y transformar el tambaleante viejo régimen en un movimiento de masas dinámico e ideológicamente coherente» *Ibid.*: p. 64.

Tras haber sido testigo de la muerte de lo que debía vivir para siempre, el conservador ya no puede considerar al tiempo como su aliado natural o como el hábitat del poder. El tiempo es ahora el enemigo. El cambio, no la permanencia, es el gobernador universal, y el cambio no significa ni progreso ni mejora, sino muerte, y una muerte además temprana y no natural¹⁴⁷

Robin advierte de cómo se produce un conflicto por las medidas económicas (entre *laissez-faire* o intervencionismo) durante décadas antes de la Revolución francesa y durante la misma, un momento que también recoge Foucault cuando describe la doctrina económica de los fisiócratas franceses y su *laissez-faire*. Este mismo conflicto, amplificándose cada vez más, será el motivo de las reflexiones sobre el valor que Burke acometerá al final de sus días respecto al mercado de visión liberal:

La crisis de valor que la Revolución francesa inauguró encontró un corolario en la esfera económica con la imposición de controles de precios, confiscaciones de grano, racionamientos de pan y otras regulaciones del mercado. Estas medidas no eran algo nuevo, pero desde la década de 1770 se habían implementado en un contexto de creciente intranquilidad a causa del conflicto entre la igualdad y el *laissez-faire*. Con la llegada de la Revolución francesa, ese conflicto se intensificó¹⁴⁸

En este ámbito se relaciona con la teoría del mercado de Edmund Burke, quien concibe el mercado como un espacio donde se establecen pactos -de compra y venta- entre iguales y cuyos intereses, en vez de ser antagónicos, resultan ser idénticos. El valor es creado por el mercado, de manera armoniosa y equilibrada, pues es el resultado de un libre acuerdo entre comprador y vendedor, y por tanto el valor y precio se identifican. El mercado actúa como un igualador de las diferencias al establecer entre comprador y vendedor un libre acuerdo por el precio, de modo que no sólo establece el valor, sino que lo crea a su vez.

Y al mismo tiempo, Burke defiende que es el capitalista con recursos quien establece el precio de las cosas, ya sea decidiendo o adivinando el valor. Son dos puntos de vista que se distancian en dos momentos concretos. La primera tesis del mercado la escribe en *Thoughts on scarcity*, la segunda, en defensa de la élite aristocrática y capitalista, en *Letters on a regicide paece*. Concibe asimismo el trabajo como un bien sujeto a las

¹⁴⁷ Ibid.: p. 70.

¹⁴⁸ Ibid.: p. 142.

mismas leyes que las mercancías, y por lo tanto, que son los señores del capital aquellos que deben poner o “adivinar” el valor de las cosas, así como los salarios.¹⁴⁹ No deja de ser ésta, pues, una manera de darle el poder económico -que es también una forma del poder político- a la clase privilegiada.

Como podemos observar a través de estos autores, hay un vínculo evidente entre el neoliberalismo (en sus inicios representado por Gary Becker desde una postura moral, sobre todo, económica) y el social-conservadurismo, y que veremos a través de la reciente obra de la activista feminista Melinda Cooper en el capítulo 3. Becker, entre otras cosas, se preocupa de que los divorcios suponen un gasto económico que repercutirá, sobre todo, en la economía gubernamental y el contribuyente, en lugar de en la familia privada. Es por ello que el neoliberalismo ha establecido al respecto estrategias más efectivas y se ha adaptado mejor que el social-conservadurismo, por ejemplo, con la promoción del matrimonio y la familia de manera responsable. En cualquier caso, Cooper nos advierte que el neoliberalismo anhela «una recuperación de la familia privada como fuente principal de seguridad económica y como alternativa integral al Estado de bienestar».¹⁵⁰

Asimismo, desde el otro punto de vista ideológico, desde la izquierda presuntamente progresista, se critica la paradoja del neoliberalismo, cuya propia forma de entender la vida (cortoplacismo) y las relaciones sociales (instrumentalistas bajo la mirada del capital social), habría degradado toda forma de amor o de cualquier tipo de relación social duradera, al promover lazos sociales y vínculos efímeros y sin compromiso. Así lo describe Cooper:

cierta crítica desde la izquierda considera que el capitalismo neoliberal destruye por sí mismo la vida familiar. La idea de que las relaciones laborales, que introdujo la reforma laboral, han impedido de algún modo las obligaciones a largo plazo de amor y crianza es omnipresente en las teorías sociales de izquierdas que se interesan por los efectos de la modernidad tardía en las estructuras de la vida íntima¹⁵¹

La familia es esa institución donde prevalecen los programas social-conservadores, tanto desde la izquierda como desde la derecha. Cooper observa tanto en

¹⁴⁹ Cfr. *Ibid.*: p. 146.

¹⁵⁰ Cooper, Melinda (2022). *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*. Traficantes de sueños, Madrid: p. 13.

¹⁵¹ *Ibid.*

Marx como en autores posteriores como Polanyi, una tendencia a la defensa de la división social del trabajo, e incluso su propuesta laboral eliminaba el trabajo femenino en la industria y relegaba a las mujeres al hogar. La familia se va a constituir, así, como una institución con estructura capitalista y, por lo tanto, como institución de acumulación privada en la cual la reproducción social tiene lugar a través del parentesco, el linaje y la herencia.

En resumen, la alianza neoliberal / neosocial-conservadora surgió cuando los movimientos de liberación de los años sesenta empezaron a desafiar la normatividad sexual del salario familiar como eje y pilar del capitalismo de bienestar. Lo que proponían en respuesta a esta «crisis» no era recuperar el salario familiar fordista (esta nostalgia concreta sería característico de la izquierda), sino más bien la reivindicación estratégica de una tradición mucho más antigua de las leyes de pobres relativas a la responsabilidad familiar privada, con la combinación de instrumentos de reforma de la asistencia social, el bienestar dejó de ser un programa redistributivo para convertirse en un aparato federal que para controlar las responsabilidades de la familia privada de la población pobre, mientras que el gasto deficitario se trasladó progresivamente del Estado a la familia privada¹⁵²

Con denominado el *shock Volcker* de 1979, medida que la Reserva Federal tomará contra la inflación (subida de tipos de interés y el monetarismo), se crean las condiciones de posibilidad de la “revolución Reagan”, es decir, neoliberalismo y neoconservadurismo se desarrollan y toman su carácter hegemónico cultural y político. Para Milton Friedman, dice Cooper, la inflación suponía «un impuesto fraudulento a la clase inversora»;¹⁵³ esto se debió principalmente a que los salarios de los trabajadores (fuertemente sindicalizados) subían, mientras que los empleadores e inversores eran incapaces de disminuir los costes. La inflación y la política fiscal junto con la política monetaria se entrelazaban al pagar los gobiernos proyectos de bienestar social «monetizando la deuda en lugar de subiendo los impuestos o solicitando préstamos». Este tipo de programas, afirmará Friedman, derrumban el tejido social al eliminar los incentivos de la familia y el mercado. Del mismo modo, James Buchanan y Richard Wagner, economistas también conservadores, vincularán inflación y crisis moral, ya que la incertidumbre y la inflación incentivaban el cortoplacismo y la gratificación instantánea, generando una ruptura de la moralidad

¹⁵² Ibid.: p. 26.

¹⁵³ Ibid.: p. 36.

pública de promiscuidad sexual, o también con el aumento de población beneficiaria de políticas de bienestar.¹⁵⁴

Como ya hemos advertido al principio de este punto, Becker va a suponer un nexo importante entre neoliberalismo y neoconservadurismo al oponerse a las políticas de bienestar social, ya que las encuentra particularmente perjudiciales para la formación de vínculos sólidos familiares, pues estas eliminan el altruismo natural de la familia (un elemento similar al orden del mercado). Cooper resume la postura neoliberal del siguiente modo: «desmantelar el bienestar representa el medio más eficiente de restaurar los lazos privados de las obligaciones familiares»,¹⁵⁵ y de este modo, surgirá una «ética de la virtud más estricta de la acción inherente a las fuerzas del mercado». Por el contrario, los neoconservadores no consideran, como Becker, que la familia sea el resultado natural de las fuerzas del libre mercado, sino una institución opuesta y fuera de él, ya que las leyes del intercambio contractual corroen los valores de la familia. De hecho, en este momento histórico, el neoconservadurismo será más afín a la socialdemocracia, pues considera que el Estado debe garantizar y proteger a la institución familiar de las fuerzas del mercado.¹⁵⁶

Pero la política social de prestaciones cambió radicalmente en 1996 con la llegada de Bill Clinton, presidente del Partido Demócrata, del ala progresista del bipartidismo estadounidense, que llevó a cabo una gran disminución de las prestaciones al mismo tiempo que disminuía sus beneficiarios. La familia privada debía constituirse como la institución que ofreciera seguridad y protección a los individuos, y no el Estado: «La noción de que las obligaciones familiares privadas debían en última instancia sustituir las prestaciones de bienestar se complementaba así con la idea de que el Estado tenía que adoptar un papel de pedagogía activa para cultivar los valores familiares apropiados entre el conjunto de población, fuera o no beneficiaria de asistencia social».¹⁵⁷

La unión entre social-conservadores y neoliberales (en su versión socialdemócrata, representado por el gobierno de Clinton, primero, y Barack Obama después, en EE. UU.), supondrá situar sus políticas de seguridad social y prestaciones dentro de la tradición de responsabilidad familiar del siglo XVII con las leyes isabelinas y las leyes coloniales. Cooper nos advierte al mismo tiempo que se presta demasiada

¹⁵⁴ Ibid.: p. 36.

¹⁵⁵ Ibid.: p. 65.

¹⁵⁶ Cfr. Ibid.: p. 66.

¹⁵⁷ Ibid. p. 74.

atención al discurso neoliberal de la responsabilidad individual, pero advierte que así se corre el riesgo a la omisión de la relación neoliberal entre lo personal y lo familiar, donde la responsabilidad familiar cobra importancia con la gestión de la dependencia y seguridad económica. No obstante, el neoliberalismo, describe Cooper, tiene una tradición filosófica familiar contra (y, por ende, sobre los pobres):

La tradición de “responsabilidad familiar” de la asistencia social estadounidense tiene su origen en las leyes isabelinas y en las primeras leyes de pobres coloniales; después fue reinventada en los tiempos de la posguerra civil, cuando emergió como una metodología elaborada e invasiva para controlar la vida en la población pobre. Cuando a mediados del siglo XX, quienes llevaron a cabo la reforma social del New Deal quisieron importar los principios europeos de seguro social a Estado Unidos, tuvieron que superar esta tradición para imponer su propia visión del bienestar redistributivo, si bien siempre centrado en la familia.

Hoy por hoy, tanto el neoliberalismo como el nuevo social-conservadurismo se han descubierto invirtiendo esta trayectoria histórica para recuperar la tradición perdida de la responsabilidad familiar privada del cuidado de las personas dependientes. [...] A lo que aquí asistimos no es tanto al perverso desmantelamiento del Estado de bienestar previsto por el liberalismo conservador de Charles Murray o Marvin Olasky, como a su revitalización como instrumento para imponer obligaciones familiares y laborales en la población pobre beneficiaria de asistencia social. Las disposiciones de responsabilidad familiares, controladas en su día por los tribunales y por quienes trabajan en organizaciones benéficas, ahora formaban parte de la legislación federan sobre bienestar y contaban con toda la fuerza institucional de una estudiada infraestructura de asistencia social nacional¹⁵⁸

Thomas Piketty, economista francés progresista y vinculado a la izquierda, ha demostrado en obras como *El capital en el siglo XXI* con datos cómo desde la aplicación de políticas neoliberales la riqueza privada y heredada han aumentado considerablemente, al mismo tiempo que se ponían en marcha discursos sobre la meritocracia, «en lo que la economía popular celebra las virtudes de la asunción de riesgos individuales, la acumulación de fortunas con deudas apalancadas y rendimientos extravagantes, derivados de la inversión en mano de obra cualificada o en el capital humano». ¹⁵⁹ Sin embargo, para Piketty la riqueza generada a través de la herencia es casi tan importante y decisiva

¹⁵⁸ Ibid.: pp. 76-77.

¹⁵⁹ Ibid.: p. 131.

actualmente como en el siglo XIX, resultando un factor de desigualdad social evidente. La importancia de la herencia sitúa en el mismo grado de importancia a la institución de la familia, motivo por el cual los nuevos modelos de familia representados en sus diversos movimientos sociales hablan y ponen en valor a la institución de la familia.

Para Cooper, el neoliberalismo original de la década de 1970 fue sensible al problema de la riqueza familiar y su declive en las décadas anteriores, lo cual condujo al *shock Volcker* y al cambio monetarista neoliberal, «motivado por la idea de que los intereses de la clase inversora, junto con las grandes fortunas familiares que habían amasado, se veían amenazados por el creciente presupuesto estatal para bienestar».¹⁶⁰ Mencionando al sociólogo Yuval Elmelech, Cooper advierte de una distinción de clase relevante, dado que, para la clase trabajadora, resulta imposible heredar un salario y reproducir socialmente la riqueza familiar, mientras que para aquellos que poseen activos financieros, al ser estos heredables, no sólo reproducen la riqueza material familiar, sino también simbólico (la familia mantiene su estatus y clase social) y al mismo tiempo, los salarios se pueden estancar, mientras que los activos financieros pueden revalorizarse (o también depreciarse...).

Mary Ann Glendon, activista política conservadora y exembajadora estadounidense, había intuido, dirá Cooper, que el declive de la familia estaba estrecha y completamente vinculado con la redistribución de la riqueza y de los ingresos desarrollados por el Estado de bienestar (a mejores pensiones o ayudas, menos necesidad de un cabeza de familia que aporte económicamente, sustituido por el Estado de bienestar). Pero señala Cooper que una estrategia del conservadurismo durante la inflación de los 1970 fue la de señalar a las políticas sociales redistributivas como aquellas culpables de la crisis de los valores y de la institución familiar tradicional; pero ello no fue más que una estrategia contra el impulso estatal de desarrollar durante aquella inflación políticas redistributivas de la riqueza que afectaba en mayor medida a las economías más vulnerables.¹⁶¹ El economista Joseph Minarik se encargó de refutar que las economías bajas fueran los más perjudicados por la inflación, sino que más bien eran las más favorecidas por ella, y golpeaba con mayor fuerza a las clases medias altas o a las grandes fortunas, quienes tenían su riqueza invertida en activos financieros o propiedades inmobiliarias, por lo tanto, aquellos que dependían sus ingresos de tasas de interés,

¹⁶⁰ Ibid.: p. 133.

¹⁶¹ Ibid.: p. 135.

dividendos accionariales o rentas, que se devaluaban fruto de las políticas sociales estatales. George Golden, ideólogo de Reagan, denominó a esta crisis como la “Gran Depresión” de las clases altas. La Escuela de Chicago tildaría de verdaderos rentistas y parásitos del sistema a las personas beneficiarias de asistencia social. Reagan y el neoliberalismo debían establecer una estrategia por defender la reducción del impuesto a sucesiones que defendiera la herencia, así como menores tasas impositivas a las rentas, y encontrarán argumentos en las nuevas ideas neoliberales de innovación e inversión como grandes defensas argumentativas que la ciudadanía debería asumir y generar consenso social y político:

Como apunta Kevin Phillips, la defensa a ultranza de los intereses de la clase alta ociosa pocas veces ha logrado movilizar las pasiones del populismo estadounidense: así pues, lo ideólogos de la era Reagan, como George Golden, “no pregonaban la riqueza heredada”, sino la innovación, el emprendimiento y la asunción de riesgos, incluso mientras libraban una guerra encubierta contra el impuesto de transmisión de bienes y otros gravámenes de las fortunas privadas. Esta mezcla de meritocracia retórica y patrimonialismo político también alimenta al populismo conservador de los años setenta y cambió radicalmente las alianzas de clase de los últimos años de la era fordista¹⁶²

Como explica Cooper, mientras la clase media se pudo beneficiar y aumentar su nivel de vida y estatus social, estuvo a favor de políticas redistributivas, sin embargo, cuando su posición mejoró y sus rentas y beneficios disminuyeron como consecuencia de las grabaciones progresivas a la riqueza acumulada, y viendo que sus impuestos iban al bolsillo de clases bajas y negros, entonces abrazaron el ideal conservador profamilia y contra la redistribución de la riqueza.¹⁶³ La revolución neoliberal fue tan fuerte que Cooper llega a afirmar que «A día de hoy se podría decir que las definiciones tradicionales de clase basadas en el trabajo deberían corregirse según el patrimonio y la riqueza, si queremos hacernos una idea precisa del valor neto de una persona».¹⁶⁴

En conclusión, ha quedado patente que dentro de las doctrinas neoliberales se ha desarrollado y perpetuado un conservadurismo social ligado a la familia, la cual no es otra que la familia tradicional de corte heteropatriarcal, con alguna concesión al

¹⁶² Ibid.: p. 139.

¹⁶³ Ibid.: p. 140.

¹⁶⁴ Ibid.: p. 146.

feminismo, haciendo necesario hoy en día para mantener un nivel de vida adecuado estar activo laboralmente por parte de los dos progenitores. Este conservadurismo tiene, por lo demás, un sesgo reaccionario que, en la medida en que alguien alza la voz y reclama cambios estructurales que beneficien a las clases más vulnerables, aquellos se revelan en defensa del statu quo y de sus privilegios (de clase, de género, de raza...).

No hay sociedad, dirá Margaret Thatcher, sólo individuos y familias. Hemos considerado al final de este punto, sobre todo con Melinda Cooper, los valores tradicionales vinculados a la familia, y cómo el neoliberalismo, de raigambre conservadora, promueve, mediante sus medidas socio-económicas, la necesidad de establecer vínculos tradicionales para meramente sobrevivir en el hostil ecosistema social que políticamente se ha producido. Asimismo, también hemos visto, con Corey Robin y Quinn Slobodian, las semillas del sesgo reaccionario antidemocrático de los primeros neoliberales, que hoy, si bien no se expresan en esos términos, los políticos y la élite neoliberal conservadora sí están realizando prácticas que distorsionan el buen funcionamiento de las instituciones democráticas, dando a las democracias el aspecto de un oligopolio cada vez más evidente, enmascarado como un aparente bipartidismo (o bibloquismo ideológico) democrático. Lo que atenderemos en el siguiente punto es la conformación de un ideal individual y cómo se vincula, en cierto modo, con el fascismo de la primera mitad del siglo XX.

1.2.1.3. Individualismo heroico. Hacia el neoliberalismo y al fascismo pro-mercado

Hemos estado viendo cómo los neoliberales austríacos von Mises y Hayek darán un nuevo sentido con la reformulación del mercado como dispositivo de producción de subjetividad. En un libre mercado donde los individuos, consumidores y productores a la vez, se convierten en agentes del mercado, están siempre obligados a elegir libremente entre mercancías, bienes y servicios en competencia, en otorgarles valor. El valor y la libre elección, analiza Robin, son vinculados por el neoliberalismo: en la elección está el valor y el desarrollo de la capacidad de valorar. Es fruto de esta escenificación que los individuos adquieren juicio, gusto y criterio para desarrollar el sentido moral.

De manera que el mercado deviene en un dispositivo que disciplina hacia la acción moral-económica: «Solo cuando navegamos por sus estrechos canales -donde cada

decisión de gastar una parte de energía nos exige hacer un cálculo sobre lo deseable del fin propuesto- nos encontramos cara a cara con nosotros mismos y nos vemos obligados a responder a las preguntas: ¿en qué creo?, ¿qué deseo en este mundo?, ¿qué quiero de esta vida?». ¹⁶⁵ Un nuevo modo de disciplina que es una puesta en juego del ejercicio de los individuos convertidos en agentes del mercado, en agentes económicos que, en su ejercicio de la libertad -económica, de empresa, una libertad mercantilista-, se constituyen también como sujetos dignos de valor. No participar en el espacio del mercado te desvaloriza como individuo ya que no produces ni consumes -que es otro modo de producir.

Schumpeter, procedente también de la escuela austriaca, convierte, nos dice Robin, al empresario en el modelo por excelencia del nuevo mundo que se está erigiendo:

Frente a esta competición dramática e incluso letal, el empresario emerge como un legislador de valores y nuevas formas de ser. El empresario demuestra una inclinación a romper con «las tareas rutinarias que todo el mundo entiende». Supera las múltiples resistencias de su mundo, «desde el simple rechazo a financiar o comprar algo nuevo hasta el ataque al hombre que intenta producirlo» ¹⁶⁶

El que terminará siendo, a finales del siglo XX, el empresario neoliberal, encarna los valores del *hombre creado a sí mismo*, que transgrede las normas de lo establecido - lo que bajo el lenguaje empresarial se denomina *ser disruptivo*- y se inserta en una estructura de valores propia acorde a su voluntad.

Hayek es un liberal que concibe la libertad no como un derecho intrínseco del ser humano, sino como un instrumento, en este caso, del progreso. Por eso, afirma, es necesario que la libertad sea un beneficio total para todos, ya que así cabe la posibilidad de que una persona pueda dedicarse libremente al progreso humano y civilizatorio. Pero en esta tesis reside que la libertad de algunos vale más que la de otros: «En el fondo de la concepción que Hayek tenía de la libertad, por tanto, yace la idea de que la libertad de algunos vale más que la de otros». Para él, los ricos de nacimiento son especialmente importantes y a los cuales habría que dejar heredar todo su patrimonio y no empezar desde cero; son criados y educados en una cultura y valores superiores, como atestiguan los

¹⁶⁵ Robin, *La mente reaccionaria*: p. 183.

¹⁶⁶ *Ibid.*: p. 187.

éxitos de sus progenitores, y hay que permitir mantener socialmente estas estructuras jerárquicas. Son vistos como «legisladores culturales».

Ayn Rand, de quien hemos leído su compendio de artículos y discursos *La virtud del egoísmo*, plantea en sus novelas la idea del individuo-héroe que se ha de enfrentar a la oposición del mundo-masa. Toda su obra, literaria y filosófica, es una crítica no sólo a la homogenización igualitaria, sino a los valores colectivos de la colaboración, la solidaridad y el altruismo; por el contrario, aboga por un racionalismo objetivista que prioriza la instrumentalización para alcanzar el éxito personal, el individualismo y el egoísmo. Rand, quien vivirá un tiempo en la Rusia soviética y será testigo de los problemas de libertad y de ideología de partido, hasta que emigre a los Estados Unidos, y donde producirá toda una obra en contra de los valores de la URSS y en favor de la libertad y el individualismo. El héroe individual puede transformar el mundo-masa; el problema no es tanto con la sociedad, sino con sus elementos improductivos, los vagos, los pobres sin oficio ni beneficio. El héroe individual contemporáneo es hoy Steve Jobs o Elon Musk, son los hombres que fueron al mercado competitivo y ganaron.

Rand se considera a sí misma discípula de Aristóteles, sobre todo en lo concerniente a la ética, en oposición al sistema ético normativo kantiano. Pero lo que en la ética de la virtud teleológica de Aristóteles está llena de matices, y su consecución el resultado de toda una vida de la práctica de la virtud, en Rand es todo melodrama y la puesta en escena del modelo heroico que resiste y sortea la dificultad. Al contrario que Aristóteles, quien concibe la vida como algo dado, natural, y dentro de unas coordenadas metafísicas y ontológicas concretas, para Rand la vida debe ser buena en el sentido de la pompa, pero también, quizás influenciada por el existencialismo, es una elección y autoafirmación constante: vivir -y vivir bien- es una elección, y por tanto racional. La vida para Rand es, en palabras llanas, una lucha constante por la supervivencia, y esta es una idea que no está en Aristóteles sino, dice Robin, en el fascismo: «La idea de la vida como una lucha contra y hasta la muerte que carga a cada momento de destrucción, que preña cada elección de destino, que sopesa cada acción con la aniquilación y que genera significado moral a través de su presión letal: esa es la consigna de la noche europea».¹⁶⁷ Pero siendo ideologías contrarias que sólo comparten determinadas lógicas y matices, coinciden completamente en un ideal del individuo heroico que se ejemplifica a través de

¹⁶⁷ Robin, *La mente reaccionaria*: p. 211.

la vida económica y empresarial. Ello implica valorar unos hombres -porque además suelen ser siempre hombres y no mujeres- por encima de otros, reproduciendo una ideología de la sociedad elitista: «Una vez que reconocemos “los extraordinarios logros de los individuos”, dice Hitler en Düsseldorf, debemos concluir que “la gente no es de igual valor o de igual importancia”. La propiedad privada “solo puede ser moral y estar éticamente justificada si admitimos que los logros de los hombres son distintos”». ¹⁶⁸

No sólo eso, sino que Rand, en su apuesta por su filosofía objetivista, de corte racional, abogará por el prejuicio y la marginación de aquellos, los pobres, los incultos sin educación, los abocados al fracaso y a la miseria. Pues sólo aquellos que emplean la razón, que es la distinción última del ser humano respecto al resto de animales, son dignos de ser plenamente humanos y de gozar de sus respectivos derechos. Y esto, en última instancia, porque concibe que ser *consciente* -o meramente pensar según sus coordenadas filosóficas- es una elección y, por lo tanto, ser como ser humano también lo es. ¹⁶⁹

El sujeto heroico que surge por la voluntad de poder y por la ruptura de los valores heredados socialmente y que el sujeto busca, encuentra y hace suyos, es un sujeto nostálgico que abjura de la razón y pone sus sentimientos por encima. El fascismo no deja de tener un componente emocional muy fuerte que vincula a los individuos con un sentimiento de pertenencia identitaria de la patria por restaurar. La alianza que se establecerá entre el fascismo y las grandes empresas, a pesar de los primeros recelos en su génesis, será de gran importancia para no sólo la supervivencia del movimiento, sino para su propagación en una parte importante del continente europeo.

La reacción fascista comenzó a moverse en Italia, con la llegada al poder en 1922 de Benito Mussolini, pero cuya praxis fascista comenzó ya a ponerse en marcha tras el fin de la Gran Guerra era una “guerra civil” contra trabajadores de izquierdas, sindicatos, alcaldes, rompiendo huelgas por medio de la violencia, lucha propagandística contra la izquierda, pero concretamente contra sus enemigos, y a la manipulación de las masas adueñándose o con la complicidad servil de los medios de comunicación. Todo ello fue replicado, entre otros, en Austria, en Alemania por Hitler y en España por Franco. El fascismo fue la solidificación del poder reaccionario y capitalista para la imposición de

¹⁶⁸ Ibid.: p. 213

¹⁶⁹ Ayn Rand, *La virtud del egoísmo*: p. 21 y ss.

la acumulación por desposesión, aumentando el poder de clase y destruyendo los movimientos obreros que tanto había costado levantar en Europa. Esto se ve por cómo el fascismo emplea la violencia y la fuerza para derrocar el poder obrero que había conquistado derechos laborales que fueron abolidos y vio cómo los salarios fueron drásticamente reducidos. Y todo ello bajo la consigna de una supuesta libertad que el socialismo había erradicado, y que no hace más que enmascarar los intereses de la clase burguesa rica y la restitución de un poder de clase liberal-conservador.

Debido a la Gran Guerra, los mercados habían sufrido, y la escasez material y de productos de primera necesidad imperaba en las diferentes sociedades. Los gobiernos comenzaron así a ensayar gobiernos intervencionistas. Este momento produjo dos respuestas dentro del liberalismo: la del abandono del *laissez-faire* para salvaguardar la neutralidad del Estado, apostando por un gobierno intervencionista en lo económico; y la del liberalismo austriaco, que apostaba por limitar el poder central del Estado a través del poder económico, regido por la libertad económica en un mercado en competencia, y dominada por “caudillos empresariales”. Los propios Hitler y Mussolini, a quienes los neoliberales como Hayek señalan como ejemplos de lo que el socialismo produce: totalitarismos; mientras, es a ellos a los primeros a quienes se oye o lee lo que será doctrina de la economía neoliberal y de spencerismo social.¹⁷⁰

Sin embargo, Hitler y Mussolini están lejos de ser socialistas, tal y como tilda Hayek al autoritarismo. Mientras Hitler pactaba y hacía amigos con el gran capital alemán -el cual en el futuro le daría el beneplácito de gobernar, pues concentraba un fuerte poder económico y político en Alemania-, prometía derechos y conquistas a la clase trabajadora que no se cumplirían. Hitler intuyó la debilidad a la que se avecinaba el país, con una

¹⁷⁰ Antoni Domènech recoge un par de citas importantes de Hitler que demuestran, primero, que su pensamiento ideológico y político estaban muy lejos del socialismo que Hayek, por ejemplo, le identificaba; y segundo, su vinculación a una economía basada en el mercado y apostando por las grandes empresas alemanas. Recogemos aquí algunos fragmentos:

«La alta medida de libertad personal de acción que [a empresarios y obreros] ha de serles conferida hay que explicarla por el hecho de que, de acuerdo con la experiencia, la capacidad de rendimiento del individuo se ve más ampliamente robustecida manteniendo la libertad que con coacciones desde arriba, y es además conveniente evitar cualquier traba al *proceso natural de selección que ha de promover a los más capaces, más aptos y más industriosos*» Ibid.: p. 321.

«La intervención pública en la economía es: “un instrumento peligroso, porque toda economía planificada se desliza con demasiada facilidad hacia la burocratización, con la consiguiente asfixia de la eternamente creativa iniciativa privada individual... Y ese peligro se ve, además, acrecido por el hecho de que toda economía planificada lleva fácilmente a la cancelación de *las duras leyes de la selección económica de los mejores y de la aniquilación de los más débiles*, o las debilita al menos, garantizando el mantenimiento del promedio menos valioso”» Ibid.

república renqueante tras la hiperinflación, y la dependencia de la economía alemana de la bolsa de Wall Street. La economía financiera especulativa se instauró en el gran capital alemán, generando una simulación económica en alza, la cual, con el Gran Crack de la bolsa estadounidense provocó en el país una crisis y una deflación que sumió al país en una depresión económica de grandes dimensiones¹⁷¹, que llevó a la agitación social de las masas que, ya preparado, Hitler fue capaz de capitalizar.

A pesar de contar con una gran financiación de los grandes capitales alemanes, éstos no terminaban de confiar del todo en Hitler, a quien veían más como a un Mussolini que como a un Miguel Primo de Rivera. Estos preferían una dictadura en el cual Hitler representara sus intereses y los beneficios, sin embargo, y aunque tangencialmente sí les beneficiara, Hitler no consentiría ser controlado por los magnates alemanes, sino que llevaría a cabo una dictadura soberana, cesarista, en la que detentaría el poder absoluto del gobierno, y los grandes capitales serían fagocitados por la imposición administrativa del Führer. De modo que Hitler, una vez en el poder -y lo mismo ocurriría con Mussolini- llevó a término una puesta en práctica de la filosofía spencerista, de la dominación de los fuertes y la dominación de los débiles, de la puesta en valor de la iniciativa privada individual de los ricos -nunca de los pobres. No se produjo en ningún caso una regulación del mercado laboral favorable a los trabajadores, sino más bien que se fortaleció el poder empresarial sobre ellos, eliminando el poder de la negociación colectiva.¹⁷²

Tras esta especie de genealogía de la tradición liberal y neoliberal vinculadas al conservadurismo, la reacción, y cómo el modelo de mercado competitivo se encontraba ya en los fascismos autoritarios de la primera mitad del siglo XX, aunque con una planificación económica como fruto de la II Guerra Mundial, podemos ahora acometer cómo el programa neoliberal ha configurado un sistema de dispositivos y gramáticas concretas para la producción de subjetividades que rindan en un sistema económico productivo que les va a ser hostil desde la cuna hasta la tumba, pues el sistema de

¹⁷¹ Stefan Zweig cuenta su experiencia en su magnífica autobiografía *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. Su experiencia es interesante ya que su posición económica y social era bastante acomodada, y sin embargo ello no evitó que para calentar su hogar en pleno invierno debiera quemar libros -como último recurso- o pasar hambre debido al alza de los precios y el desabastecimiento que sufría el país.

¹⁷² Cfr. Domènech, *El eclipse*: p. 437.

acumulación debe sacar rendimientos desde a las pensiones -privatizando el sistema público de bienestar-, hasta monetizando la misma muerte.

1.2.2. El programa neoliberal

1.2.2.1. La intervención jurídica del Estado. Marco y reglas para el libre juego económico del mercado de competencia

Si bien el liberalismo contiene en su doctrina una serie de dogmas compartidos en mayor o menor medida (el derecho natural, la libertad de comercio, la propiedad privada, las virtudes del equilibrio del mercado), dentro de su pensamiento se producen también críticas y diferentes modos de entenderlo y aplicarlo a la realidad social y política. No hay, por tanto, un *corpus* unificado, sino crisis internas que la dotan de heterogeneidad. Podríamos, por simplificar, hablar de dos grandes tipos de liberalismo: los reformadores sociales, basados en el ideal de bien común; y los partidarios de la libertad individual.¹⁷³

En el siglo XX surgirán dos corrientes liberales que tratarán de dar cuenta de la crisis del gobierno liberal: el *nuevo liberalismo*, cuyo máximo exponente es John Maynard Keynes, y que reexamina «el conjunto de los medios jurídicos, morales, políticos, económicos, sociales, que permitían realizar una “sociedad de libertad individual” provechosa para todos»¹⁷⁴ yendo más allá del *laissez-faire* y de la puesta en cuestión de los mecanismos autorreguladores del mercado. Y el neoliberalismo, surgido en contraposición al nuevo liberalismo, que busca la desregulación de los mercados, pero que no niega la intervención del Estado, pues lo requiere para producir las condiciones de posibilidad del mercado de competencia mediante un marco jurídico, así como producir las condiciones óptimas para que «el juego de la rivalidad satisfaga el interés colectivo».¹⁷⁵

Los nuevos modelos socioeconómicos de Alemania y EE. UU. basados en agentes económicos individuales guiados por su propio interés y actuando en base a decisiones según la competencia de mercado, sustituirán los modelos del liberalismo clásico. El nuevo capitalismo aplica el modelo de la empresa, su organización, su forma jurídica, la

¹⁷³ Seguimos en este punto la distinción propuesta por Laval y Dardot en *La nueva razón del mundo*.

¹⁷⁴ Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 62.

¹⁷⁵ *Ibid.*: p. 63.

concentración de sus medios, así como nuevas formas de competencia: una “gestión científica” de la empresa moderna. Fue Herbert Spencer, criticando la justificación de la intervención política del relativismo del derecho a la propiedad privada a la que podía desembocar el utilitarismo de Bentham, quien introdujo la primacía de la competencia en las relaciones sociales.

El *Coloquio Walter Lippmann* que tuvo lugar en 1938 llevaba como lema la declaración de la búsqueda de la renovación del liberalismo, un primer intento de una “internacional neoliberal” cuya labor terminará dando sus frutos generando organismos como la Trilateral y el Fórum Internacional de Davos. Durante el Coloquio se pusieron de manifiesto diferentes puntos de vista que se mantendrán aún después de la Segunda Guerra Mundial. L. Rougier, filósofo que conduce el Coloquio, busca refundar en liberalismo para combatir los totalitarismos. El intervencionismo del Estado liberal sólo ha de ser jurídico. Coinciden gran parte de los intelectuales reunidos en que las grandes crisis que han surgido en épocas de bonanza económicas son fruto del intervencionismo estatal, el cual conduce necesariamente a la colectivización de la economía y al régimen policial totalitario. Concluyen de este modo que el liberalismo no fue lo que falló, sino el intervencionismo.

Rougier y Lippmann serán quienes presenten las primeras líneas distintivas de lo que deberá ser el neoliberalismo. Rougier propone un “retorno al liberalismo”, marcado por el rechazo a la metafísica naturalista, la creación de un orden legal que permita la libertad de iniciativa privada -es decir, intervencionismo jurídico, no administrativo-, siendo el consumidor el árbitro del mercado en competencia. Laval y Dardot señalan que el *laissez-faire* propuesto en los términos empleados por Lippmann era una consigna más que un programa que conducía a una posición dogmática y conservadora. El neoliberalismo concibe el orden del mercado como un orden construido, de modo que se debe establecer un programa político para su establecimiento y su mantenimiento a lo largo de los diferentes ciclos políticos. El dirigismo jurídico del Estado tiene como fin proteger la libertad individual, distinguiéndose del intervencionismo colectivista y planificador. Mientras, Rougier concibe un “liberalismo constructor” que interviene para estimular comportamientos deseables de los agentes económicos para reestablecer un equilibrio que, aunque natural, no se constituye por sí solo. Es decir, el intervencionismo estatal deberá configurar el marco necesario para la competencia económica. Esta nueva fase del capitalismo ha abierto «un período de revolución permanente en el orden

económico», de modo que la política neoliberal debe intervenir para “adaptar” a los hombres a las nuevas condiciones del mercado cambiante. El neoliberalismo será así un programa social de transformación del hombre: «La política neoliberal debe cambiar al hombre mismo. En una economía en perpetuo movimiento, la adaptación es una tarea siempre actual con el fin de recrear una armonía entre la forma en que se vive y piensa y los condicionantes económicos a los que hay que someterse».¹⁷⁶

Las políticas neoliberales son sinónimo de un compromiso con el libre mercado, más allá del *laissez-faire*, con un “gobierno vigilante” de las reglas jurídicas, monetarias y de comportamiento, creando un marco para que tenga lugar la competencia y generando situaciones de mercado, así como formar a los individuos adaptándolos a las lógicas del mercado. Para pensar en la instauración en la sociedad del *principio de competencia* es necesario pensar en cierta “lógica de las prácticas”, se trata de que hay prácticas «que ponen en funcionamiento técnicas de poder (entre ellas, en primer lugar, técnicas disciplinarias, pero también de seguridad y vigilancia), y son la multiplicación y la generalización de todas esas técnicas las que, poco a poco, imprimen una dirección global, sin que nadie sea el instigador de este “avance hacia un fin estratégico».¹⁷⁷ A partir de finales de 1980 comienza a instaurarse un sistema de reglas neoliberal que tiene la forma de un sistema disciplinario a escala global. Disciplinario en un cierto sentido, aquí me refiero a la instauración de diferentes modos de vida, pero de estilo neoliberal (propietarista, familiar, en favor de un sistema de mercado en competencia, consumista...) o de un *ethos* neoliberal. No es, por tanto, el concepto disciplinario que emplea Michel Foucault en *Vigilar y castigar*.

En última instancia, el programa neoliberal busca crear situaciones de mercado, así como producir al sujeto empresarial. Mientras que la economía neoclásica promulgaba la necesidad de unas condiciones de la competencia *pura y perfecta* para la armoniosa práctica de los agentes económicos, von Mises y Hayek consideran la competencia en el mercado como «un proceso de descubrimiento de la información pertinente», es decir, un modo de conducta donde el sujeto empresarial busca nuevas oportunidades de ganancias y adelantarse a sus competidores.

¹⁷⁶ Ibid.: p. 87.

¹⁷⁷ Ibid.: pp. 192-193.

A partir de la lucha entre los agentes se podrá describir, no la formación de un equilibrio definido por condiciones formales, sino la vida económica misma, cuyo actor real es el emprendedor, animado por un espíritu empresarial que está presente en todo sujeto en grados diferentes y que encuentra ante sí, como único freno, al Estado cuando éste dificulta la libre competencia o la suprime¹⁷⁸

Podríamos establecer, por lo tanto, que el neoliberalismo contiene una serie de valores heredados del liberalismo tradicional, como son la dignidad y la libertad individual. La libertad individual, a diferencia del liberalismo tradicional, estaría garantizada según la doctrina neoliberal por la libertad de mercado y de comercio, y expresada en último término por la elección individual racional. Estos valores no serían más que la encarnación de los intereses de la propiedad privada.

De acuerdo con el antropólogo y filósofo Karl Polanyi, la libertad, neoliberalmente entendida, sería lo mismo que una libertad de empresa, es decir, su reducción a una libertad para aquellos con bienes materiales capaces de llevar a cabo inversiones en capital humano, en la obtención de recursos que les permita mantener una ventaja competitiva y a la par perfeccionarse a sí mismos como prescribe la doctrina neoliberal del trabajo como fuerza de trabajo de uno mismo; mientras tanto, aquellos individuos que no pueden permitirse esto, sucumben en la precariedad y el esfuerzo fútil en la búsqueda de una mejora de su forma de vida, intento que reproduce la lógica de la razón neoliberal que les maniatra en su propia alienación. Este modo de vida alienada se debe a que la lógica neoliberal expande la mercantilización de todas las esferas de la vida humana. La mercantilización constituye al mercado en guía, en ethos, de actuación en todas las facetas de la acción humana. En el siguiente punto daré cuenta de cómo el programa neoliberal necesita producir subjetividades, cómo los produce y en qué consisten estas subjetividades.

1.2.2.2. Produciendo subjetividad. El empresario de sí formalizado como capital humano

Este es uno de los puntos más importantes, a mi entender, para comprender la producción de la subjetividad en la que los individuos, más allá del empresario de sí foucaultiano, han de formalizarse como capital humano. Quiere esto decir que los sujetos

¹⁷⁸ Ibid.: p. 136.

devienen en recursos que la empresa o el ente público, dependiendo del empleador, extrae todo el rendimiento posible, adquiriendo todo el valor para sí, y explotando a los sujetos-capital. Esta dinámica extractiva que explota las subjetividades de los individuos generará, como veremos sobre todo en el capítulo 2, determinadas patologías de la mente, así como problemas físicos y vitales para las poblaciones.

Como hemos visto anteriormente, las políticas neoliberales buscan la producción y el mantenimiento del libre mercado. Para ello, debe atar asimismo a los individuos en la cadena de producción de valor capitalista. La reproducción social del valor, edulcorado con nuevas formas de vida basadas en el consumo y la idea de progreso, generará no sólo su sometimiento al sistema productivo, sino también su férrea defensa ante la imposibilidad de renunciar a determinados beneficios producidos por éste, y ante la incapacidad de poder plantear ninguna alternativa mejor.

La consolidación del sistema y del modelo neoliberal generó asimismo la consolidación del mercado financiero, el cual constituyó a una nueva sociedad como causa de su preminencia sobre lo político: la sociedad financiera. Ésta se caracterizaba por la asunción necesaria de riesgos, tanto individuales como colectivos, como el método más efectivo para la obtención de ganancias y el progreso general. El mercado financiero impone así una nueva lógica, la creación de valor accionarial. Esta lógica provoca que los agentes económicos se muevan para la maximización del beneficio no propio, sino el de los accionistas. Los agentes económicos, al seguir dicha lógica, se configuran subjetivamente como capital humano que busca revalorizarse, aumentar su valor, y que se rige por el *principio de accountability*, o de “rendir cuentas” en función de los resultados. Un asalariado que no llega a los objetivos marcados por la empresa se convierte en superfluo, se desvaloriza, capital humano que no produce valor en la empresa. El sujeto formalizado como capital humano se instrumentaliza, de modo que puede ser intercambiado o despedido en cualquier momento en el que deje de dar el rendimiento deseado.

El sujeto, de este modo, debe invertir, asumir riesgos y aumentar su valor. Debe responsabilizarse de su propio cuidado, de su propia existencia material, invirtiendo su tiempo personal y sus recursos en adquirir capacidades nuevas y aumentar las que ya dispone. La asunción de riesgos de la sociedad financiera genera discursos de poder: el riesgo es inherente a la existencia individual y colectiva, es asimismo necesario para la creatividad, la innovación y la *relación de sí*. Esta relación de sí es entendida como

responsabilidad de sí: el sujeto neoliberal que valoriza su valor mediante la asunción de riesgos es aquel que se crea a sí mismo mediante un autocontrol, es decir, mediante la vigilancia de las propias acciones y la gestión de los propios riesgos.

La instauración en la sociedad del cuidado de sí o responsabilidad neoliberal, transforma las lógicas con las que se manejaba la sociedad anteriormente. Si la disciplina anterior al neoliberalismo buscaba en la lógica del castigo/gratificación de los cuerpos el método de la dirección de las conductas, ahora cada uno es responsable de sus propios castigos y recompensas. El castigo deviene en fracaso, la recompensa en éxito. La transformación de la lógica radica en su carácter personal y privado. Ya no es el torturador, sino el propio individuo quien se hace cargo de modificar su conducta en busca del éxito y huyendo del fracaso. Por ello, el despido es entendido como un fracaso personal, no haber cumplido con los propios objetivos, no haber alcanzado las expectativas deseadas. De este modo, se consigue que, ante el fracaso, los sujetos busquen por propia iniciativa someterse a las reglas del mercado para salir de su estado y alcanzar el éxito, una mejor situación de sus condiciones personales y materiales.

Finalmente, podríamos decir que el neoliberalismo constituye un *ethos*, una guía de la conducta mediante la vigilancia de sí (como coerción interna) a través de procedimientos evaluativos. Este *ethos* neoliberal se formaliza como responsabilidad de sí, una *autoayuda* (*self-help*), un ser gobernado como modo de gobernarse. Un ser gobernado mediante lógicas externas (la competencia, el mercado, la productividad, la eficiencia, la rendición de cuentas, la responsabilidad privada) que se interiorizan. La responsabilidad de sí deviene en *perfeccionamiento de sí*, una optimización de las propias cualidades, un volverse más eficaz. Desear mejorar. Desear ser valorado. Este deseo se racionaliza: desear mejorar implica asumir riesgos, implica invertir en uno mismo para acumular capital humano y ser digno de crédito, de prestigio, de empleabilidad, de existir, incluso de ser amado. Este *ethos* constituye un modo de relacionarse con el mundo -tanto del reino de los vivos como del de los no vivos-, con los otros y con uno mismo. Un modo de relacionarse que pivota sobre la lógica de la instrumentalización.

La búsqueda de plusvalía bursátil, la maximización del valor, conducen a la imposición de normas de rentabilidad que deben seguir las empresas para su gestión competente. Se interiorizan las exigencias de rentabilidad financiera en los propios individuos, generando una disciplina del valor accionario: «asalariados cada vez más numerosos han sido sometidos a sistemas de estímulo y de sanción para alcanzar o superar

los objetivos de creación de valor accionarial, objetivos definidos a su vez mediante métodos de ajuste a normas internacionales de rentabilidad». ¹⁷⁹ Las situaciones de mercado para el sujeto empresa tienen como motivación la formación de sujetos que trabajen y se comporten como agentes racionales. A través de la competencia, se interioriza la exigencia de rentabilidad del capital. Deviene en autodisciplina, un autocontrol más económico, desjerarquizado, y más eficaz al no haber coacción exterior, de modo que el autocontrol empuja al individuo a actuar a causa de las necesidades objetivas que su tarea le exige. Él decide hacerlo libremente. Las “necesidades objetivas” devienen en “metas personales”. La autodisciplina del empresario de sí, del nuevo *sujeto de rendimiento*, deviene en *sujeto instrumento de sí*. Más adelante, en el capítulo 2, daré cuenta más detalladamente de las relaciones laborales contemporáneas y su vinculación con el sujeto de rendimiento.

Lo que caracteriza a la subjetividad neoliberal es que es contable y financiera, una relación del sujeto consigo mismo como capital humano ligado a la exigencia de aumentar su valor constantemente. El programa neoliberal lleva a cabo la creación de situaciones de mercado y la producción del sujeto empresarial, aquel que guía su acción en la búsqueda de oportunidades de beneficio, así como de ventajas competitivas. Una de las técnicas de poder que el programa neoliberal emplea para la subjetivación de los individuos es el *management*, que introduce la rivalidad en la acción individual. Asimismo, se comprende el mercado como un dispositivo a través del cual los sujetos se forman a sí mismos, se autodisciplinan, provocando que los individuos emprendan activamente.

El neoliberalismo reinterpreta lo social en términos de capital humano. Lo social es absorbido por lo económico. Como explica López Álvarez de su lectura de Michel Feher, el análisis sobre el capital humano ha variado con el cambio social que se ha producido en las últimas décadas con respecto al análisis de Foucault, a pesar de lo cual su análisis sigue siendo de actualidad y valioso. Así, resume López Álvarez: «sujetos que ya no buscan maximizar su interés ni su beneficio directo, como en las primeras formulaciones del capital humano, sino aumentar su propio valor o al menos evitar su depreciación. Sujetos que pueden ser gobernados, por tanto, incidiendo en el modo en el

¹⁷⁹ Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 228.

que se gobiernan a sí mismo, incitándolos a seguir conductas de valorizaciones y adoptar patrones de autoevaluación que determinen sus elecciones».¹⁸⁰

Mientras que el conservadurismo (representado aquí por Samuel Huntington) criticó desde el moralismo que la democracia con seguridad social keynesiana y progresista estaba erosionando el respeto a la autoridad (en todas sus versiones y lugares) en los jóvenes, sobre todo en la universidad, los neoliberales de la Escuela de Chicago y Gary Becker fueron más flexibles y adaptativos y comprendieron y diseñaron un modelo de préstamo estudiantil que reafirmaba el papel de la familia al generarles deudas para las que requerirían la red de seguridad familiar, y restaurar así la institución y sus valores securitarios privados y altruistas. Si bien, no fueron capaces de anticipar que este mecanismo de generación de deuda familiar crecería con el tiempo y se convertiría en un gran problema social en el siglo XXI.

Theodore Schultz, economista de la Escuela de Chicago, pero ligado al keynesianismo, valoraba el aumento de la producción estadounidense gracias a su inversión en educación pública, lo que al mismo tiempo habría generado mayor calidad de vida en la población. Becker, a quien ligaremos la teoría de Schultz sobre el capital humano, lo reelaborará pero desde el punto de vista de la inversión privada y la plusvalía del capital humano propio e individual, y no en términos colectivos y públicos como hacía Schultz. Sin embargo, nuevamente será reelaborada esta teoría por Milton Friedman y Simon Kuznets, quienes «ven al alumnado no tanto como inversores en su propio capital humano, que como empresas que venden una parte de su capital humano a inversores externos; una visión que hoy en gran medida se ha llevado a cabo, sólo que en forma de deuda, en lugar de como una financiación basada en acciones; y sobre todo sin las protecciones corporativas habituales de responsabilidad limitada o leyes de quiebra».¹⁸¹ Me resulta interesante esta interpretación de Friedman y Kuznets sobre el capital humano, ya que establecen un matiz importante en la teoría del capital humano de Becker, pues mientras para este puede asociarse que la inversión es autoinvertida y los beneficios generados son para la propia empresa y el propio sujeto, en la propuesta de Friedman y Kuznets la empresa actúa como una entidad extractiva que absorbe el valor del capital humano y que no dejaría mayores rendimientos en el propio sujeto. Este es el gran problema de la economía capitalista neoliberal, donde unos pocos extraen mediante las

¹⁸⁰ López Álvarez, “Sigue cierta algarabía...”: p. 242.

¹⁸¹ Cooper, *Los valores*: p. 236.

acciones o las rentas todo el valor productivo del capital, y la población trabajadora de la economía productiva se encuentra o bien estancada en la producción de valor, o bien le genera pérdidas.

La concepción del empresario de sí formalizado como capital humano ha sido ampliamente estudiado por Gary Becker en Estados Unidos. La categoría de capital humano refiere al capital que produce cada individuo en sí mismo a través de sus relaciones, formándose y consumiendo.

La inversión en capital humano se realiza con la intención de obtener rentas monetarias y psíquicas en el futuro, produciendo un incremento de recursos en los individuos. Invertir en capital humano es, para Becker, invertir en seres humanos. Cabría mencionar que esta inversión podría ser tomada como una instrumentalización de los individuos asalariados, de los propios trabajadores, reproduciendo asimismo la misma lógica de la barbarie capitalista, deshumanizando, a fin de cuentas, a los individuos, cosificándolos como instrumentos generadores de valor de la propia empresa, y que, con su depreciación, se convierten en capital inútil, en inversión amortizada y, por lo tanto, prescindible.

En último término, cada individuo debe procurarse la adquisición de nuevas cualificaciones, así como perfeccionar aquellas que posee, como un modo de incrementar la productividad y la valorización de su capital humano. Como toda inversión, requiere unos costes, que en el caso del capital humano se circunscriben en general al tiempo y esfuerzo de aprendizaje -de modo que el tiempo se constituye en capital de inversión-, y en algunos casos en recursos materiales -los cuales Becker demuestra que disponer de recursos ayuda a centrar al individuo a la consecución de sus objetivos de formación, sin tener que preocuparse por su sustento o el mantenimiento de su existencia. Generalmente, se invierte en capital humano con la intención de optar a mejores condiciones laborales y a mejores salarios, el cual debe ser concebido como ingresos susceptibles de ser invertidos en mejoras personales con el fin de mantener la ventaja competitiva frente a los potenciales rivales, o aumentarla.

En las empresas, la inversión en capital humano genera un mercado laboral competitivo, lucha por el talento y aumento de los salarios. Sin embargo, su rendimiento es incierto. No debe esperarse rendimiento a corto plazo, y debido a las condiciones cambiantes del mercado, la inestabilidad económica y la incertidumbre de las propias

condiciones existenciales (salud), depende en gran medida del contexto social, económico e, incluso, histórico.

El individuo formalizado como capital humano debe responsabilizarse de atraer inversión, es decir, procurarse el capital necesario que le permita una optimización de sí constante para aumentar su rendimiento y ser competitivo. Dicho de otro modo, el individuo debe ser digno de crédito, esto es, el préstamo de capital como condición de posibilidad del incremento de capital humano. En último término esto es la dependencia absoluta en la posibilidad de que su capital propio le consiga abrir las puertas a optar a ese crédito y que le pueda dar uso, bien para revalorizar su propio capital humano, bien para mejorar sus condiciones de existencia materiales. La angustia permanente de sentirse evaluado, de no llegar al umbral exigido por sí mismo, su empresa o la sociedad, la angustia de sentirse a la intemperie, vulnerable y desechable como una toallita de papel, sin mayor valor.

1.2.2.3. Transformando el espíritu humano. Diseminación de la razón neoliberal

Los teóricos neoliberales conciben el mercado como un “proceso subjetivo”, es decir, un espacio de aprendizaje: el mercado se constituye de procesos que generan información que los sujetos asimilan y realizan la libre elección de carácter racional. Es por tanto una autoformación de la propia conducta económica. Para von Mises, así se formaba al *homo agens neoliberal*: el sujeto emprende y, emprendiendo, aprende a actuar y elegir sus objetivos con eficacia. Su tesis se basa en que los agentes económicos se mueven mediante elecciones racionales al disponer de la información que les proporciona el mercado, y que buscarán aquello que les sea más beneficioso.

Así, entiende el *homo agens neoliberal* como aquel que se guía y elige racionalmente cómo conducirse. Esta elección racional de los individuos requería de un aumento de las capacidades creativas. Hayek, discípulo de von Mises, concebía a los sujetos como individuos ignorantes de los procedimientos inconscientes que los llevan a actuar bajo todo un sistema de normas de comportamiento aprehendidas. Es decir, siguen las normas sin saber que las siguen. El sujeto emprendedor debía aprender a conducirse, y para ello debía adquirir un conocimiento práctico con la información que el mercado le suministra a través de los precios. Von Mises y Hayek compartían que el emprendimiento era un modo de gobierno de sí, así como que todos los individuos tienen espíritu

emprendedor y que el mercado debe estimularlo. El mercado como disciplina lleva a cabo un proceso de formación de sí, siendo para ello necesaria la libertad de acción gracias a la cual los individuos experimentan con sus propias capacidades, corrigiéndose y adaptándose a las condiciones del mercado, desarrollando un espíritu especulativo que fomenta el riesgo, necesario como método para anticiparse a los competidores.

Sin embargo, hay un intervencionismo específico que aceptan y conciben como necesario los neoliberales. La gubernamentalidad neoliberal debe crear situaciones de mercado. Asimismo, esta gubernamentalidad es disciplinaria, pues es la forma propia de las sociedades de mercado.¹⁸² La diferencia con las formas anteriores de disciplina radica en que el poder ya no puede tomar la forma de una coacción sobre los cuerpos, sino que debe influir sobre el deseo individual para orientarlo hacia la búsqueda, en el caso de las sociedades neoliberales, del propio interés. Por ello, el poder neoliberal parte y necesita de la libertad individual, produciendo libertad a través de la creación de situaciones de mercado en las que los sujetos actúan y eligen libremente, aprendiendo a través de si alcanzan sus metas (éxito) o no cumplen con los objetivos (fracaso). A través de esta dinámica, los sujetos modifican su conducta para adaptarse a las lógicas y prácticas que la sociedad pide para su supervivencia personal.

La sociedad así constituida adquiere la forma del panóptico (no es baladí que Bentham, liberal, utilitarista y reformador social, fuera su precursor) como método de vigilancia y control de las libertades individuales y para la evaluación de las conductas. En un principio, el objetivo buscado por Bentham era que la lógica del panóptico se dirigiese hacia la construcción de técnicas y tecnologías evaluativas como métodos disciplinarios que orientasen el interés individual coordinándolo con el interés de la organización que emplea a los individuos. Con el tiempo y el desarrollo tecnológico del siglo XXI, se ha convertido en una red de vigilancia y control personal que promueve formas de relacionarse socialmente cosificadas y distantes, modelos laborales precarios y un consumismo esquizofrénico, constante e inmediato.

Schumpeter también disertó sobre las posibilidades de una economía basada en la lógica de la empresa y del emprendimiento. Para él, la empresa era el lugar de ejecución de nuevas combinaciones internas, y el emprendedor el sujeto activo y creativo que las pone en práctica. Éste debía ser innovador: romper con los métodos tradicionales y abrir

¹⁸² Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 217.

nuevos paradigmas económicos. La innovación era la forma principal de la competencia, afectando asimismo a las estructuras, estrategias, procedimientos y productos dentro del mercado. Sin embargo, Schumpeter llamaba la atención a la tendencia a la *rutinización de la innovación*, generando una automatización del proceso innovador.

El management que ideó el filósofo de la administración austríaco Peter Drucker puede ser entendido como un neoschumpeterismo, ya que llevó a cabo la difusión del espíritu de la empresa a la sociedad bajo los mismos parámetros conceptuales de Schumpeter: el individuo emprendedor es el individuo creador, innovador y explotador de las oportunidades. Asimismo, Gary Becker interpretó desde la perspectiva del modelo de la empresa al modelo de familia: una institución que emplea sus recursos y tiempo en la creación de bienes (competencias, salud, autoestima) y mercancías (hijos, prestigio).

El modo de ser neoliberal cumple con determinadas características sobre cómo debe ser el individuo contemporáneo. En un artículo publicado en la Revista Constelaciones, el filósofo alemán Arne Kellerman hace referencia a los investigadores alemanes Hans J. Pongratz y Günter Voß,¹⁸³ quienes describen al sujeto empresario de sí -o como ellos denominan, *empresario de su fuerza de trabajo*- a través de tres características: el autocontrol, la autoeconomización y la autorrealización. Estas tres características se complementan y forman una constelación única.

El autocontrol constituye una *vigilancia de sí* que el sujeto realiza activamente sobre su propio trabajo. Por lo tanto, podríamos decir que es una coerción interna de los individuos. A través del autocontrol se busca la transformación del potencial de la fuerza de trabajo en trabajo efectivamente realizado; una autoexplotación de los sujetos que derriba toda forma de resistencia en busca de la maximización del rendimiento. Como coerción interna, es un autosometimiento a una estructura de dominación social violenta que legitima la pauperización en la que los individuos se encuentran.

La *autoeconomización* consiste en el desarrollo activo de la propia fuerza de trabajo a través de criterios de eficacia, aumentando y desarrollando el potencial personal y constituyendo a los individuos en *marca de sí mismos*, a través de su imagen personal, convirtiéndose en sus propios agentes de marketing. La autoeconomización se vincula al

¹⁸³ Cfr. Kellerman, Aren (2013). “El empleado doblemente libre: el individuo extenuado después de su hundimiento”. Constelaciones. Revista de Teoría Crítica Vol. 5. Teoría crítica de la subjetividad: p. 105 y ss.

concepto de capital humano: los sujetos son agentes sociales del capitalismo cuyo fin es la valorización del valor en relación con uno mismo.

Por último, la *autorrealización* es el refuerzo de la *autorracionalización* y de la *empresarialización* de la fuerza de trabajo. Se basa en la búsqueda activa de fines específicos, metas objetivas, en un contexto vital que se ajuste a las condiciones laborales.

La mentalidad individualista ha tomado con el neoliberalismo un cariz casi patológico dentro de nuestras sociedades. Cualquier referencia a un colectivismo que no referencia al mero nacionalismo, es visto, sin atender a sus demandas, como bolchevismo y comunista, desde un punto de vista peyorativo. Ello ha ido conformando una política neoliberal donde los derechos de los trabajadores y los salarios han ido disminuyendo drásticamente con la crisis de 2008, si bien el efecto *mileurista* ya empezaba a instalarse dentro de la juventud de principios de siglo.

Precariedad laboral y material junto con este individualismo dogmático, nos conducirán directamente a formas de subjetivación mucho más conservadoras y sumisas ante un momento de declive del progreso social entendido comúnmente como “ascensor social”, ese que la meritocracia prometía que, con esfuerzo y trabajo, los hijos podrían mejorar la calidad de vida de sus padres. Vemos con Melinda Cooper y Tomas Piketty que no importa tanto cuánto te esfuerces y trabajes, que lo realmente importante es la cuna y las redes de contactos que tu familia puede tener. Se genera, así, una sociedad desigual, donde unos pocos extraen los rendimientos ajenos, generando valor que invierten en bienes inmuebles, provocando especulación, alza de precios, aumento del nivel de vida y expulsión de los más pobres del centro de las ciudades e incluso de los antiguos barrios trabajadores.

El neoliberalismo no sólo ha producido, de este modo, un sujeto de rendimiento, como el que investigaré en el siguiente capítulo, sino también toda una super-estructura, basado en un régimen de gobierno de las voluntades tanto individuales como políticas e institucionales, donde por mucho que se vean los problemas que aquejan a las poblaciones, se ha decidido o bien mirar por otro lado o bien apostar por los intereses de una determinada clase social. El sujeto de rendimiento es también la ciudad del rendimiento (los PAU que veremos en el siguiente capítulo a través de la obra de Jorge Dioni). Y así, en un mundo donde todos somos vacas ordeñadas las veinticuatro horas del

día, los siete días de la semana, los doce meses del año, por máquinas que no descansan, morimos y vivimos, y muere también todo cuanto nos rodea, fruto de este extractivismo incansable. Todo esto lo desarrollaré más adelante en el capítulo 2.

1.3. Lectura a través de Michel Foucault y más allá de él

En este punto, mi interés se va a centrar en aquellos aspectos que Michel Foucault, debido a las circunstancias en las que escribió su análisis del neoliberalismo, aún muy temprano, y sin aplicación política real, así como su temprano fallecimiento, no pudo tomar en consideración. Se trata al mismo tiempo de elementos que definen una determinada evolución del neoliberalismo, con frecuencia de carácter autocontradictorio.

Para poder dar cuenta de los aspectos que no pudo recoger Foucault, me he acercado a la lectura que algunos autores hicieron de su obra y que complementaron con sus experiencias adquiridas, y en muchos casos, fueron más allá del análisis de Foucault. Considero que ir más allá de un autor, rebatir y llegar a contradecir sus posiciones no es en modo alguno ir en su contra o hacer una mala interpretación del autor, sino, más bien, tomar críticamente el texto y tratar de dar nuevas respuestas a las situaciones reales en las que nos encontramos. Hoy, nos damos cuenta, el análisis de Foucault se ha quedado incompleto.

En este punto voy a dar cuenta de autores como Wendy Brown, Maurizio Lazzarato o Christian Laval o Pierre Dardot, pero ya anteriormente, como se ha visto, he intentado complementar con otro tipo de autores los huecos dejados por el análisis foucaultiano. A este respecto, considero necesario mencionar la relación entre tradicionalismo y conservadurismo con el neoliberalismo expuesto en la obra de Melinda Cooper, el carácter antidemocrático resaltado en la obra de Quinn Slobodian, para poder dar finalmente cuenta de una necesaria perspectiva de recuperación de los valores y principios democráticos en el capítulo 3, atendiendo a los problemas que el neoliberalismo, la subjetividad neoliberal y el sujeto de rendimiento contemporáneo han generado en la praxis democrática, sumiéndolas en una crisis profunda de difícil solución.

1.3.1. Laval y Dardot. El sistema competitivo

Siguiendo el análisis foucaultiano del neoliberalismo, Christian Laval y Pierre Dardot, en *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, realizan una genealogía de algunas de las ideas más relevantes del neoliberalismo, así como de algunos de sus desarrollos ideológicos durante la modernidad hasta nuestros días. Desde 1970 se concibe el neoliberalismo como una ideología y como doctrina político-económica. Se basa en el mercado como una “realidad natural”, con sus propias leyes y una

autorregulación que dotan de equilibrio, estabilidad y crecimiento económico. Se percibe a todo intervencionismo estatal sobre los mercados como la acción que provoca perturbaciones y desajustes en su propio equilibrio. O, dicho de otro modo, *hay* intervencionismo neoliberal estatal. Pero este intervencionismo consistirá en la producción de un buen contexto económico y empresarial a través de la desregulación y privatización, de manera que se sustituyan los servicios públicos por la empresa privada, y no tanto de una economía planificada como la del keynesianismo.

Finalmente, el neoliberalismo así instaurado en el gobierno de los otros, es decir, en la política y en la esfera económica, se constituye en la sociedad como sistema normativo, generando una normatividad de las prácticas que busca la eficiencia en el cumplimiento de los propios objetivos por la que se guían o deben guiarse los Estados, las instituciones, las empresas y las vidas personales de los individuos.

Laval y Dardot describen que de la crisis de gobierno liberal durante el siglo XX surgen dos corrientes principales: el nuevo liberalismo, cuyo máximo exponente es Keynes, y el neoliberalismo, siendo uno de sus primeros espadas Hayek. Podría resumirse estas dos corrientes como una lucha por el poder y la influencia ideológica entre los reformadores sociales basados en la idea de bien común y los partidarios de la libertad individual. Serán estos últimos quienes, con la crisis de 1970, se impongan como modelo ideológico para la práctica de la gubernamentalidad de los Estados, si bien con ligeras modificaciones y diferencias según el territorio. No podemos decir que haya un neoliberalismo homogéneo, sino un neoliberalismo multifocal y heterogéneo, con diferentes respuestas a diferentes problematizaciones y singularidades territoriales.

La fase actual del capitalismo, según la teoría de la regulación, es la posfordista neoliberal. Esta se basa en la ideología de la desregulación, la liberalización y la privatización del mercado y la expansión del principio de competencia; la globalización de los mercados financieros; la construcción de redes de producción transnacional; las nuevas formas de trabajo basadas en las nuevas tecnologías; la extensión e intensificación de la penetración capitalista en la sociedad; la mercantilización del trabajo, de la cotidianidad, del medio ambiente y del cuerpo y la psique de los individuos; la transformación del Estado de bienestar en Estado competitivo (contra otros Estados rivales); la reorganización de las relaciones de clase y de género, y, finalmente, la fragmentación social.

Siguiendo la lectura de Michel Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, una racionalidad política es una racionalidad gubernamental: la racionalidad instaurada en los procedimientos de dirección de la conducta de los hombres a través de la administración del Estado. “Gobierno” entendido más como actividad que como institución, haciendo uso de técnicas y/o de procedimientos para gobernar, dirigir las conductas. Pero la gubernamentalidad neoliberal requiere de la producción de libertad, un autogobierno del propio individuo, gobernar la propia conducta.

La forma de la gubernamentalidad requiere de la técnica de la disciplina, una técnica de gobierno que le es propia a las sociedades de mercado.¹⁸⁴ Esto se debe a que el poder ya no puede ejercerse mediante la coacción sobre los cuerpos, sino que debe *influir* en el deseo individual y orientarlo. Se orienta a los individuos a elegir libremente por mor de su propio interés. Es decir, se produce una identificación entre la libertad de elegir individual y la obligación de obedecer la lógica de determinada conducta o práctica: la de satisfacer el propio interés. Y la disciplina neoliberal debe partir de la libertad individual. Se deben generar situaciones de mercado que obliguen a los sujetos a elegir y actuar libremente. El éxito o el fracaso generará una información, experiencia, que modificará la conducta y obligará a los sujetos a adaptarse, aprender, realizar cálculos de interés y comprender que «si quieren valorizar su capital personal» deben aceptar la realidad, esto es, que «la acumulación parece la ley generalizada de la existencia».¹⁸⁵ Las sociedades liberales y las neoliberales per se, siguen la fórmula del panóptico como forma de gobierno, pues a mayor libertad, mayor vigilancia y control son necesarias. Las tecnologías neoliberales que se irán desarrollando constituyen un sistema de control y de evaluación de la conducta.¹⁸⁶ Milton Friedman abogaba por un intervencionismo que instaurara restricciones de mercado que fueren a los individuos a adaptarse a ellas, de modo que los agentes económicos son encerrados en un sistema que obliga a tomar determinadas prácticas o conductas requeridas para sobrevivir en él.

Para la instauración del mercado de competencia conviven las ayudas a los parados como dispositivos disciplinarios que inducen a los trabajadores sin empleo a una

¹⁸⁴ Laval y Dardot, *La nueva razón*: p. 217.

¹⁸⁵ *Ibid.* p. 219.

¹⁸⁶ «La expansión de la tecnología evaluativa como modo disciplinario se basa en el hecho de que cuanto más libre de elegir es supuestamente, más es preciso vigilar y evaluar al individuo calculador para eludir su profundo oportunismo y para obligarlo a conjugar su interés con el de la organización que lo emplea» *Ibid.*: p. 219.

mayor docilidad, de tal modo que las ayudas recibidas le sean insuficientes y le lleven a encontrar lo antes posible un trabajo. La disciplina neoliberal responsabiliza al individuo y lo castiga (en modo de despido) si no se atiene y se somete a las reglas que rigen el mercado.

1.3.2. Wendy Brown. *La contradicción de las democracias liberales capitalistas*

En este punto me centraré en la obra de Wendy Brown *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, y que servirá como un primer vistazo a su pensamiento respecto a los problemas democráticos generados por el neoliberalismo, que trataré de forma más extensa en el capítulo 3 de mi tesis, a través de su último trabajo *En las ruinas del neoliberalismo*. Brown será en esta primera obra mencionada crítica con ciertos aspectos del análisis de Michel Foucault que, considera, debió observar con mayor detenimiento. Como, por ejemplo, el problema que planteaba para la democracia y la política la instauración de un *homo oeconomicus*, el sujeto neoliberal, que sustituirá al *homo politicus*, al cual podríamos calificar de sujeto democrático. Sin embargo, Brown no reniega de la obra de Foucault, sino que tratará de ir más allá de los planteamientos iniciales del filósofo francés.

Brown afirma que el neoliberalismo como *ratio* es globalmente ubicuo, pero por su carácter multifocal, su puesta en práctica adquiere diferentes matices según su desarrollo en los diferentes lugares de procedencia, amoldándose y fagocitando las prácticas culturales y las tradiciones políticas e ideológicas en las que se encuentra -por ello no podemos hablar de un solo neoliberalismo de carácter universal materializado en una doctrina política económica. Sin embargo, su lógica impregna todo ámbito humano, abarcando el *arte de gobernar*, la jurisprudencia, la educación, la cultura, el trabajo y todo ámbito de la vida cotidiana. Esta lógica de carácter económica diluye y sustituye los elementos políticos que constituyen la democracia por el modelo de la empresa, de modo que los Estados ya no serían los garantes de los derechos de los individuos a través del imperio de la ley, sino que operarían guiados por el principio de la competencia frente al resto de Estados por ofrecer el mejor marco jurídico para la realización de la actividad económica y la captación de capitales activos.

Las políticas neoliberales conducen a una economización de la vida, esto es, a entender bajo la perspectiva económica todas las esferas humanas. La razón neoliberal

prescribe una normatividad que modela y conduce la conducta individual.¹⁸⁷ Se constituye una racionalidad rectora que impregna la subjetividad de los individuos, afianzando de este modo no ya el sistema neoliberal, sino un capitalismo en su fase desregulada marcada por la competencia dentro del libre mercado.

Esta economización hace prevalecer el *homo oeconomicus* sobre el *homo politicus*. En palabras de Wendy Brown, «la racionalidad neoliberal disemina el modelo del mercado a todas las esferas y actividades -incluso aquellos en que no se involucra el dinero- y configura a los seres humanos de modo exhaustivo como actores del mercado, siempre, solamente y en todos los lados como *homo oeconomicus*». ¹⁸⁸ Es decir, *cualquier acto se podrá traducir como “empresa” o “inversión”, y cualquier ámbito o esfera como “capital”*. Nos encontramos por lo tanto lejos de las teorías económicas del liberalismo clásico de Adam Smith, de los utilitaristas Jeremy Bentham o John Stuart Mill. El *homo oeconomicus* toma la forma del *empresario de sí formulado como capital humano* que se orienta por el propio interés, la utilidad y la maximización del valor, tanto el propio como el de sus recursos en propiedad. El principio de competencia que rige los mercados y la movilidad social hace de los sujetos agentes activos del mercado, “pequeños capitales” que compiten entre sí. Sobre esto, nos advierte Brown que «un sujeto que se interpreta y constituye como capital humano tanto para sí mismo como para la empresa o el Estado está en riesgo constante de fallar, de volverse redundante y de ser abandonado sin que él haya hecho nada para merecerlo». ¹⁸⁹ Lo que nos encontramos es un nuevo paradigma surgido por la economización de la política y el fin del idealismo republicano de la Ilustración.

El *homo politicus* que se gobierna a sí mismo a través de la autonomía moral (*ethos político* generado por las virtudes cívicas) y que gobierna con otros a través de la soberanía popular, se ve reemplazado por este *homo oeconomicus* en competencia. Mientras que el liberalismo clásico se edificaba sobre la búsqueda del propio interés vigilado por una *mano invisible* que distribuía el beneficio individual hacia el colectivo

¹⁸⁷ Para David Harvey, la “mercantilización de todo” supone una guía ética de actuación: «Presumir que los mercados y señales del mercado son el mejor modo de determinar todas las decisiones relativas a la distribución es presumir que en principio todo puede ser tratado como una mercancía. La mercantilización presume la existencia de derechos de propiedad sobre procesos, cosas y relaciones sociales, que puede ponerse un precio a los mismo y que pueden ser objeto de comercio sujeto a un contrato legal. Se presume que el mercado funciona como una guía apropiada -una ética- para todas las facetas de la acción humana» Harvey, *Breve historia*: p. 182.

¹⁸⁸ Brown, *El pueblo*: p. 36.

¹⁸⁹ *Ibid.*: p. 46.

social, el neoliberalismo reemplaza el interés del *homo oeconomicus* como su actividad principal por la del sacrificio. Esto es, los individuos deben procurarse por sí mismo su propio bienestar. Esta es la principal doctrina neoliberal de individualismo, autonomía y libre elección, del fin del colectivismo social, en pos de la privatización y la desregulación.

Wendy Brown advierte que uno de los problemas que han surgido a la sombra de las democracias liberales occidentales es la pauperización de los conceptos a través de su saturación de significado. Si nos preguntamos hoy qué significan conceptos como los de democracia, neoliberalismo o libertad, observamos que son conceptos vacíos por exceso, es decir, que de tantas cosas que significan, no significan nada. Los conceptos devienen en *contenidos blancos* a los cuales cada sujeto le otorga un significado propio. Esto se debe, entre otros fenómenos, por el efecto que tiene la preminencia del *homo oeconomicus*, ya que las prácticas y el imaginario de los valores democráticos del *homo politicus* sufren un retroceso, repercutiendo en una pauperización de la comunicación y el análisis político.

Para fundamentar la idea de que es necesario una restitución del *homo politicus*, Wendy Brown recurre a Aristóteles. Para él, el *homo politicus* es lo conforme a la naturaleza humana, moral y política; un gobernarse a sí mismo y, a la vez, gobernar o ser gobernado por los otros en una sociedad. Mientras que el *homo oeconomicus* es antinatural, como lo es la búsqueda egoísta e interesada de riqueza. Es por ello por lo que Aristóteles anteponía un sistema económico basado en el trueque antes que en el de mercado, puesto que el primero es sobre la necesidad y la utilidad, y el segundo sobre la ganancia y el enriquecimiento.

Con el liberalismo, y concretamente con la teoría de la economía política de Adam Smith, lo más naturalmente humano es hacer tratos, intercambiar posesiones a través del sistema de mercado. No será, pues, la acción, ni el habla, la moral ni la imaginación, sino mercadear lo que diferencia al ser humano de los animales y los dioses. Y, por lo tanto, lo que da lugar a las civilizaciones y a la existencia civilizada es la producción de riqueza generada a través de la división del trabajo. Pero este mercadeo no es de suyo una acción que un hombre, solo, pueda llevar a cabo, sino que requiere de otros, de una sociedad. Esta referencia a lo social es el carácter político del hombre en el pensamiento de Adam Smith.

Pero lo político se restringe, porque la acción del *homo oeconomicus* es restringido en su formulación neoliberal como capital humano:

Cuando el *homo politicus* se desvanece y la figura del capital humano toma su lugar, ya no todos tienen derecho a “buscar su propio bien de modo propio”, como lo planteó Mill. Ya no existe la pregunta abierta de lo que uno busca de la vida o de cómo uno desearía confeccionar el yo. Los capitales humanos, como todos los demás capitales, están restringidos por los mercados tanto como en su participación en su producción a comportarse de modos que superen a la competencia y se alineen con buenas valoraciones de hacia dónde se pueden dirigir esos mercados¹⁹⁰

La gobernanza política del mundo regido por el *homo oeconomicus* es un gobierno descentralizado, donde la vida pública y la política quedan reducidas a la resolución de problemas (tecnocracia) y a la implementación de programas de gobierno, eliminando así la política, el conflicto y la deliberación. La gobernanza convierte a la democracia en algo meramente procedimental, vaciando de todo contenido los conceptos y aspectos que le dan forma de gobierno.

La forma de gobierno neoliberal reemplaza el mandato por la incentivación. La incentivación promueve la movilización política y social de carácter individualista que sitúa el *principio de responsabilidad* en el propio sujeto; una responsabilidad que tiene, además, carácter moral. El principio de responsabilidad, así, promueve la tarea para con uno mismo de establecer las mejores estrategias de autoinversión para la propia próspera y supervivencia. Este principio de responsabilidad, por lo tanto, es un elemento crucial para diseminar la subjetividad neoliberal y la puesta en valor del individuo como único agente relevante.

Wendy Brown emplea el concepto de *racionalidad política* como continuación y ampliación (y también como clarificación) del concepto acuñado por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, su *racionalidad gubernamental*. En ambos casos, se trata del tipo de racionalidad que rige sobre las instituciones y la base social, de abajo a arriba y de arriba abajo, como una forma normativa de la razón. De este modo, el concepto de racionalidad política mantiene el análisis foucaultiano de la relación entre conocimiento, verdad y formas de razón con las relaciones de poder. Sin embargo, Brown hace una distinción clara con respecto al concepto de racionalidad gubernamental: mientras que el

¹⁹⁰ Ibid.: p. 147.

concepto acuñado por Foucault hace referencia al poder del Estado de obligar y conducir a las poblaciones de manera ubicua, la racionalidad política de Brown no se origina ni emana del Estado, sino que circula a través de él, la organiza y condiciona sus acciones. La racionalidad gubernamental sería un orden hegemónico que produce sujetos, mercados, instituciones y sus relaciones entre sí en el mundo, reproduciéndose *ad infinitum*; mientras que la racionalidad política asume su carácter histórico y contingente, en una relación de racionalidades políticas y fuerzas que podrían llegar a dar como resultado un cambio de racionalidad política dominante por otra.

Así pues, el modo de gobernar neoliberal tendrá un marcado distanciamiento con un modo de gobernar de estilo republicano bajo los parámetros y valores del *homo politicus*. La “gobernanza”, que en los planteamientos iniciales del neoliberalismo de Milton Friedman y Friedrich Hayek tenía poca importancia, ha terminado siendo la forma administrativa del neoliberalismo. Este paradigma gubernamental genera una estructura de incentivos y restricciones que conduce la conducta de los sujetos.

Como he dicho al principio del punto, en el capítulo 3 realizaré un análisis más en profundidad de la última obra de Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo*, donde realiza una contraposición entre la doctrina económica neoliberal, la gubernamentalidad política que ha establecido el neoliberalismo y sus alianzas “frankensteínianas” con posturas social-conservadoras, que, junto con una serie de circunstancias y decisiones políticas y sociales, han generado una crisis dentro de las democracias que estas no saben resolver, y que pone en grave riesgo su supervivencia como modelo de administración de los asuntos públicos. A través de su análisis de la semilla antidemocrática que Brown encuentra en pensadores influyentes del neoliberalismo como Friedman y Hayek, resolverá que es necesario una gubernamentalidad no neoliberal para establecer democracias sanas y efectivas que no tengan como eje de su funcionalidad el crecimiento económico constante y perpetuo, sino el bienestar de los ciudadanos y la facilitación de sus problemas para que cada individuo sea capaz de encontrar por sus propios medios la consecución de una buena vida.

1.3.3. Maurizio Lazzarato. *La acumulación por desposesión*

El filósofo italiano Maurizio Lazzarato, en *La fábrica del hombre endeudado Ensayo sobre la condición neoliberal*, realiza una de las críticas más incisivas ya no sólo del neoliberalismo, sino también del capitalismo financiero contemporáneo. Lo situamos dentro de las lecturas foucaultianas ya que entendemos que completa de manera importante el análisis de 1979 de Michel Foucault, yendo, también, más allá de él, poniendo el foco en la cuestión de la deuda y el crédito como herramientas de control social. Foucault no pudo ver, ni intuir, la evolución que la economía, en base al programa neoliberal, desarrollaría. El sistema financiero que se instalaría queda lejos del análisis de Foucault, por ello Lazzarato resulta indispensable para comprender el sistema de crédito y deuda como dispositivo de control de los sujetos e instauración de una moralidad deuditaria, no sólo de los individuos, sino también de las instituciones públicas y privadas, y de la formación de un nuevo sistema de acumulación basado en la desposesión, esto es, de la parasitación de la economía productiva de la sociedad por parte de la economía financiera, de carácter rentista.

A través del principio de responsabilidad individual, juzgamos que aquel que se endeuda es aquel que es responsable y culpable de su propia suerte. Así es, y no de otro modo, como solemos juzgar a aquel que vive “por encima de sus posibilidades”. Una moral que no es ni más ni menos que la conformada por la normatividad neoliberal. La *economía de la deuda* que implanta el neoliberalismo hace referencia e incluye la producción de subjetividad. Lo social se fundamenta no en el intercambio, sino en la asimetría de la deuda y el crédito, lo cual requiere de la producción del sujeto deudor y su moral, siendo la economía y el mercado el modelo de su *ethos*, su guía de conducta.

La nueva economía promulgada con el posfordismo neoliberal ha generado nuevas formas de trabajo basadas en la precariedad: estacionales, intermitentes y temporales. La instauración del *empleo precario* ha generado déficits estructurales, de modo que se deben acometer préstamos con importantes intereses en los mercados financieros. Tras la crisis de 2008, para salvaguardar el sistema de quiebra fue necesario introducir en una institución privada como UNEDIC, si bien de interés público, la lógica financiera, aumentando los préstamos con tasas de interés menos usurarias. El consumo es otra forma de obtener rentabilidad, pues se efectúan créditos al consumo, pagando los productos a través de la tarjeta de crédito, aumentando el endeudamiento de las familias, que terminan endeudadas en un círculo vicioso por hipotecas, créditos por automóviles,

estudios, etc. Es el crédito, en última instancia, el que nos insta cotidianamente en la economía de la deuda, y en el cual cumple un papel fundamental la tarjeta de crédito como objeto de fetichismo.

Cargamos en nuestros bolsillos y en nuestras billeteras con la relación acreedor-deudor, inscrita en los circuitos del chip de la tarjeta de crédito. Este pequeño rectángulo de plástico esconde dos operaciones de apariencia inocua, pero de serias consecuencias: la apertura automática de la relación de crédito que nos insta una deuda permanente, “hombre endeudado” de por vida¹⁹¹

El crédito es un dispositivo neoliberal que insta y, en ocasiones, coacciona a los individuos a endeudarse y mantenerse siempre dentro del sistema de consumo; un instrumento de explotación y dominación sofisticado. Resulta necesario desligar lo económico de lo moral, pues significaría de lo contrario la eutanasia del capitalismo, de la propiedad privada y del patrimonio, pilares de la economía neoliberal. Su lógica y la relación acreedor-deudor enmarcan una relación de poder y explotación incentivada políticamente:

El neoliberalismo ha promovido la integración del sistema monetario, bancario y financiero mediante las técnicas que traducen la voluntad de hacer de esa relación un objetivo político de primera magnitud, porque ella refleja, sin ambigüedad alguna, una relación de fuerzas fundada en la propiedad [...] La llamada “financiarización” constituye no tanto una modalidad de financiamiento de las inversiones, sino un enorme dispositivo de gestión de las deudas privadas y públicas y, por ende, de la relación acreedor-deudor, gracias a las técnicas de titulización. En consecuencia, más que finanzas, preferimos hablar de “deuda” e “interés” [...] las finanzas no son un exceso de la especulación que habría que regular, una simple funcionalidad capitalista que se ocupa de la inversión; tampoco constituyen una de las expresiones de la avaricia y la codicia de la “naturaleza humana”, que sería necesario dominar razonablemente, sino una relación de poder. La deuda son las finanzas desde el punto de vista de los acreedores, propietarios de títulos que las garantizan la obtención de un beneficio con la deuda¹⁹²

De este modo, observamos que la deuda resulta ser el motor económico y subjetivo de la economía neoliberal. Asimismo, las políticas neoliberales, es decir, las monetarias, las de deflación de los salarios, las del Estado benefactor y las políticas

¹⁹¹ Lazzarato, Maurizio (2013). *La fábrica del hombre endeudado Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu, Buenos Aires: pp. 23-24.

¹⁹² *Ibid.*: pp. 27-29.

fiscales, convergen en la creación de la deuda pública y lo privado. La deuda actúa como dispositivo de producción y gobierno de las subjetividades, tanto colectivas como individuales. El poder de la deuda es un producto de la política neoliberal: la libertad es la condición de posibilidad para ejercer de dispositivo disciplinario, gobernando el gobierno de las acciones. Dicho de otro modo, debido a su deuda, el deudor actúa y se comporta de tal manera que pueda llegar a saldarla (buscando empleo si no lo tiene, vendiendo sus propiedades o alquilando su servicio, o endeudándose aún más). El dispositivo de la deuda actúa como arquetipo de la relación social neoliberal: por un lado, la economía y la sociedad; por otro lado, la deuda como disciplina de la subjetividad, modelización y control ejercido como trabajo sobre sí mismo.

El crédito y la deuda son, en esencia, la promesa de un valor futuro. En relación entre acreedor y deudor, la sociedad debe generar un hombre capaz de prometer, “garante de sí mismo”, esto es, capaz de cancelar su deuda. En última instancia, toda deuda genera y exige obligaciones. La gubernamentalidad neoliberal debe trabajar en “objetivar el futuro”, es decir, producir las condiciones de posibilidad para que efectivamente se salden las deudas. El prestamista lo que vende no es “su préstamo”, sino tiempo, y más que tiempo de trabajo es tiempo de vida. Dirá Lazzarato que las deudas y los préstamos son la “materia” de las potencialidades, y las finanzas en los bancos son “concentraciones de posibilidades”.¹⁹³ La sociedad está impelida a ser sujeto económico, dicho de otro modo: a ser capital humano, empresario de sí, asumir los costes y los riesgos en una economía flexible y financiarizada, y, por lo tanto, inestable.

Lazzarato recoge las dos lecturas del crédito que realizó Karl Marx en distintos momentos de su vida, en *El capital* y en sus *Manuscritos de economía y filosofía*. La distinción es relevante puesto que están escritas en diferentes momentos de su vida, siendo los *Manuscritos* una obra de juventud que fueron editados póstumamente; mientras que *El capital* es una obra publicada en plena madurez, tanto vital como intelectual. En *El capital*, el crédito es una de las tres formas que adopta el capital, y la relación acreedor-deudor una relación entre capitalistas. Sin embargo, en los *Manuscritos*, la relación es asimétrica, el deudor es el pobre y el acreedor juzga “moralmente” su solvencia. El crédito será el juicio que la economía política emite sobre la moral de un hombre. Y, de este modo, el crédito será una herramienta a través de la

¹⁹³ Ibid.: p. 56.

cual se convertirá a los sujetos en agentes económicos activos al convertir la acción en motor económico. Fruto de esta sociedad de inestabilidad e incertidumbre, la *confianza* se pone en valor, y en la relación económica, genera el par creencia-confianza: la creencia-hábito (mundo determinado, creencias ya establecidas) y creencia-confianza (mundo en construcción, apela a nuestro poder de obrar). Esta segunda es la que moviliza el crédito. Ante esta incertidumbre es necesaria una actitud positiva y optimista para el emprendimiento, para la asunción de riesgos; en definitiva, para actuar y movilizar el capital, pues de lo contrario «el miedo y todos los afectos y pasiones tristes constituyen una neutralización de la potencia de obrar».¹⁹⁴

A este respecto, el ensayista y periodista Esteban Hernández en *Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI*, contribuye con un análisis acerca del dinero en la actualidad. El dinero, desde el análisis de las prácticas sociales contemporáneas, funciona como deuda. El dinero tiene dos funciones en la actualidad: como pago y como crédito. El dinero como crédito genera obligaciones (forma coercitiva) y expectativas de rendimientos futuros, fomentando la confianza y el riesgo en nuestra sociedad (una confianza instrumental, frágil y neurótica). La creación de capital ficticio por parte de los bancos es ya un hábito, pues a mayor producción, mayores beneficios, si bien aumenta el riesgo.

La relación de la lectura de Lazzarato con la lectura de Foucault sobre el neoliberalismo estriba en que interpretan que la moneda no tiene su origen en una economía mercantil, sino que deriva del ejercicio del poder sobre la deuda y la propiedad privada. Asimismo, para Lazzarato la concepción inicial de Foucault sobre el sujeto neoliberal como *homo oeconomicus empresario de sí* es tan importante como engañosa. Además de mantenerse una postura moral empresarial, la relación social que rige y modula la sociedad contemporánea es la del acreedor-deudor. Podríamos decir que hay una segunda fase neoliberal en el que se abandonan «sus relatos épicos construidos en torno a la libertad, la innovación y la creatividad del empresario, de la sociedad del conocimiento, etc.».¹⁹⁵

La moneda-deuda o la moneda de crédito deviene en una naturaleza intrínseca en la sociedad, desvinculada de todo patrón material, remitiendo únicamente a la propia deuda.

¹⁹⁴ Ibid.: p. 81.

¹⁹⁵ Ibid.: p. 109.

La deuda se termina convirtiendo en un instrumento para las instituciones y el mercado a través del cual coaccionar a los Estados a llevar a cabo determinadas políticas económicas. De igual modo, en las empresas es la clase accionista quien se convierte en la nueva clase detentora del poder, tomando la forma de un neorrentista a través de las diversas formas de la especulación. El poder del accionista además de ejercerse sobre los principales actores de la empresa se ejerce especialmente sobre el asalariado, puesto que son los únicos capaces de beneficiarse de los incrementos de la productividad. La empresa, así, se constituye en las nuevas formas de evaluación contable en un activo financiero cuyo valor es evaluado por el mercado.

El biopoder neoliberal se establece a través de la deuda, constituida en una tecnología del poder sobre la conducta de los individuos, remitiendo a una “disciplina de vida” y a un estilo de vida vinculados a una transformación y trabajo sobre uno mismo, produciendo la subjetividad del sujeto neoliberal. Para Lazzarato, a partir de 1990 el análisis de Foucault queda envejecido, ya que la gubernamentalidad neoliberal limita la producción de libertad, la cual para Foucault era condición de posibilidad del liberalismo (en sentido lato). Una libertad que es traducida como libertad de propiedad privada y de los propietarios, y que devendrá en libertad de empresa. Toda instauración de modelos liberales conlleva a una misma dinámica: crisis, restricción de la democracia y de las libertades, y finalmente instauración de regímenes autoritarios. Ello se ve en el derrumbamiento del ideal neoliberal de propiedad individual con la crisis económica del 2007:

La crisis de las subprime no sólo es, por consiguiente, una crisis financiera; también marca el freno del programa político del individualismo propietario y patrimonial. Esta crisis es eminentemente simbólica, en cuanto afecta a la representación por excelencia de la “propiedad individual”: la casa¹⁹⁶

En el análisis foucaultiano observamos que el liberalismo requería de un tercer elemento para gobernar sobre el sujeto económico (satisfacción del propio interés, sin renuncia, y, a la vez, satisfacción de necesidades colectivas) y sobre el sujeto de derecho (integrado en la comunidad a través de la renuncia, transfiriendo sus derechos a algún otro). Este tercer elemento será la sociedad civil. Para que la gubernamentalidad pueda actuar sobre la sociedad, la deuda debe ser gestionada de manera individualizadora y

¹⁹⁶ Ibid.: p. 132.

totalizadora. Por ello se producen tres formas de deuda: la privada, la soberana y la social (la deuda del Estado benefactor). De este modo, se produce el *homo debitor*.

Otro autor que sostiene, con Lazzarato, que la deuda se constituye como una de las tecnologías del poder más coercitivos del neoliberalismo es David Harvey, en su ya citada *Breve historia del neoliberalismo*. Distingue a en ella una forma de actuación que sería doble: por un lado, difundiendo la lógica de la inversión especulativa y del riesgo personal como modo de obtener mayor rendimiento del capital, y por otro, como una coerción que, ante la incapacidad de saldar la deuda y los intereses generados, se impone a los individuos al aumento de su producción -generalmente a través del pluriempleo en situaciones de precariedad salarial- y a mantenerse en un círculo vicioso de necesidad de endeudarse para pagar las deudas y mantener sus condiciones materiales de supervivencia.

Asimismo, Harvey analiza la actuación de la deuda en cuatro fases: la privatización y la mercantilización como la empresarialización de los activos y servicios públicos; la financiarización como especulación depredadora, promocionando el endeudamiento que mantiene a los individuos -y a mayor escala, a las naciones- en un estado de servidumbre; la gestión y manipulación de las crisis, generadas por el aumento descontrolado de la deuda, y que a la vez se constituye como un instrumento de acumulación por desposesión, siendo la política neoliberal una política de redistribución de la riqueza que va de los pobres a los ricos; y, por último, las medidas estatales que el Estado neoliberal aplica mediante privatizaciones y recortes, otorgando mayor poder adquisitivo a la esfera empresarial privada.

A nivel estatal, la deuda ha sido instrumentalizada para llevar a cabo reformas políticas de índole neoliberal. El F.M.I., el B. M. o el Departamento del Tesoro estadounidense, se han constituido como instituciones de propagación y ejecución del libre mercado y de la ortodoxia neoliberal. El fuerte endeudamiento y las crisis económicas sufridas en la década de 1980 por México y Argentina fueron el caballo de Troya a través de las cuales imponer a estos países reformas neoliberales. Asimismo, con la crisis económica mundial de 2008, las políticas neoliberales de privatizaciones y recortes fueron impuestas a prácticamente la totalidad de los Estados que conforman la Unión Europea, y a los países que sufrieron dicha depresión económica.

Al contrario de lo que se supuso, la crisis económica del 2008 no fue el principio del fin del neoliberalismo, una vuelta al Estado, como muchos pensaron, entre ellos economistas como el progresista Stiglitz o políticos de diferentes sensibilidades, como el conservador francés Nicolas Sarkozy. La crisis económica devino en un nuevo dispositivo a través del cual implantar con mayor dureza las políticas neoliberales. Supuso en Europa un refuerzo de éstas, promoviendo la austeridad y la lógica de la competencia en pro de la eficiencia y la productividad. Dicho de otro modo, las políticas neoliberales tras la crisis tenían como fin regular las relaciones sociales y generar un clima empresarial atractivo, aunque ello redundase en la pérdida de derechos de los individuos, deprimiendo los salarios y disminuyendo la protección social, aumentando de este modo la responsabilidad personal.

Uno de los aspectos básicos observables de las políticas neoliberales es el endeudamiento de las naciones: «El uso del sistema de crédito como un medio drástico de acumulación por desposesión».¹⁹⁷ Las características de la acumulación por desposesión son, según Harvey: 1) privatización y mercantilización de lo público. 2) Financiarización de carácter especulativo y depredador, y la promoción del endeudamiento. 3) La gestión y la manipulación de la crisis: difusión de la “trampa de la deuda”, principal instrumento de la acumulación por desposesión. 4) Redistribuciones estatales: el Estado bajo las directrices del proceso neoliberal que se impone a sí mismo, aplica medidas redistributivas que van de las clases bajas a las altas, invirtiendo la redistribución keynesiana. Del mismo modo, impone impuestos tributarios fiscalmente más reducidos a las rentas más altas, bajo el mantra de que ello servirá para ofrecer mayores y mejores puestos de trabajo, un incentivo para el desarrollo y la innovación de las empresas y, en definitiva, un beneficio social. La filósofa feminista Melinda Cooper realiza una descripción muy interesante a mi parecer sobre cómo la acumulación por desposesión típica del modelo neoliberal económico empuja a las familias más vulnerables hacia la deuda para, de este modo, realizar un gobierno a distancia sobre sus individuos y atarlos a modos de reproducción social tradicionales:

Además, el efecto se ha visto agravado por los recortes en la educación pública, la sanidad y otros servicios sociales que han trasladado sus costes progresivamente a la familia, obligando a los progenitores a endeudarse en nombre de sus hijos. La revalorización de los precios de la vivienda (un síntoma en sí mismo de la inflación de los activos) implica

¹⁹⁷ Harvey, *Breve historia*: 175

que el acceso a los hogares en propiedad suele depender de un préstamo o de una donación por parte de los progenitores; la privatización de facto de la educación y el aumento de las tasas académicas supone que un estudiante que quiera acceder a una formación universitaria depende ahora de forma más directa de la riqueza de sus padres que en cualquier otro momento del pasado reciente; al mismo tiempo la ausencia de riqueza familiar puede condenar a cualquier joven a una vida de deudas recurrentes. El cambio de gasto público a gasto privado deficitario como medio de financiación de las inversiones en «capital humano» como la sanidad y la educación se ha documentado bien en la literatura crítica sobre la financiarización neoliberal. Sin embargo, se ha hablado menos del hecho de que el gasto privado deficitario, o el «keynesianismo privatizado» como a veces se le llama, de forma casi invariable toma la forma de inversión parental intergeneracional, en la que la familia se convierte en la principal fuente de bienestar económico para quienes han nacido en un mundo de bienes públicos cada vez más reducidos. Mediante la forma concreta de la creciente deuda doméstica el capitalismo neoliberal ha recuperado el mandato de las leyes de pobres de responsabilidad familiar¹⁹⁸

Con estas lecturas a través de la obra de Foucault, pero también de las diferentes interpretaciones que se vierten desde el marxismo (principalmente, de gran visión la David Harvey) y desde los propios economistas neoliberales, he querido dar cuenta de la heterogeneidad que se recoge a la hora de caracterizar el neoliberalismo (otorgando visiones comunes entre algunas, pero también una disparidad de características a señalar, como la producción del *homo debitor* de Lazzarato, o el *homo oeconomicus* de Foucault y actualizado por Brown).

Desde luego, he introducido a través de la descripción y el análisis del pensamiento de los principales neoliberales de la Escuela de Chicago, Milton Friedman y los austriacos Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, cómo hay, en la génesis del neoliberalismo mismo, un pensamiento conservador, cuando no reaccionario contra los principios de la democracia occidental cuando ésta se rige por postulados menos económicos y defiende un igualitarismo redistributivo y la defensa de los más vulnerables. Lo que hasta ahora ha sido introductorio, a partir del siguiente punto será tratado con mayor profundidad, dando cuenta de pensadores que han sido seminales a la hora de introducir principios rectores dentro del neoliberalismo, como ha sido Herbert

¹⁹⁸ Cooper, *Los valores*: p. 147.

Spencer y su “darwinismo” social, un modelo de sociedad basado en la competencia, como principio regulador de los individuos y generador de progreso dentro de las comunidades y para sus naciones. Pero también de pensadores conservadores que buscaron reincorporar y salvaguardar los valores tradicionales a través de la instauración de un modelo de mercado frente a las ideas Ilustradas de democratización de las naciones, como realizaría Edmund Burke.

Asimismo, he puesto las bases del análisis ideológico del neoliberalismo y presentado la subjetividad concreta de éste, la del empresario de sí formalizado como capital humano, vinculado a un rendimiento constante que se materializa en un trabajo sobre sí del propio individuo, en una autovigilancia, en un autocontrol, que deviene en tecnología de autodisciplina. Esto termina siendo el empleo de la libertad por parte del neoliberalismo, un sistema ideológico productor de libertad para, a través de ella, actuando sobre ella, dirigir a los individuos.

En el siguiente capítulo asentare las bases del sujeto de rendimiento, su formación y su desarrollo a lo largo del nuevo paradigma laboral posfordista neoliberal y las patologías físicas y mentales a él vinculadas, así como la constitución de tecnologías del yo, como la autoayuda, la psicología positiva de la felicidad, o propiamente el urbanismo ideológico conformador de estilos de vida a la neoliberal representado por los PAU. Lo que veremos, por lo tanto, es la fase aplicada del neoliberalismo sobre las subjetividades dentro del ámbito de la vida, sumidas bajo el imperativo del rendimiento y la creación de un ethos neoliberal del cual es, en gran medida, imposible escapar.

1.3. Conclusiones

Si algo hemos podido comprobar a lo largo de este capítulo es que, en efecto, el neoliberalismo es una fase nueva del capitalismo, que vincula la *subjetividad humana* de los individuos a nuevos *procesos de valorización del capital*. Veremos en el siguiente capítulo más en profundidad qué tipos de subjetividades establece el nuevo paradigma, si bien podemos avanzar que, como hemos comprobado con Lazzarato, no sólo hay un único *homo oeconomicus* neoliberal, sino múltiples, así como múltiples subjetividades que el neoliberalismo y el capitalismo ponen en juego para la conformación de mercancías y mercados que los delimiten.

El neoliberalismo ha planteado una serie de lógicas y prácticas sociales que conforman su *ratio*, esto es, un modelo de conducta, una guía, un ethos caracterizado por la individualización de los procesos cotidianos, la libertad de elección en el mercado y la igualdad de oportunidades y de acceso al mercado. Pero todo ello es una apariencia. La libertad de elección está limitada por nuestra capacidad para acceder a determinados ámbitos, los cuales estarán limitados, a su vez, por nuestro capital simbólico o material.

Es por ello que podemos decir que el neoliberalismo, así entendido, no es más que un programa político-económico que ha restituido un poder de clase y segmentado la sociedad. Ha generado mercados y procesos (como el sistema financiero) que escapan del control democrático y que suponen un espacio autónomo y segmentado donde sólo unos pocos privilegiados pueden acceder y actuar. Nos encontramos, pues, en un momento histórico donde los ricos y más poderosos han amasado y acumulado un poder hasta el punto de que están emancipándose del resto de ciudadanos, empobrecidos y sin capacidad de acceder a sus mercados, en un momento de creciente disminución de los procesos productivos de alimentación o carburantes. Ello puede suponer en el corto y medio plazo un proceso de cambio en el modo de administración de los gobiernos, pasando de modelos democráticos a modelos autoritarios. Son fases distintas del capitalismo: mientras el capital se reproduzca, la democracia puede ser un modelo de gobierno que dote de estabilidad y orden en las civilizaciones; pero cuando en las democracias se producen inestabilidades que no pueden resolver, entonces se producen reacciones en su contra y una concentración del poder que genere orden y estabilidad nuevas para la reproducción del capital.¹⁹⁹ Ya hemos podido comprobar que dentro de las diferentes corrientes

¹⁹⁹ Cfr. Montalvo, (1978). *Fascismo y crisis capitalista*. Zero, Madrid.

neoliberales existentes, aquellos que han dado forma al modelo existente más influyente en occidente, el modelo de la Escuela de Chicago de Milton Friedman, pero también de los economistas austriacos Ludwig von Mises y Friedrich Hayek, tiene un principio antidemocrático, una crítica de la democracia cuando es entendida plenamente como tal, dando el poder soberano a la ciudadanía, que es principal causa del deterioro de las instituciones democráticas de occidente.

Wendy Brown ha sido una de las autoras en esta tesis que más me ha influenciado, desde su lectura de *Nacimiento de la biopolítica* de Michel Foucault, a la hora de repensar la desvinculación entre el sujeto político democrático y el sujeto económico neoliberal. Hasta el punto de que he considerado con el tercer capítulo de este trabajo que un análisis del neoliberalismo y de las subjetividades que éste despliega quedaría incompleto sin un análisis de la situación crítica de la democracia en la actualidad, pero cuyos antecedentes vienen de lejos, así como la necesidad de desplegar una nueva subjetividad que desplace a la subjetividad neoliberal de competencia e individuación egoísta y narcisista.

Como digo, la lectura de Wendy Brown ha sido de importancia, desde su obra *El pueblo sin atributos* a la novedad *En las ruinas del neoliberalismo* que comentaré en el tercer capítulo. Su análisis del principio antidemocrático neoliberal, unido a su vinculación “frankensteiniana” con asociaciones religiosas cristianas y neoconservadoras para restablecer los valores tradicionales de la familia, ha degenerado, socialmente, en una aceptación de los principios conservadores a la neoliberal, y con ello, la aceptación tanto implícita como explícita, de que la democracia puede convertirse o bien en un problema al promover políticas sociales de bienestar destructoras de los vínculos de la comunidad tradicional -familiar-, o bien puede ser convertida en un instrumento que despliegue una acción conservadora tanto política como judicial que devenga en dispositivo totalizador de las realidades sociales. Es decir, la democracia secuestrada por las estrategias neoconservadoras.

La necesidad de retomar los principios de la democracia ateniense nos llevará, en el capítulo 3, a desplegar un mayor análisis sobre este momento de crisis de las democracias, sus causas y sus potenciales soluciones.

Asimismo, hay una vinculación que hemos explorado entre el conservadurismo más reaccionario, aquel nacido tras la revolución francesa de 1789, pero que también hundiría sus raíces a la democracia ateniense del gobierno de Efilates de Atenas o de

Clístenes de Atenas en los siglos V a. C., donde la aristocracia intentó derrocar sus gobiernos y derruir sus políticas igualitaristas.

El conservadurismo es la ideología del mantenimiento del statu quo, mientras que el reaccionarismo es la destrucción de las nuevas bases de un nuevo modelo de sociedad para volver a un estado de cosas anterior. El neoliberalismo fue, en este sentido, una contrarrevolución, la destrucción de un modelo anterior que, con sus muchas deficiencias, había generado el estado de bienestar, producido una gran cantidad de puestos de trabajo, riqueza, desarrollo tecnológico, científico, mejoras en la salud de los ciudadanos, etc. El neoliberalismo trató desde el principio de poner obstáculos a las políticas igualitaristas, para después, una vez fue la ideología económica y política dominante, generar un estado de cosas elitista y segregador. El modelo de mercado competitivo aplicado a la cotidianidad de la vida, ha generado un estado social de desigualdad donde unos pocos disfrutaban de privilegios, mientras al resto nos sumen en un sucedáneo de privilegios para aquellos que aspiran a vivir como privilegiados. Sin embargo, estas políticas sucedáneas no son más que formas disciplinarias de generación de un ethos neoliberal, donde se impongan el modelo competitivo y la individualización más atomizante. La destrucción de lo público y su creciente sustitución por servicios privados genera también modelos de mercados nuevos en los que la aristocracia económica saca partido de la especulación con la educación o la salud. Sólo mediante un modelo público pueden salvaguardarse derechos como la educación o la sanidad universales.²⁰⁰

La incertidumbre contemporánea, amplificada por recientes hechos como crisis económicas, sanitarias o la crisis medioambiental que supondrá cataclismo climáticos (mayor temporada de tornados y de mayor intensidad, lluvias torrenciales, olas de calor) así como una reducción de la producción de alimentos debido al aumento de áreas desertificadas, menor disponibilidad de agua, o la crisis de los carburantes debido al *peack oil*, que supondrá en el medio plazo una disminución de la producción de fertilizantes (y por lo tanto, menor producción de alimentos de nuevo) y de la reducción del transporte mercantil, por no hablar de los viajes por ocio. Todo ello ha generado una explosión emocional que está dando fuelle a nuevos modelos de gobierno denominados *iliberales* como el de Viktor Orban en Hungría o Jair Bolsonaro en Brasil, pero también en Estados

²⁰⁰ Cfr. 2.2.1.1.

Unidos durante el mandato de Donald Trump, país culturalmente relevante para el resto de los países occidentales con democracias liberales.²⁰¹

Es importante en este sentido también la aportación realizada por Maurizio Lazzarato a través del sujeto endeudado, que no es más que un hombre desposeído, sin nada, a quien sólo le queda su mera existencia que ni siquiera le pertenece, pues aquello cuanto es, aquello cuanto consigue, debe ser empleado para saldar sus deudas.

La lectura de Lazzarato va más allá del análisis de Foucault sobre el neoliberalismo. Como ya hemos repetido, Foucault no pudo ver en vida las transformaciones políticas, económicas y sociales que el neoliberalismo arrastraía. Por lo tanto, era necesario que con el tiempo aquellos que sí han podido vivir a la luz de las transformaciones neoliberales llevaran más lejos las intuiciones de Foucault y las completaran y complementaran.

Foucault pudo entrever, a través de la obra de Gary Becker, la transformación de la subjetividad fordista colectiva y disciplinada en una subjetividad bajo el modelo de la empresa, un modelo en el que los sujetos debían hacerse cargo de sus propios riesgos y gestionar sus vidas de manera individualizada. Intuyó esa atomización de los sujetos, si bien Lazzarato representó mejor, a posteriori, el carácter desposeído de estos sujetos neoliberales. Los individuos no son meros sujetos constituidos como capital humano, que, en la lectura de Foucault, el producto de su trabajo se reparte entre el propio individuo y su empresa, o bien es todo para sí. Con Lazzarato, y conjuntamente con la lectura que hacemos de Milton Friedman, los individuos toman la forma del capital, pero del capital financiero. Esto es, capital que sirve como capital extractivo, para el accionista, quedando desposeído del fruto del propio trabajo productivo. Y así, para poder sobrevivir, los individuos deben endeudarse, pedir un crédito para cubrir sus deudas, entrando en un círculo vicioso que, al mismo tiempo, los disciplina en sujetos que han de trabajar y buscarse la vida para pagar sus deudas y ser dignos de crédito, estableciendo una moral de la deuda y un ethos.

En definitiva, este modelo de generación de ethos y subjetividades neoliberales sólo podría eliminarse a través de un nuevo modelo que genere un ethos y ponga en práctica subjetividades democráticas, eliminando las lógicas y prácticas sociales de la

²⁰¹ Atenderemos más extensamente esta cuestión en el capítulo 3.

competencia como único modelo de conducta aceptable socialmente, y disemine valores diferentes a los de la propiedad privada y egoístas, como podrían ser valores de solidaridad, compromiso, altruismo, inspirados en los ideales ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad. Sólo de este modo, con un aumento de la acción política democrática sobre el poder económico, podría verdaderamente darse respuestas que satisfagan al conjunto de la ciudadanía, en un tiempo que nos deparará seguramente sacrificios sobre nuestra comodidad de vida dentro de los países desarrollados. Sólo de esta forma, podremos dar respuesta y solución al problema del principio y el imperativo del rendimiento de los sujetos contemporáneos, constituidos como capital humano, pero entendido desde el punto de vista del sistema financiero accionario, un sistema, a todas luces, extractivo.

CAPÍTULO 2. EL SUJETO DE RENDIMIENTO

«El mundo del trabajo» es algo mucho más amplio y extenso que su reducción a un determinado estereotipo laboral; es directamente el mundo de la vida cuando el trabajo absorbe la vida.

Jorge Moruno, *No tengo tiempo.*

2.1. Trabajo y neoliberalismo

Ya hemos visto en el capítulo anterior el tipo de ideología que, a pesar de su transversalidad, implanta socialmente el neoliberalismo: una ideología de carácter conservador -muy a pesar de su pátina revolucionaria-, reaccionaria en lo que referencia al poder de clase y profundamente atomizante. Los individuos se desgajan de la función colectivizante de la sociedad, provocando a la larga una pérdida en derechos debido al carácter reaccionario del neoliberalismo, y la destrucción del tejido público que enmarca el estado de bienestar a través de las privatizaciones. Pero no sólo es debido al fenómeno de la privatización, sino también a la deslocalización de las empresas y fábricas, entre otros fenómenos no menores.

En suma, el adelgazamiento del poder sindical, y de la colectivización en general, ha dado como resultado un mundo donde los colectivos han dejado de luchar por los derechos de los individuos contra las grandes empresas y los Estados, sino más bien un mundo donde los individuos pugnan entre sí con una menor fuerza social para producir cambios reales que mejoren sus vidas. Nos adentramos, por el contrario, en un juego de suma cero donde para que un individuo gane, otro debe perder. Es la sociedad spenceriana -que ya hemos descrito con anterioridad en el primer capítulo-, donde el fuerte y hábil sobrevive y el inadaptado y más débil es abandonado a su suerte, sin posibilidades de cambiar sus condiciones materiales y simbólicas, atrapado en la *trampa de la modernidad*, donde su única vía de escape es la psicología del optimismo y el *mindfulness*, que no hacen sino otra cosa que promover un pensamiento conservador -aceptar las cosas como son y cambiar interiormente para dejar lo externo (lo sistémico) igual- y desatiende las condiciones materiales sistémicas de la precariedad ofreciendo soluciones basadas en la psique del individuo.

Lo que vamos a describir y analizar en el siguiente capítulo se trata del sujeto de rendimiento, el único descubrimiento aceptable del filósofo coreano Byung-Chul Han, donde la ideología neoliberal se materializa en las condiciones laborales que los sujetos han de aceptar y ligar su psique a un condicionamiento que los sume en una precariedad tanto material como mental y simbólica.

Esta ligazón entre el neoliberalismo como ideología socioeconómica y política y el neoliberalismo como poder de clase que transforma el ámbito laboral, es la que generará un *ethos* neoliberal, un estilo de vida propiamente neoliberal que sume a los

individuos y a la sociedad en su conjunto en un callejón sin salida donde el individualismo y la defensa del interés privado son la base de una *ratio* directiva de la que la sociedad contemporánea es incapaz de renunciar.

2.1.1. Transformación del paradigma laboral

2.1.1.1. Una aproximación a la categoría de trabajo

Antes de hablar de la transformación que el neoliberalismo ha generado en el trabajo tal y como se entendía desde el fordismo²⁰², nos vemos en la necesidad de describir, en mayor o en menor grado, la concepción de la categoría de trabajo que vamos a emplear.

La categoría del trabajo es una categoría histórica, prácticamente moderna y, por ello, el “trabajo” tal y como lo concebimos ordinariamente -conjunto de diferentes actividades y tareas- no ha existido en otras épocas. Es en la modernidad que «el trabajo se convierte en una actividad pública y en la principal forma de mediación social», donde el conjunto de los trabajadores constituye la *fuerza de trabajo*, y dando lugar a la *sociedad de trabajadores*.²⁰³ El trabajo creador de valor, y por ende productor de mercancías, convierte el tiempo en medida de riqueza. Asimismo, se convierte en aquella categoría que estructura y fundamenta la sociedad y la dota de orden: el orden del capital. Y para generar trabajo creador de valor, la fuerza de trabajo debe ser consumida, pues la fuerza de trabajo de un trabajador es su propia mercancía, y la pone en relación con el resto de trabajadores-mercancías. La lucha de clases termina siendo, de este modo, el motor que moviliza, una y otra vez, a las fuerzas extractivas de valor hacia la innovación constante del capitalismo, generando mil y una reformulaciones del sistema. El capitalismo no es más que un modo de ser, relación humana hecha sistema.

No podemos obviar que son muchas las obras que desde la sociología y desde la filosofía se han escrito explicando nuestra sociedad y sus dinámicas a través de los flujos del capital y su relación con el consumismo imperante. Sin embargo, sin ser mi intención

²⁰² No entra en el ánimo de este trabajo idealizar aquello que fue el fordismo, sino en dar cuenta de las condiciones estructurantes que el fordismo tejió durante una época y que el neoliberalismo, a través de lo que en la sociología del trabajo se ha venido a denominar posfordismo, ha destruido, entretejiendo nuevas dinámicas entre empleadores y trabajadores, así como con relación al trabajo autónomo.

²⁰³ Cfr. Moruno, Jorge (2018). *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*. Akal, Madrid: p. 75.

la de quitar peso a estos análisis, considero que debido a su preeminencia se ha ocultado de manera más o menos intencionada la vertebración social más patente de todas: la categoría del trabajo. Sin trabajo, sin producción, no hay ni flujos del capital ni sociedad de consumo alguno. Tampoco es baladí que las categorías en torno al consumo ofrecen herramientas de análisis muy distintas a aquellas que tienen como objeto las del trabajo, y que en cierta manera distraen el sentido del análisis y la crítica

Reconocer este velamiento implica recuperar a algunos de aquellos autores que sí han tratado recientemente sobre la categoría del trabajo, desde una perspectiva distinta a la empleada más usualmente. Es de interés señalar que hay una pluralidad de concepciones en torno al trabajo. Desde el *constructivismo* se ofrecen diferentes definiciones que van desde la *actividad productora de bienes y servicios*, a una “actividad forzada”, *factor de producción que genera el beneficio empresarial*, e incluso es concebido como un “castigo divino”. Los empresarios, asimismo, definen su trabajo como una actividad de gestión y organización del trabajo asalariado legitimado por su propiedad de los medios de producción. Sin embargo, su actividad es dependiente de los trabajadores, sin los cuales no habría bienes ni servicios, y, por lo tanto, son los trabajadores y su trabajo condición necesaria para la reproducción social.

El trabajo capitalista establece una relación entre trabajadores (asalariados) y empresarios (propietarios de los medios de producción). Poner el foco en el trabajo como actividad supone problemas metodológicos, pues una ama de casa realiza la misma tarea “cocinar” que el cocinar de un chef en un restaurante disruptivo reconocido con estrella Michelin. Sin embargo, son “trabajos” distintos, y esta diferencia estriba en la *mediación del salario*. Es decir, el trabajo del cocinero profesional es retribuido con un salario, mientras que el trabajo de cocina de una ama de casa (labor que, por otro lado, perfectamente puede desempeñar tanto un hombre como los vástagos de una pareja) es situado en el *ámbito de cuidado* de una casa y de una familia, necesario e indispensable para la producción capitalista, pero no mediado por ningún salario. Esta es una diferencia que «no se desprende de la naturaleza de la actividad realizada, sino de las relaciones y procesos sociales que la definen».²⁰⁴

²⁰⁴ García López et. al. coord (2005). *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis del trabajo*. Traficantes de sueños, Madrid: p. 35.

De este modo, los trabajos son agrupados en dos categorías atendiendo a su forma relacional: aquellos que no son reguladas en intercambios mercantilizables, y aquellos que sí son mediadas por un salario. Hablamos en este caso de “trabajo asalariado”, y que adopta la forma social de la *mercancía*.

Cuando hablamos de trabajo asalariado no nos referimos únicamente a aquellos trabajadores adscritos contractual y jurídicamente a un estatuto de «asalariado», sino al hecho de tener que poner en usufructo nuestra capacidad de trabajo durante un tiempo determinado para poder participar en el intercambio de bienes y servicios, aspecto éste que provoca que nuestra vinculación con la actividad desarrollada en el puesto de trabajo sea siempre condicional y con una continuidad nunca garantizada²⁰⁵

En nuestras sociedades mercantiles el trabajo tiene una naturaleza dual: como *actividad concreta*, material o simbólica, y como *trabajo abstracto*, que incluye el tiempo de trabajo, la socialización, la formación, el descanso, el ocio, y que son comparados y medidos socialmente. Tomando esta concepción de la categoría de trabajo podemos afirmar con rotundidad que nos encontramos en sociedades mercantiles cuyas relaciones sociales están mediadas por el trabajo, un trabajo contenido en productos y que es medido y evaluado bajo la misma base: el tiempo abstracto, el tiempo de la vida humana necesaria que impregna el trabajador en la producción de mercancías, y que es el causante del valor. Este trabajo que conforma y estructura nuestro tiempo de vida no debe ser confundido con el trabajo como mera actividad.

Lo primordial a la hora de comprender esta concepción del trabajo consiste en que se define el trabajo bajo la forma de la mercancía y, por tanto, se vende y se compra. La relación entre el empresario y el trabajador es, en tanto que individuos, *formalmente igualitario*, si bien son, de facto, *socialmente diferentes*. Su relación está mediada por el intercambio monetario, que es el salario, y pudiendo abandonar la relación libremente cuando se quiera (con limitaciones acorde al derecho). Así entendida, en la forma social del trabajo *«nos jugamos nuestro propio valor social, y con él, el conjunto de nuestras condiciones de vida»*.²⁰⁶

Así, dirá Pierre Rolle, importante sociólogo del trabajo ligado a la teoría marxista, que el trabajo no es una categoría que haya fundado nuestro modelo social, sino que más

²⁰⁵ Ibid.: p. 37.

²⁰⁶ Ibid.: p. 40. En cursiva en el original.

bien el sistema social ha moldeado el trabajo.²⁰⁷ El trabajo se constituye en nuestro sistema como una noción compuesta que designa los gestos de manera específica para los trabajadores en sus respectivos puestos de trabajo, imponiendo un modo de realizar las tareas, y que establece una coacción sobre los individuos trabajadores a lo largo de su vida, así como una *estructura de disciplinamiento y dominación laboral* colectivamente. De este modo, en el trabajo hay un mecanismo oculto «por medio del cual la actividad individual es movilizadora, modelada y distribuida en el proceso de producción y reproducción de lo colectivo, mecanismo que se anuncia amenazando derruir cada modalidad efectiva de trabajo».²⁰⁸ Se trata de una relación social particular. Para que los individuos puedan entrar en el mercado de consumo es necesario que emplee tiempo de su existencia trabajando. Es este tiempo de vida humana empleada en el trabajo el que interesa al sistema de producción.

Hoy, ante todo, el trabajo es una “actividad medida”, y por ello, jerarquizada, normada y repartida. Es por esta concepción de medida o evaluación que se constituyen relaciones sociales particulares para movilizar tiempo y refuerzo de los miembros de una comunidad. El trabajo, que es una actividad inherentemente humana y no de la máquina, obtiene su carácter particular en el capitalismo a través de la relación salarial. El instrumento y el trabajador, defiende Pierre Naville, sociólogo del trabajo que perteneció al Partido Comunista Francés, se automatizan a partir del siglo XX.

La maquinaria se desarrolla en grandes redes productivas, indefinidamente incrementadas y perfeccionadas, conectadas a redes planetarias de circuitos de energía, de transportes, de información, reunidos entre ellos por servicios y lenguajes comunes. Lejos de ser el prototipo de la modernidad, el robot queda sometido al conjunto y pierde su individualidad, que residía en su relación directa, si bien intermitente, con el individuo humano²⁰⁹

Podemos afirmar finalmente que con el desarrollo del sector servicios y las tecnologías del último tercio del siglo XX se produce una escisión entre la satisfacción de las necesidades y el tiempo de actividad movilizadora. Trabajo y producto se autonomizan, dejan de medirse el uno por el otro. Ello conllevará a una transformación del paradigma laboral que hasta entonces se había estado dando con el fordismo. La

²⁰⁷ Cfr. Ibid.: p. 119.

²⁰⁸ Ibid.: p. 121.

²⁰⁹ Ibid.: p. 126.

categoría del trabajo, como veremos a los largo de este capítulo, así como todo aquello que socialmente está vinculada a su función estructural, mutará con él: el modo de vida, la propia concepción del tiempo, las amistades, el modo de pensar las ciudades y los barrios, y, en última instancia, cómo entendemos el mundo y cómo nos entendemos a nosotros mismo.

2.1.1.2. Del orden fordista a la flexibilidad neoliberal posfordista

El contexto político y social de finales del siglo XX es el del sector obrero y trabajador en general que reclama cambios. En este momento de apertura al cambio, suele instalarse en el imaginario colectivo el lema de que “crisis significa oportunidad”. Milton Friedman fue uno de los pioneros en describir el momento de necesidad de cambiar el estado de cosas, de cambiar el mundo, hacer lo impensable.

La ventana de oportunidad al cambio sucedió cuando el fordismo, ligado al keynesianismo, entró en crisis, dando paso al modelo del posfordismo y que, a su vez, se ligó estrechamente al neoliberalismo. Como defenderé en repetidas ocasiones a lo largo de este trabajo, no se trata en este punto de afirmar con rotundidad y romanticismo que fue un cambio a peor. Podríamos decir que, en determinadas cuestiones, como el fin de un sistema laboral de horarios rígidos, por poner un ejemplo, el posfordismo supuso beneficios. El problema radica en su imposibilidad de desligarlo con el neoliberalismo, el cual sí ha supuesto muchos inconvenientes para los derechos de los trabajadores.

Considero que el posfordismo da respuesta a una exigencia de los trabajadores para tener mayor flexibilidad tanto a la hora de cambiar de trabajo como a la hora de flexibilizar las jornadas laborales y compaginar mejor la vida personal y familiar. Supuso, asimismo, un cambio del modelo productivo, del industrial al sector servicios, originando un aumento del nivel de vida y el turismo, empleos ligados al ocio y al consumo. Con la adecuada dirección política, garante de los derechos de los trabajadores y controlando la seguridad material de las poblaciones, el posfordismo podría haber significado la culminación del pronóstico de John Maynard Keynes, menor tiempo de trabajo humano gracias a la maquinaria, y más tiempo libre y ocio para los individuos, dedicando ese tiempo al desarrollo personal al descanso, al cuidado de familiares, o a lo que cada cual sintiese pertinente. Sin embargo, como veremos a lo largo de todo el capítulo, la dirección política hacia el posfordismo no estará radicado en la aseguración de los derechos

laborales y materiales de los trabajadores, por el contrario, veremos más bien cómo el programa político dirigido o influenciado por los economistas neoliberales estará centrado en favorecer a las empresas -cuanto más grandes fueron éstas, más beneficioso fue para ellas el cambio, y cuanto más pequeñas, más sufrieron-, en destruir las luchas colectivas y en generar un nuevo consenso social. Se comenzará, así, a realizar una transformación profunda del espíritu de la sociedad, transformar las subjetividades mediante el cambio del paradigma laboral, que cambiará los modos de vida y los consensos políticos ciudadanos. A través de la lectura de la obra de Richard Sennett, junto con otros autores que servirán para aumentar la comprensión de este proceso de cambio epocal, la transformación de las subjetividades en este paso del fordismo al posfordismo. Richard Sennett es considerado uno de los sociólogos más importantes de la investigación sobre la subjetividad contemporánea gracias a su obra *La corrosión del carácter*,²¹⁰ cuya obra será seminal en el estudio de la afectación del entorno laboral en la subjetividad de los individuos.

Antes de comentar la obra de Sennett, considero que es importante empezar por introducir ciertas cuestiones de derechos laborales que el fordismo resolvió en beneficio de los trabajadores a través de una fuerza sindical fuerte. Uno de los autores que más ha escrito sobre los logros de la clase trabajadora sindicalizada fue Christophe Dejours, asimismo, uno de los más importantes sociólogos del trabajo, y que con más profundidad han tratado la psicopatología del trabajo. Dejours explica en *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo* que el fordismo no fue sólo un avance logrado para el sistema del New Deal, tanto estadounidense como europeo, sino también un sistema laboral con mayores derechos que los que se tenían en el siglo anterior. En el siglo XIX, el aumento de la producción en las fábricas y el éxodo rural con la consecuente concentración en las urbes fue la tónica predominante de la época. Largas jornadas laborales (de las 12 horas hasta jornadas exhaustas de 16 horas), el trabajo infantil desde los 3 y 7 años, los bajos salarios que no alcanzaban ni para la subsistencia, viviendas reducidas a tugurios, falta de higiene, brutalidad, agotamiento físico, accidentes laborales y subalimentación, son las condiciones habituales de trabajo durante aquella época. Las condiciones de explotación y dominación de los trabajadores incidían en una carencia de

²¹⁰ Sennett, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.

salud, de modo que la lucha por la supervivencia del trabajador en aquel tiempo era la lucha por una conquista social de las condiciones de salud. El sufrimiento obrero se asocia a la miseria que les causa enfermedad y muerte. Se prescriben entonces normas de higiene que limitan las posibles epidemias. Se instituye también un orden moral sobre las costumbres de las diferentes clases sociales. Los delitos y los crímenes se tratan como enfermedades sociales que deben curarse o disminuir. La miseria, la promiscuidad y el hambre son los elementos que favorecen el aumento de la delincuencia, la violencia y la prostitución.

Sin embargo, todas estas conductas y mejoras de las condiciones de vida se deben a los propios obreros, pues las diferentes corrientes «higienistas, moralistas y alienistas [médicos] sólo pueden responder a las desviaciones, mientras que otra forma de daño al orden moral y social va tomando cuerpo en la solidaridad obrera, en los movimientos de lucha y en el desarrollo de una ideología obrera revolucionaria».²¹¹

Frente a las huelgas promovidas por el movimiento obrero, la reacción es la represión estatal. Las conquistas a modo de derechos de los trabajadores son lentas y, a menudo, suprimidas para volver sobre el *statu quo* anterior. Hasta el período de finales del XIX y principios del XX no se pueden asegurar las conquistas obreras. A partir de aquí, el movimiento obrero establece sus bases y su fuerza política que irá creciendo progresivamente.

Con el *taylorismo* surgen nuevas repercusiones sobre la salud del cuerpo de los trabajadores, que tiene que ver con la sumisión del cuerpo y la disciplina. Se generan nuevas tensiones psicológicas originadas por el tiempo y el ritmo de trabajo. «El agotamiento físico no afecta ya únicamente a los trabajadores que hacen tareas pesadas, sino al conjunto de los obreros de la producción en masa. Separados radicalmente el trabajo intelectual y el trabajo manual, el sistema Taylor neutraliza la actividad mental de los obreros».²¹² Esto no afecta mentalmente, sino al cuerpo dócil y disciplinado. Un cuerpo «sin defensa, cuerpo explotado, cuerpo fragilizado al quedar desposeído de su protector natural que es el aparato mental».²¹³ En 1916 se comienza a reducir la jornada laboral a 8 horas, con un increíble aumento de la producción. Las políticas de salud del

²¹¹ Dejours, Christophe (2001). *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo*. Lumen Humanitas, Buenos Aires: p. 15.

²¹² *Ibid.*: p. 18.

²¹³ *Ibid.*: p. 19.

trabajo también se van implementando a lo largo de principios de siglo. En 1936 se acuerda el derecho a vacaciones pagadas. A partir de 1944 el movimiento obrero se centra en la prevención de accidentes laborales, contra las enfermedades, el derecho a los cuidados médicos... En definitiva, el cuidado de la salud de los cuerpos. Un conjunto de medidas y derechos laborales, pero también sociales, éstos y otros muchos más que no enumero por no extenderme demasiado, que respaldan y sustentan los Estados, eso sí, promovidos desde la lucha sindical y obrera.

Pues bien, si hay un sentido en el que podemos hablar en favor del poder político del Estado es en su capacidad para recoger las demandas de la clase trabajadora apoyada por fuertes sindicatos en su reclamación de mayores derechos, así como su capacidad de negociación con sindicatos como representantes de los trabajadores y con la patronal, cada uno defendiendo intereses contrapuestos. El Estado, durante una época muy importante en la historia, se constituyó como garante de la conquista de derechos tanto laborales, como de los ciudadanos y los seres humanos. Con el retroceso del Estado y del poder político como centralidad que articula la vida y la socioeconomía de un país, también se ha producido -y se está produciendo aún- un retroceso en los derechos del ciudadano y del trabajador. El paradigma neoliberal impuso su programa y constituyó un poder político económico basado en los derechos de los propietarios por encima de todo lo demás. Ello conlleva una sociedad naturalmente desigual, donde los derechos se convierten en mercancías que uno se puede permitir si dispone de recursos y capital adecuados.

El mundo del orden fue el mundo fordista de la primera modernidad, es decir, de las primeras décadas postguerra del siglo XX. Orden es regularidad, repetición y predictibilidad, y un entorno ordenado es aquel en el que se considera que algunos acontecimientos tienen mayores posibilidades de suceder que sus contrarios, de tal modo que es necesario manipular las posibilidades para no dar lugar al azar. El fordismo, como modelo de industrialización, no era más que la puesta en práctica del principio taylorista de racionalización: la separación de los aspectos manual e intelectual del trabajo, con el objetivo explícito de aumentar el control de los gerentes sobre los trabajadores. Sin embargo, el fordismo era al mismo tiempo un modo de entender el mundo, moldeado por el saber práctico de la época, lo que se puede hacer y la manera de hacerlo. La fábrica fordista era el paradigma de un modelo social tendente al orden, y que, por lo tanto, se

expandía al ámbito de la vida y a un *ethos* social e individual que regía un modo de ser y estar en el mundo.

Si el modelo de trabajador del fordismo es el obrero, de clase baja trabajadora, con una familia más o menos numerosa y cuyo trabajo tiene como objeto la consecución de un futuro mejor para su prole a través de la apertura a una educación superior; el nuevo modelo de trabajador del posfordismo neoliberal es el del autónomo, emprendedor o empresario. Este sujeto está instalado en la clase media y ha sido educado para aspirar a una vida y a un estilo de vida superior, más consumista y lujosa de lo que fue la vida de sus padres. Si la vida de éstos últimos se regía por un estricto orden y por una vida laboral continua instalada en la fidelidad a una empresa en particular donde habría conseguido trabajar la mayor parte de su vida, la vida de trabajador autónomo se rige por la incertidumbre más absoluta (tanto vital como laboral), impredecible de cualquier modo. Se instala culturalmente la incertidumbre como una categoría positiva que moviliza a las personas en busca de mayores cotas de éxito y progreso personal. La movilidad es un valor en sí mismo. Moverse, no quedarse quieto. La quietud conduce a la comodidad, al constreñimiento estable del fordismo, y por ende al conformismo, al estancamiento individual o familiar.

Esteban Hernández describe el modo de ser fordista y su subjetividad, a través de la formación de una clase tecnocrática burocratizada: «La combinación entre una burocracia establecida y el culto a la ciencia conformaba la tecnocracia que dirigía la vida de las instituciones. El control y la estabilidad eran los aspectos más importantes para un tiempo que aspiraba a asegurar una vida lineal en la que todo era previsible».²¹⁴ Esta burocratización tecnocrática y jerarquizada conformaba también la estructura de la empresa, así como las fábricas, regidas por el cientificismo taylorista. Esta linealidad planificada y racional se instauraba también, como decimos, en los modos de vida. Sin embargo, el modelo fordista, de férreo control y rígido, devino en crisis al no ser capaz de facilitar respuestas cuando el propio modelo generó problemas. Concretamente problemas de índole vital para los individuos, que buscarán salir del encorsetamiento al que el fordismo les había instalado, en busca de una mayor flexibilidad, tanto laboral como vital e incluso mental.

²¹⁴ Hernández, Esteban (2017). *Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI*. Clave Intelectual, Madrid: p. 96.

En este momento del siglo XX que describo, había una mayor relación entre trabajo y capital, de tal modo que unos mayores salarios servían para atar a los trabajadores, ya especializados, dentro del mundo fordista de la industria. Mientras, el Estado debía velar porque se mantuviera en firme esta relación. No sólo de los salarios con una mayor capacidad adquisitiva, sino también de la producción de un Estado de bienestar, de unos servicios públicos de calidad que abarquen a toda la población, así como la garantía de una pensión en la jubilación.

Con la llegada de la crisis llegó también el cambio de paradigma laboral y social.

Venimos viendo cómo el neoliberalismo, en su vertiente política, consiste en una descalificación y deslegitimización del Estado como centro del poder político y la articulación de la vida socioeconómica de un país. La tendencia a la concentración de poder por parte del Estado y que dio lugar a las dictaduras y a los fascismos de principio de siglo XX, requería limitar el poder político a través de una exterioridad. El neoliberalismo encontró en la economía basada en el libre mercado ese límite del poder gubernamental. Desde ese entonces, los esfuerzos de los economistas ligados a los gobiernos -con fuerte predicamento en los gobiernos norteamericano y británico de Reagan y Thatcher- consistirá en reemplazar la centralidad del poder político por el poder económico.

El cambio de paradigma político-económico resultó también en un cambio del paradigma laboral, tan drástico que fueron muchas las movilizaciones sociales y sindicales contra las políticas neoliberales de privatización y deslocalización promulgadas por Margaret Thatcher, a quien debido a su intransigencia se apodará “la Dama de Hierro”. Pero, ¿cómo se produjo este cambio de paradigma? En realidad, los políticos y economistas neoliberales sólo esperaron a que la ciudadanía reclamara un cambio. Un cambio, el neoliberal, que se presentó ante los ciudadanos como la mejor opción ante la respuesta fordista.

Los movimientos sociales producidos en 1968 fueron una primera canalización de un deseo compartido de formas de vida alternativas. En un primer momento, la participación política canalizó estas manifestaciones para, a posteriori, ser recogidas en el plano laboral. Culturalmente ya había emergido ese deseo de “alternativas”, y tras el fordismo del trabajador asalariado sujeto a rutinas repetitivas y constantes, emergía la libertad del *trabajador autónomo*, dueño de sí mismo, y, con él, nuevas especializaciones

laborales. Con el trabajo autónomo surge una “economía alternativa” que cambiará el paradigma laboral en los próximos años. Surgirán también los primeros estadios sobre los nuevos autónomos, con valores e ideas completamente diferentes a los antiguos autónomos de los talleres. Alguna de sus características es que buscan romper con el paradigma laboral industrial; trabajan con perspectiva a corto plazo; no distinguen entre esfera privada y esfera de trabajo; cambian el modelo de consumo, de trabajo y de estilo de vida; requieren incentivación pública para generar empleo; requieren y demandan nuevas formas de educación; generan una nueva cultura propia de autogestión; son, sobre todo, jóvenes con estudios universitarios.²¹⁵ Esta economía alternativa del trabajo autónomo que surgirá y tendrá lugar durante las décadas de 1970 y 1980 generará no sólo una cultura alternativa, sino toda una ética del trabajo que se expandirá por Alemania y Estados Unidos, y que pondrá de manifiesto cómo las microempresas pueden servir en la nueva economía que se avecina para la producción económica y sobrevivir en el ecosistema de mercado local.

Con los estudios que surgirán a partir de 1985 se busca desentrañar los mitos respecto a los “autónomos alternativos”. La realidad es que no se trata de un nuevo estilo de vida elegido desde presupuestos idealistas. Más bien la mayoría de nuevas microempresas nacen debido a la situación de baja oferta de empleo tras la finalización de los estudios universitarios, o como reacción contra la acumulación de trabajos precarios. Es, por ello, un intento a la desesperada de poder ganarse la vida, y dada la tendencia a la alta precariedad de estas situaciones, las administraciones públicas deberían preguntarse si para bajar las cifras de desempleo es deseable que los jóvenes trabajadores se autonomicen con microempresas para la propia supervivencia, por necesidad. Así, a este respecto es interesante la distinción entre economía de la autorrealización y economía de la necesidad.

Entre 1945 y 1975 la práctica habitual de las élites económicas y empresariales era la de repartir los beneficios con los trabajadores, una especie de acuerdo implícito keynesiano que en los años posteriores fue deshecho, repartiéndose tales beneficios entre el grupo accionarial, esto es, entre la clase más rica. Esto se dio con la llegada, de modo poco casual, de la economía y políticas neoliberales. Sin embargo, esos beneficios también se emplearon para generar nuevos puestos de trabajo, de oficina, de cargos

²¹⁵ Cfr. Bologna, Sergio (2006). *Crisis de la clase media y posfordista*. Akal, Madrid: p. 47.

intermedios sin mucha utilidad. El grueso de los economistas e ideólogos del neoliberalismo contraponían su modelo de mercado, justo y eficiente, al modelo keynesiano y comunista de la URSS, aludiendo a que las crisis que estos modelos tuvieron se debían a su tendencia a la burocratización de la administración de las empresas públicas y privadas, lo que terminaba por generar duplicidades e ineficiencia, entorpeciendo cuando no bloqueando los proyectos y las transacciones. Pero con los años, el neoliberalismo generó su propia burocratización e ineficiencia administrativa, generando una competitividad entre los altos cargos por ver quién tiene más empleados a su cargo.

La racionalización, característica principal de la burocracia, sigue estando presente en el modelo posfordista, así como la eficiencia, el cálculo y la predictibilidad, salvo que ha tomado nuevas formas. Hago mía la definición de la dirección de una empresa, siguiendo al periodista y ensayista español, Esteban Hernández, como la planificación de «un conjunto de relaciones en las que se ocupa una situación dominante a las que hay que extraer rentabilidad y de las que hay que obtener eficiencia».²¹⁶ La forma del trabajo intelectual y manual también ha sido redefinida: el trabajo intelectual «es hoy una tarea de gestión de habilidad financiera y de ahorro de tiempo y recursos. El antiguo trabajador manual queda representado por una miríada de empresas. Trabajadores, subcontratas y subcontratados, proveedores y prestadores de servicios que ejecutan las tareas diseñadas por la firma que ocupa el criterio de la red».²¹⁷

El antropólogo David Graeber nos dice en una de sus obras más difundidas, *Trabajos de mierda*,²¹⁸ que bajo esta generación de mandos intermedios se replican en las empresas relaciones de vasallaje como las feudales, y en las que los puestos más importantes requieren competir con los demás en el número de empleados a su cargo y “seguidores”, siendo así todos “señores y vasallos” a la vez; lo denomina enfeudación o subenfeudación, o feudalismo gerencial.

Graeber apunta a tres causas por las cuales este tipo de trabajos se han venido produciendo con el consentimiento y la aquiescencia de todos: causas individuales (necesidad de empleo y un salario), causas económico-políticas (necesidad de generar empleo, del tipo que sea, y disminuir los niveles de paro) y causas culturales (es decir, que no se considere un problema como tal). En resumidas cuentas, la destrucción de

²¹⁶ Hernández, *Los límites*: p. 107.

²¹⁷ Ibid.

²¹⁸ Graeber, David (2018). *Trabajos de mierda. Una teoría*. Ariel, Barcelona.

empleo generada por la flexibilidad neoliberal y la consolidación programática de una clase accionarial basada en el rentismo financiero, han dado lugar a ineficiencias estructurales dentro del paradigma posfordista neoliberal que, se aseguraba, el mercado, y no la regulación estatal, impediría su surgimiento.

Richard Sennett, en su obra capital *La corrosión del carácter*, denomina al momento del posfordismo como “capitalismo flexible”, que es aquel modelo de producción que pone el acento en la flexibilidad del trabajo, rompiendo con la rigidez de la burocracia y de la rutina; de tal modo que a los trabajadores se les exige un comportamiento ágil, apertura al cambio, asunción de riesgos e independencia de los reglamentos y procedimientos formales. La flexibilidad y lo que a ella va aparejada es la base del lema del posfordismo neoliberal, si bien como acabamos de ver, podríamos decir que en verdad no se trata de una eliminación de la burocratización y la rutina, sino de la sustitución de una burocratización y rutinización por otras.

La aparición de la flexibilidad genera un cambio de paradigma del trabajo: la “carrera”, que antes designaba una continuidad en la actividad laboral de los individuos, hoy es sustituida por la palabra inglesa “job”, *empleo*, que designa una vida laboral de *fragmentos de trabajo*, es decir, de diferentes empleos en diferentes ámbitos. La flexibilidad termina deviniendo en ansiedad existencial ante la imposibilidad de reciclarse o de reciclarse constantemente, un reciclado carente de sentido y significación personal. Trabajar en cualquier trabajo, pero trabajar.

Sin embargo, se asume que la flexibilidad supone un aumento de la libertad al disminuir la opresión del capitalismo, puesto que «al atacar la burocracia rígida y hacer hincapié en el riesgo se afirma que la flexibilidad da a la gente más libertad para moldear su vida».²¹⁹ Pero el nuevo capitalismo flexible del posfordismo neoliberal impone nuevas reglas y coacciones que lo hacen un régimen de poder ilegible.

La génesis del corto plazo y de la necesidad de cambio se debe a lo que Sennett llama un “capital impaciente”, es decir, «al deseo de un rendimiento rápido [...]. El mercado cree que el rendimiento rápido se genera mejor si se instaura un rápido cambio institucional».²²⁰

²¹⁹ Sennett, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona: p. 10.

²²⁰ *Ibid.*: p. 21.

Las empresas han estado eliminando parte de la estructura burocrática pasando de una estructura piramidal a una estructura en redes, más ligeras en la base y, por ello, se redefinen fácilmente y son más flexibles. Las nuevas tecnologías han proporcionado mayor velocidad de comunicación, permitiendo mayor estabilidad en las estructuras en red, y la programación algorítmica, la automatización de tareas rutinarias volviéndolas prácticamente instantáneas. El corolario del cortoplacismo es la *inmediatez*, que se impondrá como modelo organizativo temporal no sólo en el ámbito laboral, sino que se traslada al consumo alimenticio (comida rápida o *fast food*) y posteriormente a la vida cotidiana, en parte debido al surgimiento de servicios de distribución más inmediatos, como las entregas de Amazon al día siguiente o las compras realizadas a través de empresas como Glovo o Uber Eats.

El corto plazo corroe el carácter, por ejemplo, con cuestiones como el compromiso o la lealtad, valores a largo plazo, y termina por afectar a nuestras relaciones sociales, ya sean laborales, amistades o familiares. «La organización a corto plazo de las instituciones modernas limita la posibilidad de que madure la confianza informal [...] [la organización en red] también puede debilitar los vínculos sociales».²²¹ Este paradigma cortoplacista no es más que una estrategia del cálculo económico que, instaurado en el modo de vida cotidiano, instaura una ratio económica en los procesos sociales y relacionales. Toda relación tiene un tiempo de realización que ha de ser, en mayor o menor medida, rápida e instantánea, y al mismo tiempo, sujeta a la contingencia. Bologna lo refiere del siguiente modo:

La filosofía de la empresa es hoy una filosofía financiera, no productiva. Los «industriales» de un tiempo han sido sustituidos por inversores institucionales que ponen en manos de gestores sin prejuicios la rentabilidad a corto plazo del *negocio* para poder volver a vender la empresa después de un cierto periodo. La mentalidad del empresario que quería vincular su nombre con un proyecto social, con un producto o con una serie de productos, que quería crear una cultura empresarial, que quería dejar una señal en el territorio, que pretendía construir algo estable y sólido para el futuro de sus hijos, ha sido sustituido por una mentalidad caracterizada por el tiempo breve²²²

La flexibilidad humana sería la capacidad de adaptación de las personas a las circunstancias cambiantes; hoy en día también es conocido como *resiliencia*. La

²²¹ Ibid.: p. 23.

²²² Bologna, *Crisis*: p. 153.

flexibilidad del nuevo paradigma nos instala hoy en la incertidumbre y la angustia debido a la racionalidad de un cálculo sobre los múltiples fines, según su prioridad, los medios disponibles y sus posibilidades de utilidad futura. Es un mundo indeterminado, lleno de oportunidades y múltiples posibilidades; un mundo estimulante -o mejor, hiperestimulado-; no hay nada predeterminado ni irrevocable, las posibilidades son infinitas, y ninguna debe solidificar, sino mantenerse fluidas. Esta apertura de posibilidades implica una aparente libertad (en contraposición a lo cerrado y sólido fordistas), pero también incertidumbre y ansiedad, que son estados mentales característicos del posfordismo neoliberal.

La incertidumbre se caracteriza por ser una potente fuerza de individualización, es decir, de generar subjetividad, y en la cual todo concepto de “interés común” se desvanece. Esto se debe a que toda ansiedad y aflicción se vive en soledad, sin ser aditivos a una “preocupación general”. Las fuerzas sindicales pierden su anterior efectividad aglutinadora y comunitaria como consecuencia de la desregulación y el avance temporario del trabajo; en última instancia, de la asunción individual de los problemas laborales. Así, la mano de obra se vuelve precaria y transitoria, sin perspectivas de futuro. La política se acomoda a la economía financiera en una suerte de sometimiento a sus deseos y caprichos, casi adelantándose a ellos, creando mejores condiciones para la libre empresa. Esto genera una población indolente, incapaz de imponer una resistencia organizada. La *volatilidad* se convierte en categoría estrella de la ciencia económica, la cual, unida a la categoría de *competitividad*, conforman el nuevo mantra que la empresa moderna debe mantener si quiere ser rentable, innovadora y no estancarse.

Con el cambio del paradigma observamos diferencias en las mitologías que se construyen socialmente en torno al progreso social y existencial de los individuos. Frente al cambio histórico que vendría provocada a través de la promesa del progreso, se la sustituiría por la privatización o individualización de las tareas y responsabilidades del progreso moderno, que antaño recaían sobre el colectivo social. El individuo se convierte en el nuevo elemento de culto, siendo la categoría de sociedad denostada, cuando no se la tacha de inexistente.

El fin de la sociedad se convirtió en la muerte del líder, subproducto necesario para un mundo con aspiraciones hacia la “buena sociedad”. El sociólogo polaco, Zygmunt Bauman, uno de los más importantes sociólogos y pensadores de la modernidad, afirma en su obra seminal *La modernidad líquida* que cada individuo es libre de realizar su propia

vida; y el líder (de la comunidad) es sustituido por el asesor privado. Cada individuo se convierte en responsable de sí mismo y debe olvidarse de inmiscuirse en los asuntos de otros, pues ello sólo le traerá problemas y complicará su vida. Es el “yo” frente al “nosotros”. Sin embargo, este líder que retrata Bauman -que no es más que el líder de masas de la anterior época-, no se elimina, sino que es sustituido. Como vimos en el anterior capítulo, surgen los liderazgos empresariales, empresarios con un fuerte carisma, amplia visión de futuro y mentalidad abierta a la innovación constante. Nuestra época nos ha presentado nuevos líderes como Steve Jobs, Bill Gates, Mark Zuckerberg o Elon Musk, que no son más que la traslación del líder de masas político al líder de masas empresarial. Es asimismo visto como un nuevo modelo de héroe frente al mercado competitivo del cual salen exitosos. La nueva *epicidad* del discurso sobre el sujeto empresario y el éxito.

El posfordismo es comprendido como una acción hacia adelante, hacia el progreso, al mismo tiempo que su anterior idealización y ética del trabajo es sustituida por el nuevo credo del progreso individual y social. El progreso es la confianza del presente en sí mismo: “el tiempo está de nuestra parte” y “somos nosotros quienes hacemos que las cosas sucedan”. Sin embargo, surgen dudas acerca de quién, de qué agente será el encargado de mover el mundo hacia delante, y qué es lo que este agente debería hacer para mejorar el mundo. No hay una idea que guíe nuestro destino como *sociedad*, suponiendo de este modo un programa sociopolítico hacia la catástrofe: cambio climático, crisis energética y escasez de recursos. El progreso ha sufrido también el proceso de individualización: ha sido “desregulado” debido a la diversidad de opciones para mejorar las realidades, así como porque que una novedad signifique una mejora respecto a otra ha quedado librado a la competencia entre diferentes propuestas; y ha sido “privatizado” porque este mejoramiento es una empresa *individual* y no colectiva, en la que cada vez más se ve una lucha del “sálvese quien pueda” en la sociedad. Lo único que importa es el *control de cada individuo sobre su propio presente*, dentro de un mundo de flexibilidad universal que avoca a los individuos a la readaptación permanente y a la competitividad. La función del trabajo era la de otorgar cierto orden dentro del caos social de la modernidad, y del que cada individuo forma parte, poniendo a la especie humana a cargo de su propio destino.

Así, la condición natural del hombre es el trabajo, y la inactividad, una anomalía. Sin embargo, no hay un orden a la totalidad fruto de la flexibilidad e incertidumbre de la época, y por ello no existen planes a futuro, ni individual ni

colectivamente, tan sólo proyectos susceptibles de ser modificables fruto de la contingencia en la que estamos instalados. El principio de flexibilidad que rige esta modernidad dicta que las estrategias y planes de vida sean a corto plazo.

El *trabajo* también se individualiza. La producción y el intercambio, al desconectarse, dio como resultado que la mano de obra trabajadora fuera considerada como una materia prima o como una mercancía, y tratada como tal liberalizó a los trabajadores y su capacidad de trabajo, facilitando su movilidad y traslación hacia otros (y mejores) fines, y re combinados para formar parte de otros (y mejores) planes. Hasta ahora, un trabajador era contratado y remunerado por y acorde a su saber y experiencia, mientras que ahora el empleador evalúa constantemente su trabajo conforme a si alcanza los resultados fijados y previstos. Conforme a este modelo, el empleo no puede ser prefigurado a través de contratos de larga duración, sino temporales de corta duración, y manteniendo al trabajador en una relación de dependencia y sumisión con respecto a su empleador. «La subordinación del asalariado, que simultáneamente hace que su empleo dependa de una decisión de la empresa y su actividad cotidiana de las directrices de la dirección, se mantiene con radicalidad in formulable jurídicamente e inaceptable socialmente».²²³ Como queda justificado, no existe el tan aclamado igualitarismo formal entre empleador y empleado. El individuo autónomamente -y como fuerza individual- no tiene fuerza ni poder contra el empleador para imponer sus condiciones contractuales, como afirma una gran parte de los economistas neoliberales. El mercado de trabajo sólo sirve como dispositivo atomizador que diluye el poder colectivo y sindical, verdaderamente el único agente capaz de pugnar contra el poder empresarial en defensa del trabajador.

El empleador descarga toda su responsabilidad con el trabajador en el propio individuo y en el Estado. La flexibilización y la privatización/individualización son los principios de la empresa neoliberal.

Los nuevos procedimientos de empleo, denominados flexibles, tratan de movilizar a trabajadores educados, capaces de someterse a diferentes tareas, de desplazarse en automóvil de una punta a otra de la región y de plegarse a las constricciones y ritmos propios de cada empresa. [...] la individualización de los empleos significa también la desvinculación del empleador, que no se preocupa ya por organizar la vida de trabajo de

²²³ García López, et. al., *Lo que el trabajo esconde*: p. 198.

sus empleados, sino que abandona a la potencia pública la responsabilidad de mantenerlos durante los períodos de paro, así como de educarlos nuevamente de cara a sus futuros empleo²²⁴

Esto es algo que hemos podido vislumbrar en España durante la crisis del coronavirus de 2020 y 2021, donde el grueso de los salarios de aquellas empresas obligadas a cesar su actividad fue absorbido por el Estado a través de los ERTes, en cuya negociación tanto los sindicatos -defendiendo el pago de los trabajadores- como la patronal -la CEOE, en defensa de sus intereses-, tuvieron un papel relevante en su elaboración para evitar el cierre de las empresas y, con ellos, los despidos masivos.

Así, el trabajo se convierte en un objeto autónomo. Como autónomo, o “falso autónomo”, ha devenido el trabajador, fruto de la desregulación del mercado laboral promovido desde las políticas neoliberales, y que tanto ha beneficiado al gran empresario. La flexibilidad constituida por el modelo posfordista neoliberal de trabajo autónomo genera y expande la percepción de inseguridad e incertidumbre, puesto que el riesgo es explotado por la nueva economía financiera. Esta economía pone en marcha una ideología del trabajo autónomo, el cual *Bifo* Berardi define del siguiente modo:

Podemos definir como autónomo al trabajador que mantiene una relación directa con el mercado, que se dedica a vender directamente el producto de su trabajo a alguien que se lo encarga y que, por tanto, carga sobre sí las funciones económicas y financieras. [...] A diferencia del trabajador asalariado clásico, a quien el empresario debía garantizar una cobertura asistencial, una pensión y vacaciones pagadas, el trabajador autónomo debe hacerse cargo de tal protección, descargando así al capitalista de los costes indirectos del trabajo. Desde el punto de vista cultural, el trabajador autónomo se ve empujado a identificarse psicológicamente con su tarea, a considerar su trabajo como una misión existencial que la sociedad le ha encomendado y a cargar con un logro o un fracaso cuyo significado no es solo económico. La desafección, que en el caso del trabajador asalariado podía manifestarse frente a su trabajo y a su fábrica, resulta así cancelada de raíz, porque el trabajador se ve empujado a actuar como su propio guardián y a considerar el trabajo como el ámbito de confirmación principal de su vida²²⁵

El posfordismo neoliberal, a través del trabajo autónomo, está destruyendo la clase media que sustituiría a la clase obrera. Ello se debe a que gran parte de los nuevos

²²⁴ Ibid.: p. 203.

²²⁵ Berardi “Bifo”, Franco (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Traficantes de sueños, Madrid: p. 74.

autónomos son personas que no encuentran empleo en el mercado de trabajo y buscan salir adelante abriendo su propio negocio. Asimismo, los recursos que se deben emplear para su mantenimiento son altos, ya que los gastos de capital suelen entrar en aumento. Cuando una nueva crisis acontece, la economía de las microempresas es la primera que lo nota, desapareciendo todo el tejido de empresas locales, llevándolos a la indigencia, y posteriormente el tejido de microempresas local es sustituido por establecimientos franquiciados.

El pacto social implícito que los trabajadores autónomos han suscrito con el sistema posfordista (desregulación del trabajo a cambio de seguridad en el valor de la moneda) se apoya sobre bases cada vez más frágiles. Los trabajadores por cuenta propia pueden favorecer las políticas de reducción de la inflación, es decir, de protección de su liquidez, mientras que esto se vea correspondido con una garantía de *status* social «de clase media». Pero cuando las cuentas de una microempresa ya no permiten la conservación de este *soziale Geltung* (prestigio social) y la renta que el trabajador autónomo puede gastar toca los mínimos de la supervivencia, el pacto entra en crisis²²⁶

El autónomo se encuentra permanentemente en el mercado de trabajo, puesto que cuando termina un encargo debe esperar al siguiente para obtener algún ingreso. Ello restringe su supuesta y *aparente* libertad y autonomía, ya que no dejan de ser en todo momento “esclavos del mercado”, en pugna y competencia constante por mantener su ventaja competitiva o por obtenerla. Para conseguir una cierta rentabilidad en la microempresa, se debe trabajar cada vez más y más tiempo. Los falsos mitos con respecto al descanso y las vacaciones sólo se lo pueden permitir aquellas con fuertes beneficios y una ventaja competitiva a prueba de contingencias.

A inicios del siglo XXI, la percepción de riesgo del trabajador autónomo es mayor que la del siglo anterior. La crisis de las *.com*, el riesgo terrorista y las características propias de la *modernidad líquida* baumaniana (incertidumbre, aceleración y contingencia), sumen a estos sujetos en la *sociedad del riesgo* de Ulrich Beck como *habitus* permanente.

A diferencia del obrero cuya representación de sus intereses se enmarca a través de la colectivización y los sindicatos, los autónomos son islas atomizadas y dispersas entre sí. No pueden sindicarse y deben defender sus intereses individualmente. En la

²²⁶ Bologna, *Crisis*: p. 82.

práctica, son un colectivo débil para defender sus intereses. Ello es también un signo de los tiempos y de los paradigmas laborales. Mientras que la sindicalización y la colectivización trataban de establecer seguridad y reducir la incertidumbre, el nuevo modelo elimina seguridad para favorecer una incertidumbre de la cual se generan mayores beneficios -auge de los servicios privatizados y de los negocios de aseguradoras, empresas de vigilancia y alarmas en el hogar, la telemedicina.

Por último, me gustaría destacar de manera más centrada el importante y pionero estudio de Richard Sennett sobre cómo las transformaciones producidas en el cambio de paradigma generaron una transformación de la subjetividad, y los efectos patológicos que se producían tanto en la mente como en el espíritu de las comunidades sociales establecidas en el periodo fordista, a través de su obra *La corrosión del carácter*. Así, con el cambio de sistema de producción, se produjo un cambio en la concepción del tiempo. En la primera modernidad, el tiempo era lineal y “acumulativo”, generando un armazón de seguridad y *estabilidad*, en una época donde todo acontecimiento era, en mayor o menor medida, predecible y previsible. El tiempo se acumulaba como experiencia de un sujeto que le proporcionaba un relato de sí y lo convertía en autor de su vida. Eran “esclavos del tiempo”, dirá Sennett.²²⁷ Las amistades suponen una férrea comunidad estable, dotando a los individuos de un espacio de valores, seguridad y calidad de vida.

En el nuevo paradigma de la temporalidad flexible, se prepara a los individuos desde el colegio a una vida contingente. La mujer entra en el mercado laboral, lo cual afecta a la unidad familiar tradicionalmente entendida, sobre todo si hay niños. Se instala la incertidumbre en el ámbito laboral, que termina trasladándose al resto de aspectos de la vida. Se crea inseguridad y ansiedad al temer perder el control de la propia vida. En algunos casos, este miedo se identifica con el manejo del tiempo. Como autónomos, los sujetos dependen de aquellos para quienes trabajan, sus deseos, su disponibilidad; como directivo o encargado de un grupo de trabajo, es necesaria una cierta burocratización y disciplina. Los lazos comunitarios se vuelven más frágiles, se pierden amistades debido a los cambios de vivienda -si bien Internet ha paliado esto actualmente y permite mantener algunas amistades, aunque sea de manera *online*-, y así también se sustituye la antigua y férrea comunidad. Por otro lado, hay una escisión producida por la corrosión del carácter

²²⁷ Sennett, *La corrosión*: p. 16.

que diluye los aspectos y reglas éticas con la vida interior de los sujetos, pues, como observa Sennett, «Las cualidades del buen trabajo no son las cualidades del buen carácter».²²⁸

Actualmente, la rutina, la burocracia y el gobierno son conceptos cargados de negatividad para nuestras sociedades, sin embargo, en el siglo XVIII, el filósofo de la Ilustración, Denis Diderot ensalzaba a la rutina como una especie de memorización; posteriormente, el economista del liberalismo clásico, Adam Smith, en su obra *La riqueza de las naciones*, escribiría sobre el carácter negativo de la rutina, como un elemento embrutecedor dentro de las sociedades. Smith consideraba que la libre circulación de dinero, bienes y trabajo conduciría a una mayor especialización con el crecimiento del mercado libre y el comercio. La rutina, necesaria para que se despliegue la especialización, hace del tiempo de trabajo en la fábrica un tiempo aburrido que amenaza con la autodestrucción mental de los trabajadores. Sin embargo, la *rutina* fue la base sobre la que se edificó la primera modernidad y el *fordismo*, con una fuerte burocratización denominada por Daniel Bell, importante sociólogo norteamericano, como “racionalidad de ingeniería”. En la rutina, no obstante, se encuentran elementos positivos para los individuos, ya que puede proteger ante la inseguridad producida por la incertidumbre contemporánea, o para “componer” un relato vital.

En EE. UU., la clase social tiene que ver con una estimación del yo y las circunstancias: «la clase tiende a interpretarse como una cuestión de carácter personal», dice Sennett. El trabajo también estaba vinculado a la personalidad y, asimismo, con la comunidad. Los colectivos sindicales, cooperativas o corporaciones, influenciaban y suponían una cierta seguridad y estabilidad laboral, así como los valores producidos por una conciencia de clase fuerte establecían lazos de solidaridad y cooperación entre los trabajadores.

Con el posfordismo, la jornada laboral ha dejado de ser a tiempo completo en la mayoría de los casos, siendo hoy a tiempo parcial. Los sindicatos han perdido fuerza y eficacia, así como la estabilidad y la seguridad que generaban socialmente en los trabajos más vulnerables, o los lazos de solidaridad entre los empleados. Sí se ha ganado en eficiencia y en promoción sin atender al sexo o a la raza. El trabajo ha dejado de estar ligado a la comunidad, siendo más bien un componente para escapar de la comunidad de

²²⁸ Ibid.: p. 20.

nuestros padres (en el caso de entender que se trata de una procedencia demasiado humilde, en busca de barrios o provincias con mejor estatus social).

Pero para Sennett estos no son los cambios más sustanciales que el nuevo paradigma ha generado. La diferencia radical del trabajo en ambas épocas radica en que antes, en peores condiciones, la *estima personal y laboral* eran mayores que en la actualidad, que a pesar de la flexibilidad laboral y de las mejores condiciones, se tiene una *conciencia de degradación personal y laboral*. En algunos casos, el trabajo resulta confuso, ilegible, al no comprender los instrumentos con los que se desempeñan, o, como veremos más adelante con la obra de David Graeber, simplemente son trabajos que no aportan nada ni tienen significado por sí mismos, ni dotan de significado personal a los individuos. La identidad como trabajador, así, se torna frágil.

«Un lugar se vuelve comunidad cuando la gente utiliza el pronombre “nosotros”», dice Sennett. Hoy, más bien su uso es defensivo e incluso es visto desde cierta tradición de izquierda con un matiz peligroso, pues genera dualidades, rechazo de comunidades distintas en busca de una homogenización étnica o cultural, y por ende, termina por provocar la distinción amigo-enemigo. Apunta a un deseo de refugio en tiempos de incertidumbre, vulnerabilidad, riesgo e inseguridad. El vínculo social surge de la sensación de dependencia mutua, mientras que en nuestra sociedad la palabra “dependencia” tiene connotaciones negativas. La dependencia social de algunos individuos podría significar la existencia de un yo débil dependiente de otro fuerte e independiente, una dicotomía absurda, pero que se encuentra en el pensamiento de las sociedades contemporáneas. Ello conlleva a una falta de confianza en uno mismo, por lo que considero fruto del imperativo a la flexibilidad y de la cultura del riesgo, vinculado a la individualización de la competitividad social. Unos vínculos fuertes requieren de un verdadero compromiso por las partes implicadas, replica Sennett.

Lo que hemos visto a lo largo de todo este punto es el fin de un modelo, con sus defectos y sus virtudes, y el comienzo de uno nuevo que, como veremos a partir de este momento, significará una serie de pérdidas para los trabajadores que se agudizarán cuando golpee la crisis de 2008.

Insistiré una vez más en que no considero el posfordismo un modelo que ha traído por sí mismo todo cuanto se ha descrito y se está por describir en los siguientes puntos.

El posfordismo tal y como lo conocemos tiene un apellido: *neoliberal*. Que el desarrollo del posfordismo haya ido paralelo al desarrollo y a la instauración del régimen gubernamental neoliberal, vincula estrechamente los peores efectos de éste último con el nuevo paradigma laboral. Cabría preguntarse si, bajo un neokeynesianismo, los peores efectos del posfordismo neoliberal podrían revertirse. Quizá sea un estadio que está por ver, siempre y cuando el régimen gubernamental neoliberal fuese abandonado, primero, por las instituciones políticas y económicas internacionales, después, por los individuos. Mientras tanto, lo que nos queda del posfordismo neoliberalmente entendido es un mundo donde se instala la precariedad en todos los estratos de trabajo público y alrededor del empleo privado en el sector servicios; un mundo donde la desigualdad aumenta con el aumento de la riqueza de los más ricos, disminuyendo la de las clases más vulnerables, comprobándose el carácter extractista de la economía financiera; y donde los derechos laborales, pero también los más básicos del ciudadano, como la libertad de expresión, el derecho a la manifestación y a la huelga, comienzan a retroceder ostensiblemente cada vez más, sin verse una salida a la deriva en que las democracias liberales, llevando a cabo el programa neoliberal, han entrado.

2.1.2. Precariedad neoliberal. Pobreza y disminución de derechos

2.1.2.1. La crisis del valor y la devaluación del trabajo

Hasta ahora, he estado investigando lo que caracteriza el paso del fordismo keynesiano al posfordismo neoliberal. El objeto a investigar ahora tiene que ver, sobre todo, con la evolución de los derechos laborales después de la crisis de 2008, el aumento de la precariedad y de la desigualdad social.

Ya hemos observado cómo el programa neoliberal llevado a cabo con Reagan y Thatcher tuvo un fuerte impacto en la fuerza colectiva de los EE.UU. y Reino Unido. La derecha neoliberal y conservadora ha actuado políticamente en contra de los derechos de los trabajadores y en favor de las empresas. En cierto sentido, la izquierda socialdemócrata, prosistema y promercado, ha llevado a cabo políticas neoliberales también, como vimos con los artículos Nancy Fraser y William Davies en el primer capítulo de este trabajo, siendo significativas las presidencias de los demócratas Bill

Clinton y Barack Obama.²²⁹ En Europa, los gobiernos de partidos socialdemócratas tomarían la misma senda que la trazada por los estadounidenses durante finales del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI.

En definitiva, la *precariedad* es la pandemia que nos ha dejado el neoliberalismo. Menos empleo, de peor calidad y con peores condiciones y sueldos. Ello redundaría en el descontento social, pues las poblaciones se ven abandonadas a su suerte, que suele ser la del pluriempleo, la aceptación de pagos en B, trabajar horas extra no remuneradas, y otras tantas condiciones por llevar un sueldo, el que sea, a casa.

Veremos en este punto cómo el posfordismo neoliberal ha dado lugar a un doble sistema económico, el de la economía productiva, la economía real de las familias, y el de la economía financiera, de carácter extractivista, que expropia los beneficios de las grandes empresas a través de los pagos de dividendos accionariales, o mediante la especulación de vivienda, alimentación u otros bienes. Ello ha conllevado la reducción de los sueldos: abaratar costes para poder obtener más beneficios, unos beneficios que a cada año es más difícil no sólo mantenerlos, sino aumentarlos (generar siempre más valor, es la lógica de la valorización del valor capitalista: el crecimiento de capital perpetuo). Regidos por ellos, por el reparto y la acumulación del nuevo capital crediticio especulativo y rentista, la economía real debe decrecer. Ello, como veremos, lleva a un punto muerto: sin economía productiva no puede haber economía financiera. Es la paradoja de nuestros días.

Con la crisis del keynesianismo, se ideó una nueva economía para un nuevo modelo de producción y, por lo tanto, de un nuevo modelo laboral. El nuevo paradigma que se diseña busca reemplazar aquello que había de rígido del anterior modelo laboral, y para ello debe *flexibilizarse*, aunque ello signifique que se deba perder *seguridad* para la clase más vulnerable: la clase trabajadora. Esta pérdida de seguridad se traduce en el plano económico como una mayor *volatilidad*, y en el plano de los derechos de los trabajadores, en *mayor precariedad y menores sueldos*. Mientras que, como explica Berardi “Bifo”, algunos economistas críticos con el nuevo modelo conciben la nueva

²²⁹ Davies, William (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101. (pp. 129-143). Fraser, Nancy (2017). *El fin del neoliberalismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.

economía -basada en las nuevas tecnologías- como inestable y proclive a crisis, los *gurús* de ésta la conciben positivamente como flexible y deseable:

El carácter fractal del mercado, su conexión en red y su penetración en la vida cotidiana, en los hábitos masivos de los inversores no profesionales constituye, es cierto, un elemento de relativa inestabilidad del mercado de acciones. Pero al mismo tiempo funciona como estabilizador a medio y largo plazo²³⁰

El capital en el orden de la economía de las finanzas y la alta tecnología, ha mutado. El valor del capital no está en la utilidad del producto, sino en su capacidad para producir valor, su rentabilidad. En el mundo de la hiperrealidad de Baudrillard, descrito en su obra *Cultura y simulacro*, escrita en la segunda mitad del siglo XX, donde lo real es sustituido valorativamente por su imagen simbólica, su simulacro, la economía, que deja de ser realista, se autonomiza de los fines, y estará ahora regido por el código, por su simulacro, que será lo financiero.²³¹ Se autonomiza de la producción real, del fin del valor de uso y del fin de la valorización.

Lo que acontecerá entonces en el plano político es de sobra conocido y ya lo hemos descrito. Los bienes de servicio público se privatizaron con la excusa de disminuir gastos y de que hay servicios que son gestionados de manera óptima por el sector privado. Sin embargo, tras este discurso se esconde en realidad el interés de los inversores por hacerse con el control de las empresas públicas con una posición dominante en el mercado y sus suculentos beneficios.²³² Esto provocó una mayor concentración de la riqueza y del capital, generando empresas especialmente grandes, con una gran cuota de mercado y capaces de imponer sus condiciones.

Considero, apoyado en las ideas de Esteban Hernández, que en la cultura encontramos las lógicas que ponen en marcha el funcionamiento económico y que reproducirán en las prácticas sociales los individuos. Asimismo, es relevante el análisis de dichas lógicas porque a través de ello podemos anticipar nuevos modelos de negocio,

²³⁰ Berardi, *La fábrica*: p. 110.

²³¹ Baudrillard, Jean (1978). *Cultura y simulacro*. Kairos, Argentina.

²³² Como veremos con David Graeber más adelante, que el sector privado gestione mejor que las instituciones públicas los recursos públicos es una falacia que, de cumplirse, se hará en mayor o menor medida dependiendo de los gestores. Esto se aplica del mismo modo con aquellos que consideran que los servicios públicos se gestionan mejor desde el sector público. Como también veremos, no hay garantías al 100%, pero allí donde se puede establecer una administración verdaderamente democrática (transparente y controlada por la sociedad civil), es donde podremos corroborar que hay una administración verdaderamente centrada en los problemas de la ciudadanía.

cómo se está estructurando la sociedad, la devaluación de la mano de obra convertida en mercancía, y hacia dónde se dirigen las nuevas empresas.

La normatividad neoliberal se expandió a grandes capas de la sociedad gracias a la liberalización financiera y a la mundialización y desarrollo de la tecnología, lo que contribuyó al auge del capitalismo financiero, como explican Laval y Dardot:

Un mercado único de los capitales se instaure a través de una serie de reformas de la legislación, las significativas de las cuales han sido la liberalización completa de los cambios, la privatización del sector bancario, la liberalización de los mercados financieros y, a nivel regional, la creación de la moneda única europea. Esta liberalización política de las finanzas se basa en una necesidad de financiamiento de la deuda pública que se satisfará recurriendo a los inversores internacionales. En la teoría, está justificada por la superioridad de la competencia entre actores financieros sobre la administración del crédito en lo que se refiere a la financiación de las empresas, las familias y los Estados endeudados²³³

El mercado financiero ha impuesto una nueva lógica: la de la creación de valor accionarial, que determina los comportamientos de las empresas, donde dirigentes y trabajadores se mueven para maximizar el beneficio de los accionistas: «El mercado financiero ha quedado así constituido como un agente disciplinador para todos los actores de la empresa, desde el dirigente hasta el asalariado de base: todos deben estar sometidos al principio de accountability, o sea, la necesidad de “rendir cuentas” y ser evaluados en función de los resultados obtenidos». ²³⁴ Asimismo, los sujetos se constituían como capital humano, capital que se debe revalorizar constantemente para ser digno de crédito. El capitalismo financiero tal y como lo conocemos en la actualidad es hijo de la lógica neoliberal nacida en la escuela económica de Chicago, cuyo máximo exponente sobre esta cuestión es Milton Friedman.

La creación de capital ficticio y la instauración del modelo económico financiero a nivel global, ha transformado todo el ecosistema económico, tanto de las empresas como de los Estados, así como sus formas de acción. La economía financiera ha dado origen a nuevas lógicas, como la del valor accionarial. Los fondos de inversión, describe

²³³ Laval y Dardot, *La razón*: p. 200.

²³⁴ *Ibid.*: p. 201.

Hernández, tienden a invertir en acciones puesto que son fáciles de mover atendiendo a su rentabilidad:

Las compañías compiten por atraerlos [a los fondos de inversión], porque si generan el interés suficiente sus acciones subirán, los bonos de los directivos aumentarán y las firmas tendrán más facilidades para financiarse, la cual los obliga a ofrecer tasas de garantía sugerentes. Las empresas, en consecuencia, se orientan hacia su cotización en bolsa mucho más que hacia su buen financiamiento cotidiano o sostenibilidad a medio plazo. [...] Las lógicas que los accionistas precisan para alcanzar sus objetivos se alejan de la operativa cotidiana y de las necesidades reales de la firma y dirigen hacia un contexto en el que el directivo no debe hacer lo mejor para la empresa, sino lo más propicio para que suba en bolsa y los inversores queden satisfechos y no lo abandonen²³⁵

La economía financiera no busca aumentar la producción de las empresas o que vendan más mercancías, sino que convierte a las empresas en una mercancía en sí misma. Al accionista no le importa ninguna otra cosa que no sea el retorno de la inversión. Y para ello pondrá en marcha todas las estrategias empresariales que sean necesarias, ya sea reduciendo costes por medio de despidos -como se pudo ver masivamente durante la crisis económica mundial de 2008, contratándose incluso a directivos reconocidos por su dureza y éxito para acometer las directrices de despidos y reducción de gastos-, externalización de la empresa o materias primas más baratas y de menor calidad.

Como he podido mostrar, el mundo de hoy genera dos tipos de sujetos: el emprendedor-innovador y el trabajador-disciplinado.²³⁶ Sujetos que deben hacerse cargo de su propia seguridad, responsables de sí mismos, como dicta la normatividad neoliberal. En el primero de los casos, al exigirse una constante flexibilidad e incertidumbre, el riesgo siempre es mayor. En el segundo, el sujeto estará exigido a mantener el nivel de productividad y rendimiento, cuando no a aumentarlo, poniendo en riesgo si es necesario su integridad física o mental. Es de este modo que la sociedad deviene en sociedad del riesgo, generando discursos de poder por los cuales

El “riesgo” inherente a la existencia individual y colectiva tenderá a hacer pensar que los dispositivos del Estado social son profundamente perjudiciales para la creatividad, la

²³⁵ Hernández, *Los límites*: pp. 74-75.

²³⁶ «En el mundo financiero todo circula, pues, en torno a las expectativas, ya sea de generación de beneficios o de reducción de costes. Son dos formas de excitar el deseo cuyas metáforas se encarnan en dos figuras muy habituales en nuestro tiempo: la del ganador sofisticado (innovador, rupturista, avanzado) y la de quien se somete a una disciplina estricta y a un esfuerzo prolongado para que los resultados se hagan evidentes en su cuerpo» Hernández, *Los límites*: p. 89.

innovación, la relación de sí. Si cada uno es el único responsable de su destino, la sociedad no le debe nada; pero por otra parte, él debe someterse a pruebas para merecer las condiciones de su existencia. La vida es una perpetua gestión de los riesgos que reclama una rigurosa abstención de las prácticas peligrosas, el control permanente de sí, una regulación de los propios comportamientos que mezcla ascetismo con flexibilidad²³⁷

Asimismo, se producirá una desvalorización del trabajo que redundará con una devaluación de los salarios para el trabajador asalariado, de tal modo que una masa importante de población trabajadora buscará mayores ingresos a través del trabajo autónomo, ya sea por propia iniciativa o empujados por el sistema a ello.

Con la lectura marxista sobre el neoliberalismo del anterior capítulo²³⁸ ya he mostrado fundamentalmente cuáles son los problemas que han derivado en una crisis del valor y en una devaluación del trabajo en nuestra época. Hasta tal punto ocurre esto que se han generado dos economías: por un lado, la *economía financiera*, la de aquellos que viven de las rentas que les producen pingües beneficios con inmuebles y bienes para especular o acciones en empresas, comisiones, etc; y la *economía real*, más basada en la economía productiva, denominada así al tratarse de aquella economía aterrizada en el suelo de la economía ciudadana. La economía real es hoy aún importante, y si bien la economía financiera se ha autonomizado, en cierto modo, de ella, ambas siguen estando ligadas entre sí. Como he dejado constancia con anterioridad, la economía financiera existe gracias a la economía real, a la cual parasita, motivo por lo que ésta se encuentra en grave deterioro (a la disminución de los salarios provocada por la parasitación de los beneficios que absorbe la clase accionista, se suma la especulación de la vivienda con el aumento de los alquileres o de los precios de venta, la especulación con la comida, con la energía, con las materias primas, etc.). La especulación de la economía financiera está disminuyendo, progresivamente, la capacidad adquisitiva de la clase trabajadora, que es el resto de la población que no puede vivir de las rentas, la mayoría.

El gran desarrollo que ha venido con el posfordismo neoliberal es el desarrollo tecnológico que, en el ámbito laboral, ha roto todos los paradigmas y pronósticos que desde los años del fordismo muchos intelectuales habían afirmado. Pronósticos que, por

²³⁷ Laval y Dardot, *La razón*: p. 217.

²³⁸ Cfr. 1.1.1.

otro lado, muchas personas creyeron, como que permitiría realizar menos trabajo y proporcionar mayores sueldos debido al aumento de la productividad. En definitiva, todos seríamos más ricos trabajando menos. Veamos qué fue lo que sucedió.

Mientras que Keynes pronosticaba, en 1930, que el desarrollo tecnológico permitiría jornadas laborales semanales de 15 horas, hoy podemos afirmar que esto no sólo no se ha cumplido, sino que el desarrollo tecnológico ha servido para trabajar más horas y aumentar aún más los tiempos de producción y trabajo. A causa de ello, se han generado en nuestra época trabajos inútiles, o trabajos de mierda. Los trabajos productivos se han automatizado, provocando menores tasas de empleo en dichos sectores, mientras que los puestos administrativos han aumentado considerablemente -y el riesgo de futuro a corto plazo es que sean trabajos sustituidos por el desarrollo de la Inteligencia Artificial y de algoritmos. El aumento del alcance de este problema no es tanto económico como moral y político. La dinámica moral de nuestra propia economía la describe Graeber en el siguiente párrafo:

Una vez, pensando en el incremento en apariencia interminable de las tareas administrativas dentro de los departamentos académicos británicos, me vino a la mente una posible visión del infierno: un montón de individuos que pasan la mayor parte de su tiempo haciendo tareas que no les gustan y en las que no se desenvuelven especialmente bien. Digamos, por ejemplo, que fueron contratados por ser excelentes ebanistas, y entonces descubrieron que se esperaba que pasaran gran parte del tiempo friendo pescado. En realidad, la tarea es innecesaria (o, al menos, sólo existe una cantidad muy limitada de pescado para freír), pero de alguna manera todos están tan obsesionados por el resentimiento que les produce pensar que algunos de sus colegas pueden estar pasando más tiempo que ellos trabajando la madera y escaqueándose de sus responsabilidades en la fritura que en poco tiempo se forman interminables pilas de pescado mal cocinado y que no sirve para nada amontonándose por todas partes, y esto es en realidad todo lo que se hace²³⁹

Este extracto define la ética de trabajo que se expande en nuestros días. Pero no sólo, sino que también describe la precariedad moral, económica e intelectual en la que se trabaja. No sólo es trabajar en un puesto de trabajo inútil, que no gusta ni produce realización personal alguna. El resultado suele ser el de desgaste mental y sufrimiento psicológico, no sólo por el trabajo sino por las condiciones materiales y de existencia.

²³⁹ Graeber, David (2018). *Trabajos de mierda. Una teoría*. Ariel, Barcelona pp. 15-16.

Respecto de la producción de trabajos inútiles, Graeber apunta como culpables a las élites empresariales y económicas: «¿qué clase de sociedad tenemos que genera una demanda tan reducida de poetas y músicos con talento y tan aparentemente ilimitada de especialistas en derecho corporativo? (Respuesta: si el 1 por ciento de la población controla la mayor parte de riqueza disponible, lo que llamamos «el mercado» sólo refleja lo que ellos, y nadie más, juzga útil e importante)».²⁴⁰ La sensación de tener un empleo inútil que no aporta nada a nadie genera violencia psicológica y resentimientos (por ejemplo, contra trabajos de funcionarios como profesores o enfermeros, a los cuales se critica la comodidad de saberse con un empleo de por vida, un número de semanas de vacaciones más que deseable para el resto, y otros beneficios menos materiales como el saberse socialmente necesarios). Los trabajos socialmente necesarios son aquellos que si desaparecieran o entrasen en huelga se paralizaría todo.²⁴¹

Hay una importante distinción aquí sobre lo que Graeber denomina trabajo de mierda y lo que podríamos llamar trabajo basura. Sobre el primero, se refiere a «aquellos que están compuestos por tareas que la propia persona encargada de llevarlos a cabo considera carentes de sentido, innecesarias e incluso perniciosas; trabajos que podrían desaparecer sin que nadie notara la más mínima diferencia; y, sobre todo, son esos que los propios trabajadores piensan que no deberían existir»,²⁴² y además, lo cual genera también mucho sufrimiento psicológico, que se ven obligados a fingir que no es así. Los *trabajos basura*, por el contrario, son útiles, aunque ingratos y mal pagados. Son los trabajos precarizados o también *feminizados*, aquellos que, aunque esenciales para el devenir social y productivo, han sido vinculados con un bajo estatus social y relegados asimismo en la escala salarial.

El problema de la pérdida de valor del trabajo está íntimamente relacionado con este tipo de trabajos. A medida que el progreso social y tecnológico se asentaban y se establecían, los salarios, con la llegada de la crisis de 2008, se estancaron y disminuyeron, eliminando costos para las empresas, al mismo tiempo que proliferaban este tipo de

²⁴⁰ Ibid.: pp. 16-17.

²⁴¹ Esto es algo que hemos podido observar mundialmente durante el confinamiento total de 2020 en la crisis del Covid19. Los brokers de bolsa, los accionistas, los rentistas, todos ellos quedaron relegados a “parásitos sociales” sin importancia, mientras que profesionales del transporte, profesionales de la salud, de la limpieza, cajeras de supermercados o camioneros salían a trabajar para hacernos los meses de total cese de actividad nos fuera más cómoda y posible. Una vez el mundo ha vuelto a la normalidad, los trabajos esenciales siguen siendo precarios y mal vistos como de bajo estatus, y el poder económico sigue su camino con mayor grado de concentración de la riqueza que antes del inicio de la pandemia de 2020.

²⁴² Ibid.: p. 32.

trabajos ineficientes para el sistema. Una paradoja, cuanto menos, pero que tiene su relación con una clase empresarial desligada de la economía real. Graeber advierte sobre cómo el paradigma laboral está mutando, expandiéndose los trabajos de mierda, lastrando de este modo a ámbitos sociales y económicos:

Hay razones de peso para pensar que el número total de trabajos de mierda, y lo que es peor, que el porcentaje del conjunto de trabajos así considerados por las personas que los ocupan, se ha incrementado con rapidez durante los últimos años, al mismo tiempo que lo hacía la «mierdificación» de las formas de empleo que sí son útiles. En otras palabras, éste no es sólo un libro sobre un aspecto del mundo del trabajo hasta ahora ignorado, sino sobre un problema social muy real: las economías de todo el mundo se están convirtiendo a marchas forzadas en enormes fábricas de producción de sinsentido²⁴³

Entre quienes tienen trabajos de mierda y quienes tienen trabajos útiles hay un doble resentimiento: uno, entre ellos, pues unos tienen mejor sueldo que los otros, y los otros tienen trabajos más útiles que unos; dos, con los políticos, ente *corrupto* que fomenta estos desequilibrios laborales. Se genera así el fenómeno de la “envidia moral”, la cual define como «la envidia y resentimiento dirigidos hacia otra persona no porque ésta sea rica, tenga talento o sea afortunado, sino porque su comportamiento se basa en unos valores morales que se consideran más elevados que los de quien la envidia».²⁴⁴

La existencia de trabajos inútiles implica también derribar el dogma de que el mercado es un espacio o entidad infalible, que se autorregula y elimina por sí mismo sus elementos ineficientes. Este mantra neoliberal queda, de manera repetida, refutado. Y como veremos más veces a lo largo de este trabajo, se trata de algo recurrente con muchos de los dogmas neoliberales.

Pero los trabajos de mierda no son el único fenómeno observable en el ámbito laboral sobre el problema de la devaluación del trabajo y la crisis del valor. Remedios Zafra escribió en 2017 *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, obra que nos sitúa dentro de un ejemplo que es el opuesto al descrito por el recientemente desaparecido Graeber. Cuando son los empleadores quienes explotan trabajos humanísticos y artísticos con los que sus creadores de contenido se sienten realizados, y

²⁴³ Ibid.: pp. 199-200.

²⁴⁴ Ibid.: p. 327.

aprovechándose de su entusiasmo, precarizan su trabajo, su sueldo, ofreciéndoles visualización profesional a través de sus redes sociales y mediáticas en vez de un salario.

Existe un tipo de trabajo creativo que emplea el deseo o entusiasmo del propio trabajador para “adelgazar” los salarios. Estos trabajadores ven cómo su estado emocional y el deseo de realizar un trabajo soñado se convierte en instrumento para el chantaje: aceptar la precariedad. Su entusiasmo se aprovecha para obtener un rendimiento productivo a cambio de pagos simbólicos o de “esperanza de vida pospuesta”.²⁴⁵ El entusiasmo del trabajador es empleado, así, para la explotación laboral, donde el “pago” a veces es su aumento de experiencia o una mayor visibilidad social, o meramente una escasa remuneración.

Para Zafra, habría dos tipos de entusiasmo: el primero sería aquel que sostiene el aparato productivo, y que se aprovecha por la pasión intelectual y creadora de los propios sujetos entusiastas; y la segunda forma, más contemporánea, surgiría como “apariencia”, un sucedáneo de entusiasmo que sólo sirve para la producción incesante, y que se trata de un entusiasmo inducido al servicio del capital. Un entusiasmo que basa la actividad de los individuos en estrategias de motivación a costa de mantener la “ansiedad productiva” de aquellos movidos a estar siempre con su tiempo ocupado en proyectos.

El trabajo creador o creativo está preñado de prejuicios culturalmente heredados, como aquel dicho de “el arte por el arte”. La precariedad del mundo creativo ha sido históricamente tal que sólo han podido dedicarse a él personas con cierto colchón económico y material. El mundo creativo, por tanto, siempre ha enfrentado el dinero y el saber, pero «nunca una creación se hace aislada del mundo material. Toda creación siempre es atravesada por las cosas cotidianas de la vida: el trabajo, el dinero, los espacios que habitamos, nuestros cuerpos y deseos, esa maldita preocupación».²⁴⁶

Género y pobreza operan como categorías clave en la desigualdad laboral y en la precariedad de las sociedades contemporáneas. El trabajador del mundo creativo dispone, en ocasiones de becas para su formación y sustento; sin embargo, Zafra encuentra tres problemas a objetar sobre ello: la primera es el mantenimiento de un estado de precariedad permanente, la segunda es la excesiva burocratización y la necesidad de

²⁴⁵ Cfr. Zafra, Remedios (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Anagrama, Barcelona: p. 14.

²⁴⁶ *Ibid.*: p. 19.

justificar cualquier gasto, y la tercera se trata de las nuevas formas de creación de valor en Internet y la búsqueda no de la calidad, sino del aumento del número de seguidores y de influencia.

Zafra considera que la pasión, el deseo e incluso la fe, son estados del ánimo que llevan a la movilización. El entusiasmo del sujeto creador lo que hace es activar el deseo creador, una movilización interna “poco exigente” para su realización. Este entusiasmo íntimo requiere de espacio y tiempo, y transforma la pauta temporal, aumentando la lentitud y su percepción temporal. Históricamente, el entusiasmo íntimo se ha vinculado a la inspiración divina o al éxtasis.

Sin embargo, el entusiasmo de nuestros días es un entusiasmo inducido, fruto de la lógica capitalista de la creación de valor constante dentro de un mercado libre y competitivo: «un “entusiasmo inducido”, alimentado por la cultura (y por las lógicas) de mercado. Resultado de un mundo competitivo movido por la primacía del capital, desde la precariedad se derrama y extiende».²⁴⁷ Este entusiasmo se vincula estrechamente en su articulación con el pensamiento positivo. Esto es, laboralmente es preferible exagerar el interés y el júbilo por el trabajo, mostrarte dócil y servicial a la empresa. Se convierte en una herramienta de docilidad, pero también del aumento de la velocidad de producción y de velar los conflictos surgidos por la aceleración y la precariedad, es decir, cerrar los ojos ante las condiciones laborales y la pérdida de derechos. Son las nuevas cadenas mentales para atarnos a una explotación contemporánea que aprovecha la necesidad social de un trabajo y su devaluación para abaratar costes y, así, expandir la precariedad.

Bajo este entusiasmo, algunos modos de buscar una salida es el uso del nombre propio como marca personal en redes sociales. Es la realización última de la transformación del sujeto en capital humano:

[...] ”marcas” de sí mismos, nuevos productos a la venta bajo una nueva lógica que transgrede las viejas formas de identidad; modalidades empresariales que buscan maximizar el valor de mercado del “sujeto como marca”. [...] [Este] sujeto como marca, como capital humano, no deja de ser, en última instancia, sujeto como producto, como mercancía. Al producirse esta en la sociedad red, un modo de pago puede ser la “visualización”, es decir, ofrecer facilidades para mostrarte al público. No deja de ser un

²⁴⁷ Ibid.: p. 31.

modo de expandir la precariedad y la pobreza. El pago remunerado ha de ser visto como una “inversión futura”²⁴⁸

Esto es fruto también del exceso productivo, producido por las tecnologías digitales. Por ello, todo es proclive de ser cuantificado para saber qué es tendencia o qué lo puede ser.

Y es que Internet ha roto las clásicas estructuras de la creatividad y empleabilidad recreativa. Lo amateur puede profesionalizarse, y viceversa. «Si antes de Internet “unos pocos escribían o creaban para muchos”, hoy sin embargo “todos escribimos y creamos para todos”». ²⁴⁹ La creatividad hoy vive de audiencias e influencias, del arrastre de masa social de las redes. El entusiasmado busca que aquello que es afición devenga en profesión. Sin embargo, lo que se produce es precisamente lo contrario, que el empleo, la profesión de un profesional con experiencia, una carrera y conocimientos, deviene en afición. Así, el empleo se precariza. El trabajo precario se “feminiza”, de modo que la mitología contemporánea nos muestra cómo ellos suelen ser los protagonistas de las historias míticas del hombre hecho a sí mismo que consiguen crear una empresa multimillonaria desde cero, héroe frente al campo hostil del mercado, mientras ellas trabajan en empleos poco remunerados, con mucha carga física de trabajo y una vulnerabilidad importante en su salud mental. ²⁵⁰

Estos ejemplos, pero sobre todo lo descrito sobre el trabajo creativo expuesto a través de redes sociales, suponen a continuación un prólogo a las nuevas relaciones laborales que se van a instalar en la sociedad como consecuencia del desarrollo tecnológico y a las nuevas formas de temporalidad que la adopción social y masiva de la tecnología digital nos ha instaurado.

Con Remedios Zafra acabamos de observar un determinado sector, el artístico, pero también el periodístico y el de la educación, donde la precariedad se ha instalado irremisiblemente. Como vemos, la situación laboral, sobre todo en España, pero en

²⁴⁸ Ibid.: pp. 33 y 35.

²⁴⁹ Ibid.: p. 187.

²⁵⁰ «Sugiere Steyerl que en esta parte del mundo el trabajo cultural (que yo ampliaría marcadamente o parte del académico) supone nuevas formas de explotación y un alto índice de trabajo no remunerado, pero no más que el trabajo doméstico y de cuidados. Esa increíble multitud silenciada de trabajadoras afectivas controladas que en muchos caen interseccionan esta doble dificultad: precariedad del trabajo cultural y del trabajo de cuidados, ambos feminizados» Ibid.: p. 200.

general en Europa, es de absoluta precariedad. La situación es mala debido a la pérdida de derechos, el paro juvenil, la facilidad del despido y la precariedad laboral. Todo ello no es fruto de la casualidad, sino de una concreta acción política, cuyo motor de interés se inclinaría en favor de la empresa y dejando de lado a la clase trabajadora, la cual ha perdido capacidad económica y disminuido su nivel de vida. La facilidad del despido o la incapacidad para encontrar trabajo supone en muchos casos aceptar la precariedad de manera individual, y que en lo colectivo supone aceptar la precariedad estructuralmente.

Alejandra de la Fuente, autora de *La España precaria*, escrita tras la pandemia de 2020, es una periodista que en los últimos años ha dedicado todo su trabajo, primero en redes y después a través de diferentes plataformas informativas, a dar voz a los trabajadores y sacar a la luz las ofertas de empleo más infames, en la cuenta de Twitter de MierdaJobs. Ahora, a través de su obra, de la Fuente nos ofrece una perspectiva de la precariedad particular de España, sí, pero extensible en mayor o menor medida como uno de los problemas más extendidos en el panorama laboral europeo. No obstante, habría que añadir a este respecto que en España el sector servicios, fruto del turismo que se ha convertido en el elemento diferencial de la economía de nuestro país, siendo este un sector con pocos márgenes de beneficios para el particular, dependiente de la demanda (que aumenta en época de vacaciones), y con un nivel de temporalidad bastante alto, tiene una mayor preponderancia que en otros países europeos más industrializados. Ello provoca que nuestro mercado laboral esté plagado de ofertas precarias, mucha temporalidad, al depender más del sector servicios que por ejemplo Alemania o Francia, países que tienen una industria mucho más potente históricamente que la economía española.

En España, la reforma laboral de 2012 llevada a cabo por el partido conservador, el PP de Mariano Rajoy, ha sido el causante en gran medida de lo descrito anteriormente. Las medidas que más daño causaron fueron: el abaratamiento del despido rebajando la indemnización por despido improcedente para contratos indefinidos, la ampliación de las causas por despido objetivo, la facilitación de los ERE, y la prioridad de los convenios de empresa sobre los convenios de sector.²⁵¹ Así concluye de la Fuente sobre la reforma de 2012: «Lo que se vendió como una reforma para acabar con la temporalidad y mejorar la contratación no impulsó la creación de empleo ni la calidad del mismo. Al contrario, se repartió, mediante contactos de duración determinada a tiempo parcial, el empleo

²⁵¹ De la Fuente, Alejandra (2021) *La España precaria*. AKAL, Madrid: pp. 19-20.

existente, convirtiendo a los trabajadores en ciudadanos pobres e incapaces de vivir de su empleo». ²⁵²

A falta de un servicio de búsqueda de empleo público que funcione como tal, las aplicaciones privadas se han aprovechado de ello y de la necesidad de una bolsa de desempleo a rebosar y de situaciones de necesidad para generar servicios de pago que sitúe con mayor visibilidad en el mercado laboral a aquellos que paguen por ello. ²⁵³ Y a continuación, las empresas piden una serie de requisitos abusivos, como jornadas diarias de más de ocho horas, muchos años de experiencia, disponibilidad online permanente, y todo ello a cambio de sueldos bajos. El 37'3% de los empleados están sobrecualificados, en España, para su puesto de trabajo. ²⁵⁴

Como consecuencia de esta cultura de la precariedad, pero instalada o aceptada más correctamente en algunos sectores, en muchos de ellos se han encontrado, tras la crisis de la Covid-19, falta de trabajadores (por ejemplo, en hostelería, donde se paga poco y se trabajan a menudo más horas de las firmadas sin que se cobren horas extras). Mientras que los empleadores hablan de “falta de trabajadores” en el sector, los trabajadores hablan de “falta de condiciones dignas”.

La precariedad laboral se esconde a través de determinadas estrategias discursivas vinculadas a la cultura del esfuerzo. De la Fuente describe dos de ellas: *la romantización de la precariedad y la pobreza* y lo que ella denomina la “cultura de Mr. Wonderful”.

La estrategia de romantización se ha llevado a cabo a través de la conceptualización de nuevas formas de vida precaria, pero “vendidas” como decisiones personales y modas. Ser incapaz materialmente de pagar el alquiler de un piso y tener que compartirlo se llama *coliving*, comer de la basura es *friganismo*, no poder salir de casa por no poder asumir el costo del ocio se denomina *nesting* (y junto a este último, se vincula un discurso pseudo-estoico como una opción de vida que rebaja el estrés y la ansiedad y que ayuda a encontrar la calma necesaria para el reposo y la meditación). La definición que ofrece de la Fuente es realmente interesante, pues dice que «en una sociedad en la que es importante el individuo, este tipo de prácticas consigue que los trabajadores precarios dejen atrás su conciencia colectiva para identificarse con una idea

²⁵² Ibid.: p. 20.

²⁵³ Ibid.: p. 26.

²⁵⁴ Ibid.: p. 28.

inexistente que los catapulta hacia la autenticidad, a sentirse únicos, cuando en el fondo son un trabajador precario más». ²⁵⁵

La otra estrategia se basa en la “cultura Mr. Wonderful”, que consiste en deformar la percepción de la realidad invirtiendo la polaridad de lo negativo en algo positivo, o lo horrible en algo hermoso, enternecedor e incluso deseable. Esta es una estrategia vinculada al pensamiento positivo y a la psicología de la felicidad.

El mileurismo, es decir, vivir con un sueldo de mil euros al mes, no sólo se ha aceptado socialmente, sino que es visto prácticamente como un privilegio llegar a esas cifras, en torno a los 1000-1400€, fruto de la enorme oferta de empleos con peores sueldos. Ello debe vincularse al nivel de vida, el cual ha descendido debido al aumento de los precios de los alquileres. De la Fuente se pregunta lo siguiente:

Lo que antes de la crisis de 2008 era algo propio de jóvenes, de aquellos que entraban en el mercado laboral y tenían que asentarse, ahora es la norma. El tener capacidad de ahorro es un lujo que sólo se pueden permitir unos pocos. [...] En la actualidad, el salario moda -el más repetido- en España es de 18469 euros y el salario medio es de 24395 euros brutos anuales. ¿Quién puede ahorrar cobrando 1200 euros en 12 pagas? [...] Además, hay que tener en cuenta el nivel de vida. Si el alquiler de un piso pequeño en Usera o Carabanchel -dos barrios humildes del sur de Madrid- cuesta mínimo 700 euros, ¿qué margen de maniobra pueden tener los trabajadores? Ninguno ²⁵⁶

Estas estrategias discursivas para enmascarar la precariedad laboral y la pobreza material de los trabajadores tienen, asimismo, la capacidad de deshumanizar a los individuos que son sus objetivos. La deshumanización discursiva facilita a posterior le reducción de derechos, y continúan con otras dinámicas deshumanizadoras como la instrumentalización o la ratificación (reducir a meras cifras la vida de las personas).

Los sueldos ridículos con los que se entraba en el mercado laboral, asumiendo que, con el tiempo y la acumulación de experiencia, mejorarían significativamente, han resultado apenas una mejora con lo que, comparativamente, vivimos peor ya no sólo a su edad, sino en nuestras perspectivas de futuro. La edad de emancipación está hoy por encima de los 29 años en España y de los 26 en Europa. La generación más preparada es

²⁵⁵ Ibid.: p. 34.

²⁵⁶ Ibid.: p. 49.

también la generación perdida. Siendo un elemento a nivel global, en España tiene mayor relevancia, siendo de los peores países de Europa en sobrecualificación laboral.²⁵⁷

Una parte no desdeñable de la sociedad debe recurrir a sustancias dopantes para realizar su trabajo o para mejorar sus prestaciones. Por ejemplo, ingerir microdosis de sustancias alucinógenas como el LSD, la ingesta de nootrópicos o “drogas inteligentes”.²⁵⁸ También es recurrente consumir cocaína para poder aguantar largas y duras jornadas. Pero también se necesita doparse para aguantar el estrés del día a día laboral, siendo el Lexatin la tercera sustancia más consumida en España según el Ministerio de Sanidad en 2019.²⁵⁹

A pesar de que el mercado laboral está difícil para todo el mundo, las mujeres tienen más difícil no sólo encontrar empleo, sino que les cuesta más acceder a puestos con mayores responsabilidades, contratos más estables o un salario acorde al de los hombres por hacer lo mismo. La precariedad de las mujeres es además una cadena que las impide denunciar o escapar de la violencia de género al no tener la suficiente dependencia económica para poder vivir holgadamente, lo cual empeora cuando se tienen hijos.

Los inmigrantes ilegales son un colectivo contra el que más se azuza políticamente, sin embargo, son al mismo tiempo una importante fuerza de trabajo. Importante, porque realizan trabajos en ocasiones penosas y/o de gran esfuerzo, con la añadidura de estar sobreexplotados con bajos sueldos y malas condiciones laborales. Este es el paisaje más habitual en determinados sectores como el del campo.

Sin embargo, la mujer emigrante suele encontrarse ante una doble situación de discriminación. «Esta situación empuja a muchas a las salidas laborales más precarias, siendo una de las más habituales el servicio doméstico. Un trabajo que cuenta con un bajo nivel de prestigio social, con salarios de miseria, con nula promoción personal y profesional, y con una alta incidencia de economía sumergida».²⁶⁰

Con el posfordismo neoliberal, hemos visto que el individualismo ha ganado mucho terreno a la lucha colectiva, lo que a su vez ha llevado irremediamente a la

²⁵⁷ Ibid.: p. 66.

²⁵⁸ Ibid. pp. 84-85.

²⁵⁹ Ibid.: p. 88.

²⁶⁰ Ibid.: p. 109.

pérdida de derechos laborales, así como al aumento y la extensión de la precariedad. De la Fuente distingue tres elementos que provocan que esta situación se mantenga, y no tienen nada que ver con elecciones personales: el miedo a perder el trabajo por reivindicar derechos o mejores condiciones o sueldos, la rotación de los empleos temporales que impiden establecer vínculos con los compañeros, o la digitalización del trabajo que también impide poder compartir experiencias del día a día laboral.²⁶¹

Pero el neoliberalismo ha instaurado la precariedad no sólo en la empresa privada, sino en el sector público a través de la disminución de impuestos y el adelgazamiento del Estado. La precariedad de lo público tiene un doble daño, puesto que genera problemas para los trabajadores, pero también un empeoramiento de los servicios públicos (en ocasiones básicos y esenciales para la población) que repercuten en el grueso de la ciudadanía.

De la Fuente recoge diferentes estafas recurrentes dentro del mercado laboral. Una de las que más ha dado que hablar es la del régimen del falso autónomo, que consiste en «trabajadores por cuenta ajena [que] son forzados a hacerse autónomos para que el empleador se ahorre dinero en el pago de los salarios y evite pagos derivados de tener a un trabajador a su cargo y las gestiones administrativas anexas».²⁶² Esta forma de trabajo encubre a un trabajador por cuenta ajena, lo cual repercute negativamente en el propio trabajador que perderá una serie de derechos que le corresponderían de estar en su régimen laboral correspondiente, como cotizar mucho menos al depender de darse de alta y cotizar a la Seguridad Social por sí mismo, pagar un IRPF superior, sin vacaciones retribuidas, ni salario mínimo, ni indemnizaciones por despido, ni tendrá derecho a permisos retribuidos. Otras formas de estafa en el mercado laboral son: trabajadores a los que no se dan de alta, el pago de una parte del salario en B o en “negro”, falsos contratos temporales, falta de registro obligatorio de la jornada, horas extra no remuneradas, trabajadores en categorías profesionales inferiores, no respetar las horas de descanso o de vacaciones, obligar al empleado a estar siempre disponible, el uso de falsas prácticas...

Lo que observamos con estos autores, que desde diferentes perspectivas sectoriales y nacionales, ofrecen un marco poliédrico de la precariedad de las sociedades

²⁶¹ Ibid.: pp. 126-127.

²⁶² Ibid.: p. 133.

occidentales. Este es el paisaje habitual de la economía productiva de nuestros días, la cual además ha visto cómo desde la crisis de 2008 nuevos agentes han entrado en el mercado laboral, ofreciendo aún peores condiciones con la excusa de nuevas formas de economía colaborativa. En el siguiente punto observaremos cómo la precariedad contemporánea ha conformado una subjetividad que debe tomar la forma del capital humano especulativo, ofreciendo un rendimiento constante hasta que, ya sobreexplotado, sea desechado y sustituido por otro empleado.

2.1.2.2. Nuevas relaciones laborales. La tecnologización de la precariedad

En este punto del trabajo voy a intentar dar cuenta de la relación que se ha venido estableciendo con el progreso tecnológico de las últimas décadas entre el mundo laboral y las nuevas herramientas tecnológicas y cómo han conformado un ecosistema laboral propio precarizado bajo unos tiempos productivos acelerados.

La nueva economía digital ligada al posfordismo neoliberal y a la nueva industria tecnológica, está llena de mitos y propaganda frente a una realidad muy diferente. Se habla -o más bien se hablaba- de un modelo laboral que diluía las jerarquías por una gestión en red donde cada eslabón tenía una voz propia que era escuchada por el resto de los compañeros, asemejándose al trabajo de un *freelance* con buen sueldo, y que imprime en la sociedad su liderazgo. Uno de los sociólogos con mayor prestigio internacional que más han trabajado estas cuestiones sobre la cultura digital y la sociedad tecnológica es Manuel Castells en su magna obra de tres volúmenes *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*.²⁶³ Sin embargo, la realidad que se ha conformado es bien distinta. La proliferación y el desarrollo de la tecnología digital ubicua y portátil permite al trabajador llevar consigo a todas partes su centro de trabajo a la vez que se encuentra permanentemente disponible, conectado y receptivo. El portátil e Internet permiten el uso de un horario vital siempre productivo. La tiranía de la productividad inunda la vida

²⁶³ Castells, Manuel (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La sociedad red*. Alianza, Madrid; (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid; (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 3. Fin de milenio*. Alianza, Madrid.

privada fuera del tiempo de trabajo. Y por ello, rompe con el mito del trabajador autónomo que es su propio jefe y puede descansar cuando quiera.²⁶⁴

La sustitución del trabajo humano por el empleo de máquinas y su consecuente aceleración de procesos con el desarrollo de las TIC, no ha dado lugar al aumento del tiempo libre y de ocio, ese tiempo es transformado en lo que *Bifo* denomina *cibertiempo*.²⁶⁵ El tiempo de esta nueva economía se ha acelerado hasta el punto de que, para ser realmente productivos, para sacar rendimiento y valor, la máquina no debe parar nunca, y los *tiempos físicos* deben sincronizarse con los *tiempos digitales* de la *inmediatez*.

Del mismo modo que nos ha situado en una economía 24/7, productiva las 24 horas del día, los 7 días de la semana durante todos los meses del año, la economía neoliberal tecnologizada nos ha trasladado a una temporalidad más corta que el corto plazo posfordista de sus inicios. Vivimos en el tiempo de la inmediatez. En la esfera digital, los procesos se establecen de manera inmediata, y el mundo físico, con su modelo temporal pausado, se ha tenido que acoplar al modelo temporal digital, vertiginoso y acelerado. Y, con ello, se ha producido el traslado de una necesidad por parte de la sociedad de que los servicios y las tareas se produzcan en la misma escala temporal que el digital, instantáneo y sin tener que moverse del sofá.

Jonathan Crary²⁶⁶, importante ensayista estadounidense que estudia los nuevos requisitos temporales del trabajo y la necesidad capitalista de escapar de la oscuridad de la noche y de la improductividad del cansancio y el sueño, describe en su estudio *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*, cómo el capitalismo ha ido explotando todo ámbito de la vida en cuanto le era posible. Sin embargo, hay aspectos fisiológicos de la propia vida humana que no son proclives a ser explotados: el sueño. Lo que se buscará el modelo productivo es potenciar trabajadores y a los consumidores insomnes mediante diferentes técnicas propagandísticas y la venta de productos farmacéuticos que permitan permanecer

²⁶⁴ Así lo advierte Bologna: «Pero justo esta «libertad» de elección, justo esta ubicuidad de la work station (lugar de trabajo) determina la «esclavitud» del knowledge worker» Bologna, *Crisis*: p. 134.

²⁶⁵ «Tiempo de trabajo mental absorbido por el proceso de producción ilimitada del ciberespacio». Berardi, *La fábrica*: p. 64.

²⁶⁶ La discusión de la obra de Crary se apoya levemente en mi recesión sobre el propio libro, que se puede encontrar, como anexo, en mi trabajo de fin de máster, *Sobre el concepto de la racionalidad tecnológica en Marcuse*.

un mayor tiempo en estado de vigilia sin merma del rendimiento productivo. Este proyecto sería el producto de una lógica y necesidad contemporánea de continuo intercambio y circulación global en el mercado, siguiendo un principio de rendimiento y funcionamiento continuo en un tiempo que no pasa. Para ello, advierte Crary, primero de todo es generar un estilo de vida, un *ethos* de productividad y rendimiento, e incluso de ociosidad, que nos incentive a despreciar el sueño y el descanso y nos genere; en segundo lugar, la necesidad de estar despiertos el máximo tiempo posible de horas. Así, dice que «los productos para evitar el sueño se convertirían en un estilo de vida y, por último, en una necesidad para muchos».²⁶⁷

Defiendo junto con Crary que este modelo es el propio de las máquinas, al servicio de un ritmo ininterrumpido del mercado, así como de las redes de información. Advierte en este sentido del crecimiento de la apertura de establecimientos las veinticuatro horas del día los siete días de la semana en numerosas ciudades del mundo, fruto asimismo de las estrategias de los grandes centros comerciales, a los cuales deben amoldarse los medianos y pequeños negocios en vista de no perder clientela. Este modelo aparenta ser un modelo social, pero sólo en apariencia, pues está lejos de serlo. Es un modelo de la economía y de la producción y consumo acelerados, del trabajo sin pausa, mecánico, y de la insatisfacción perpetua. Insta una lógica social propia, la del rendimiento y la productividad constantes, y produce, a mi juicio, una subjetividad: el sujeto de rendimiento. Citando a Crary: «Un entorno 24/7 tiene la apariencia de un mundo social, pero en realidad es un modelo no social de rendimiento propio máquinas y una suspensión de la vida que no revela el coste humano que se necesita para mantener su eficiencia».²⁶⁸ Es un modelo temporal, una temporalidad del trabajo, en el que el tiempo de ocio o de descanso es reinterpretado como tiempo de rendimiento y consumo.

El modelo temporal 24/7 es el resultado de una vida sometida y objeto de la técnica; elimina el valor del reposo o de la variabilidad. Todo producto se vuelve proclive a la instalación de una pantalla que, unida a la lógica del consumo y rendimiento 24/7, termina generando una *homogenización de la experiencia* como experiencia visual, efecto de los tiempos del permanente estado de visibilidad, que tiene como objetivo un mayor tiempo de ocio-consumo y de exposición a la propaganda de la vigilia. Esto es, a pesar (o tal vez debido a) del aumento de la oferta, todo el mundo termina viendo y consumiendo

²⁶⁷ Crary, Jonathan (2015). *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*. Ariel, Barcelona: p. 15.

²⁶⁸ *Ibid.*: p. 20.

las mismas cosas. Pero lo que advierte Crary es que no hay en realidad una ruptura cultural fruto del avance y desarrollo acelerado de la tecnología, sino más bien una continuidad cultural. «En la actualidad, el particular funcionamiento de las nuevas máquinas o redes y sus efectos son menos importantes que el modo en que los ritmos, velocidades y formatos de consumo veloz e intenso están cambiando la experiencia y la percepción».²⁶⁹ La constante visualización, así como esta homogenización de la experiencia, ya estaba con anterioridad en la lógica de espectacularización de los medios de comunicación televisivos anteriores y su pugna por las audiencias. En los medios de comunicación en papel y radiofónicos existía también esa pugna, llevando a cabo un amarillismo informativo, esto es, el tratamiento de la información que más despierte los sentimientos de las audiencias consumidoras de determinadas informaciones, sean cuales sean estos sentimientos (generalmente de indignación, rabia e ira). Las modernas tecnologías digitales sólo han acelerado los procesos de producción y visualización de información, así como las redes sociales han generado la producción “casera” de contenidos, a disposición de cualquiera que desee consumirlos, de manera más o menos abierta.

Pero, como he dicho escasas líneas arriba, este sistema temporal es también, junto con su tecnología, un mecanismo de subjetivación a través de las tecnologías digitales. Crary nos advierte que la tecnología se convierte en un *dispositivo* que nos condiciona socialmente haciéndonos dependientes de las rutinas 24/7. El *dispositivo digital* se convierte en un fin en sí mismo, cuyo propósito es «dirigir al usuario a la realización cada vez más eficiente de las tareas y funciones rutinarias de la máquina misma».²⁷⁰

La aceleración del consumo digital, dice Crary, lleva a cabo una desactivación de la memoria colectiva. La comunicación y la información digitales siguen las dinámicas intrínsecas del consumo contemporáneo: necesidad y deseo de un producto e identificación de la actualidad informativa, de hechos históricos constantes, y ese bombardeo informativo va eliminando, en vez de sedimentando, el pasado informativo cercano.

En este sistema global de autorregulación, el imperativo de autogestión impone una uniformidad que genera la ilusión de libre elección y autonomía. La exigencia de transparencia social, unida a la visualización permanente de las redes sociales y del rastro

²⁶⁹ Ibid.: p. 49.

²⁷⁰ Ibid.: p. 54.

digital por medio de las compañías tecnológicas de datos nos sumen en una *tecnología de la vigilancia y del control* (tanto propios, sobre uno mismo, como de los demás sobre los otros), donde los actos individuales de los usuarios suponen una «plusvalía en un mercado basado en la acumulación de información sobre las conductas de los usuarios».²⁷¹ El contenido audiovisual hiperconsumido a través de Internet, en su condición de mercancía, advierte Crary, «circula para habitar y validar nuestra inmersión en las exigencias capitalistas del siglo XXI».²⁷²

Crary, asimismo, estudia algunos de los proyectos que se intentaron llevar a cabo para prolongar la exposición de la luz del sol para aumentar el tiempo de producción y consumo, otros sí llevados a cabo como el alumbrado eléctrico nocturno, y reflexiona acerca de la literatura de ficción -también de obras clásicas como *El Quijote* de Cervantes o modernas como *El castillo* de Kafka- y de películas que se aproximan a cuestiones del rendimiento y producción continuos, la inutilidad del sueño, etc. Para él, estas manifestaciones en la cultura reproducen y fundamentan las tesis de la nueva propaganda para la cual el estado de vigilia permanente sería beneficioso para el propio individuo y para la sociedad.

En nuestro siglo todo acontece a gran velocidad. Nuestro tiempo se explica como una era en la que el hombre busca el *dominio del tiempo y de la experiencia, a través de la tecnología*. El capitalismo no sería más que la reorganización del tiempo convertido en tiempo de trabajo, de producción continua. La tecnología pregona un tiempo de innovación y progreso constantes, al que los individuos deben amoldarse, sobre todo, psicológicamente para poder hacer un uso sofisticado de los nuevos dispositivos en los que cada vez más se dan más hechos sociales a través del entorno digital, empujándonos a estar permanentemente actualizados y continuando con su fin de homogenizar la experiencia, en una *experiencia de usuario*.

De este modo, la aceleración del mundo contemporáneo, unida a la capacidad de innovación de las nuevas tecnologías, sirven como caballo de Troya para la adecuación y dependencia de las *rutinas del modelo 24/7*. Se genera gracias a la labor del mundo propagandístico una uniformidad de la autogestión del tiempo de trabajo y de la vida privada, produciendo una *ilusión de elección y autonomía*.

²⁷¹ Ibid.: p. 57.

²⁷² Ibid.: p. 61.

El capital debe estar siempre en movimiento, y, cada vez, más rápido. Para ello ha sido necesaria una aceleración y control del tiempo de circulación (dado históricamente con el desarrollo de los diferentes modos de transporte) y de comunicación (el desarrollo de nuevas vías de comunicación, siendo actualmente Internet la red más ilustrativa de este fenómeno de interconexión instantánea). La forma del capital muta según las redes, constituyéndose como flujo constante ininterrumpido a fuerza de las redes ópticas por las que fluye ahora el capital en forma de bits. *El mundo es hoy digital, y por ello, fluido, acelerado, ininterrumpido e inerte.*

Con la llegada del capitalismo neoliberal de los años 1980, la redefinición del individualismo como agente económico a tiempo completo, *se mercantilizó el tiempo mismo, que se convertía en un recurso de inversión y consumo.* Nuestra sociedad de vigilancia y control tecnológicos monitoriza la libertad de acción, y sus mecanismos unidos a la normalización son interiorizados por los individuos y penetran en la sociedad, introyectando las dinámicas de la lógica del mundo financiero a la vida cotidiana, en forma de imperativos sociales y normas de conducta, en modos de vida. La economía de la atención disuelve las esferas privada y profesional, del entretenimiento y la información, esta última basada en una funcionalidad compulsiva de la información que opera 24/7 y que coloniza el espacio cotidiano. Esta economía de la atención es asimétrica, arriba están las grandes compañías tecnológicas de datos que monitorizan a los de abajo, que sólo pueden visualizarse entre ellos, sin control alguno de lo que se realiza con sus datos.

En esta nueva modernidad, una versión “privatizada” de ésta, el individuo es quien se dota de pautas y de responsabilidad ante el fracaso. Las nuevas pautas de dependencia y de interacción son maleables, fluidas, no conservando por mucho tiempo su forma, lo cual requiere un mayor esfuerzo y una vigilancia constante por parte de los individuos.

Considero que el tiempo, tal y como hoy es concebido por diferentes ámbitos, desde el laboral, el personal y social, e incluso desde una perspectiva filosófica o sociológica, se convierte en una herramienta. Para maximizar el valor del tiempo se dio uso de la racionalidad instrumental (principio operativo de la civilización moderna) para idear modos y estrategias para la realización de trabajos con mayor rapidez, eliminar el tiempo improductivo, inútil o desperdiciado. De modo tal, podemos decir que “el trabajo

se come el tiempo”, en una curiosa inversión de la pintura icónica de Goya o la de Rubens, hoy deberíamos representar al dios del Trabajo comiéndose a Cronos. Nuestra sociedad se organiza, más que nunca en la historia, a través del tiempo, pues el lema capitalista ha sido siempre “El tiempo es oro”.²⁷³

Antes del capitalismo, el tiempo era un tiempo concreto, con significado por sí mismo, no un tiempo que dependía de la actividad. Con el capitalismo, el tiempo se torna abstracto, se comienza a medir la actividad a través del tiempo, y el tiempo se torna continuo y homogéneo, se independiza de los eventos. El reloj de nuestros días no es un contador de horas (*horologium*), sino, dice Moruno, es el contador del capital.

El tiempo de trabajo de un trabajador asalariado y un trabajador autónomo es asimismo muy diferente. «La diferencia fundamental entre trabajo asalariado y trabajo autónomo consiste en la organización del tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo del asalariado es un tiempo de trabajo regulado, el del trabajo por cuenta propia es un tiempo de trabajo sin reglas, por lo tanto sin límites».²⁷⁴ Esa misma autonomía y libertad del trabajador por cuenta propia es al mismo tiempo una carga, ya que el autónomo carga con las posibilidades de supervivencia materiales de su familia en el buen discurrir de su negocio. La percepción del fracaso es un riesgo que asume el autónomo y que conlleva en muchos casos problemas psicológicos ligados al estrés, la depresión o el burnout que afectan a todos los ámbitos de su vida.

Desde una perspectiva capitalista siempre se ha considerado el tiempo como un recurso, así como Gary Becker, quien formuló las tesis neoliberales del capital humano, lo reformuló como un recurso que los individuos *debían invertir* para aumentar su propio valor. El tiempo, así, se torna en instrumento de *dominación social*.²⁷⁵ Es decir, hay una privación del tiempo, del tiempo vivido. El ser humano se encuentra en relación de alienación con su tiempo. Se vincula poderosamente esta tesis a Hartmut Rosa, en *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, quien concibe la aceleración temporal como una alienación que afecta al modo de vida y sume a los individuos a una incertidumbre vital y existencial. Ya no hay separación

²⁷³ Esta relación entre el tiempo socialmente organizado lo resume con gran pericia Jorge Moruno: «El tiempo ordena la vida en la sociedad y la sociedad es ordenada por cómo se vive el tiempo» Moruno, *No tengo tiempo*: p. 13.

²⁷⁴ Bologna, *Crisis*: p. 67.

²⁷⁵ Postone, Moishe (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Marcial Pons, Barcelona.

de esferas, entre tiempo de trabajo y de no trabajo, de descanso, sino que hoy todo es susceptible de ser tiempo disponible para el trabajo. Paradójicamente, debido a la financiarización y al desarrollo tecnológico, el trabajo requiere de menor tiempo humano. Pero el tiempo humano, como los salarios, sufre también de la lógica de la precarización.

La aceleración tecnológica es el efecto del aumento de la velocidad de los procesos del transporte, la comunicación y la producción. La aceleración tecnológica transformó el régimen espacio-temporal de la sociedad en

[...] la percepción y la organización del espacio y del tiempo en la vida social. De esta forma, la prioridad “natural” (antropológica) del espacio sobre el tiempo en la percepción humana [...] parece haberse invertido. En la edad de la globalización y la “u-topicalidad” de la red, cada vez más se concibe el tiempo como capaz de comprimir, o aun aniquilar, el espacio. El espacio, según parece, se “contrae” virtualmente por efecto de la velocidad del transporte y la comunicación²⁷⁶

La aceleración del cambio social son aceleraciones de la sociedad mismo, y no que sucedan dentro de la propia sociedad como la tecnológica. La misma velocidad del cambio está cambiando los modos de vida, los valores y las actitudes de la sociedad. Debido a la falta de consenso sobre los indicadores de la velocidad del cambio, Rosa propone recurrir al concepto de “contracción del presente”, de Hermann Lübbe, que sirve como herramienta conceptual de medición y que permita calibrar empíricamente la velocidad del cambio. De este modo, el pasado se define como aquello que ya no se sostiene o que no es válido; y el presente, como el tiempo en que coinciden los espacios de experiencia y horizontes de expectativas, de cierta estabilidad, en el que «podemos aprovechar las experiencias pasadas para orientar nuestras acciones e inferir conclusiones a partir del pasado o en mirar al futuro», y así, la aceleración estaría definida «por un incremento de las tasas de pérdida de confianza en las experiencias y las expectativas, y por la contracción de lapsos de tiempo definibles como “el presente”». ²⁷⁷ Esta contracción se podrá verificar empíricamente en las instituciones que organizan el proceso de producción y reproducción, ya que forman las estructuras básicas de la sociedad, como son la familia y el trabajo.

²⁷⁶ Rosa, Hartmut (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz, Madrid: pp. 22-23.

²⁷⁷ Ibid. p. 26.

De la aceleración del ritmo de vida nace el “hambre de tiempo”, que se acaba o falta tiempo. Nos dice Rosa que será en este momento que «se concibe el tiempo como una materia prima que se consume como el petróleo y que, por lo tanto, se vuelve cada vez más escasa y de mayor precio».²⁷⁸ La aceleración del ritmo de vida no está vinculada con las otras dos, según Rosa, si bien se encuentra en relación paradójica con la aceleración tecnológica; se la define como «un incremento del número de episodios de acción o experiencia por unidad de tiempo; es decir, es la consecuencia del deseo o necesidad sentida de hacer más cosas en menos tiempo».²⁷⁹ Esta definición la encuentro problemática hoy en día, al menos, puesto que, como veremos más adelante, la aceleración del ritmo de vida no se da tanto por este “incremento” de experiencias, sino más bien por una precariedad material y laboral, esto es, cuanto más precariedad, cuanto más pobre, más horas de trabajo se realizan y menos se cobra, lo que genera menos tiempo de ocio y menor capacidad para la satisfacción de lo que Rosa denomina aquí como necesidad y deseo de experiencias. Lo que tenemos es, por lo tanto, una necesidad de tiempo porque la vida precaria se come la vida ociosa para el descanso y el desarrollo personal. El progreso tecnológico, y con ello la aceleración tecnológica, debería haber conducido a una abundancia del tiempo libre (acortar los tiempos de acción), sin embargo, dirá Rosa, se observa que, a menor tiempo, mayor cantidad abordamos, de tal modo que la aceleración tecnológica reduce el tiempo y aumenta el ritmo de vida. Es decir, según Rosa, vivimos un *horror vacui* vital, donde no cambie el tiempo en blanco, un tiempo de sosiego y aburrimiento. Esto, en parte, se ve desde determinados puestos de trabajo o desde una determinada actitud empresarial o de emprendimiento, el cual se “vende” un ritmo de vida constante de realización de nuevos proyectos. Sin embargo, como acabo de explicar, la realidad general de la población consiste más en una precariedad material, mientras que este tiempo constante de realización personal emprendedora es una romantización de un modo de vida de un tipo de clase social media-alta.

Lo que nos viene a decir Rosa es que la tecnología no es en sí misma una causa de la aceleración social. Por ello, no se encuentra como uno de los motores de la aceleración social, los cuales los define en dos tipos: un motor social, que sería la competencia, y un motor cultural, que sería la promesa de eternidad. Me centraré en la

²⁷⁸ Ibid.: p. 30.

²⁷⁹ Ibid.: pp. 30-31.

primera, puesto que la promesa de eternidad tiene que ver con lo anteriormente descrito como hambre de experiencias.

En una sociedad basada en el sistema de mercado capitalista competitivo, la relación entre trabajo y tiempo es fundamental, pues ahorrar tiempo es ahorrar costos y conseguir, de este modo, determinadas ventajas competitivas. Se busca la velocidad en la circulación del capital y una ventaja temporal frente a los competidores. Así, el principio de competencia «es el modo dominante de asignación en prácticamente todas las áreas de la vida social y, en consecuencia, [...] un principio definidor fundamental de la modernidad».²⁸⁰ Los individuos en la sociedad se encuentran en constante competencia por diferentes fines y objetivos. Dado que su posición social ni está determinada ni es estable -al menos según el dogma neoliberal meritocrático-, se está en constante tensión competitiva. Acelerar y ahorrar tiempo suponen una ventaja competitiva, así nos describe Rosa este motor de la competencia: «La lógica social de la competencia es tal que los competidores tienen que invertir más y más energía en la preservación de su competitividad, hasta el punto en el que el mantenimiento de la misma ya no constituye un medio para llevar una vida autónoma de acuerdo con fines autodefinidos, sino que se ha transformado en el único objetivo general de la vida social e individual por igual».²⁸¹ Esto es, la lógica de la competencia instaurada en los modos de vida contemporáneos ha llevado a un olvido de objetivos vitales como el desarrollo personal o, simplemente, el disfrute de la vida. La competencia se ha convertido en un fin en sí mismo.

El actual modo de vida, precario y acelerado, ha generado que determinadas disfunciones sociales en vez de ser corregidas y reguladas se hayan convertido en mercado y negocio para el mundo neoliberal del empresario de sí. Es la mercantilización de la vida. Si el trabajo de los progenitores impide atender las necesidades de los hijos, hay empresas especializadas en ofertar cuidadoras que los cuiden. El sistema económico establece ofertas para una demanda que el propio mercado ha generado, sin embargo, ésta no es una solución política de conciliación, sino simple mercadismo. *Un sálvese quien pueda*, si tienes los recursos para poder pagar una cuidadora, podrás, además de ser una mujer trabajadora, tener hijos.

²⁸⁰ Ibid.: p. 42.

²⁸¹ Ibid.: p. 45.

La precariedad es la condición que precede a todo lo demás (inseguridad, incertidumbre y desprotección), puesto que hacer referencia directa a los medios de subsistencia, cada vez más frágiles, y mientras el progreso tecnológico va camino de destruir más empleo en una modernidad donde el desempleo ya es estructural. La explotación laboral también lo es, fruto de un modelo de programa político-económico, el neoliberal, que se basó en la obtención de beneficios por las empresas a costa de la devaluación salarial.

Aquí el término “explotación” no refiere a las condiciones de desigualdad social, sino más bien a la necesidad de que el trabajador con su trabajo productivo reproduzca o aumente la inversión de capital del empresario. El individuo trabajador deviene en sujeto bajo el modelo del capital, en capital humano regido por la lógica del valor, medido y evaluado respecto al resto de capitales humanos. Su tiempo de vida se reduce a un tiempo siempre de aumentar su valor:

Cuando el conjunto de las capacidades de las personas resulta equiparadas, comparadas, medidas, jerarquizadas y evaluadas entre sí, son, precisamente, estos procedimientos de equiparación, comparación, medida, jerarquización y evaluación los que dirigen los procesos generales de movilización y aplicación sociales de las actividades laborales humanas. Esta movilización arrastra y contiene necesariamente la totalidad de los tiempos de los individuos: *no son únicamente los tiempos de trabajo efectivo los que se encuentran conformados por dichos procedimientos sino también los tiempos de formación, de reproducción, de recuperación y de ocio de las personas, así como la estructura de todos estos tiempos a lo largo de la vida completa de cada uno de ellos*²⁸²

Los precios y los salarios no son valores otorgados conforme al tiempo (abstracto) empleado para la producción de mercancías o la cualificación del trabajador, sino del valor social que esas capacidades reciben en el mercado de trabajo. La precariedad se instala así con las nuevas relaciones de trabajo debido a una falta de regulación estatal que fije unas condiciones de base que sean mínimamente aceptables y que no extiendan la precariedad laboral, ya en forma de bajos salarios, o ya en forma de temporalidad de los contratos.

La precariedad y los bajos salarios, fenómenos que se agudizaron con la crisis de 2008, generaron determinadas necesidades en los individuos como la venta de objetos

²⁸² García López, et. al., *Lo que el trabajo esconde*: p. 46. En cursiva en el original.

personales a través de Internet, el alquiler de habitaciones de la propia vivienda, del uso del coche, y formas de colaboración mediadas por el dinero. Aquellas necesidades fueron una oportunidad de negocio, generándose la llamada *economía colaborativa*, un modelo que, en realidad, estaba lejos de ser algo novedoso, pero que la tecnología digital y el aumento de la adopción social de los teléfonos móviles con Internet, los smartphones, hizo realmente posible a gran escala.

Las bases teóricas de la hoy llamada economía colaborativa las puso Martin Weitzman en 1984 en su obra *The Share Economy*.²⁸³ Para él, el salario debía de ser reducido en época de aumento del desempleo, es decir, cuando menos trabajo se requiriese. Esto se lleva a cabo mediante la flexibilización de las relaciones laborales, para lo que era necesario instalar mecanismos tecnológicos de regulación del flujo productivo. La infraestructura flexible del trabajo se realiza a través del sistema de red. Así, el trabajo se presta de forma temporal, surgiendo el trabajador *free agent*. No se trata de hacer carrera laboral, sino de maximizar los beneficios. Esto da autonomía al trabajador para negociar el salario, pero -y este es un matiz importante- sólo para aquellos con ventaja competitiva. Por otro lado, toda carga social corre por cuenta propia. Asimismo, el trabajador no interactúa con una empresa, sino con el mercado, el mercado de trabajo. La flexibilidad fue una exigencia obrera de los años 60 y 70, de libertad y autonomía. Exigencia que fue degenerada y pervirtiéndose por y en favor de las grandes empresas, y como consecuencia del desarrollo tecnológico y las nuevas necesidades de servicios por el consumo online, hasta nuestros días, dando lugar a la precariedad de la *uberización del trabajo*.

La uberización del trabajo comenzó con la crisis de 2008, que vino acompañado por las plataformas digitales que ofrecían servicios, y que de entrada fueron un nicho de trabajo flexible para universitarios o trabajadores que buscaban sacarse un sobresueldo. Posteriormente, pasó a ser un actor importante dentro del mercado laboral. De la Fuente nos dice: «Al trabajar como autónomos, la empresa no reconoce ninguna relación laboral con el trabajador, defendiendo que su relación es de tipo mercantil entre un autónomo y la empresa a la que aporta un servicio, mientras que los sindicatos defienden que deberían estar en plantilla».²⁸⁴ El verdadero modelo de negocio de las plataformas digitales de servicios consiste en gastarse lo mínimo en trabajadores, de modo que sean ellos mismos

²⁸³ Cfr. Berardi. 2003: p. 77.

²⁸⁴ De la Fuente, *La España*: p. 156.

los que deben aportar su material y herramientas de trabajo para poder realizar su actividad laboral. Una de las prácticas habituales de las VTC como UBER es contar como tiempo trabajado sólo el tiempo que el conductor está efectivamente llevando a un pasajero, sin contar el tiempo efectivo que el conductor pasa conectado a su app en espera.

Para Jeremy Rifkin, la emergencia de empresas-aplicaciones como Uber generan una nueva organización económica al margen del régimen capitalista fuera de sus estructuras, que son el Estado y el mercado.²⁸⁵ Es la infraestructura de Internet la que generará una sociedad agrupada en redes a un tiempo internacionales y comunitarias, algunas gratuitas y desinteresadas, siguiendo el modelo de Wikipedia. A través de la web (World Wide Web) se estructurará la nueva economía colaborativa al relacionar y vincular a los individuos para que se encuentren en el mundo a cualquier hora. Lo que realizan las empresas-app como Uber es, en realidad, una intermediación entre el mercado, los sujetos que dan un servicio y los clientes. En última instancia, son un canal fruto de la ideología del trabajador autónomo neoliberal, y como tal, lo reproducen socialmente.

Rifkin observó que, con la digitalización, los costes de producción y de transporte tienden a cero, sin importar la acogida del público; es lo que él denominó la economía del coste marginal cero. Sin embargo, Ferry afirma que, mientras que Rifkin consideraba esta nueva forma de producción conduciría al eclipse del capitalismo, “asistimos realmente a su explosión ultraliberal, oculta tras el velo de una gratuidad tan atractiva como ficticia”.²⁸⁶ Por el auge del Big Data y su monetización y mercantilización por parte de las grandes empresas tecnológicas, cabe preguntarse si los datos de los individuos generados en la web son privados o públicos. La gran mayoría de nuestros datos son públicos, lo que quiere decir que nuestras vidas privadas se convierten en mercancía. En eso consiste la gratuidad de los servicios en gran parte de la web.

Las redes sociales y las formas de relacionarnos mediante la tecnología, ha configurado nuevos modos de vida, vidas fotografiables, donde el parecer es ser, donde lo íntimo se niega y se muestra impudicamente lo exterior y superficial.

²⁸⁵ Cfr. Ferry, Luc (2017). *La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Alianza, Madrid: p. 113.

²⁸⁶ *Ibid.*: p. 130.

Las relaciones sociales son el primer objeto de consumo y el trabajador finalmente se convierte en su propio medio, cuando se desarrolla una exposición deseada en donde se invierten los roles y la intimidad pasa a ocupar el primer plano público. Ahora, lo importante es conseguir que todos vean que eres como aparentas: el capitalismo acaba finalmente por hacer suyo y administrar un «mundo donde quepan muchos mundos». Lo fascinante del capitalismo es esa capacidad de hacerte sentir único y especial, a la par que reduce todo a mera «gelatina», a pilas indiferenciadas de datos, trabajo y tiempo²⁸⁷

Los principios y normas de nuestra sociedad constituyen (que no expresan) nuestras sociedades capitalistas. Y el fetichismo de la mercancía es la más importante: «El fetichismo de la mercancía es la norma inconsciente que rige nuestra sociedad, según la cual los seres humanos nos relacionamos como si de una relación entre cosas se tratase, al mismo tiempo que la relación entre cosas adopta la forma de las relaciones sociales. Es una inversión que se enraíza en lo invisible para manifestarse en lo visible».²⁸⁸ Las relaciones sociales y las relaciones laborales de la economía colaborativa se desarrollan mediante apps con servicios gratuitos, lo que hace en la práctica muy fácil su acceso.

Los conceptos económicos nacidos a la luz de la nueva economía colaborativa son el *couchsurfing* (AirBnB), el *crowdsourcing* (BlaBlaCar) y el *crowdfunding* o financiación colaborativa por particulares. Para Rifkin, representan un modelo económico basado en la amabilidad y la humanidad, frente al viejo modelo neoliberal de la competencia y el beneficio propio. Pero la realidad de la nueva economía colaborativa basada en el modelo de la *start up* (empresa emergente) es que busca reducir los costes al mínimo, eliminando determinados intermediarios en algunos productos de consumo, y convirtiendo al consumidor en un agente activo de consumo. Es decir, el consumidor hoy produce sus propios contenidos a través de redes sociales, crean servicios a través de las apps colaborativas, crean sus propios productos o apps, y son las plataformas digitales las que los monetizan. Lo que venden las nuevas plataformas digitales son comodidad y bajos precios de cualquier producto a cualquier hora y todo de manera inmediata.

Cuando hablamos de la uberización de las empresas estamos hablando de un nuevo modelo empresarial y económico que poco a poco se está convirtiendo en un modelo de vida con sus propias reglas y valores, generando un *ethos*. “Uberizar” es colocar un bien personal o servicio en el mercado para así poder competir con aquellas

²⁸⁷ Moruno, *No tengo tiempo*: p. 27.

²⁸⁸ *Ibid.*: p. 34.

empresas profesionales del sector ya implantadas. Este movimiento que podríamos denominar dialéctico es lo que Schumpeter identifica como el momento de la *destrucción creativa*, cuando el desarrollo tecnológico aumenta la producción y elimina puestos de trabajo. Esta innovación destructora se encuentra hoy ante el problema de sustituir los viejos trabajos estables eliminados por nuevos puestos de trabajos estables. Cuando esto se produce se generan innovaciones secundarias, y hablamos de “síntesis creadora”. La automatización de determinadas empresas y plataformas sin emplear trabajo humano relevante podría, según algunos teóricos, producir beneficios y crecimiento sin generar empleo. Por ello, Daniel Cohen²⁸⁹ advierte de las limitaciones de la tesis de Schumpeter, pues es necesario que el nuevo sector generado por la tecnología sea productivo y vector de crecimiento. Ante esto, Cohen observa que los sectores de servicios anteriores destruidos por la revolución colaborativa no están generando nuevos sectores productivos.

Más que a esta proliferación de lo “common” de la economía colaborativa, Luc Ferry observa que nos dirigimos hacia una sofisticada desregulación y mercantilización de bienes privados sustentados por la nueva estructura tecnológica, que más que dar lugar al fin del capitalismo, le ha otorgado una nueva vida. Y esto es debido a que, si bien en un principio estas acciones espontáneas de “colaboración” pudieron tener en algún momento una sincera “comunización” de la propiedad, el capitalismo a través de las plataformas tecnológicas supo capitalizarlas y convertir a las nuevas plataformas de la economía colaborativa en vectores de precariedad.

²⁸⁹ Cfr. Ferry, *La revolución*: p. 152 y ss.

2.2. Subjetivación neoliberal

A lo largo de todo el trabajo hemos ido describiendo cómo la ideología, el trabajo, el mercado, el consumismo, la cultura y las tecnologías se constituyen como elementos para la formación de una determinada subjetividad que constriñe a los individuos a una determinada forma de pensar y de actuar. Con Jorge Dioni López, a través de su ensayo *La España de las piscinas. Cómo el urbanismo neoliberal ha conquistado España y transformado su mapa político*, podemos observar que esta subjetivación también se genera a través de la urbanización y los planes urbanísticos que se llevan a cabo en las ciudades, su gestión y sus recursos públicos; es también la imposibilidad de “elegir” entre modelos públicos o privados en sanidad o educación, cuando en las nuevas urbanizaciones se prioriza la construcción de servicios privados y se posponen los servicios públicos. Es decir, *la vida cotidiana* misma deviene en *tecnología de subjetivación*. Se constituye un *modo de vida neoliberal*, un *ethos*, de tal modo que se convierte en un hábito tan cotidiano como el respirar del que somos inconscientes. No consiste en que haya una racionalidad calculadora por la cual nos rijamos, sino de que los *principios prácticos e ideológicos* estén tan interiorizados en nuestro día a día que ni siquiera podamos dar cuenta de ellos críticamente.

La subjetivación neoliberal es un proceso que aún hoy en día sigue produciéndose y sigue evolucionando. Lo que haremos en este punto será dar cuenta de algunas de las otras tecnologías de subjetivación que se han articulado notablemente con el *ethos neoliberal*, proyectándolo, reproduciéndolo e incluso sofisticándolo. Asimismo, entendemos que es importante señalar su *carácter alienante*, no sólo con la autonomía del propio sujeto consigo mismo, sino respecto al mundo y su *percepción*, el desgajamiento con la realidad que acontece socialmente en nuestros días tiene que ver con la puesta en marcha de una subjetividad tan individualista que ha sido conducida a un solipsismo de trinchera ideológica, donde mi concepción del mundo y su realidad choca frontalmente con las de otros, que deben ser erradicadas de cualquier manera. Una caída en la barbarie, en definitiva.

2.2.1. *Ethos neoliberal*

2.2.1.1. Nuevas formas de vida neoliberales. Hogar, familia, trabajo y consumo

La subjetividad neoliberal, ya lo hemos visto, es entre otras cosas una subjetividad marcada por un fuerte componente de individualismo. No es baladí que muchos estudios e investigaciones sociológicas y psicológicas hablen de nuestro tiempo sobre una sociedad narcisista. La cultura se produce y desarrolla en unas condiciones preexistentes que la influncian y conforman.

La gubernamentalidad neoliberal actúa a distancia a través del modo de vida de los individuos: el mercado. El mercado como *dispositivo*, un espacio dotado de normas y principios que los individuos deben interiorizar para desenvolverse correctamente y maximizar su capital de recursos. Es por ello que el neoliberalismo genera una *apariencia de naturalidad*, pues despliega toda una concepción antropológica que a través de los diferentes mecanismos de mercado, culturales, y, en algunas situaciones, de coerción, los individuos asimilan, ponen en práctica y se guían por ella hasta considerarla parte de su propia esencia.

El gobierno neoliberal de los individuos se produce mediante la competencia, regulando el entorno social con una política de sociedad o política vital (*Vitalpolitik*). Y en este marco social, *el individuo debe hacerse cargo de sí y su situación*. Debe reaccionar ante el mercado y adaptarse. Para ello, se prescinde de ayudas y subvenciones, que limitan la capacidad de reacción individual, y se promueve la cultura del esfuerzo, la *autoayuda* como marco motivacional racional y emocional que genera reacciones personales de superación.

Las lógicas que se producen dentro de las sociedades impregnan todo hábito cotidiano y todo objeto de consumo. La tecnología también se desarrolla en estas condiciones. De modo que, podemos decir, la cultura, las tecnologías y plataformas de redes sociales, siguen la lógica neoliberal que la propia sociedad ya se encarga de llevar a cabo automáticamente en su día a día. Sin una mirada crítica que trate de eliminar ese factor neoliberal (individual-narcisista, competitivo...), los elementos que conforman una sociedad reproducen, una y otra vez, las mismas lógicas que ésta lleva a la práctica.

Por ello, es muy interesante el debate que se ha abierto en torno a la obra de Jorge Dioni López, *La España de las piscinas*, en la que el autor establece una correlación entre

urbanismo e ideología, hasta el punto de que, si se observan determinados barrios en las ciudades con características similares (a las afueras de la ciudad, casas unifamiliares o urbanizaciones cerradas, con pocos servicios públicos, rentas medias o media-alta), se encuentra que durante las elecciones el voto apenas varía entre el espectro ideológico de la derecha (conservadora y neoliberal), al haberse conformado un modo de vida vinculado a una ideología concreta que se relaciona con los partidos conservadores. Este no es un fenómeno particular español, por el contrario, en la obra de López se recoge en la bibliografía estudios del fenómeno en EE.UU., pero suceden, en gran medida, a nivel internacional, en Occidente.

Para dar cuenta de su investigación, López define lo que es una PAU. PAU, Programa de Actuación Urbanística, es un concepto muy genérico que engloba muchas formas de planificar lo urbano. Sin embargo, López lo emplea para calificar todos esos proyectos que tienen como denominación común barrios levantados en forma de malla y con urbanizaciones cerradas, formando “islas” dentro de las propias ciudades al no encontrarse nada a su alrededor más que solares y carreteras; pero también son “mares” de chalets unifamiliares que se pueden encontrar situadas en el exterior de las ciudades o, incluso, directamente fuera de ellas.

Durante su estudio, para López ha resultado evidente que eslóganes como “Lo personal es político” deben ser tomados críticamente. No olvidemos que este tipo de eslóganes son un recurso habitual dentro del espectro político de la izquierda progresista, donde se busca politizar cuestiones como la identidad de género, los cuidados del ámbito familiar y feminizados, el machismo y la violencia de género, entre otras muchas cosas. Pero este eslogan, en el fondo, recoge las lógicas neoliberales y las sitúa dentro de las reclamaciones de las izquierdas. De modo que, cuando la única alternativa se convierte en modelo replicado por todas las administraciones, cuando incluso todos los incentivos socioeconómicos conducen hacia un único lugar, no hay decisiones personales posibles.

La tesis fuerte de López es que el urbanismo genera ideología:

El planteamiento urbano no es aséptico ni neutral y provoca efectos sociológicos y políticos, más allá de la dependencia económica del sector de la construcción. El urbanismo es un reflejo de cada sociedad y concreta sus relaciones internas de poder,

además de jerarquizar qué es relevante socialmente. [...] cada ideología crea un determinado tipo de urbanismo²⁹⁰

La urbe, el barrio, son los espacios concretos donde los individuos llevan a cabo su ideal de vida. No parece baladí que en barrios con mayor presencia de trabajadores con sueldos medio-bajos, o en empleos considerados más “obreros”, con entornos como parques o zonas culturales donde puedan realizarse asociaciones vecinales, los recursos públicos sean necesarios y tengan una fuerte presencia, haya una mayor conciencia de clase y se vote más a partidos de izquierdas. Sin embargo, la lógica neoliberal es transversal y se instala con facilidad en las prácticas sociales. Eliminar o empeorar los servicios públicos, imposibilitar o dificultar la colectivización de los vecinos, cerrar bibliotecas, todo este tipo de actuaciones políticas conducen inevitablemente a la pérdida de un hábito vecinal de carácter cultural que las nuevas generaciones irán olvidando y sustituyéndolo por el individualismo atomizante. Es por ello que el modelo PAU es más que un modelo de urbanización, es un modelo de vida a expandir.

El modelo PAU, la ciudad dispersa, crea un estilo de vida individualista y competitivo, ya que favorece las soluciones particulares, el aislamiento y el repliegue. Se trata de la plasmación física de un modelo económico basado en la desigualdad, que se consolida y perpetúa a través de la desconexión entre las diversas clases sociales. Se produce una insularización con flujos de desplazamiento privado entre burbujas. Es algo que podría resumirse en el lema «sálvese quien pueda»²⁹¹

La tendencia a la especulación en el sector inmobiliario es también un factor que provoca ideología o subjetividad. Con la especulación, los precios aumentan hasta el punto de que urbanizaciones enteras están conformadas por el mismo modelo familiar y estilos de vida similares. La necesidad de empleo estable y buenos sueldos, vida familiar, etc., genera una limitación de entrada, y genera una homogenización social urbanística, al mismo tiempo que una segregación social, no sólo de carácter racial, sino también clasista. Las comunidades se cierran, buscan la homogenización de la renta de las familias y de racialidad. En estas comunidades no hay *otro*, un diferente, heterogeneidad, pues el otro diferente produce inseguridades, repliegue, muros, extra de vigilancias. Se genera, así, la “sociedad Securitas Direct”. Esta seguridad se busca, además, fruto de lo que López

²⁹⁰ López, Jorge Dioni (2021). *La España de las piscinas. Cómo el urbanismo neoliberal ha conquistado España y transformado su mapa político*. Arpa, Barcelona: pp. 18-19.

²⁹¹ *Ibid.*: p. 20.

denomina el *familiarismo*, un pensamiento que somete a la familia a la estructura capitalista neoliberal: individualismo, competición, propiedad privada (hijos y parejas incluidos), seguridad y control.

El modelo de urbanismo no sólo genera ideología y estratificaciones políticas, sino que también provoca homogenización social a través del *estilo de vida*: las nuevas urbanizaciones, al tener los mismos problemas para todos los inquilinos, genera las mismas respuestas individuales y los mismos efectos, descontentos e inquietudes. Todas las soluciones son, en última instancia, individuales: coche propio en vez de transporte público, educación y sanidad privada o concertada en vez de públicas, ocio y consumo en grandes centros comerciales y online en vez de consumo de proximidad, contratos de seguridad y vigilancia, así como proliferan los seguros privados. No podemos eludir que es un modo efectivo de generar una conciencia de clase determinada: la de *clase media aspiracional*, aquellos individuos que buscan un estilo y una calidad de vida superiores a la de sus padres.

El concepto de clase media siempre ha sido controvertido, pero quizás más ahora, que somos incapaces de escoger un elemento descriptivo restrictivo. Además, cumplió un papel importante como categoría social que desligara a los individuos de su trabajo, la capacidad de producir y sus relaciones económicas, y otorgándoles una identidad más líquida. El PAU es, en este sentido, el espacio donde la nueva clase media aspiracional se reproduce.

Dentro de este modo de vida con características neoliberales se reproducen los valores de lo que López llama el *propietarismo*, de tal modo que la familia y el coche se convierten en base de este modo de vida y de sus valores. La familia se inscribe dentro de las relaciones capitalistas, siguiendo el viejo esquema marxista analizado por Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, escrito en 1884, donde el padre encarna las características totalitarias del capital, y la mujer y los hijos no dejan de ser propiedades de éste. La mujer también ha hecho suyos los valores que antes vincularíamos estrictamente al padre, generándose una “masculinación” de sus valores. Por todo ello, dentro del ámbito familiar se respira más que otra cosa un fuerte sentimiento de “familia hecha a sí misma”, con cierto componente conservador en lo político, mientras que en lo personal se busca el progreso propio o de la unidad familiar. El coche, por otro lado, representa los valores de *libertad* y *autonomía* de la sociedad neoliberal, al mismo tiempo de que no deja de ser un modelo altamente contaminante, ineficiente

energéticamente y cada vez más caro. Un símbolo de *estatus*. Que la sociedad más sensible a las cuestiones medio ambientales y la izquierda política tomen o pidan tomar medidas contra el coche en las ciudades, escora a la derecha conservadora inevitablemente a los individuos que viven fuera de las ciudades, mal conectados por el transporte público, y a aquellos que puedan ser más vulnerables al pago de peajes para la movilización del coche en la ciudad.

No se trata de cómo la posesión de la vivienda y la deuda a largo plazo que conlleva pueden influir en una visión más conservadora, sino cómo la prevalencia del derecho a la propiedad sobre todos los demás decanta el enfrentamiento entre lo individual y lo colectivo. [...] Es decir, dado que la sociedad no existe, los individuos y los conceptos pasan a ser privados, como la libertad del propietario: mi casa, mis hijos, mi dinero. Todo contrato social es una agresión²⁹²

Lo que observamos gracias a la investigación de López es que el *modelo urbano neoliberal* genera *modos de vida neoliberales* que están profundamente vinculados con un conservadurismo político, e incluso con ciertos niveles de reaccionarismo de ultraderecha. Esto demuestra, como vimos en el capítulo anterior, que *el neoliberalismo está profundamente relacionado con el conservadurismo*, y que aquellas propuestas desde la izquierda política que buscaron encajar aspectos neoliberales con aspectos socialdemócratas en realidad no estaban haciendo del neoliberalismo algo transversal para progresistas y conservadores, sino derechizando sus propuestas políticas de carácter socioeconómico.

Por otro lado, observamos también cómo el modelo urbano y los modos de vida siguen las lógicas neoliberales de competitividad e individualismo, de manera que suponen un espacio donde reproducir al sujeto trabajador para la sociedad neoliberal. Será en esta nueva urbanidad donde los jóvenes aprenderán el *modelo de competición*, incentivados por sus padres, por la *cultura deportiva*, por la *cultura televisiva*, por la búsqueda, en definitiva, de *medrar y de tener que resolver los problemas por sí solo*. Se establece, desde la escuela, una *ética del trabajo*, dado que los niños tienen que realizar sus tareas tanto en las horas lectivas como en el ámbito del hogar, y ocupar el poco tiempo libre que les quede en actividades extraescolares. Es decir, desde la niñez se debe tener

²⁹² Ibid.: pp. 142-143.

conciencia de que el tiempo libre para aburrirse o descansar no existe; que el tiempo siempre debe ser productivo y, la vida, ocupada en proyectos y actividades.

2.2.1.2. Nueva ética del trabajo. La conformación del sujeto de rendimiento

Tras estudiar a través de la obra de Jorge Dioni López la formación de un estilo de vida conforme al capitalismo neoliberal, es el momento de atender a la ética del trabajo que de ella se infiere, ya que mantener el estilo de vida neoliberal es muy caro -y sale muy caro, como veremos-.

El sujeto de rendimiento es el modelo de mentalidad que surge tras una nueva ética del trabajo ligado al capitalismo tecnológico, al cual he venido describiendo con anterioridad, cuya descripción más precisa considero que es la propuesta por Jonathan Crary bajo un modelo de *trabajo y consumo 24/7*. Lo que veremos en este punto va desde la descripción de cómo se ha llegado a producir narrativas de saber-poder-subjetividad para producir dicha *subjetividad de rendimiento*, a cómo los individuos aceptan y reproducen ésta. La dominación social a través de la narrativa del rendimiento es, cuando menos, paradójica, por cuanto de sujeción de los individuos requiere, y por cuanto de efectos psicopatológicos genera socialmente. Sólo hoy en día, después de muchas décadas de neoliberalismo, empieza a ejercerse presión social y política sobre estas narrativas y modelos laborales que generan precariedad, malas condiciones de trabajo y peores sueldos.

La denominada nueva economía, *new economy*,²⁹³ nacida con las *.com* y que fue un “prólogo” a lo que después sería la economía digital de plataformas tecnológicas tal y como la conocemos, se trató de una nueva fase (en cuanto a su rupturismo formal entre paradigmas), si bien de carácter continuista del capitalismo (en tanto que se mantienen las mismas lógicas de acumulación del capitalismo). Debido a su carácter rupturista, se pasó de la rutinización fordista a la creatividad y libertad en el trabajo posfordista tecnológico. Para canalizar esta energía subjetiva en valor para la empresa, y que los trabajadores aceptasen un nuevo papel, era necesario un cambio de paradigma cultural, un cambio de mentalidad propiciado a través del management empresarial, con los

²⁹³ Bologna, *Crisis*: p. 154.

llamados *coaches*, gurús económicos que tuvieron y tienen un papel preponderante en la gestión de esta cultura del individuo empresarial. Las nuevas tecnologías terminaron de transformarlo todo y acelerar los procesos de producción y gestión:

La transformación de las estructuras era una condición necesaria, no ya para mejorar resultados, sino para la supervivencia, como lo era que la fuerza de trabajo adoptase otras perspectivas, más autónomas, implicadas y leales. En un escenario con competidores cada vez más fuertes e inteligentes, con una sociedad en mutación hacia costumbres y gustos muy diferentes, y en el que las aportaciones tecnológicas prometían subvertir el orden empresarial establecido, la empresa que no se prepare para el nuevo terreno de juego (fuera cual fuese su posición y su cuenta de resultados) quedaría convertida en historia. La innovación y el cambio se convierten en conceptos esenciales²⁹⁴

Sin embargo, el nuevo modelo de trabajo reprodujo algunos de los viejos males (tareas fragmentadas, control exhaustivo e intensificación del trabajo) y generaron nuevos males fruto del incremento de responsabilidades y tareas y de la desjerarquización: los principios rectores de autonomía y *responsabilidad de sí* generaron una sofisticación de las exigencias tayloristas en aspectos y tareas que no eran habituales, y ha supuesto, con el desarrollo tecnológico, formas de taylorización mucho más coaccionadoras para los trabajadores. Y, por otra parte, se generaban nuevas formas de burocratización y nuevas formas de jerarquización. La estructura en red de las nuevas jerarquías no queda exenta de una necesidad de coordinación y de jefes de equipo o grupos de trabajo. La desburocratización reproduciría, así, nuevas estructuras de cuadros intermedios dependientes al mismo tiempo que al cargo de responsabilidades propias sobre su grupo, regido por una extraña combinación entre colaboración y tensión competitiva entre individuos.

Nuevas narrativas, críticas, pero también productoras de saber-poder afines al nuevo régimen político y económico, han surgido y se han instaurado como elementos culturales de formación y desarrollo personal. *Manuales* que guían a los individuos a desarrollar una *subjetividad del rendimiento* basada en la psicología empresarial, el *management*, donde los *coaches*, presuntos triunfadores dentro del mercado del nuevo régimen económico, animan e incentivan a la superación de las barreras personales, y en ocasiones, coaccionan también para que los individuos se adscriban a su programa bajo su mando y guía. Este tipo de individuos “emprendedores” se ganan la vida a través de la

²⁹⁴ Hernández, *Los límites*: p. 102.

venta de su *propia marca personal* y su “producto”, su *método del éxito*. Las modernas tecnologías han sido, en este sentido, un aliado inesperado para las nuevas narrativas de la empresarialización como *modelo subjetivo*, ya sea en forma de vídeos, texto o aplicaciones que sirven como herramientas que generan *hábitos* a través de incentivos, instaurando en las prácticas de los individuos las lógicas del rendimiento y la eficiencia productiva.

Las nuevas tecnologías de la información son la infraestructura que, a través de los medios de comunicación, donde circulan los signos mercancía y los flujos del capital, difunde modos de *vida consumista* y de *atomización*, así como la *promesa de la felicidad* y *progreso individual*. Para Franco Berardi “Bifo”, este nuevo sistema que él denomina *semiocapitalismo*, es un sistema económico centrado en la producción de signos, y cuya sociedad se basa las relaciones *business*, empresariales, es decir, basados en la competitividad, en un modo de vida regido por la ocupación y el trabajo. En el juego de la competencia, el sujeto vencedor utiliza todas sus energías para ganar y mantener su ventaja competitiva. Y en un sistema acelerado tecnológicamente, cada vez más rápido, el sujeto debe aumentar también su ritmo. *Moverse o morir. Vencer, ser competitivo, deviene en imperativo categórico.*

Durante décadas, desde un punto de vista cultural (tanto desde lo empresarial y el académico, pero también desde diferentes ámbitos como los medios de información, el deporte o los shows televisivos de pruebas y concursos), se ha ido produciendo la transformación del espíritu de la humanidad al que apelaban Hayek y von Mises, diseminando el imperativo de la competencia en todos los estratos de la vida. El *otro* se convierte en competidor, por lo tanto, en antagonista. Se elimina así, progresivamente, el principio de solidaridad de las sociedades obreras fordistas anteriores a través de la acción política y estrategias de desprestigio contra los sindicatos y formas de vida socio-políticas consideradas “paternalistas”.

La lógica de la competencia laboral neoliberal, instaurada como principio normativo y regulatorio social, deviene y muta en un principio coercitivo que restringe la libertad tanto de los individuos trabajadores como de las empresas. Así lo describen los sociólogos del trabajo Mateo Alaluf y Pierre Rolle:

La gestión de la empresa se convierte en un conjunto de coordinaciones y rectificaciones efectuadas a cada momento, lo que entraña reconversiones, contrataciones o despidos

inmediatos. Esta ventaja, sin embargo, como ocurre una y otra vez, se transforma pronto como consecuencia de la competencia en norma, convirtiéndose la capacidad de ajuste inmediata en una constricción cada vez más estricta. Al mismo tiempo que la organización interna de la producción se convierte en reformulable, entra en competencia o en asociación, más allá de los muros del establecimiento, con otras organizaciones similares. La empresa debe, en consecuencia, confirmar y reformar sin cesar su función en el conjunto del sistema, decidir en cada momento lo que produce y lo que compra, encontrar su lugar en las redes de subcontratación, de franquicia, de subordinación técnica y de dependencia financiera²⁹⁵

Esta cultura de la alta competitividad proviene de la sociedad estadounidense, la cual atribuye todo éxito y fracaso a la capacidad y esfuerzo individuales, de tal manera que su *autorrealización* se ve satisfecha atribuyéndose sus propios éxitos personales. Es el fenómeno de la privatización de los éxitos y fracasos individuales, o lo que será denominado la “trampa de la modernidad”. El neoliberalismo dejó de ser una teoría económica residual cuando comenzó a poner sobre el foco del debate dos elementos en un papel clave: la *competitividad* y la gestión de la *felicidad* o el contenido ciudadano. Esto ocurriría en torno a la década de 1960, época de relativismo cultural y político, y que se cuestionaba la autoridad moral, intelectual, cultural y científica. No había un lugar común desde el cual dialogar o debatir. En un mundo donde no se puede determinar la cualidad de algo, sólo queda hablar de cantidad: de *medición* y *cuantificación*, los cuales, con el *dataísmo*, la exaltación de los datos y la estadística, son los signos característicos de nuestra época. Surge así la ideología del crecimiento, vinculada al progreso: *crecer (económicamente) es progresar*.

El fin del capitalismo, antes que por una revolución, podría llegar por la inactividad de los individuos. Por ello, el capitalismo contemporáneo promueve la movilización total de todas sus partes, ya que la quietud es la muerte del capitalismo, su pérdida de valor.²⁹⁶ De este modo, la cultura empresarial y económica, así como los

²⁹⁵ García López, et. al., *Lo que el trabajo*: p. 235.

²⁹⁶ En otra escala a lo que se pretendía señalar en este párrafo, la crisis sanitaria del coronavirus en 2020 ha supuesto un serio experimento para observar qué sucede en la economía internacional cuando la maquinaria se para por completo. Ésta se puede volver a poner en marcha, pero el transporte de mercancías sufrirá retrasos de meses y años e incluso generará inflación de precios, crisis de recursos naturales y tensiones geopolíticas que aumentarán el peligro bélico. Es, en definitiva, lo que ya estamos viendo, junto con crisis internas de las propias democracias que ya se estaban produciendo en años anteriores.

gobiernos, deben buscar nuevas técnicas para que los trabajadores venzan la fatiga y la depresión, los grandes “inmovilizadores” de nuestros días.

Todo esto me lleva a sostener la idea de que la nueva cultura y ética del trabajo promueven que cada trabajador deba de convertirse, o incluso dejarse convertir, en un individuo trabajador mejor en lo que respecta a su estado físico, su psique y su propio rendimiento. Como el deportista, ha de buscar superar siempre sus límites y mejorar y perfeccionarse para cumplir sus objetivos. En el ámbito de la fábrica, esto se lleva a cabo por medio de un *nuevo taylorismo*, un sistema de trabajo fabril que, durante su puesta en marcha originariamente, fue abandonado por la cantidad de estrés que generaba en los sujetos trabajadores debido al método de control y administración científica del trabajo. Cada gesto, cada movimiento, debía ser medido y estudiado para la búsqueda de la óptima eficacia y el mayor rendimiento en el menor tiempo posible. La filosofía del taylorismo está tomando un nuevo auge debido al control mediante *dispositivos tecnológicos ubicuos* en las fábricas y grandes almacenes, donde los trabajadores o bien son robots o bien son personas que deben comportarse como robots. Las nuevas tecnologías se alían con esta mentalidad del rendimiento individual, tal y como nos describe William Davies de manera lúcida:

En vez de estar asistiendo a la aparición de formas corporativas alternativas, hoy presenciamos el discreto regreso del estilo de “gestión científica” a lo Frederick Winslow Taylor, sólo que con un mucho más intenso escrutinio científico de los cuerpos, los movimientos y los rendimientos personales. La línea del frente en la evaluación del rendimiento del trabajador se ha trasladado a los dispositivos que monitorizan el cuerpo, el pulso cardíaco y facilitan los datos de salud en tiempo real, para el análisis de los riesgos de estrés²⁹⁷

La esencia de la filosofía taylorista también ha sido trasladada hacia el sujeto empresarial. *La autonomía, la libertad y la independencia son las ilusiones de una ficción que el autónomo se cuenta a sí mismo*. El teléfono móvil conectado (*smartphone*) es el máximo exponente del trabajo autónomo y del trabajo cognitivo, ya que su disponibilidad permanente e inmediata supone una función decisiva en la organización del trabajo funcionalmente autónomo bajo el modelo de la empresa. Del mismo modo que el *smartphone* depende de una red de infraestructuras tecnológicas que lo conectan a

²⁹⁷ Davies, *La industria*: p. 162.

Internet, el trabajo autónomo es actividad sobre el cual la red opera una constante recombinación.

Se produce una ruptura entre los límites del espacio de trabajo de la vida privada del hogar, la *hogarización* del lugar de trabajo, esto es, el trabajo inunda la vida privada de los trabajadores: «basta con que el lugar de trabajo se conciba como lugar donde rigen reglas establecidas por el propio trabajador autónomo para que la cultura y los hábitos de la vida privada se transfieran al lugar de trabajo. La primera consecuencia es que el horario de trabajo sigue los hábitos, los ciclos vitales de la vida privada».²⁹⁸ Por otro lado, cabe destacar que mientras el trabajador asalariado acata normas impuestas por instancias externas, estando o no a favor de estas, el trabajador autónomo se dota de normas propias, observando sobre sí mismo una aparente mayor libertad y autonomía -pero aparente, al fin y al cabo.

Como vemos, esta sociedad de producción y movimiento constantes, que saque rendimiento a toda actividad realizada, requiere de una ética y de una disciplina especial para el trabajo. Son varios los autores que apuntan al trabajo de Max Weber para describir que lo que hoy vivimos en este aspecto concreto es un *neopuritanismo*.²⁹⁹

La *disciplina de trabajo* del protestante que estudia Weber en *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo* está íntimamente vinculado a la probatura del propio sujeto de su valor moral por el trabajo. Sin embargo, esta exigencia a la *autodisciplina* de trabajo no lleva a la felicidad, ni es fuente de ella. Describe cómo se debía postergar todo deseo de gratificación presente a un final futuro, pero que, sin embargo, él mismo encontraba fraudulento, pues la postergación siempre es infinita.³⁰⁰

Esta ética del trabajo neopuritana debe conformar al *sujeto de rendimiento*, explotado por sí mismo *siguiendo la lógica social del trabajo siempre productivo*. Dentro de las empresas, hoy cobra relevancia la ética del trabajo en grupo, basado en la receptividad mutua más que en la validación personal, donde el tiempo de los equipos es

²⁹⁸ Bologna, *Crisis*: p. 64.

²⁹⁹ Estas afirmaciones las podemos ver tanto dentro de la sociología del trabajo, con autores como el antropólogo David Graeber, o el filósofo Maurizio Mazzurato, como en la psicología, con la recientemente fallecida Barbara Ehrenreich, el investigador y psicólogo Edgar Cabanas, o la influyente ensayista francesa Eva Illouz, y el ya mencionado en otras ocasiones en este trabajo, William Davies.

³⁰⁰ Weber, Max (2012). *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*. Alianza, Madrid.

flexible, de carácter cortoplacista (tareas específicas que se deben finalizar y empezar otras nuevas), pero circunscritas a la superficialidad inherente de la flexibilidad contemporánea. Esta superficialidad lleva a una conformidad de grupo, omitiendo toda cuestión personal que pudiera generar divisiones. Por esta flexibilidad y la movilidad laboral, son necesarias cualidades *portátiles* de los trabajadores en grupo (escuchar, enseñar y facilitar el trabajo). La autoridad desaparece y el poder se diluye en la presión que ejercen los compañeros de trabajo, más presente aún si cabe, o como responsabilidad propia. Estas cuestiones se llevan a cabo mediante una cultura del *management grupal*, donde, entre otras cosas, el rendimiento del grupo se superpone hasta tal punto que los grupos se configuran con aquellas personalidades que menos chocan entre sí, siendo para ello fundamental el trabajo realizado desde los recursos humanos. Los individuos, de este modo, no son más que piezas y recursos.

El paso del productivismo anterior al consumismo posbélico fue, para Graeber, un cambio favorecido por un “fallo” en las entrañas de la concepción del valor-trabajo. Al centrarse en la enorme generación de producción, se provocó tal excedente que debía ser vendido a aquellos mismos que lo producían. Dicho de otro modo, como el imperativo capitalista era la producción de valor, se requería mayor trabajo, mayor producción, mayor rendimiento. Y este rendimiento sólo podía generar valor, beneficios, si la producción era absorbida por los propios trabajadores. A la ética del trabajo devino una *gratificación*, un *incentivo* para seguir rindiendo: el acceso al mercado de consumo. El consumismo se ha convertido en el principal modo de vida, entre otras cosas, porque *no hay tiempo para otra forma de vida diferente*, pues los ritmos y los tiempos de trabajo se basan, al mismo tiempo, en toda una filosofía del trabajo como sufrimiento.

En cierto modo no están tan lejos de la verdad los críticos que sostienen que si trabajamos más de quince horas por semana es porque hemos preferido el consumismo al ocio; sólo se equivocan en los mecanismos del proceso. No trabajamos más porque nos pasemos el tiempo fabricando PlayStation o sirviéndonos sushi los unos a los otros. La industria está cada vez más robotizada y el sector servicios real se mantiene en torno al 20 por ciento del empleo desde hace tiempo. No, trabajamos más porque hemos inventado una extraña dialéctica sadomasoquista que nos lleva a sentir que el dolor y el sufrimiento en el entorno laboral es lo único que puede justificar nuestros furtivos placeres consumistas y, al mismo tiempo, el hecho de que nuestros trabajos ocupen una porción de nuestro tiempo cada vez mayor significa que -en las concisas palabras de Kathi Weeks- no podremos darnos el

lujo de tener «una vida», lo cual significa, a su vez, que los furtivos placeres consumistas son los únicos que podemos permitirnos³⁰¹

Esta ética del trabajo sigue la lógica de producción del capital y da lugar al sujeto de rendimiento. El individuo como proyecto se ve, así, coaccionado en forma de rendimiento y optimización, en una interiorización de las coacciones externas que en realidad la gestión en el lugar de trabajo y la propia sociedad emplean en los sujetos. La propia libertad de los individuos, asimismo, genera coacciones. Como bien explica Han en *Psicopolítica*, el “poder hacer” es una *forma de coacción* más eficiente que el disciplinario “deber”, pues el “deber” tiene límites y la libertad del “poder hacer” tiene un carácter ilimitado. La diferencia con lo que el propio Han quería reflejar es que el individuo libre no es simplemente esclavo de sí, sino esclavo de los principios neoliberales (*competitividad, flexibilidad, transparencia, responsable de sí*), de carácter *individualizante*, pero que son *principios normativos sociales*, no principios que los sujetos se impongan, de manera infusa, a sí mismos.

Esto es lo que dice Han al respecto de la coacción interna de los individuos trabajadores: «El sujeto de rendimiento está libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar o incluso lo explote. Es dueño y soberano de sí mismo. De esta manera, no está sometido a nadie, mejor dicho, sólo a sí mismo. [...] Así el sujeto de rendimiento se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento».³⁰² A pesar de que en este trabajo hemos tomado el concepto del sujeto de rendimiento a la luz de la lectura de la obra de Han, y de que en cierto modo soy deudor de su trabajo y del camino que sus lecturas me han abierto, la acumulación de otras perspectivas y la divagación del pensamiento más reflexivo me han ido alejando cada vez más de los supuestos hanianos, y de los análisis y descripciones por él realizadas. Yerra Han, desde mi opinión, cuando afirma que *el sujeto de rendimiento es aquel que se explota a sí mismo, sin coacción externa*; sino que es, más bien, que *la coacción interna no es más que una coacción externa interiorizada, que puede ser más o menos conscientes*. El *sujeto libre es esclavo del rendimiento*, y el *rendimiento es una exigencia externa* que, en determinados casos, como el del trabajador autónomo con su propia empresa, los individuos *interiorizan*. El trabajo no es ninguna forma de liberación, sino que más bien

³⁰¹ Graeber, *Trabajos*: pp. 324-325.

³⁰² Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder, Barcelona: pp. 31-32.

nunca fue más enajenante, producida por la totalización del trabajo.³⁰³ Como *sujetos de rendimiento*, estamos sometidos a la dictadura del capital.

El *neoliberalismo* es un *sistema eficiente de explotación de la libertad*. El capital acapara la libertad individual para poder proliferar, para poder reproducirse explota la libertad del individuo. «La libertad individual confiere al capital una subjetividad “automática” que lo impulsa a la reproducción activa».³⁰⁴

Para Alain Ehrenberg, en *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*, la norma social (y por ende disciplinaria) que incita constantemente a la iniciativa individual y privada, genera *sujetos deprimidos y cansados* por el esfuerzo. A ello ha de sumarse que cada individuo debe responsabilizarse de sí mismo y de sus proyectos. Fruto del ambiente competitivo establecido socialmente por el mercado, es inevitable y necesario que el sistema produzca fracasos, fracasos de los que cada individuo debe hacerse cargo. El *fracaso individual* se ve como un fracaso propio y no debido a la sociedad o al sistema. Y como hemos visto, el fracaso se torna en *autoagresividad*, de modo que el descontento individual no se traduce una *reclamación política* para mejorar las circunstancias sistémicas, hecho que se produce cuando los individuos se colectivizan y fundan sindicatos, sino en *sujeto depresivo, individualizado, atomizado*.

La *sociedad del rendimiento* deviene, así, en *sociedad de dopaje*. La necesidad de una hiperactividad permanente requiere de sustancias estimulantes. Ello también debido a que tal nivel de actividad produce cansancio y agotamiento. De modo que el dopaje «sólo es una *consecuencia* de este desarrollo, en el que la *vitalidad* misma, un fenómeno altamente complejo, se reduce a la mera función y el rendimiento vitales».³⁰⁵

El principio de transparencia, descrito por Han en *La sociedad de la transparencia*, es un principio neoliberal necesario para la sociedad del rendimiento contemporánea. La libertad del ciudadano activo cede ante la libertad del consumidor pasivo al cual no le interesa la política, ni conforma un “nosotros político” capaz de “acción común”, sino que reacciona de forma pasiva a la política refunfuñando,

³⁰³ «El sujeto libre neoliberal empresario de sí mismo no es capaz de establecer con los otros relaciones que sean libres de cualquier finalidad». Han, *Psicopolítica*: p. 13.

³⁰⁴ *Ibid.*: p. 15.

³⁰⁵ Han, *La sociedad del cansancio*: p. 72.

protestando como consumidor (lo que nos retrotrae al concepto de “indignación”, que en movilizaciones sociales como durante el 15M de 2011).

El medio digital y la comunicación online facilitan la salida repentina de afectos, conformando los *shitstorms* (tormentas de mierda). *La emoción es performativa, remite a acciones, y son la expresión de una subjetividad*. Asimismo, la emoción o el afecto son *fugaces*, no representan estados, sino que son dinámicas. Estas cualidades de la emoción son las que explota el capitalismo. El capitalismo ascético de la acumulación que analiza Max Weber está más ligado a la lógica racional que a la emocional. «En el capitalismo de consumo se venden significados y emociones. No el valor de uso, sino el valor emotivo o de culto es constitutivo de la economía de consumo».³⁰⁶ Las emociones sirven en el capitalismo neoliberal para incrementar la productividad y el rendimiento. La libertad no se vincula hoy con la racionalidad, fría, rígida e inflexible, sino con el afloramiento libre de las emociones. Asimismo, lo emocional es más veloz (y por lo tanto fugaz) que la racionalización, que carece de ella. Las emociones inducen necesidades con mayor facilidad que maximizan el consumo.

Han, en *El enjambre*, también habla sobre el paradigma de estructura organizativa de Internet. Considero que esto, aunque algo alejado del objeto tratado temáticamente, influye a la hora de tratarlo filosóficamente, puesto que hablamos del medio (digital) que condiciona la actuación de los usuarios-individuos. Para Han, Internet es un espacio descentralizado, donde los individuos tienen absoluta libertad para erigir su propio espacio y moverse y desarrollarse como usuario del espacio digital. En realidad, su visión está totalmente influenciada por las lecturas libertarias sobre Internet en sus primeras décadas de vida. Sí, es probable que en ese momento Internet fuera lo más parecido al retrato del cine western que se hace de EE.UU. en un determinado momento, donde todo está por hacer y cada individuo hace su propia ley. Sin embargo, es grotesco mantener ese nivel de análisis sobre el medio digital en la primera década del siglo XXI.

La visión de Han sobre Internet importa porque, como digo, influye en su análisis. Su perspectiva libertaria habla de un medio digital donde cada individuo puede generar el contenido que desee con escasos medios incluso, o consumir cualquier pieza de vídeo o texto, para su mero disfrute o como elemento cultural de crecimiento y desarrollo personal. Nada más lejos de la realidad. De aquella visión utópica borgiana del nuevo

³⁰⁶ Han, *Psicopolítica*: p. 70.

Aleph, de la nueva *Biblioteca de Babel*, donde todo el saber humano estaría a golpe de *click*, no ha quedado nada. Internet, el medio digital, es hoy otra cosa muy distinta. Incluso si bien Han no ofrece esta perspectiva cultural -como sí hizo el ingenuo y optimista tecnológico Manuel Castells es su magna obra, la trilogía *La era de la información. Economía, sociedad y cultura-*, sí es culpable de diseminar su visión de un Internet descentralizado y al servicio del usuario.

Lo que hoy encontramos es un Internet más parecido a campos agrícolas cerrados por un sistema de vallas que limitan la propiedad y la entrada en sus espacios. En el caso del medio digital, se requiere, como mínimo, el registro en la web o aplicación, es decir, identificarse de algún modo, mediante correo electrónico, para acceder a los contenidos dentro de un determinado espacio “vallado”. Es el sistema de las redes sociales y algunos medios de información, basados en la venta de los datos registrados en la red por el rastro que realiza la actividad del usuario (las famosas *cookies*) a plataformas de marketing y publicidad para generar en tu pantalla espacios publicitarios que podrían interesarte más. Pero cuando el servicio no es gratuito, se debe pagar por ello para acceder a sus contenidos, como ocurre con las plataformas de películas y series en *streaming*, o con medios de información con mayor tradición e historia.

Asimismo, no sólo el usuario se encuentra en situación de inferioridad por su acceso a los contenidos, la generación y producción también está centralizado en la red. Las redes sociales y los blogs personales facilitaron la creación y difusión de contenido propio, casero, hecho por uno mismo. Pero como todo modelo que promete la facilitación de la creación y difusión de contenidos, generó una ilimitada cantidad de oferta. El resultado es la imposibilidad de ser *visible* ante tanta cantidad de nuevos contenidos, siendo sepultados la gran mayoría. Para fraseando a Zygmunt Bauman -quien estudió el fenómeno de la tecnología contemporánea conjuntamente con el sociólogo David Lyon en *Vigilancia líquida-*, en el medio digital se habla mucho, pero apenas se recibe el propio eco, que se pierde entre tantas voces. Por ello, fue cada vez más necesario la centralización, precisamente, de los contenidos. YouTube, Twitter o Instagram, por mencionar unos pocos, se convirtieron en agentes que *monopolizaron la producción y el consumo* de vídeos, textos y fotografías respectivamente. La cantidad producida era tal, que para facilitar la visibilidad de diferentes contenidos fue necesario emplear *algoritmos de difusión* (que generaron otros problemas, como la ya mencionada anteriormente *homogenización de la experiencia*). Sin embargo, se repetían los errores. Apenas estos

algoritmos difundían contenidos nuevos de descubrimiento, sino más bien aquellos contenidos más visualizados o con más reacciones positivas. Se trataba, por tanto, de *generar la necesidad constante de permanecer en la red social y seguir generando reproducciones, beneficios por publicidad, en la que será llamada como “economía de la atención”*.

Como se puede observar, pues, no estamos en un medio digital descentralizado, sino todo lo contrario, es un medio altamente centralizado por unas pocas compañías que se reparten muchos beneficios y que, a través de sus ediciones algorítmicas, controlan y censuran la difusión de contenidos. Y, como digo, retratar debidamente el medio es importante porque da cuenta de que la subjetivación a través de los datos que se producen en el medio digital cobra mayor repercusión y pone el foco no en los individuos que se explotan a sí mismo, como enuncia Han, sino en el control de los medios y de los datos que unas pocas empresas tienen sobre los sujetos-usuarios, así como de las experiencias y contenidos que el medio digital ofrece, o la precariedad laboral que éste, influenciado por la dominación de las grandes empresas tecnológicas, disemina.

Continuando con el análisis de Han sobre el *sujeto de rendimiento*, el capitalismo de la emoción hace uso del juego (ludificación o gamificación) para incrementar la productividad de tal modo que se *ludifica* el mundo de la vida y del trabajo. Emplea la motivación y una experiencia emocional a través de un sistema de gratificación para aumentar el rendimiento. Su temporalidad es la *inmediatez* (temporalidad de la gratificación), y aquello que requiere de un tiempo largo no se deja ludificar. Mientras uno juega, se somete a la dominación.

La era digital es la época de la *mensurabilidad* y la *cuantificabilidad*, y la cuantificación de la vida, del propio individuo, es su máxima expresión. La *automedición* y el autocontrol incrementa el *rendimiento* corporal y espiritual. La *autocuantificación* «descompone al yo en datos hasta vaciarlo de sentido»,³⁰⁷ es un *autoconocimiento* por medio de los números, las estadísticas, una *datificación* que nos da a nosotros y a las empresas tecnológicas no una mera cuantificación de pasos, sino todo un *historial de hábitos y costumbres individuales y de salud*, muy útiles para las aseguradoras médicas, o las marcas de consumo en general. Así, si el “tomar nota de sí mismo” estaba ligado a un “cuidado de sí”, *ético*, la *cuantificación* vacía de toda ética y se torna en *técnica de*

³⁰⁷ Han, *Psicopolítica*: p. 92.

autocontrol, de autovigilancia. El individuo mismo se *positiviza* como *cosa*: cuantificable, mensurable y controlable. El *smartphone* y el *smartwatch* son dispositivos tecnológicos que sirven para *examinarse y controlarse a uno mismo*, y que recoge información personal y la vuelca a las empresas de datos sometiendo al individuo a un entramado de dominación. La exposición a los propios datos genera a los individuos un *cuidado de sí neoliberal*, mantenerse activo, realizar las tareas que uno mismo se propone, mejorar las puntuaciones en el aprendizaje de nuevos idiomas, todo ello conforma una tecnología del yo que nos somete subjetivamente a principios y lógicas que llevaremos a cabo en nuestro día a día. Así lo definirá William Davies: «Cuando, por ejemplo, no puede lograrse el compromiso de los empleados por medios culturales o psicológicos, cada vez más las empresas buscan soluciones como la tecnología portátil, que tratan al trabajador como una pieza de capital fija que debe ser vigilada físicamente y no como capital humano al que hay que emplear. Las principales características humanas son aquellas repetidas de un modo casi mecánico: pasos, sueño nocturno, respiración, latido cardiaco. Estas cualidades metronómicas de la vida llegan a representar cada momento que pasa como más de lo mismo».³⁰⁸

Por último, considero que es importante hablar en este punto de la *conformación de la subjetividad neoliberal atendiendo a la tecnología digital y al empleo de los datos*. A través de los estudios de la economía conductual se ha probado que para tener una influencia más efectiva sobre los individuos hay que apelar al *sentimiento moral* y a la *identidad social* en vez de al *propio interés*. La economía conductual es la ciencia para un nuevo *dispositivo neoliberal disciplinario* basado en el *crédito* y la *deuda*.

La *lógica del regalo* o del servicio gratuito tiene el objetivo de atrapar al público, generar marca y establecer un vínculo con el usuario/consumidor para, llegado el momento, explotarlo y conseguir o bien mayores ventas o bien mejores contratos por publicidad. La estrategia de negocios de las corporaciones sería buscar la forma de explotar todas las libertades que el mercado ofrece a sus intereses particulares, procurando al mismo tiempo que las corporaciones rivales puedan disfrutar de ellas. La estrategia de la gratuidad busca la anestesia del consumidor: “Lo último que una corporación quiere de sus clientes (o de su personal más valorado) es que se acuerden de que están en un

³⁰⁸ Davies, *La industria*: p. 142.

mercado, en el que hay libertad de elección”.³⁰⁹ Con el auge de la economía colaborativa se ha investigado aquellos métodos que conducen a que los individuos disfruten de una experiencia de consumo que recuerda a la amistad o al intercambio de regalos. Para los expertos en marketing el pago duele, y el consumidor debe ser anestesiado con *experiencias sociales*, de tal modo que el acto de consumir no parezca consumir, sino otra cosa, una experiencia que vinculemos a algo *positivo*. Las nuevas formas de marketing buscan, asimismo, que sean los propios consumidores los que difundan los mensajes positivos sobre sus marcas o anuncios a través de redes sociales; para estas campañas ha sido importante estudios basados en la psicología social, la antropología y el análisis de las redes sociales. Con esta nueva metodología en red, cada individuo-usuario es observado cual *instrumento* para alterar las actitudes y comportamientos de nuestros amigos y contactos. Lo que la nueva economía social promueve es una *falsa ilusión*, la de que los negocios, el consumo y la vida en general son hoy sociales y colaborativos, frente a la vieja economía del interés individual, atomizada, desagradable y mediada por el dinero.

Las estrategias en redes sociales tienen su contrapartida y generan asimetrías. Así, nos dice Davies: «Al reducir el mundo social a un conjunto de mecanismo y recursos disponibles para el individuos, siempre se corre el riesgo de que las redes sociales sean rediseñadas atendiendo a los intereses de los ya privilegiados. Las redes son propensas a someterse a lo que suele llamarse “leyes de poder”, por las que los individuos influyentes se las arreglan para hacerse con dicho poder y así conseguir mayor influencia aun». ³¹⁰ A través del análisis de las redes sociales se observa que las emociones se expanden como virus, siendo algunas emociones más contagiosas que otras.

Bajo el término “dato” se esconde un dispositivo de vigilancia y control asimétrico y exhaustivo, una tecnología del poder que facilita el estudio y evaluación de los comportamientos a través de la cuantificación y la medición. Es el dispositivo de lo que Byung-Chul Han identifica como “psicopoder”. Las nuevas tecnologías y las dinámicas sociales que se establecen en el entorno digital han generado espacios de vigilancia a través de los cuales recabar información de los comportamientos, desarrollando aceleradamente disciplinas como la sociología de datos o la psicología. Se pueden desarrollar así perfiles psicológicos, individuales o colectivos, *a través de los cuales*

³⁰⁹ Ibid. p. 216.

³¹⁰ Ibid.: p. 228.

establecer patrones de conducta e influenciar sobre ellos. Es el sueño de los padres del utilitarismo y de los teóricos neoliberales. Debido a la diseminación de dispositivos tecnológicos de medición y vigilancia, la sociedad se constituye como *laboratorio* a través del cual obtener los datos necesarios para la elaboración de una ciencia de lo social a través de la sociología y de la psicología conductual. Davies nos advierte: «se trata de una dinámica de poder totalmente nueva, una dinámica que es difícil de describir en simples términos de vigilancia y privacidad».³¹¹ Se trata de un dispositivo sofisticado de la producción y el gobierno de las subjetividades, flexible y adaptable según los datos recabados en tiempo real.

La psicología conductista en la que se basan todos los movimientos de condicionamiento e influencia social, se caracteriza por su concepción científica de adquirir información y conocimiento sobre la conducta y las tomas de decisiones de los individuos para así diseñar las correspondientes políticas públicas, campañas mediáticas o influencia social. El fin último es la búsqueda de instituir una ciencia de la elección personal, dirá Davies: «En vez de una ciencia de los mercados (economía), una ciencia de los lugares de trabajo (dirección de empresas), una ciencia de las elecciones del consumidor (estudio de mercados) y una ciencia de la organización y la asociación (sociología), lo que existirá será una ciencia que finalmente descubrirá la verdad de por qué la gente toma las decisiones que toma».³¹²

2.2.1.3. El sujeto (obligado a ser) feliz

En este punto voy a dar cuenta de cómo al *imperativo del rendimiento*, que conforma al *sujeto de rendimiento* contemporáneo, le va de suyo el *imperativo al optimismo* y a la *felicidad*. Primordialmente, para generar una sociedad que consienta un sistema económico que genera precariedad, pauperismo y sufrimiento o alienación. Por ello, el neoliberalismo posfordista generó toda una cultura basada en *pseudoinvestigaciones científicas y psicológicas* que desarrollasen las teorías y evidencias de la práctica de una actitud optimista y feliz.

³¹¹ Ibid.: p. 260.

³¹² Ibid.: p. 274.

El neoliberalismo ha encontrado en la *ideología de la felicidad* -o *psicología positiva*- un aliado al que vincularse de manera permanente por diferentes motivos: uno de ellos es su fuerte vinculación al consumo, y otro, su marcado carácter individualista. La *felicidad* puede ser, per se, un camino colectivo cuando se sitúa dentro de un horizonte político, pero la dirección que tanto los ideólogos de la psicología positiva como aquellos que han adoptado su normatividad en hacia el mundo empresarial, consiste en la resolución de problemas a través del propio individuo y de estrategias atomizantes. A continuación daré cuenta de cómo se ha ido produciendo esta ideología, su fuerte carácter impositivo e incluso coercitivo, así como el programa político vinculado a ésta, para terminar por ver el *ethos positivo* arraigado en los sujetos, para en capítulos posteriores dar cuenta de las nuevas fragilidades que puede abrir estas ideologías.

El filósofo estadounidense adscrito a la Teoría Crítica de la Escuela de Franckfurt, Herbert Marcuse, en *El hombre unidimensional*, ya advertía de que el capitalismo estaba generando un sistema de bienestar social y unas condiciones materiales en el que la sociedad en general y los individuos en particular encontrasen una serie de beneficios, un aumento de la calidad de vida y una sensación de progreso al que fuese difícil de renunciar. Todo ello aún a pesar de mantenerse en un estado de explotación y de dominación.³¹³ Este sistema de producción ha puesto en juego una *ideología de la felicidad* que se vincula con un *modo de vida de consumo y emprendimiento*. Dicho de otro modo: *la felicidad no sólo es algo alcanzable, sino, en la práctica, una obligación*. Y para alcanzar dicho objetivo es necesario atenerse a unas reglas, seguir ciertos modelos de comportamiento y conducta. Los economistas neoliberales sostienen asimismo que *la felicidad sería el producto del libre juego del mercado*. En última instancia, hay una interrelación evidente entre la economía de índole neoliberal, su ideología y la publicidad o *marketing* como sistema de propaganda de los modos de vida concretos de este sistema de producción.

La actitud positiva está muy vinculada a la forma de ser de los estadounidenses. Sin embargo, en el ranking sobre felicidad subjetiva ocupan el puesto 23, y los problemas sociales que causan su dependencia a los opiáceos son de gran envergadura, lo que está íntimamente relacionado con que los antidepresivos son el medicamento más recetado.³¹⁴

³¹³ Marcuse, Herbert (1968). *El hombre unidimensional*. Editorial Joaquín Mortiz, México.

³¹⁴ Cfr. Ehrenreich, Barbara (2011). *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*. Turner, Madrid: pp. 11-12.

Tal y como se desprende de determinados discursos, definiendo que el “ser positivo” que se desprende a través de estas herramientas para alcanzar la felicidad se constituye no como estado anímico o mental, sino como *elemento ideológico*: una forma de interpretar el mundo y actuar en él. Es la “ideología del pensamiento positivo”. Esta expresión es usada por Barbara Ehrenreich en dos acepciones: referida al pensamiento positivo en sentido propio, lo que significa el término en sí, el optimismo como «un estado cognitivo, una expectativa consciente, que cualquiera puede alcanzar, en teoría, sólo con ponerse a ello».³¹⁵ Y en su segunda acepción, refiere a la práctica y disciplina de pensar positivamente, como un primer paso que aseguraría que las cosas terminarían por salir de manera óptima.³¹⁶ Los psicólogos de esta corriente explican racionalmente que mejora la salud, la eficiencia individual, la confianza, y la capacidad de adaptación; así como la mística de que *los pensamientos inciden directamente en el mundo*, según algunos *coaches*. Por el contrario, Ehrenreich nos advierte de que de fondo existe una *ansiedad* en el núcleo del pensamiento positivo. La práctica del pensamiento positivo es un *autoengañarse*, visto como algo necesario, y un *esforzarse en reprimir y bloquear lo indeseado y los pensamientos negativos*. Advierte asimismo de que la investigación de Max Weber *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo* sobre los orígenes del capitalismo apuntaba a una ética de la religión protestante con un *pathos* totalmente opuesto a la ideología del pensamiento positivo y su puesta en práctica en el capitalismo actual, fomentando el consumo constante e insaciable, el imperativo del crecimiento. El pensamiento positivo está ahí «para decirle a cada uno que merece más, y que puede conseguirlo si de verdad lo desea y está dispuesto a alcanzarlo con su esfuerzo».³¹⁷

Frente a esa sociedad protestante en tensión permanente con su devenir espiritual, nuestra sociedad es una consumidora empedernida y obsesionada con la felicidad. Un concepto de felicidad bastante concreto y muy alejado de conceptos a los que solía ser vinculada, como los de *buena vida* y *sabiduría* como la que pudieran ofrecer Platón o Aristóteles, o en cualquier sistema filosófico clásico o moderno. Edgar Cabanas ofrece una definición de felicidad que puede extraerse de cualquier manual de psicología positiva, y con la que estoy en sintonía y considero de utilidad para mi trabajo:

³¹⁵ Ibid.: p. 13.

³¹⁶ «Existe, se nos asegura, una razón pragmática que compensa el esfuerzo: el pensamiento positivo no sólo nos hará sentirnos optimistas, sino que favorecerá que de hecho las cosas salgan bien» (Ibid.: p. 13).

³¹⁷ Ibid.: p. 16.

[...] la felicidad se considera como un conjunto de estados psicológicos que pueden gestionarse mediante la voluntad; como el resultado de controlar nuestra fuerza interior y nuestro auténtico yo; como el único objetivo que hace que la vida sea digna de ser vivida; como el baremo con el que debemos medir el valor de nuestra biografía, nuestros éxitos y fracasos, la magnitud de nuestro desarrollo psíquico y emocional. Más importante aún, la felicidad ha llegado a establecerse como elemento central en la definición de lo que es y debe ser un buen ciudadano³¹⁸

Así pues, la felicidad contemporánea no es una felicidad abstracta de índole metafísico, sino una felicidad concreta y mensurable, objetiva, y a ella le corresponde un sujeto digno de felicidad con determinadas características: «individualista, sincero consigo mismo, determinado, resiliente, automotivado, optimista y muy inteligente emocionalmente».³¹⁹

La cultura estadounidense, así como la cultura contemporánea occidental, proyecta discursos en torno a la *sociedad meritocrática* bajo los postulados del neoliberalismo, donde se afirma que *el éxito y el fracaso, así como la riqueza y la pobreza, son el resultado de una elección personal e individual, es decir, del esfuerzo y trabajo que un individuo decide o no hacer*. Los “entrenadores de la felicidad” (*coaches*), adoptando el léxico y las técnicas de la ciencia de la psicología positiva, han generado toda una industria en la que transmiten que el individuo puede hacerse cargo de sí mismo, que el único requisito para transformarse es tener fuerza de voluntad, y que, del mismo modo, la felicidad es algo igualmente alcanzable a través de las mismas técnicas de trabajo de sí, de construcción de uno mismo. Esta concepción de la felicidad proviene de la cultura norteamericana, y es recogida por los propios estadounidenses como un derecho constitucional, el derecho de buscar personalmente y como quieran ser felices. Para la psicología positiva de la ciencia de la felicidad, cuyos orígenes tienen lugar en la propia Norteamérica, la búsqueda de la felicidad es más que algo natural, sino que constituye “la más alta expresión” de nuestra realización como seres humanos.

Para dar testimonio de los males de la ideología positiva en el ámbito de la vida misma, Ehrenreich nos habla de un caso particular. El suyo. Ella fue enferma de cáncer y pasó por diferentes momentos que fueron los que la empujaron a investigar por qué la

³¹⁸ Cabanas, Edgar e Illouz, Eva (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Paidós, Barcelona: p. 13.

³¹⁹ *Ibid.*: p. 13-14.

sociedad, y concretamente la estadounidense, actúa como actúa con los pacientes de cáncer, pero no sólo con esta enfermedad, sino con el hecho de enfermar en sí mismo o con determinadas disfunciones del organismo.

Frente al cáncer, en la sociedad estadounidense parece haber una cierta actitud de ánimo, unido a un cierto consumismo en torno a productos relacionados con la ropa, complementos, peluches, tazas con el tema cáncer. El consumo de estos objetos (y la estética infantil, mona y agradable de muchos de ellos) tratan de generar un ánimo positivo. Abundan en Internet los blogs personales y perfiles en redes sociales de pacientes de cáncer con perspectivas positivas, con frases inspiracionales para generar la voluntad de querer superar la enfermedad. Hay una suerte de coerción a los pacientes enfermos para que se muestren agradables, positivos, casi felices con su enfermedad, no sólo como un elemento motivacional para llevar mejor el trance, sino también porque el paciente enfermo está obligado a *luchar* con la mejor de las caras contra su enfermedad. Por otro lado, esta coerción lleva a que las palabras “paciente” o “víctima” sean consideradas políticamente incorrectas y deban desaparecer, pues remiten a la autocompasión y a la pasividad, sustituyéndose por aquellas con resonancias activas como “luchadores” o “valientes”.

Hoy, además, se puede establecer tal relación entre la salud y la enfermedad por parte de la disciplina de la psicología positiva, de modo tal que una persona mentalmente sana, pero con emociones calificadas como negativas, puede llegar a ser considerada enferma, o “de salud mental incompleta”. La psicología positiva tiene por lo tanto la misión de ayudar a los individuos a alcanzar una salud mental completa. La psicóloga Barbara Fredrickson postula que las emociones negativas y las emociones positivas tienen un “efecto anulación”, puesto que son incompatibles, siendo las segundas una especie de antídoto de las primeras.³²⁰ Y lo hace con un carácter científicista de índole evolutivo: las emociones negativas eran una herramienta evolutiva con utilidad para la supervivencia de los individuos; sin embargo, las emociones positivas habrían sido seleccionadas por la “selección natural” por su utilidad para el crecimiento personal.

El pensamiento positivo que promueve una apertura a la “percepción de beneficios” entierra bajo la pátina de una *supuesta alegría* sentimientos como la ira y el miedo, tan necesarios evolutivamente como las emociones positivas. ¿No supone esto un

³²⁰ Cfr. Cabanas e Illouz, *Happycracia*: p. 158.

anestesiamiento emocional ante la adversidad y el sufrimiento vital? Mantener este estado mental y emocional requiere de un *esfuerzo* constante por parte de los individuos. Cuando se siguen los preceptos del pensamiento positivo y el cáncer se sigue extendiendo, una mujer no se queda embarazada o la depresión vence, el enfermo tiende a pensar que es por culpa suya, y que *su* negatividad, además de extender *su* cáncer, *su* esterilidad o *su* depresión, *se lo provocó*, generando un mayor *desgaste mental*, para lo cual estas disciplinas *su único remedio es mantener una mentalidad optimista, generando también más desgaste aún*. Las enfermedades -mentales o físicas- se sienten como un *fracaso personal*, sometiéndose a un proceso de *culpabilización* de la víctima, que es incapaz de mantener una mentalidad apropiada, es decir, la falta de fuerza de voluntad para curarse o mejorar. El pensamiento positivo es «una fuerza que nos anima a negar la realidad, a someternos con alegría a los infortunios, y a culparnos sólo a nosotros mismos por lo que nos trae el destino».³²¹

La psicología positiva, un intento de hacer ciencia sobre la relación entre una “actitud positiva” y la felicidad, levantó todo un negocio de la *cultura motivacional*, y a “vender” sus estudios a grandes empresas prometiendo la eficiencia y salud de sus trabajadores. *Esta industria de la felicidad, a través de un lenguaje aparentemente científico, ha generado socialmente una reducción de la subjetividad de los individuos a la lógica de consumo y de producción de la felicidad positiva.*

La felicidad se ha convertido en una poderosa herramienta para controlarnos porque nos hemos entregado a la obsesión que nos propone. No es la felicidad la que se adapta a nosotros, a los claroscuros de nuestras emociones, a las ambigüedades de nuestros pensamientos o a la compleja textura de nuestras vidas. Al contrario, somos nosotros los que tenemos que adaptarnos a sus tiránicas demandas, a su lógica consumista, a su enmascarada ideología y a sus estrechas y reduccionistas asunciones sobre lo que somos o debemos ser³²²

La psicología positiva defiende que la felicidad nos proporciona un bienestar tangible, puesto que es causa directa de una mejor salud y de la consecución de todos los éxitos. En este punto, Ehrenreich realiza una afirmación interesante cuyos presupuestos comparto: «nada delata más las trazas calvinistas que perviven en la psicología positiva que esa necesidad de trabajar para ser feliz, y para alcanzar así la salud y conseguir los

³²¹ Ehrenreich, *Sonríe*: p. 53.

³²² Cabanas e Illouz, *Happycracia*: p. 180.

objetivos, que es lo que los pensadores positivos llaman el “éxito”». ³²³ Sin embargo, a pesar de haber un sin fin de estudios que correlacionan la felicidad con la salud, no suelen reflexionar sobre la *causalidad*, es decir, si se tiene salud por ser feliz o si se es feliz por tener salud. Si las *circunstancias sociales* o del *entorno* tienen poco peso a la hora de alcanzar la felicidad (individual), como estiman gran parte de los psicólogos positivos, entonces tienen poco sentido las reivindicaciones sociales e, incluso, la política. *Sólo importa aquello de lo que tú eres capaz de conseguir a través de tu propia voluntad*. Esta psicología no hace, por lo tanto, más que reproducir un discurso sobre el individualismo atomizado del libertarismo radical y neoliberal.

Esto mismo se puede comprobar en que, mientras que en otras épocas el optimismo (histórico) era un método de control social de regímenes totalitarios, el pensamiento positivo norteamericano es autoimpuesto por los propios individuos. Si bien las empresas lo promueven entre sus trabajadores y hay una coerción social evidente a no mostrarse con actitudes negativas, «es el individuo quien decide o no abrazar el pensamiento positivo y aplicarse a la dura tarea de ajuste y mantenimiento que le va a requerir». ³²⁴

Los presupuestos de la psicología positiva no son sólo ayudar a ser feliz a quien está mal, sino ayudar a ser más feliz a aquellos que están bien, es decir, minimizar el sufrimiento y maximizar la felicidad. Sus estudios y sus métodos han sido, desde sus inicios, criticados y puestos en duda, pues en esta ciencia se explicita de manera muy clara su sesgo ideológico. De igual modo, muchos critican que toma prestados saberes de la *psicología popular* y los reviste de *apariencia científica*, única y exclusivamente para situarla en el mercado y vender su producto. A través de esta estrategia ha permeado en nuestras sociedades, en nuestro modo de pensar y de actuar, incluso en nuestras instituciones públicas. *Ha generado no sólo una industria, la industria de la felicidad, sino también una economía, la economía de la felicidad*. ³²⁵

El pensamiento positivo genera una cosmovisión propia, una ideología a través de la cual entendemos el mundo y actuamos en él. Entre sus seguidores y promotores se tiende a pensar que *lo positivo genera cosas positivas*, del mismo modo que *lo negativo, negativas*. Hay por ello una gran cantidad de prejuicios y sesgos que influyen en el

³²³ Ehrenreich, *Sonríe*: p. 191.

³²⁴ *Ibid.*: p. 245.

³²⁵ Cfr. Cabanas e Illouz, *Happycracia*: p. 40.

discurso no sólo de la psicología positiva y sus derivados, sino en todo aquello que se engloba dentro de la ciencia de la felicidad. Sin embargo, lejos de ello, generan nuevas formas de *patologización mental*.

El *imperativo de la felicidad* está provocando, asimismo, una *fragilidad en los vínculos sociales* al convertir conceptos como la solidaridad o la colaboración en marginales, así como al culpabilizar individualmente los fracasos. Este imperativo nos juzga y nos responsabiliza de cuestiones tan alejadas de la voluntad como el enfermar o el ser despedido durante una depresión económica, todo ello justificado mediante lenguaje científico. Esta *responsabilidad de sí*, individualista, ha limitado la expansión de sentimientos como la piedad, la compasión o la solidaridad, pero también ha dejado de lado actos de protesta y queja que, vinculados políticamente, podrían generar cambios estructurales que mejorasen las condiciones materiales de los ciudadanos, así como su salud mental, y produciendo verdadera felicidad al eliminar elementos angustiosos en la vida de las personas más vulnerables materialmente. No en vano, nuestra época no sólo es aquella en la que se da un mayor grado de atomización de los sujetos, sino que también la economía se ha vuelto despiadada y desligada de los trabajadores que hacen que la sociedad realmente funcione.

La ideología positiva vincula el *dinero* y la *riqueza* a la *felicidad*, de este modo mantiene un discurso que favorece bastante a los empresarios, pues defiende que ampliar la jornada de trabajo, un trabajo en el que nos identificamos y nos realizamos, es apenas un sacrificio por un bien mayor: la felicidad. Pero este hecho, el aumento de la jornada laboral para la obtención de dinero/crédito, nos sume a la vez en la reducción del tiempo de placer y ocio (y del tiempo de vivir la propia vida en general), en nuevas formas de alienación a través del tiempo, de las cuales no dan cuenta los *gurús* de la psicología positiva.

En otro sentido, William Davies describe en *La industria de la felicidad. Cómo el gobierno y las grandes empresas nos vendieron el bienestar* cómo desde el Foro Económico Mundial de Davos se acogió con un surtido número de conferencias la cuestión de la psicología positiva y las técnicas de relajación. Una de estas técnicas es el *mindfulness*, que consiste en un pastiche entre técnica de relajación, psicología positiva, budismo, terapia cognitivo-conductual y neurociencia. Con este tipo de técnicas, desde el

Foro de Davos se buscaba implementar un nuevo paradigma de carácter laboral pero también vital que ofreciese un bienestar tanto físico como mental en una sociedad productora de estrés. Dicho de otro modo, las técnicas del tipo *mindfulness* buscan ayudar a convivir y soportar el estrés, pero sin eliminarlo. Siguiendo la tesis de Christophe Dejours, el estrés es, en gran parte de los trabajos del siglo XXI, una herramienta útil para el aumento del rendimiento a corto plazo. Estas técnicas implicarían el *automantenimiento* físico y mental de los individuos para la realización correcta de su desempeño laboral, perpetuando y manteniendo una precariedad mental conteniendo el estrés -que se mantiene en el tiempo más allá de lo que Dejours estima razonable- y la infelicidad producidas hasta que éstas terminan por desbordar la subjetividad de los individuos, causando baja laboral o siendo reemplazados por un nuevo empleado con nuevas energías para la empresa.

Fruto de este nuevo paradigma vital de origen filosófico-espiritual-empresarial, la felicidad ha dejado de ser una cuestión subjetiva para pasar a ser *cosificado* mediante una *mensuración, cuantificable y aplicable*, ya que se trata más bien de una *técnica*, un arte que se lleva a la práctica y que se vende en las librerías bajo la promesa de la felicidad para todos, y del que son subgéneros suyos técnicas sobre cómo hacerse rico fácilmente, cómo mejorar la capacidad oratoria, cómo conseguir la mentalidad ganadora de los deportistas de élite de éxito, etc. Esta *felicidad positivizada* (en un sentido positivista de mensurabilidad y objetividad) y las técnicas de relajación contribuyen a la constitución de una *economía de la felicidad y del éxito individual* como es la propuesta a través del *neoliberalismo*.

A raíz de los textos que he venido trabajando, sostengo que este tipo de estrategias psicológicas del optimismo y de la felicidad generan *infelicidad* en los individuos. La *infelicidad* sale cara y *resulta ineficiente, produce un descenso de la productividad y el aumento en gastos de asistencia sanitaria*. Por otro lado, estas técnicas sirven también como dispositivos de control y vigilancia que realizan sobre sí mismos los individuos. El neoliberalismo emplea un discurso que trata de canalizar el deseo de los sujetos como agentes económicos a través del dispositivo del libre mercado:

En defensa del mercado libre, el neoliberalismo argüía que una de sus funciones consistía en desarrollarse como gigantesco dispositivo sensorial que capturara millones de aspiraciones, opiniones y valores individuales para convertirlos en precios. Es posible que nos encontremos en el umbral de una nueva era posneoliberal en la que el mercado ya no

será la principal herramienta para aprehender estos sentimientos en masa. A medida que los utensilios para monitorizar los estados de ánimo invadan nuestras vidas cotidianas, aparecen otras formas de cuantificar los sentimientos en tiempo real, unas formas que pueden invadir nuestras existencias de modo todavía más sistemático que los mercados³²⁶

Davies tiene una lectura propia de Jeremy Bentham,³²⁷ máximo exponente del liberalismo y del utilitarismo británico, quien defiende la máxima de *la búsqueda del mayor bien para el mayor número de personas posible*. Asimismo, se adscribe dentro de lo que hemos venido a llamar *ideología positiva de la felicidad*. Según él, las decisiones políticas debían estar basadas en información contrastada, y las intervenciones del gobierno desvinculadas de principios morales e ideologías, más bien basadas en *hechos reales y cifras*. Entra así la política a ser analizada según sus resultados, su utilidad o inutilidad, evaluando el gobierno según resultados mensurables o su eficiencia según la balanza entre costos y beneficios. La política deberá dejar de preocuparse por la justicia o el derecho divino, deberá preocuparse de la felicidad de la sociedad. Aquí Bentham sostiene las tesis hedonistas donde *placer* y *dolor* son las guías de nuestras acciones. En su búsqueda por rehuir lo abstracto e intangible, *reconoce en el placer lo concreto y tangible, como fuente de felicidad, y a ésta como base de las decisiones políticas y el gobierno*. Surge así la “ciencia de la felicidad”. Una felicidad que no es intangible, como era la noción de Aristóteles, metafísica y moral; sino física y corporal. Bentham, en vez de concebir una pluralidad de sensaciones y fuentes del placer y de la felicidad, lo reduce todo a mero placer físico. Describe dos modos para medir la felicidad de la población: uno era a través del ritmo cardíaco -método que parece no terminaba de convencerle, ya que no se disponía de la tecnología necesaria para monitorizar el ritmo cardíaco de la población en todo momento- y otro era a través del dinero.

El dinero tiene un carácter bipolar, por un lado, sirve como repositorio de valor, por otro, como medio de intercambio. Por esta bipolaridad del dinero el sujeto siente, a la vez, la necesidad de conservarlo y de usarlo para comprar y consumir. Pero el valor del dinero, en su carácter subjetivo, puede ser excesivo y dar lugar a su concentración y a la deflación de los precios, o bien puede ser insuficiente, dando lugar a la hiperinflación. Para los teóricos de la economía política clásica, el valor era el tiempo empleado en la producción de un bien o servicio; mientras que, para Bentham, de la economía neoclásica,

³²⁶ Davies, *La industria*: p. 18.

³²⁷ Cfr. *Ibid.*: pp. 21 y ss.

lo decisivo de los precios estaba determinado por la mentalidad de los consumidores, es decir, lo que se estaba dispuesto a pagar por las mercancías y los servicios.

Los economistas William Stanley Jevons, Leon Walras y Carl Menger, siguiendo la doctrina utilitarista del placer de Bentham, concibieron el valor en su mismo sentido: el valor depende de la percepción del sujeto consumidor.³²⁸ De este modo, el trabajo se entiende como un *sacrificio* útil para ganar dinero que permita a los sujetos entrar en el mercado de consumo. Años más tarde, con el descubrimiento de la dopamina, sistema de recompensas neurológico, se produjo una vuelta a las tesis psicologicistas de Jevons.

Recoge Davies que el neurocientífico Antonio Damásio sostenía que *las emociones condicionan los comportamientos de carácter racional*. Si la economía refleja las emociones de los sujetos y agentes económicos desde el *marketing*, con el mercado como dispositivo de lectura de las mentes de los individuos, se erige en instrumento condicionador de sujetos. La *libertad* que queda bajo el imperio de esta economía es la *libertad para consumir*.

Con el avance de la psicología, comenzó a obtener un papel preeminente el *conductismo* por su importancia social, política y económica. Para Davies, llevaba hasta el límite el sueño de Bentham de hacer política basada en la ciencia. Sin embargo, la propuesta política de Bentham elimina los fundamentos democráticos y a la propia democracia, convirtiendo la política en una puesta en escena de medidas que conduzcan a los individuos y a la sociedad hacia los fines propuestos.

A través de los estudios de la economía conductual se ha probado que para tener una influencia más efectiva sobre los individuos hay que *apelar al sentimiento moral y a la identidad social* en vez de al *propio interés*.³²⁹ La economía conductual es la ciencia para un nuevo dispositivo neoliberal disciplinario basado en el crédito y la deuda. El *sujeto feliz* se ve así apocado a que sus sentimientos ya no le pertenezcan, a que la ciencia de la psicología positiva y la economía de la felicidad vayan de la mano y nos conduzcan, a través de las tecnologías disponibles hoy en día, hacia destinos que no seamos capaces de determinar por nosotros mismos.

³²⁸ Cfr. *Ibid.*: p. 66.

³²⁹ *Ibid.*

Desde la década de los 1980, la economía de la felicidad no ha parado de crecer, y concretamente será sir Richard Layard, asesor de economía del gobierno de Tony Blair de 1997 a 2001, quien a principios de nuestro siglo diera un nuevo impulso al vincularla a la psicología positiva.³³⁰ Adscrito a las tesis políticas del utilitarismo de Bentham, Layard propondrá que la economía se encargue no ya de investigar la relación entre dinero y utilidad como había hecho hasta ahora la economía tradicional, sino su relación con la felicidad. La felicidad parecía una noción demasiado relativa y difusa, hasta que la ciencia de la felicidad decidió utilizar cuestionarios, escalas y métodos que podían llegar a medir la felicidad y el bienestar subjetivo. De este modo, se demostraba que la felicidad tenía referencias objetivas y cuantificables, y que la felicidad era una cuestión de frecuencia, es decir, de la cantidad de experiencias positivas vividas.³³¹

Asimismo, con el desarrollo tecnológico y las redes sociales, los economistas de la felicidad afirmaban que podían medir con gran precisión la felicidad de los individuos a través del Big Data y el análisis de datos. Es decir, *la felicidad es hoy un asunto de la estadística de masas*. Todo este campo tecnocrático se relaciona intensamente con el *marketing* y el *consumo*. A las empresas y a los políticos les importa el impacto emocional que sus productos y políticas provocan en los individuos.

La mensurabilidad de la felicidad tiene diferentes implicaciones. En primer lugar, la convierte en una variable numérica para evaluar y comparar. En segundo lugar, permite establecer relaciones de causalidad con otras variables. En tercer lugar, la convierte en una mercancía que se puede vender como concepto objetivo al poder ser cuantificada su eficacia. Y, en cuarto lugar, su cuantificación permite presentar la felicidad como fenómeno social universal, compartible y comunicable, así como un criterio neutral y objetivo para guiar la toma de decisiones personales, así como las políticas y económicas. Pues la felicidad de la mayoría, como hemos visto que propuso Bentham, se impone a cualquier criterio de justicia o de redistribución de la riqueza.

Layard llega a afirmar que hay una relación directa entre el dinero y la felicidad: no disponer de una gran renta. *Cuanto menor es la renta, mayor felicidad, y quienes mayores rentas tienen, más infelices son*. Es una legitimación en apariencia desideologizada de la desigualdad y del conformismo, así como una *romantización* de la

³³⁰ Cfr. Cabanas e Illouz: *Happycracia*: p. 40-41.

³³¹ Cfr. *Ibid.*: p. 43-44.

pobreza material. Los economistas Betsy Stevenson y Justin Wolferslo contradicen al afirmar que mejores condiciones de vida y mejor nivel de vida dan como resultado mayor bienestar subjetivo.³³² Que las circunstancias -esto es, políticas, económicas, sociales y estructurales-, como dice la psicología positiva, contribuyan un mísero 10% a la felicidad,³³³ no obedece más que a *promover un conservadurismo político y social*, al tiempo que *atribuye al propio individuo su fuente de fracasos y éxitos*. “No vamos a ser más felices por intentar cambiar nuestras circunstancias, así pues, cambia tú”, es lo que viene a decir la psicología positiva.

Las técnicas emocionales que emplean las empresas en los despidos de personal se encargan de manipular emocionalmente a los trabajadores despedidos, culpándolos de su fracaso en el trabajo, culpándolos de desempeñar un trabajo que no les gusta y renunciando al que sí. Muestran el despido como una *oportunidad de redención* y de *búsqueda de la felicidad*. A través de la ideología del pensamiento positivo el desempleo se debe ver como una oportunidad “digna de ser bienvenida”, amén de que quien mantiene una actitud positiva se sentirá mejor en la búsqueda de empleo y ésta terminará antes y más felizmente.

El discurso positivo en torno al cambio y a la movilidad no fue más que una campaña erigida desde la patronal para comenzar la fase de despidos, mayor cantidad de trabajo y reducciones salariales. Tras los recortes de plantilla, los mismos *coaches* fueron contratados para mejorar el ambiente de los trabajadores que se mantenían en sus puestos, temerosos de correr en algún momento la suerte de aquellos compañeros despedidos. Su estrategia fue la de generar sentido de pertenencia a través de la generación de equipos de trabajo y un “espíritu de equipo”. Pero lo que realmente sucedía era que gran parte de los despedidos no cobraron indemnización alguna, sino cursos de pensamiento positivo, generando sumisión a la empresa y mansedumbre socio-laboral:

La gran mayoría de los oficinistas despedidos [...] aceptaron que les dieran pensamiento positivo en vez de nómina mensual y la seguridad de antes. No tomaron las calles, no forzaron ningún cambio en la política, no se presentaron en su exoficina con una pistola. Como me dijo un ejecutivo en paro, con discreto orgullo: “He superado mis sentimientos

³³² Cfr. Ibid.: pp. 69-70.

³³³ Cfr. Ibid.: p. 71.

negativos, que eran de lo más disfuncionales”. El pensamiento positivo les prometió cierta sensación de tener las cosas bajo control³³⁴

El constante esfuerzo por mantener sus *condicionamientos* y su *autocontrol* del trabajo, condicionando la propia vida del individuo fuera del trabajo, supone para muchos de estos trabajadores una fuente de *estrés* y *angustia* ante el *cese de sus tareas*, en vez de un alivio. *El trabajador liberado descubre que no sabe qué hacer con esa libertad*. El individuo, coaccionado y autorreprimido para su labor de trabajo, afronta en el paro “una situación dramática donde el trabajador debe ahora afrontar, sin su actual coartada, el juicio implacable de su ideal del Yo. Se abre entonces la brecha de una depresión narcisista que desemboca a menudo en un proceso de somatización”.³³⁵

La psicología y la economía de la empresa han ido colaborando departamentalmente desde 1930 con los Estudios Hawthorne, hasta fundar posteriormente la psicología económica, la administración de recursos humanos en las empresas, estudios sobre el consumo, *marketing* o el *coaching*. El paso definitivo del modelo laboral fordista al posfordismo (de focalizarse en el puesto de trabajo a focalizarse en el trabajador) dio un impulso a las técnicas humanistas que algunos psicólogos implementaron en las fábricas y empresas. Ejemplo de ello fue la teoría de la motivación de Maslow que confirmaba sus supuestos, a saber,

[...] que los factores emocionales y motivacionales, ya no los físicos, eran los activos productivos más cruciales que las empresas tenían a su disposición; y que el trabajo no debía considerarse como un simple medio de ganarse la vida, sino como un escenario de primer orden para satisfacer las principales necesidades humanas, desde las más básicas y sociales como la sensación de seguridad y de estabilidad, hasta las más altas y psicológicas, como la felicidad o autorrealización personal³³⁶

La llegada del neoliberalismo y su expansión junto con la cultura de consumo dieron lugar a un clima de flexibilidad, de asunción de riesgos, de mayor competitividad, y, en suma, a la descentralización de los procesos productivos para centrarse en el cliente y a adaptarse a una lógica de la demanda contingente, voluble. Este nuevo capitalismo flexible y su nueva ética del trabajo terminaron por destruir la relación de seguridad establecida por contrato entre trabajador y empresa, así como la noción de “carrera” del

³³⁴ Ehrenreich, *Sonríe*: p. 149.

³³⁵ Dejours, *Trabajo*: p. 225.

³³⁶ Cabanas e Illouz, *Happycracia*: pp. 96-97.

paradigma fordista, sustituido por el de “proyecto”, ligada a la noción de la empresa, modelo de conducta para los individuos que debían adoptar hasta concebirse como sujeto-empresa. Un *proyecto* no deja de ser algo difuso, por hacer, vinculado a la *responsabilidad personal* de llevarlo a cabo teniendo en cuenta las propias características, talentos y debilidades a mejorar o suplir. Los trabajadores fueron también concebidos en las empresas como “capital humano”, como “recurso o valor económico adquirido” por ellas, pero en el que las empresas no invierten para aumentar su valor, sino que es responsabilidad de cada individuo invertir sus beneficios -su sueldo- y activos en ello. Todas estas nociones que conforman el paradigma laboral del neoliberalismo fueron vendidas a la sociedad y a los trabajadores como conquistas de una mayor autonomía frente al férreo encorsetamiento del modelo fordista; sin embargo, terminan por ser justificaciones para responsabilizar a los individuos y trabajadores de aquellas contingencias y contradicciones fruto de la inestabilidad y competitividad del mercado.

La psicología positiva revestía de cientificismo aquello donde no llegaba la psicología humanista, llegándola a sustituir. *La introducción de la noción de felicidad en el ámbito laboral actúa como dispositivo de control sobre los trabajadores y los responsabiliza individualmente a adaptarse a sus circunstancias adversas*. Lo que la psicología positiva hace con la psicología humanista es invertir sus supuestos: *la causa de la felicidad no es el éxito laboral, sino que el éxito es efecto -y causa- de la felicidad*. A mayor felicidad de los trabajadores, mayor productividad. De este modo, desde el mundo laboral -pero también desde el ámbito social- se produce una coacción a la felicidad, el imperativo a ser feliz. El *deber ser feliz para ser más productivo*, para tener éxito en los proyectos que te plantees:

[...] la felicidad se erige así como una condición *sine qua non* para adaptarse a los continuos vaivenes del mercado laboral y para sobrevivir y prosperar en condiciones de inestabilidad, precariedad e intensa competitividad. Más allá, la felicidad ha llegado incluso a condicionar el acceso al mundo laboral, en la medida en que las emociones y las actitudes positivas se han impuesto como rasgos psicológicos esenciales, más importantes que las cualificaciones técnicas o las aptitudes³³⁷

El sujeto feliz que se promueve por esta ideología positiva requiere de *capital psicológico positivo*, un derivado de la noción de capital humano; Cabanas lo define como

³³⁷ Ibid.: p. 103.

el conjunto de aquellos aspectos que un individuo debe desarrollar y que «contribuyen a aumentar la felicidad -fortalezas, emociones positivas, autoeficacia, optimismo, resiliencia, etc.- y que ayudan a los trabajadores a aumentar sus posibilidades de éxito, perseverar en las metas que se proponen, ser más competitivos y superar los momentos de adversidad».³³⁸ Otra técnica es el de la “cultura de empresa” o corporativa, que promueve la individualidad del trabajador, la *responsabilidad de sí*, el *autocontrol* y el *autorrefuerzo* o castigo. Asimismo, se busca generar una identidad entre los intereses de la empresa y el trabajador. Con ella se busca promover un sentido de *pertenencia corporativa* en los trabajadores e incitarlos al *desarrollo de sus propios proyectos*. Ello provoca la percepción del lugar de trabajo no como algo hostil y tedioso, sino como un *lugar privilegiado*, un espacio donde obtener tu conocimiento personal. Pues se busca identificar identidad y trabajo, como vocación, realidades paralelas. Pero la noción de vocación y de trabajo que esconde toda esta constelación de conceptos no es más que una secularización de las nociones de vocación y trabajo del protestantismo.

Este es uno de los grandes problemas que genera este discurso del pensamiento positivo y que la ideología positiva lleva más allá de lo meramente laboral: *la preeminencia de lo inmaterial sobre lo material*. Un programa político que ponga de manifiesto las *condiciones materiales de la pobreza social y la precariedad laboral*, tratando de disminuirlas, *es el mejor programa para generar las condiciones necesarias para la felicidad, la salud mental y física, así como para el progreso moral*. Por ello, concretaré en el último capítulo de mi tesis que un modelo de salida del neoliberalismo es el de la realización de una suerte de *república o democracia de índole materialista y laborista*, pero que al mismo tiempo no desdeñe las luchas simbólicas que el progreso de la moral social requiere frente al racismo, la homofobia, el clasismo, el machismo o la xenofobia.

Como he venido describiendo a lo largo de todo este trabajo, con el neoliberalismo se ha desarrollado culturalmente una filosofía del individualismo que ha permeado en todas las capas de las sociedades occidentales. Un *individualismo radical* que tiene como consecuencia el derrumbamiento de la dimensión social, sustituida por la dimensión psicológica de índole personal, individual. La noción de felicidad diseminada

³³⁸ Ibid.: p. 103.

culturalmente por los acólitos del neoliberalismo es fuente de legitimación del individualismo radical y difusor de sus valores. «Conceptualmente, la psicología positiva asocia felicidad e individualismo de forma muy estrecha, hasta el punto de concebir el individualismo como una condición cultural y ética necesaria para la felicidad como la justificación científica y moral del individualismo».³³⁹ Se produce, así, a través de la industria cultural una guía de la conducta para los individuos, un *ethos* de carácter atomizador. Este *ethos* afirma que “luchar por los propios sueños” y cumplir con éxito todos aquellos objetivos que nos proponemos es, esencialmente, la “felicidad”.

La narrativa de los *coaches* de la felicidad repite un mismo esquema narrativo, así como las mismas ideas. Nuestras sociedades han adoptado como criterio para calificar “una vida bien vivida” a la felicidad, que es el resultado de una lucha permanente e individual por superar las adversidades y por ser feliz. Por ello, debe haber una identificación de los sujetos con la felicidad, lo que implica mantenerse en una actitud positiva permanente, y presentar los aspectos negativos propios como una característica que cada individuo debe trabajar. *Ser positivo* promete que mejorará tu vida. Pero en última instancia promueve el acto de fingir sentimientos positivos, pues lo negativo incomoda al resto de personas. Este imperativo a mantener una actitud positiva puede generar estrés y vacío emocional, pues se pierde el contacto con las propias emociones. La narrativa del *coaching* describe para tal fin una guía tipo, genérica, de tipo terapéutico, que guía a los sujetos a modo de pasos prácticos: reconocer lo que está mal, decidir actuar sobre ello, cambiar y ponerse metas asequibles. La felicidad se convierte, así, en un concepto blanco, es lo que es para cada uno, pues no hay una definición concreta. Es precisamente por esta capacidad de concepto vacío, por su plasticidad, por lo que puede adaptarse a cualquier persona y ser convertido en un producto de consumo más. Antropológicamente, conciben que toda persona necesita ser constantemente más feliz.³⁴⁰ *Es por ello por lo que el individuo nunca puede alcanzar la felicidad, es un objetivo siempre por alcanzar. El desarrollo y crecimiento personal siempre es incompleto, y la mejor versión de uno mismo nunca es alcanzado.*

³³⁹ Ibid.: p. 65.

³⁴⁰ «La felicidad, se dice, no es la ausencia de malestar, sino la continua presencia de bienestar [...], un proceso sin fin de mejora personal en el que los individuos siempre deben aspirar a ser más felices de lo que son» Ibid.: p. 122.

La socialización que promueve la ideología del pensamiento positivo es de carácter *instrumental*. Se ha de alejar de todo aquel individuo con carácter negativo siempre que se pueda, o despedirle si es un empleado (puede generar mal ambiente en el trabajo y echar a perder la empresa). Pero esto resulta contraproducente, ya que a veces pueden resultar útiles y se les debe escuchar para no quedar desconectado de la realidad. El problema radica en que el pensamiento positivo basa las relaciones sociales en los beneficios que nos otorgan particularmente: si nos animan, si nos reafirman, en definitiva, si nos dan algo.

Así que eso de actuar “en positivo” nos conduce al éxito se convierte en lo que suele llamarse una “profecía autocumplida”, al menos en el sentido contrario: no hacerlo nos lleva a fracasar de las formas más graves, por ejemplo ganándonos el rechazo de nuestros jefes o incluso de nuestros queridos compañeros. Cuando los gurús nos animan a quitarnos de encima a la gente “negativa” nos están lanzando a la vez una advertencia: sonríe y no llores la contraria, sigue al rebaño... o prepárate para el ostracismo”³⁴¹

En la ideología del pensamiento positivo visualizar el objeto de deseo provocará que éste se sienta atraído hacia ti. Rhonda Byrne, autora de *El secreto*, afirma que no es la comida lo que engorda, sino «la idea de que la comida engorda»,³⁴² y del mismo modo, se puede adelgazar cambiando de idea. En último término, lo que vende este libro y su autora es que la realidad física y objetiva puede ser manipulada a través de las ideas y los sentimientos. La *metafísica* que subyace es la de la *magia simpática*, lo semejante atrae lo semejante. Pero también este tipo de literatura ha tratado de basarse en la ciencia moderna, concretamente en la física cuántica. Frente al determinismo del mundo de la naturaleza de la física newtoniana, se contraponen la incertidumbre cuántica, generando un abrumador espacio de libertad para el ser humano. A través del principio de incertidumbre, los ideólogos del pensamiento positivo afirman que nuestra percepción y nuestra mente moldean la realidad objetiva y la transforman. Pero la realidad es que los principios de la física cuántica operarían en una escala diferente a la del cuerpo humano y las células, concretamente a nivel subatómico; y que más que justificar el potencial infinito de la mente humana, pone de relieve sus límites. No somos vibraciones que se dejan llevar por la frecuencia de energía que queramos elegir. Según la supuesta experta en curación energética, Sue Morter: «[...] “la ciencia nos ha mostrado, sin sombra de

³⁴¹ Ehrenreich, *Sonríe*: p. 69.

³⁴² Cfr. *Ibid.*: p. 74.

duda”, que creamos nuestra propia realidad. No se sabe muy bien cómo el hecho de que las partículas puedan actuar como ondas y vibraciones significa que “lo que tú decidas que es verdad, es verdad»;³⁴³ y este tipo de pensamiento mágico tiene consecuencias solipsistas, donde aquello que entendemos como realidad sólo puede ser compartido con aquellos que observan el mundo como nosotros, desechando al resto de la humanidad.³⁴⁴ Por último, a través de la metafísica de la *magia simpática* se instruye cómo conseguir atraer cosas o personas para sí. Esto significa que hay un principio de voluntad propio que se impondría, subyugaría, dominaría a la de la otra. *El pensamiento positivo promueve y disemina la lógica de la dominación del hombre por el hombre, del uso instrumental de las personas, las relaciones humanas, las cosas, los animales y la naturaleza.*

Uno de los términos promulgados desde la psicología de autoayuda, el *coaching* y la psicología positiva es el relativo al propio mundo interior, un *cuidado de sí* caracterizado por la *introspección*. Esta técnica tiene como consecuencia la renuncia a la participación social, política y pública. Convierte cualquier situación problemática en una lucha individual condenada en mayor o menor medida al fracaso, así como a la desmovilización social. Una de estas técnicas es el *mindfulness*, de índole individualista y de fe en uno mismo, mezcla espiritualidad y neurociencia. «El *mindfulness* transmite el mensaje de que retirarse al mundo interior no supone admitir ningún tipo de derrota o de desesperación, sino que constituye el mejor medio de conquistar nuestros miedos y ansiedades y prosperar en los tiempos que corren».³⁴⁵ La solución del retiro a nuestro propio mundo interior, más que solución puede terminar siendo parte del problema, ya que no deja de ser una solución particular y con un carácter profundamente individualista. Que las tasas de suicidio hayan aumentado en los últimos años no sólo tiene que ver con la depresión económica, la precariedad y algunas situaciones desesperadas, o con los altos niveles de estrés y depresión fruto del aumento del ritmo de vida y de las exigencias laborales; se debe también a que el individualismo radical promovido ha generado “epidemias de soledad y frustración”.

³⁴³ Cfr. Ibid.: p. 85.

³⁴⁴ «En el mundo de “lo que tú decidas que es verdad, es verdad”, ¿qué tipo de conexiones puede trazar la gente entre sí?» Ibid.: p. 87.

³⁴⁵ Cabanas e Illouz, *Happycracia*: p. 75.

La felicidad ya no es un reclamo para vender algo, como pudo verse en algunas conocidas campañas publicitarias como el de Coca-Cola: “Destapa la felicidad”; sino el producto que se vende:

La felicidad ya no es un simple objetivo secundario o un eslogan publicitario que acompaña a otros productos para traer al comprador con experiencias efímeras de placer, alegría o evasión. Al contrario, la felicidad se ha convertido ella misma en *el* producto fetiche de una industria mundial y multibillonaria que gira en torno a la oferta y la demanda de un amplio catálogo de mercancías emocionales; esto es, servicios, terapias y productos manufacturados y consumidos como técnicas científicas para la gestión de los afectos con el fin de efectuar un cierto tipo de transformación psicológica y personal³⁴⁶

Hoy identificamos a un individuo feliz y sano con aquel que es capaz de gestionar sus emociones, un medio de gestión estratégica para la consecución de los propios fines y metas. Las *técnicas de autogestión de las emociones* son ofrecidas como *técnicas de empoderamiento*. El fin último de estas técnicas es que los sujetos las aprehendan y las pongan en práctica hasta convertirlas en un hábito, hasta que sea un *comportamiento automático e interiorizado*. Esta *autogestión de las emociones*, la *responsabilidad individual*, el *crecimiento personal* y la *búsqueda de la felicidad*, conforman un *ethos*, una *tecnología del yo*, el *cuidado de sí neoliberal*:

Lo emocional es hoy el núcleo sobre el que gravita el *ethos* terapéutico del cuidado de uno mismo característico de las sociedades neoliberales: considerada como una de las principales fuentes de salud física y mental y de la adaptación social, pero también como la causa del sufrimiento, del comportamiento disfuncional y de una amplia variedad de trastornos físicos y mentales, las emociones deben ser gestionadas y correctamente reguladas por los individuos³⁴⁷

Existen también aplicaciones de teléfono que sirven para monitorizar, cuantificar y gestionar los propios avances, y de este modo también vender un producto y comercializar con los datos obtenidos a través de los usuarios. Estas aplicaciones monitorean de manera masiva no sólo las emociones, sino también los pensamientos. Convierten el cuerpo en algo digital, lo que denomino la *digitalización de los cuerpos*, que consiste en procesar toda actividad de los usuarios-individuos en datos que se vinculan a una identidad digital a través de la cual se generan estadísticas e idean perfiles

³⁴⁶ Ibid.: p. 122.

³⁴⁷ Ibid.: p. 127.

de consumidor que pueden modelar el gusto de los consumidores a través de sugerencias según los gustos o reacciones que has tenido. Esta *digitalización de los cuerpos* también se establece a través de la monitorización con dispositivos que recopilan los datos médicos, la actividad física realizada, el ritmo cardíaco, los lugares por los que se ha paseado, etc. Son métodos de disciplina, de formación de la subjetividad a través de la *autoevaluación y monitorización* interior y del exterior de los individuos, obsesionados por su intimidad, sus emociones y su cuerpo, una *obsesión de sí mismos* que, en realidad, más que ofrecer salidas terapéuticas al malestar, terminan generando insatisfacciones y ansiedad con uno mismo. Pero hemos interiorizado tanto social e individualmente este imperativo al escrutinio propio y ajeno, que no comprometerse con ello conlleva un sentimiento de culpa, por dejar de ser disciplinados, cuidadosos, productivos y felices, las cualidades que el neoliberalismo dicta y busca conformar en cada uno de nosotros. El imperativo de la felicidad se hace más patente hoy en nuestros días con la expansión de las redes sociales y la lógica que se implementó en sus usuarios de mostrar en ellas una vida feliz, ya fuese real o mera apariencia.

Y es que esto último es clave para entender el *ethos del sujeto feliz: consiste en un sucedáneo de felicidad, de consumo, comercializable, y que tiene una doble cara: por un lado, es una gratificación instantánea, y por tanto, efímera, que requiere de un consumo constante cada vez que la sensación gratificante desaparece; y por otro lado, se sitúa en un horizonte nunca cumplible*. Si este sucedáneo de felicidad se instala en nuestras sociedades como la base de un concepto de vida buena, no podemos más que concluir que nos encontramos en situación de alienación con un concepto de vida buena propio y que realmente nos conduzca a una verdadera felicidad.

2.2.2. *El sujeto alienado*

2.2.2.1. La subjetividad fragmentada

Lo que aquí he denominado como *subjetividad fragmentada* no es más que un fenómeno producido por múltiples factores dados contemporáneamente, pero en cuya base está la ideología neoliberal y el capitalismo posfordista. Entre algunos de estos elementos se encuentran el trabajo (precarizado), el tiempo, la tecnología digital, el consumismo o la cultura de la individuación. Entre estos factores, se encuentra también la ideología del pensamiento positivo, la cual no son más que pautas y reglas para la

transformación de sí o del *yo*, y que, por lo tanto, tienen como objeto la alteración de la propia subjetividad. De este modo describe Ehrenreich su aplicación:

Para hacer este tipo de esfuerzos se necesita conseguir una extraña alienación de uno mismo: existe un yo interno en el que hay que trabajar, y otro yo interno que es el que ejecuta ese trabajo. De ahí que en la literatura de autoayuda positiva todo sean “reglas”, listas de tareas, formularios de “autoevaluación” y ejercicios. Se trata de instrucciones prácticas para realizar un tipo de condicionamiento o reprogramación que el yo interno debe conseguir sobre sí mismo³⁴⁸

Todas estas técnicas de gestión de las emociones guían para el crecimiento y *floreCIMIENTO personal*, o de crear marca de uno mismo, han de ser comprendidas como “tecnologías del yo”, que conformarán este *ethos positivo* que se incardina con el *sujeto neoliberal empresario de sí mismo*. Una *tecnología del yo* donde el yo se está construyendo y reconstruyendo desde una *subjetividad fragmentada* teniendo en el horizonte de sus expectativas un ideal sobre su persona que no llega a sublimar de manera absoluta debido, primero, a sus expectativas, y, finalmente, a que es un proceso, como ya hemos visto, que nunca debe darse por finalizado.

El *tiempo* también se ha constituido como un elemento que se encuentra alienado de nuestras vidas. El *tiempo de la economía*, entendido éste como el tiempo del capital, ha engullido y transformado todo el *tiempo vital*, reducido a un continuo *tiempo de trabajo*. Para algunas personas el no disponer de *tiempo de descanso*, el estar constantemente ocupado, se ha convertido en signo de *distinción*, en ser un emprendedor, un empresario ocupado con constantes proyectos y actividades. Frente a este estrato social que dispone de un tiempo invertido en proyectos y tareas varias, hay una masa trabajadora empleada en realizar aquellas actividades que el anterior estrato social no dispone de momentos para realizar, pero sí de recursos (dinero) para contratar a quien lo haga por ellos. Estos trabajadores disponen de menos tiempo todavía, y al no “invertirlo” en proyectos de formación para aumentar su *capital humano y social*, se encuentran estancados:

«No me da la vida» es una expresión cada vez más extendida a modo de pauta cultural que vacía y desmantela el tiempo congelado de las costumbres y tradiciones, esas que al mismo tiempo oprimen y protegen. Tiempo que no se tiene porque el trabajo se come a

³⁴⁸ Ehrenreich, *Sonríe*: p. 110.

la vida, y la vida cotidiana queda subsumida bajo el mercado. El tiempo de uno tiene que valer más que el tiempo por el que se les paga a las personas que te liberan de tus tareas cotidianas. Se crea así una nueva capa proletaria invisible que dispone de menos tiempo todavía, pues se lo dedica a la falta de tiempo de otros que pagan para que les saque a pasear el perro o para que todo esté limpio y a la mano³⁴⁹

El capitalismo del siglo XXI ha impuesto de manera exitosa la subordinación de la vida a la producción. Una subordinación que todos aceptamos, ya que los beneficios que encontramos en el sistema, tanto en el mundo del ocio y el consumo como de los servicios públicos del modelo de bienestar, las mejoras de sanidad, ciencia y tecnología, son beneficios deseables que nos cuesta mucho imaginar bajo un modelo productivo y económico diferente -en parte esto se debe a que el triunfo del capitalismo frente a su “enemigo”, el comunismo, tras la caída del muro de Berlín ha supuesto la imposibilidad de pensar mundos diferentes, utopías, destruyendo la imaginación y la capacidad crítica.

La reducción al trabajo de lo que un individuo es, es algo que se da cada vez más en nuestras sociedades. La *intimidación* queda borrada hasta el punto de que el trabajo la coloniza: el *teletrabajo* sitúa al trabajador en el propio espacio de la casa, debiendo cuidar al mismo tiempo a los hijos pequeños, si es que se tienen, disociando el propio trabajo del cuidado familiar; las vacaciones, no obstante, también están siendo colonizadas por el trabajo. Son intranquilizadores los modelos estadounidenses de establecimiento de vacaciones donde en vez de tener por convenio cierto número de días de vacaciones o descanso por los días trabajados, se deja a la libre elección de los trabajadores. Lo que se ha observado es que los trabajadores, por miedo a lo que sus compañeros puedan pensar sobre los días de trabajo que se toman, eligen menos días de descanso y vacaciones de los que, de un modo regulado, tendrían.³⁵⁰

La “hogarización del trabajo”, expresión de Sergio Bologna, supone una extensión de la forma del trabajo del autónomo. Quiere decir esto que uno es en cuanto tal *su* propio capital, capital humano. *Su* propia empresa, *su* propia marca personal. Sin embargo, *su* actividad, en cuanto la flexibilización y la movilidad se expanden, se difumina. *Su* horizonte vital se sume en la incertidumbre contemporánea y los individuos quedan

³⁴⁹ Moruno, *No tengo tiempo*: p. 45.

³⁵⁰ https://blogs.elconfidencial.com/amp/alma-corazon-vida/tribuna/2018-01-20/sueldo-horario-vacaciones_1508504/?utm_source=pocket_mylist última vez visitado 31/05/2022

desamparados y desprotegidos ante la volatilidad de los mercados en los que su vida ha quedado entrelazada sin posibilidad de escapar.

Nuestra sociedad se caracteriza por su control del tiempo, un control que se establece de modo que los sujetos son incapaces de percibir ese control del tiempo al estar normalizado socialmente y aceptado individualmente. Una sociedad donde el tiempo y los sujetos son monitorizados a través de diferentes dispositivos, incluido el propio reloj con el que monitorizamos el tiempo en el que deben realizarse las tareas. Por tanto, un control, pero también un *autocontrol*, pues haber asumido este proceder conlleva a los sujetos la necesidad de gestionar y controlar sus hábitos cotidianos.

Esta es una forma de alienación a través del tiempo, ya que los sujetos no tienen una verdadera voluntad por querer realizar sus tareas en su tiempo determinado y acotado, sino que el motivo se debe a que el tiempo de trabajo se estructura en el centro de la vida, y toda ella queda subsumida por éste. Por lo tanto, el tiempo que queda libre de tiempo de trabajo se debe emplear al cuidado del propio hogar, la compra e incluso el cuidado de los otros, como la familia. Esto además debe ser complementado con el tiempo invertido en la propia formación para aumentar el capital humano y medrar laboralmente.

En este punto me serviré de Hartmut Rosa, quien no sólo explicita, como hemos visto con anterioridad en este capítulo, que la aceleración social supone una forma de precariedad temporal para los individuos, sino también que los individuos de las nuevas sociedades capitalistas, nos dice Rosa, se encuentran subyugados, alienados por el tiempo, bajo la “lógica de la aceleración social”:

No se trata simplemente de que casi todos los aspectos de la vida puedan ser abordados perspicazmente desde una perspectiva temporal, sino también de que las estructuras temporales conectan los niveles micro y macro de la sociedad; por ejemplos, nuestras acciones y orientaciones se coordinan y se hacen compatibles con los “imperativos sistémicos” de las modernas sociedades capitalistas a través de normas, plazos y reglamentos temporales³⁵¹

El tiempo, gobernado por las reglas y la lógica de la aceleración, desencadena un nuevo modo de alienación de los sujetos, pues, dice Rosa, «en su forma actual “totalitaria”, la aceleración social conduce a formas de alienación social graves y

³⁵¹ Rosa, *Alienación*: p. 9.

empíricamente observables, que pueden ser consideradas como el obstáculo principal para la realización del concepto de una buena vida en la sociedad tardo moderna».³⁵²

Los cambios sufridos del modo de vida de los sujetos dan lugar a formas de pensamiento social; dichos cambios han sido interpretados como *procesos de racionalización* (como explican el filósofo Jürgen Habermas y Max Weber), *de diferenciación* (ejemplo de ello, los sociólogos Emile Durkheim y Niklas Luhmann), *de individualización* (como los también sociólogos Georg Simmel y Ulrich Beck) y *de domesticación o transformación en mercancía* (por los filósofos *críticos* Karl Marx, Theodore Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse). Hay tres categorías o tipos de aceleración, explica Rosa: *la aceleración tecnológica, la aceleración del cambio social y la aceleración del ritmo de vida*.

Los efectos de la *aceleración social* generan en las sociedades y en los individuos una serie de efectos perniciosos que, para Rosa, urgen a la filosofía y a las ciencias sociales abordar esta cuestión. Dos son los principales motivos que encuentra:

Primero, porque la sociedad moderna no está regida y coordinada por reglas normativas explícitas, sino por una fuerza normativa silenciosa de reglas temporales, que se presenta bajo la forma de plazos, cronogramas y otros límites temporales. Más aún, las fuerzas de la aceleración, por más que no estén articuladas y sean completamente despolitizadas, al grado de que parecen axiomas naturales, ejercen una presión uniforme sobre el individuo moderno que llega a configurar un régimen acelerador totalitario. Pero, en segundo lugar, en mayor medida a espaldas de los actores, el régimen de aceleración de la modernidad transforma nuestra relación con el mundo como tal, es decir, con nuestros congéneres humanos y con la sociedad (el mundo social), con el espacio y con el tiempo, y también con la naturaleza y el mundo de los objetos inanimados (el mundo objetivo), y de esta manera, en última instancia, la aceleración transforma las formas de la subjetividad humana (el mundo subjetivo) y también de nuestro “estar en el mundo”³⁵³

La *aceleración* se torna en un problema de índole filosófico para Rosa en tanto en cuanto supone un obstáculo para la *autonomía individual y colectiva*. La *aceleración tecnológica* provoca una *desvalorización o pérdida de significado del espacio en las acciones e interacciones sociales*. La proximidad espacial ya no es un requisito necesario para mantener relaciones sociales estrechas, y genera consecuencias significativas para

³⁵² Ibid.: p. 11.

³⁵³ Ibid.: pp. 71-72.

ellas, y, por lo tanto, para las estructuras del mundo social. La *contracción del presente* debido a los medios de comunicación digitales produce un incremento de los contactos sociales que tienen los sujetos, produciendo un “yo saturado”. Las nuevas formas de comunicarse y relacionarse tienen también consecuencias para las formas modernas de la subjetividad. Que el mundo social ya no permanezca estable a lo largo de la vida de un individuo tiene consecuencias importantes para los patrones dominantes de la identidad y la subjetividad, pues nos encontramos ante relaciones flexibles, que aparecen y desaparecen a veces sin ningún aviso, generando *miedos sociales*, *vulnerabilidades emocionales*, y un *mayor rechazo a establecer fuertes vínculos con los demás*. Asimismo, la *aceleración social* también transforma la percepción de los individuos sobre el tiempo y su biografía, que ya no es lineal, sino *discontinua*, como secuencias de episodios deshilvanados. Ello conlleva nuevas maneras en la que los sujetos son ubicados en el mundo, transformando el modo en que se mueven y orientan en él. Aunque ello no significa que sea buena o mala la aceleración social, se advierte que estos cambios, a esta escala, están generando nuevas *patologías sociales*, así como desarrollos destructivos, produciendo *angustia*, *estrés* y, en definitiva, *sufrimiento*. Un nuevo modo de alienación, como veremos más adelante.

La aceleración deviene en una *fuerza totalitaria* en y de la sociedad moderna, un principio absoluto que «somete a su autoridad a todos los que viven bajo el mismo», dirá Rosa. *Un poder es totalitario cuando ejerce presión sobre la voluntad y las acciones de los sujetos, cuando es ineludible, omnipresente en todos los ámbitos de la vida social y cuando es difícil realizar una crítica para luchar contra él.*

Es por ello por lo que podemos decir que la alienación contemporánea se manifiesta, entre otros ámbitos, a través del ámbito laboral, como un determinado fenómeno: el *sufrimiento*. Por ejemplo, la relación entre el obrero-trabajador y el aparato administrativo de la empresa es de dominación, una dominación que genera sufrimiento. Los dos efectos del sufrimiento que más viven los trabajadores de la fábrica son la *insatisfacción* y la *ansiedad*. El obrero siente que le han desposeído de la dignidad mediante la *automatización* de su forma de trabajo. Se sienten asimismo inútiles frente a la finalidad de su trabajo y tareas, siempre repetitivas, haciendo de su jornada laboral una síntesis práctica del *mito de Prometeo*. No encuentra el significado de su tarea en el conjunto de la actividad de la empresa, pero sobre todo no encuentra una significación humana a su tarea. Se sienten *descalificados*, ya que socialmente se ven como

trabajadores simples sin interés para un estrato social burgués y de valores burgueses. Todo ello se puede englobar en un sentimiento depresivo, de fatiga, resultado del trabajo taylorizado.

Realizar una tarea sin inversión material ni afectiva, exige la producción de esfuerzo, de voluntad, que en otras circunstancias serían soportadas por el juego de la motivación y del deseo. La vivencia depresiva se alimenta por la sensación de embotamiento intelectual, de anquilosis mental, de parálisis de la imaginación, y marca el triunfo del condicionamiento sobre el comportamiento productivo³⁵⁴

El sufrimiento es mayor cuando la rigidez de la organización del trabajo y la división del trabajo son mayores, y por ende menor la significatividad del trabajo. En otras ocasiones, supuestas mejoras ergonómicas en el trabajo producen efectos perniciosos en otras facetas del trabajador. Generalmente produce perjuicios psicosomáticos. La insatisfacción fruto de la carencia de contenido significativo del trabajo genera sufrimiento mental que puede igualmente dar lugar a afecciones psicosomáticas. Por ello hay que atender también a la personalidad individual en la relación hombre-trabajo, ya que genera insatisfacción en la relación con el contenido ergonómico del trabajo con la necesidad de la propia personalidad. Se trata por lo tanto de ofrecer a los trabajadores satisfacciones concretas (protección de la vida y salud del cuerpo) y satisfacciones simbólicas (deseo y motivaciones).

El sufrimiento laboral se encuentra también en otros trabajos. En las oficinas de teleoperadores hay una fuerte jerarquía y control de los trabajadores, vigilados y cronometrados, controlando su lenguaje. Este control del lenguaje continúa aún fuera de las oficinas. Por otro lado, los teleoperadores son puestos en tensión a menudo por el receptor, que les insulta o los discrimina por su etnia. Los teleoperadores sufren una despersonalización a través del lenguaje de empresa y de las relaciones y diálogos con los consumidores-abonados o receptores. Se produce aquí un disciplinamiento de la conducta de los trabajadores a través de la ansiedad y el sufrimiento producidos por la continua vigilancia y control, que deviene en un autocontrol del sujeto trabajador:

Estar permanentemente en situación de ser controlado es el eje de esta violencia del poder. No podemos imaginar un disciplinamiento más eficaz y más perfecto que el hecho de poder ser controlado en todo momento, sin ni siquiera saber en qué momento se realiza

³⁵⁴ Dejours, *Trabajo*: p. 57.

el control. Es de alguna manera la fabricación artificial de un autocontrol. Ya que temer ser vigilado, es al mismo tiempo vigilarse a sí mismo. El temor y la ansiedad son los medios por los cuales se logra hacer respetar la prescripción jerárquica. En el primer plano, se destaca la ansiedad: *actuar conforme a las órdenes, obedecer y protegerse de la ansiedad que engendra el riesgo de ser descubierto cometiendo errores*³⁵⁵

La propia organización del trabajo busca crear tensión en los trabajadores para explotar la agresividad generada en ellos. A través del sufrimiento se obtiene un aumento del trabajo (por ejemplo, los operadores buscan cortar antes las comunicaciones improductivas). Esto resulta algo a priori paradójico y contraintuitivo, sin embargo, Dejours lo justifica así: «Por un lado, la angustia es la correa de transmisión de la *represión*, por el otro, irritación y tensión nerviosa son los medios para arrancar un *sobretabajo*. [...] *El sufrimiento psíquico, lejos de ser un epifenómeno, es el instrumento para obtener el trabajo*. El trabajo no produce sufrimiento, es el sufrimiento el que produce trabajo».³⁵⁶ Cuanta más tensión, cuanto más nerviosismo, más se trabaja. Los trabajadores menos pacientes obtienen mejor rendimiento. *No se explota tanto el sufrimiento como los mecanismos defensivos contra éste*. El sufrimiento deviene de la despersonalización, la frustración y la agresividad son sus efectos, y la tensión y el nerviosismo son explotados para aumentar el ritmo de producción.

La *ansiedad* también se explota por la *organización del trabajo*. La ansiedad es fruto de la ignorancia, del desconocimiento que se produce por la *incertidumbre* dentro del propio trabajo. Entre los trabajadores de una fábrica se produce una dinámica defensiva colectiva frente a la ansiedad es generar juegos con riesgos del trabajo que aumentan la ansiedad; lo que se respira en la fábrica, en última instancia, permite permanecer constantemente atento. Por esta atención, los obreros reaccionan con premura ante los incidentes producidos. La ansiedad compartida termina generando solidaridad de eficacia, una dinámica grupal.

Las formas mentales defensivas contra el sufrimiento, si son sólidas y funcionan bien, pueden tener un efecto *anestésico*, generando una insensibilidad al sufrimiento, y tornándose en forma de resistencia ante el cambio. Esto deviene asimismo en forma de alienación en el trabajo.³⁵⁷ Cuando estos procedimientos defensivos construyen y

³⁵⁵ Ibid.: pp. 121-122. En cursiva en el original.

³⁵⁶ Ibid.: p. 123. En cursiva en el original.

³⁵⁷ Ibid.: p. 184.

constituyen un *sistema de valores* promoviendo la defensa como un fin en sí mismo, hablamos de *ideología defensiva*, y que tiene efectos problemáticos sobre las relaciones sociales fuera del entorno laboral.

Todas estas experiencias laborales constituyen el poso de experiencias a través de las cuales se generó un concepto que hoy en nuestros días tiene una fuerte importancia: el *burnout*. Estar quemado, agotamiento o desgaste. El *burnout* se sitúa como el síndrome más importante dentro de las nuevas patologías mentales de nuestra época fruto de las jornadas de trabajo. «El cansancio, el agotamiento del cuerpo [...] son una pieza necesaria, aunque insuficiente, de la alienación por la organización del trabajo».³⁵⁸

Las crisis vividas durante estos inicios del siglo XXI³⁵⁹ están generando un malestar continuo de las clases medias en Europa occidental. Una razón de ello es el efecto producido por la privatización y el vaciamiento de los servicios públicos como recetas de las políticas neoliberales, destruyendo una gran cantidad de empleos públicos. Las privatizaciones y la liberalización del mercado también han supuesto una mayor precarización de los trabajos debido a la necesidad de ajustar y disminuir costes, y repartir los beneficios con el accionariado de las empresas privadas. La segunda razón que recoge Sergio Bologna es que los cuadros intermedios de las empresas han visto como su trabajo y responsabilidad aumentaban mientras sus sueldos eran congelados, generando mayor carga psicológica, estrés y fatiga, dando lugar al fenómeno del burnout. Una tercera razón se debe a que, fruto de los efectos de las políticas neoliberales de privatización y liberalización, los servicios públicos se degradan afectando a los ciudadanos; los salarios disminuyen y la vivienda privada se encarece fruto de la especulación inmobiliaria, generando mayores dificultades para su acceso; y en el ámbito de la empresa privada, un despido siendo de mediana edad supone una dificultad mayor para acceder de nuevo a un empleo, siendo su destino más probable el paro indefinido, cuando no permanente.

Todo esto no dejan de ser elementos que dan lugar a muchas situaciones de estrés y generando un desgaste mental y físico que afecta a un gran número de la población.

³⁵⁸ Ibid.: p. 166.

³⁵⁹ A fecha de hoy, no podemos obviar que no sólo hemos vivido generacionalmente crisis económicas importantes, sino también crisis de salud pública y crisis bélicas que llevan aparejados a ellas crisis de suministros internacionales o crisis energéticas que, finalmente, han dado lugar a una nueva crisis económica. Por no hablar de la ya permanente crisis climática que a una determinada generación viviremos probablemente ya hasta el resto de nuestros días. Todas estas crisis nos afectan mentalmente y nos sitúan al mismo tiempo en una determinada forma de alienación al ser incapaces de manera individual de darles respuesta. Sólo podemos dársela de manera política, colectiva y participativamente.

Pero Graeber nos propone otra posibilidad de desgaste fruto de los trabajos inútiles e insignificantes. ¿Cómo es posible que un trabajo en el que apenas hay que hacer nada y se tiene buen salario acabe afectando psicológicamente? Graeber nos habla del caso de Eric, en el cual se funden dos cuestiones; su clase social, trabajadora y humilde, y la carencia de sentido y de utilidad de su trabajo.³⁶⁰ El componente social y las propias características personales del sujeto imposibilitaron que aquel trabajo de mierda pudiera haberle servido como trampolín a un mejor puesto o incluso más significativo. Si hubiera actuado bajo la lógica del sujeto-empresario quizás hubiera hecho contacto y adquirido capital social como para haber salido en poco tiempo de su empleo insignificante.

En estos empleos, el discurso de la eficiencia no se sostiene, ya que algunos trabajadores, una vez realizadas las tareas, deben fingir estar ocupados. Si algo aprenden estos jóvenes universitarios o recién graduados de esta primera experiencia es lo siguiente:

1. Cómo trabajar bajo la supervisión directa de otra persona; 2. Cómo fingir que se está trabajando incluso cuando no hay nada que hacer; 3. Que no se recibe un salario por hacer cosas que se disfrutan, por muy útiles e importantes que sean; 4. Que sí se recibe un salario por hacer cosas que no se disfrutan y que no son en absoluto útiles e importantes, y 5. Que, en los trabajos de atención directa al público en los que se recibe un salario por hacer cosas que no se disfrutan, es necesario además fingir que sí se disfrutan ³⁶¹

Esta es una incongruencia para el discurso de eficiencia del mercado y del desarrollo de las cualidades personales que el neoliberalismo nos ofrece ideológicamente. Las teorías económicas que tratan de explicar los comportamientos económicos siguen el modelo del *homo oeconomicus*, y cuyo supuesto se resume en que *cualquier sujeto libre escogerá entre todas las elecciones posibles aquella que le proporcione el mayor beneficio con el menor gasto de recursos y esfuerzo*. Entonces, ¿por qué afecta a las personas psicológicamente tener trabajos inútiles, si según esta visión economicista debería reportar el mayor beneficio con el mínimo coste? Graeber lo simplifica en una frase: «Un ser humano incapaz de tener un impacto significativo en el mundo deja de existir».³⁶² Es decir, forma parte de la naturaleza humana buscar significado en aquellas tareas que realiza. Asimismo, la exigencia de fingir que se está trabajando en estos

³⁶⁰ Cfr. Graeber, *Trabajos*: p. 113.

³⁶¹ *Ibid.*: p. 121.

³⁶² *Ibid.*: p. 127.

empleos es visto como una coerción hacia los trabajadores, una limitación de la libertad: «[...] verse obligado a fingir que se está trabajando sólo por aparentar es una humillación, ya que la exigencia se percibe -con razón- como el ejercicio puro del poder por el poder. Si el juego simulado es la expresión más pura de la libertad humana, el trabajo simulado impuesto por otros es la expresión más pura de la falta de libertad».³⁶³

El sujeto no puede encontrar significado en lo que hace, está *alienado* al ser incapaz de reflexionar y, sobre todo, llevar a cabo *un modelo de vida buena* conformado por sí mismo y que no venga dado de la mano del consumismo, la *incertidumbre* del día a día le lleva a tener que reconfigurarse constantemente para poder adaptarse ante cualquier eventualidad. En definitiva, el *sujeto atomizado* debe generar una *subjetividad fragmentada*, incompleta permanentemente para poder *reconfigurarse* siempre que le sea posible y necesario.

El individuo contemporáneo debe tomar riesgos. El *riesgo* es un imperativo que se concibe como una necesidad de innovación inherente a nuestra cultura. Sin embargo, la simple voluntad de riesgo es insuficiente para llegar a adaptarse al mundo flexible y contingente. Lo que es consustancial a nuestra época es la necesidad de riesgo, lo cual es sostenido por el grueso de la población. El riesgo se ve fundamentado por toda una cultura a través de la literatura y de la industria del entretenimiento, exportando un modelo de vida, un ethos. Así se convierte en algo normalizado y establecido inconscientemente, en un modelo aspiracional para aquellos que lo dotan de un estatus de clase alta. Un sujeto que arriesga es un sujeto que se expone al riesgo, es un vivir en un permanente estado de vulnerabilidad, fruto de una preocupación constante por la necesidad de éxitos personales, ya que quedarse inmóvil y no arriesgarse es, no sólo cobarde, sino un fracaso de la propia falta de voluntad. Al riesgo le es inherente la regresión a la media, un volver a empezar, de tal forma que hay una falta de relato lineal y, por lo tanto, de dificultad de concatenar sucesos, causas y efectos. Así, la exposición al riesgo deviene en una *corrosión del carácter* fruto de estar constantemente volviendo a empezar, y generando una subjetividad fragmentada.

³⁶³ Ibid.: p. 129.

La flexibilidad de las instituciones, el intento de disolución de la rutina, el cortoplacismo, las corporaciones en redes amorfas para eliminar la rígida burocracia; todas estas características moldean a los individuos generando una determinada subjetividad, neoliberal y empresarial. En la *sociedad del riesgo*, donde la forma estructural de la empresa es en redes y no piramidal, cobra importancia el capital social de los sujetos para adquirir mayor movilidad laboral y aprovechar mejor las oportunidades de ésta. Sin embargo, hay una tendencia de los individuos más débiles a la desorientación fruto de esta movilidad.

La palabra y la idea del fracaso ha sido eliminada como consecuencia de la seguridad positiva que la borra terapéuticamente a través de la literatura de autoayuda y del *coaching* empresarial. Justamente hoy el fracaso es más habitual puesto que llegar a formar parte de la élite es cada vez más difícil, pero sus intentos son incentivados a través de estas herramientas, como las tesis sociológicas que abogan por la meritocracia, y de algunos pocos ejemplos prácticos tergiversados sobre las grandes fortunas iniciadas en un garaje y sin recursos. En referencia al *ascetismo mundano* de Weber dice Sennett: «Una de las razones por las cuales es difícil mitigar con dólares la sensación de fracaso puede ser una especie más profunda: no poder estructurar una vida personal coherente; no realizar algo precioso que llevamos dentro; no saber vivir sino meramente existir».³⁶⁴ La respuesta general a esta deriva existencial es la de “crearse o constituirse a uno mismo” a través del trabajo y de la cultura empresarial. La sociedad del riesgo empresarial y del fracaso laboral patentiza la vulnerabilidad del trabajo como “carrera profesional”. Sin embargo, a pesar de estos discursos los niveles de estrés y angustia generados por el trabajo siguen siendo altos, en gran medida ante la falta de tiempo para hacer otra cosa que no sea trabajar y dormir para poder volver al trabajo. Ello supone una nueva alienación con respecto al tiempo de vida, que se nos presenta como escaso, y que nos impide llevar a cabo lo que cada uno considere su concepto de *buena vida*, si es que se ha tenido tiempo para reflexionar sobre ello.

El individuo moderno es un *sujeto “incompleto”*, pues siempre busca nuevas formas de crear y realizarse, y su completitud siempre es a futuro, pero sin un horizonte a la vista. El individuo moderno civilizado por la sociedad y purgado como átomo social es la culminación de un proceso de individualización que «consiste en transformar la

³⁶⁴ Sennett, *La corrosión*: p. 125.

“identidad” humana de algo “dado” en una “tarea”, y en hacer responsables a los actores de la realización de esta tarea de las consecuencias (así como de los efectos colaterales) de su desempeño». ³⁶⁵ Los problemas y las contradicciones sistémicas son efectos gestados en la sociedad, pero cuyas responsabilidades se encargan en los propios individuos. No puede siquiera pensarse en una actuación colectiva, puesto que la convergencia de preocupaciones individuales, generales, no son aditivos, no forman una suerte de causa común que lleve a la participación colectiva para la resolución de problemas generales o sistémicos. El individuo es indiferente, en contraposición del ciudadano, que procura su bienestar propio a través del bienestar de su ciudad.

2.2.2.2. Ignorancia y violencia. Reproducción de la barbarie

Lo que en este punto quiero reafirmar es que todo este proceso de subjetivación basada en lo económico y en unas concepciones del individuo, la libertad o la voluntad bajo la influencia del neoliberalismo han generado un estado de cosas que ha afectado a la percepción del individuo desde el punto de vista cognitivo. No sólo en una cuestión ideológica, sino también en un ámbito del entorno informativo y mediático. El *sujeto alienado* no lo es sólo por todo lo visto en los puntos anteriores, sino también porque se encuentra en un estado de vulnerabilidad en la que su mera individualidad no puede ayudarle a afrontar los problemas que ello le provoca. No tiene las herramientas necesarias para escapar de la *barbarie* a la que se ve sometido.

Los individuos han buscado *certidumbres* ante esta fragilidad de su carácter: la patria, las banderas, cierta idea de libertad (libertaria). Pero en realidad han sido *conmovidos* hacia posiciones conservadoras a través de su *indignación*. La fragilidad de su carácter provoca que no tengan unos *valores y principios estables*, sino *fragmentarios y cambiantes* según qué lado del espectro político mueva su indignación, profundamente emocional. El significado clásico de carácter hace referencia al «valor ético que atribuimos a nuestros deseos y a nuestras relaciones con los demás [...]». El carácter de un hombre depende de sus relaciones con el mundo [...]. El carácter se centra en particular en el aspecto duradero, «a largo plazo», de nuestra experiencia emocional». ³⁶⁶

³⁶⁵ Bauman, *La modernidad*: p.37.

³⁶⁶ Sennett, *La corrosión*: p. 10.

Esto en parte se debe también a la degeneración de los medios de comunicación. Internet vino a cambiarlo todo, hasta el punto de que Twitter se ha convertido en el medio de comunicación por excelencia donde muchos individuos se informan, pero también lo hacen a través de Instagram, Facebook, WhatsApp o TikTok, es decir, hablamos de redes sociales donde no hay un control de aquello de lo que se informa, ni una editorial, nada que compruebe las fuentes de las que se extrae la información. El consumo es *inmediato*, y lo que prima es la *viralidad*. William Davies exponía que lo negativo, aquello que enfada y genera emociones agresivas, tiene mayor número de visualizaciones y se expande con mayor velocidad por la sociedad. Como un virus. *Lo negativo se viraliza más rápido que aquella información más amable*. Por otro lado, Eli Pariser en *El filtro burbuja. Cómo la web decide lo que leemos y lo que pensamos* ha descrito cómo los filtros burbuja, esto es, aquella información que consumimos con un mismo sesgo ideológico y del cual no salimos, tiene como efecto reafirmarnos en nuestras propias opiniones.³⁶⁷

Defiendo en esta tesis que el problema al que los medios de información se han enfrentado es a que han tenido que imitar muchas de las estrategias que se siguen en Internet: en televisión prima la inmediatez, lo espectacular, lo que indigna al espectador, lo que saca las emociones más primarias del espectador, la crispación entre tertulianos, la opinión sin expertos que contradigan las falsas opiniones. Y en prensa escrita no están mucho mejor. Para ganar mayor número de visitas se busca generar controversia con titulares y contenidos sensacionalistas, menos reportajes y más opinión, lo pornográfico (para hombres) tiene preeminencia sobre el reporterismo de datos, el contenido debe ser poco refinado, con un lenguaje no muy complejo y artículos reducidos.

«El interés público se limita a la curiosidad por la vida privada de las figuras públicas, y el arte de la vida pública queda reducida a la exhibición pública de asuntos privados y a confesiones públicas de sentimientos privados (cuanto más íntimos, mejor)». ³⁶⁸ La sociedad no busca cosas comunes ni principios de vida en común, sino que los individuos buscan interconectarse, necesariamente, a través de compartir intimidades, construyendo así comunidades de vínculos efímeros y frágiles mediante la conexión con emociones dispersas y erráticas que cambian aleatoriamente de objetivos. Son

³⁶⁷ Pariser, Eli (2017). *El filtro burbuja. Cómo la web decide lo que leemos y lo que pensamos*. Taurus, Barcelona.

³⁶⁸ Bauman, *La modernidad*: p. 42.

comunidades de preocupaciones, ansiedades y odios compartidos, formadas por individuos solitarios, pagados de su propio ego.

Estos hechos en los medios de información y de las redes sociales también han contribuido, en gran medida, a expandir la *subjetividad fragmentada* en la sociedad. La presencia de gran cantidad de bulos (*fake news*) en este tipo de entornos informativos no sólo ha generado que muchos individuos tengan un conocimiento erróneo sobre los acontecimientos del mundo, sino que sobre todo han implantado la duda sobre si se ha de creer a unos o a otros. Ese último caso es, en verdad, el peligroso. La mera *voluntad* se ha erigido como fuente de autoridad: la *propia voluntad*. Como vimos con Ehrenreich anteriormente, es la propia voluntad, aquello que me hace sentir que es *lo cierto*, aquello en lo que se creará como verdadero. Ante la falta de orientación y de compromiso, las personas adquieren un “conservadurismo cultural”, una “comunidad simbólica idealizada”, que dota de coherencia a una vida que la ha perdido. Este momento histórico nos ha conducido ante una *contramodernidad* donde la incertidumbre y la privatización de los riesgos nos conducen a una trampa: asumimos como propios los problemas sociales o sistémicos. El sujeto se vuelve o se piensa responsable de sucesos que escapan a su control. Es la trampa del “hombre de éxito” que se ha hecho a sí mismo. La fuerza de voluntad -“querer es poder” y otros eslóganes afines- es la esencia de la ética contemporánea.

A través de la cultura del sentimentalismo y que la televisión, la literatura y otros medios se han encargado de expandir mediante el culto al sensacionalismo, se ha democratizado la sensación o el sentimiento de la importancia individual. Theodore Dalrymple nos desglosa en *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad* cómo, a través de las emociones incontroladas, lo que él denomina el *sentimentalismo*, la sociedad ha degenerado en una violencia informativa y mediática. El mundo se ha vuelto un lugar hostil, volátil, y mientras tanto, son las historias trágicas las que otorgan importancia, que nos sacan de la anodina cotidianidad. Hoy en día tienen gran demanda la literatura del tipo “Historias Trágicas de la Vida”, así como “True Crime”, ¿por qué?, se pregunta Dalrymple, porque «la existencia de las historias trágicas de la vida sobre las que llorar, en primer lugar depende de, y parasita en, la violencia de los que convierten las historias de la vida en trágicas».³⁶⁹ Este

³⁶⁹ Dalrymple, Theodore (2016). *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. Alianza, Madrid: p. 46.

sentimentalismo cultural está promoviendo en la sociedad una *emotividad infantil e incontrolada* -que está encontrando un fuerte canalizador político en los populismos de todos los espectros ideológicos en todas las zonas del globo.

Si en algo se distingue el sentimentalismo contemporáneo de sus versiones anteriores es por su carácter público. En un mundo donde la realidad sucede a través de pantallas, a través de los medios, aquello que sucede fuera del medio público no es real. Hay una exigencia de la sociedad a la *expresión pública de los sentimientos*, que además *debe ser* de simpatía y de apoyo a quien se presenta como *víctima* del drama de la vida. Esta expresión debe, además, ser *vehemente*. Por otro lado, este sentimentalismo es de carácter populista y termina afectando a la política, que ante las peticiones “del público” se termina cediendo y concediendo. Cabe pensar que el día que quiten las cámaras en el Congreso de los diputados es probable que sus señorías se dejen de teatrillos e insultos. Este sentimentalismo ha empeorado la calidad de nuestras democracias, de nuestros programas de televisión, de nuestra oferta cultural e incluso de nuestras conversaciones personales, así como a nosotros mismos como personas.

No afirmo, en estas líneas, la necesidad de un estado racional que se superponga a los estados emocionales. Más bien al contrario. Los afectos y estados emocionales son connaturales al ser humano. No se trata de suprimirlos ni de controlarlos, no somos máquinas frías, racionalidades puras ni puro cálculo, pero debemos preguntarnos cómo, cuándo y hasta qué punto deben ser expresados y qué lugar deben ocupar en la vida, tanto individual como pública, de las personas. Lo privado coloniza el espacio público, y todo se torna en exhibición pública, puro exhibicionismo impúdico, eliminando toda barrera de intimidad y privacidad.

El sentimentalismo es sensacionalista y promueve la reacción sobreactuada. Prescribe también el juicio moral, un juicio emocional e infantil. La sociedad educada en el sentimentalismo de masas exige a los individuos sentir como propia la tragedia ajena para ser reconocido como virtuoso moral. La exhibición de las emociones tiene también un componente de pertenencia a una clase de individuos superiores moral y emocionalmente. Si quieres la simpatía del público debes emocionarte en público, pues se considera un signo de autenticidad. Se considera negativo no *exhibir* las emociones, produciéndose el *imperativo a la transparencia emocional*.

En definitiva, la manipulación de las masas es facilitada gracias a su sentimentalismo, moldeada por la cultura de masas sensacionalista y dirigida políticamente mediante políticas populistas que juegan con la “percepción de verdad” y los miedos de los individuos. Asimismo, un modo de conocimiento propio del sentimentalismo es aquel que percibe la realidad a través de sus emociones, es decir, algo es así porque así lo ha sentido. Entramos de este modo en un mundo solipsista al que somos incapaces de acceder y comunicar si no es por nuestro propio mundo interior sentimental, incomunicable, pero sí sensible mediante la exhibición, más o menos sobreactuada, de los sentimientos, y por lo tanto, más bien interpretables que cognoscibles.

Es el fin de la *intersubjetividad*. ¿Cómo puede haber comunicación siquiera entre individuos con percepciones sobre la realidad diferentes? ¿Cómo dialogar políticamente entre ideologías distintas, entre aquellos para quienes lo emocional discrimina qué es cierto y qué no lo es? Estos son los problemas a los que nos enfrentamos. La expansión de la *barbarie*, fruto de la cultura de la ignorancia, que genera discursos sobre el orgullo de ser estulto, y de una *sapiofobia*, sospecha de los que saben, es ya una eventualidad con tan difícil solución como la expansión del desierto por las altas temperaturas por la crisis climática.

2.3. Conclusiones

El neoliberalismo constituye laboralmente un sujeto de rendimiento a través de diferentes subjetividades. Hemos podido comprobar que hay una subjetividad generada por la deuda (el *homo debitor* estudiado por Lazzarato), aquella generada a través de la actuación en el libre mercado competitivo, aquella que surge a través de la apertura al consumo, el propio ejercicio del trabajo a través de una moral del trabajo que es hoy un neopuritanismo, o también a través de formas de consumo específicas que desarrollan sus particulares subjetividades, como la industria de la felicidad o el management empresarial.

Pero a pesar de que les hemos dado a muchos de ellos un tratamiento específico, todas ellas conforman el sujeto de rendimiento de nuestros días, provocando una serie de patologías sociales que aún estamos en proceso de investigación, pero cuyos tratamientos no solucionan el problema. Estas patologías se deben al ritmo desenfrenado en que hoy el trabajo tiene lugar, las dinámicas que genera y los tiempos que consumen. Los tratamientos que se llevan a cabo no son más que dopaje para poder seguir siendo productivo. La máquina de generar valor nunca debe parar. Por ello, hemos de buscar individualmente el modo de ser felices, de mantener una actitud positiva, de reciclar nuestros conocimientos para mantener nuestra ventaja competitiva en el mercado laboral, buscar nuestro progreso sin conformismos, mantenernos en buen estado físico o de salud, etc. Se es sujeto de rendimiento incluso en tiempo de ocio y descanso, pues seguimos rigiendo nuestros actos conforme a la vida laboral, que subyuga todo lo demás: el tiempo de crianza, el de cuidados, el de descanso, el de ocio, etc.

El trabajo se ha constituido socialmente como el único tiempo socialmente imprescindible y útil. En este punto, neoliberalismo y capitalismo se vuelven indiscernibles, pues la categoría de trabajo capitalista sigue operando del mismo modo dentro de la estructura posfordista neoliberal. El tiempo de trabajo coloniza el tiempo de vida, como hemos podido ver, y destruye de este modo las formas de compromiso que requieren un largo plazo. Sin tiempo vital para poder llevar a cabo otros tiempos, todo queda subyugado a un tiempo del corto plazo, la temporalidad digital, que se basa en la instantaneidad de los procesos. Llevar el tiempo de vida del orden físico al orden digital no sólo es un problema para la mentalidad y los cuerpos humanos, sino también para la renovación de los ciclos de la naturaleza, que son más lentos incluso que el ciclo vital humano.

A través, especialmente, de los trabajos de Jonathan Crary y de Jorge Moruno, hemos realizado una investigación en torno a la categoría del tiempo que, a la luz de Hartmut Rosa, deviene en un elemento totalizador que genera precariedad, alienación y sufrimiento. El tiempo es entendido hoy como un recurso de producción y rendimiento: un tiempo que ha de ser empleado siempre de manera útil, siempre generando. No estar ocioso es visto por algunas clases como una categoría de distinción, mientras que para otras, es la imposibilidad de poder tener una vida ajena al trabajo, una vida con tiempo de descanso y, si acaso, desarrollo personal. El imperativo al rendimiento del tiempo conduce a una mentalidad digital, 24/7, e instantánea. Mientras que las clases más pudientes buscan proyectos en los que mantenerse activos, precarizan el tiempo de las clases trabajadoras, empleadas en aquellas labores en las que ellos no pueden “malgastar el tiempo”. Con la precariedad laboral que se establece en torno al tiempo se genera, pues, una alienación -no ser propietario, por expresarlo de algún modo, del propio tiempo, y por ende, de la propia vida- y un sufrimiento, agotamiento de sí. Este sufrimiento, laboral, temporal, material e incluso mental, se constituye en un callejón sin salida para la que es necesario actuar políticamente, pues es imposible resolverla de manera neoliberal, como pretende decirnos toda la narrativa del coaching y del management.

Es por este sufrimiento que se ha generado toda una industria, la industria de la felicidad. La obra de Barbara Ehrenreich fue para mí enseguida de una gran importancia. Actuando como un libro entre el periodismo de investigación, la sociología y el ensayo, abría toda línea de investigación para vincular el discurso de la psicología positiva dentro de las narrativas neoliberales más allá del ámbito laboral. En *Sonríe o muere*, Ehrenreich no se dedicó a narrar su experiencia al darse de bruces con la psicología positiva durante su proceso de enfermedad provocado por un cáncer, sino que fue más allá, y trató de abarcar en su investigación todos los campos en los que la psicología entraba: la salud mental, la enfermedad, el mundo laboral, el desarrollo personal o el dinero. Pero, además, establecía un vínculo entre la psicología positiva y el protestantismo, en una suerte de investigación de la religión a la Weber. Es, por lo tanto, una obra crucial para comprender los orígenes de la psicología positiva norteamericana, y para entender el fenómeno del imperativo a la felicidad y al bien-estar.

Pero también lo es la obra de Edgar Cabanas, en colaboración con Eva Illouz, *Happycracia*, donde el psicólogo español no sólo aborda el surgimiento de la ciencia de la felicidad y de toda una industria alrededor de este concepto, a todas luces un sucedáneo

inventado a través de test de psicología de dudosa credibilidad, sino que también vertebra todo un discurso político sobre los elementos neoliberales -competitividad y atomización de los individuos, privatización de los servicios públicos y desregulación laboral- de la psicología de la felicidad.

A través de estos autores vemos cómo se generan nuevas subjetividades neoliberales, empleando elementos discursivos que apelan a cuestiones puramente personales, como la motivación, el deseo de ser amado, el deseo de ser felices, o simplemente querer enriquecerse. En ocasiones, se puede observar a simple vista el negocio de esta industria, pero su permeabilidad ha ido más allá de unos pocos individuos carentes de algún tipo de sensibilidad intelectual, sino que ha sido empleada por neoconservadores dentro de instituciones sociales, políticas, económicas o en el propio mundo laboral. Por lo tanto, esas narrativas deben ser tenidas en cuenta como lo que son: elementos antidemocráticos y generadores de subjetividad, de *ethos*, que pueden dañar la vida no sólo individual de las personas que se ven envueltas en las redes de esta industria, sino que también pueden dañar la vida en común, generando imperativos y coacciones, o políticamente como argumento y justificación para llevar a cabo políticas privatizadoras o contra las luchas colectivas.

Como dice a menudo Edgar Cabanas, la mejor herramienta para alcanzar la felicidad es tener unos derechos garantizados, servicios públicos de calidad y una vida laboral digna y no precarizada.

Asimismo, el proceso de subjetivación basado en la voluntad y en el sentimentalismo individuales, ha generado una fragmentación en el conocimiento de la realidad y, por lo tanto, de nuestra capacidad para comunicarnos. Hemos entrado en un mundo solipsista, donde las burbujas de información son la pauta en la dieta informativa ciudadana, destruyendo los lazos comunitarios con aquellos que piensan de modo diferente. Este es, concluimos, un efecto del imperativo del rendimiento y de competencia: los medios informativos, en busca de mayor relevancia, en pugna con los medios competidores, buscan el modo de conseguir mayores visualizaciones de usuarios que conlleven mejores contratos publicitarios -en definitiva, mayores ingresos-. Si algo se ha puesto de manifiesto es que este modelo competitivo de los medios de información los ha llevado a una mayor espectacularización, hasta el punto de que puede que lo menos rentable sea realizar reportajes de calidad, sino ofrecer opiniones e informaciones

sesgadas que generan polaridad en la sociedad, es decir, enfrentamientos ideológicos y partidistas.

Esta subjetividad débil o fragmentada ha degradado los compromisos democráticos de la ciudadanía, mientras que sí ofrece una mayor ideologización, esto es, la militancia más o menos activa dentro de un espectro ideológico en pugna con su contrario. Inevitablemente ello supone, asimismo, una degradación no sólo de los valores democráticos, sino también de las propias democracias, en un momento histórico donde la ciudadanía reclama soluciones a todos los problemas que estamos viviendo.

Como decíamos en las conclusiones del anterior capítulo, sólo la génesis de nuevos modos de vida y de la puesta en práctica de valores y principios democráticos que generen una nueva subjetividad democrática, podría solucionar el problema de la *ratio* neoliberal con la que las instituciones, los agentes económicos y la sociedad civil se rigen, y así, generar un mayor equilibrio social entre el poder económico y el poder político. La puesta en práctica de un *homo politicus* de índole democrática es más necesario que nunca.

CAPÍTULO 3. HACIA LA FORMACIÓN DE UNA SUBJETIVIDAD DEMOCRÁTICA

De lo que se trata es de liberar a la vida social de una dominación del trabajo por el capital, una dominación que, disfrazada ahora de loi civile, perpetúa una ancestral loi de famille; de lo que se trata es de liberar a la vida social de la asfixia burocrática-jerárquica del Estado clasista contemporáneo en que, de una u otra forma, se continúa la inveterada loi politique de las monarquías y de los principios absolutos europeos modernos.

Antoni Domènech, El eclipse de la fraternidad.

En la actualidad el objetivo quizá no sea el descubrir qué somos, sino el rechazar lo que somos. Tenemos que imaginar y crear lo que podríamos ser para liberarnos de esta especie de “doble atadura” política que consiste en la simultánea individualización y totalización de las estructuras modernas del poder.

Michel Foucault, El sujeto y el poder.

En primer lugar, cabe preguntarse por qué se incluye este capítulo que investiga, de manera necesariamente limitada, el estado actual de las democracias occidentales, así como las características de una *democracia radical*, de corte *republicano*, como parte importante de este trabajo de investigación sobre la subjetividad neoliberal. Sirve este capítulo, tal y como lo he concebido, como una suerte de investigación de una salida posible a la subjetividad neoliberal del rendimiento, en busca de una nueva forma de subjetivación que no coaccione, que preserve *verdaderamente* la libertad de los individuos, los convierta en sujetos políticos activos y defensores de una democracia digna de ser llamada tal y de sus derechos. Dicho de otro modo, no veo otra forma de combatir activamente al neoliberalismo, al sujeto económico, al poder político del poder económico y, en definitiva, a la precariedad y pobreza instaurados, que con un cambio de mentalidad radical, con la conformación social de una subjetividad democrática.

Explico a continuación esta idea, en la que se basa la *vertiente propositiva* de la investigación.

El *sujeto de rendimiento* es el resultado del *empresario de sí neoliberal*, el desarrollo tecnológico y la puesta en práctica de las diversas *tecnologías disciplinarias del yo* impuestas por una cultura neoliberal que impone la lógica del capital, la competencia y el individualismo como modos de vida.

Los *agentes económicos*, así como han ido perdiendo su *ethos político-democrático* sustituyéndolo por un *ethos económico* basado en el *rendimiento*, el *individualismo* y la *competencia* que ha destruido la cultura democrática, entendida ésta como la búsqueda del *bien común* deliberativamente, mediante un diálogo sincero entre partidos con intereses opuestos, pero representantes de los intereses de la ciudadanía y, por lo tanto, con un *común* objetivo, el del *bienestar social* de la nación. La lógica neoliberal de la competición ha destruido esta base como principio democrático. Hoy sólo importa ganar y gobernar, es decir, detentar el poder y mantener la ventaja competitiva en las encuestas frente a los rivales políticos.

El *sujeto de rendimiento* ha quedado así relegado como un individuo meramente productor de valor -capital para los grandes empresarios y accionistas de las multinacionales-, quedando paulatinamente despojado de todos sus derechos, pues la economía productiva ha perdido su carácter de generador de valor en favor de la economía financiera, de carácter extractivista y rentista. El *sujeto de rendimiento* no es un *sujeto de*

derechos, sino un *sujeto-máquina trabajador*, o un *sujeto-producto* como mercancía digital para las plataformas tecnológicas y el *marketing*. Se requiere, por lo tanto, de que el garante de los derechos individuales y del ciudadano, el Estado, se imponga desde su poder político y no sólo salvaguarde los derechos ya conquistados, sino que lleve a cabo nuevas medidas que generen nuevos derechos requeridos por los nuevos desafíos de nuestro tiempo, para el grueso de la población y para aquellos más vulnerables, embridando al poder económico.

En las siguientes páginas van algunas notas sobre cómo conformar una posible nueva subjetividad atenta ante los desvíos que la democracia y sus agentes puedan realizar, así como qué valores y principios se deberían poder extender a través de unas instituciones que sean ejemplo y garantes del buen funcionamiento democrático. Si algo debe quedar claro al final estas notas conclusivas, es el carácter *catedralicio* de la puesta en marcha de una organización política basada en la democracia: la democracia nunca está terminada, es siempre una *construcción por hacer* y que se va construyendo a pequeños pasos; un monumento que, hemos de pensar, nuestros ojos no llegarán a ver terminado, y por ello, *siempre susceptible de ser mejorada y modificada*.

Una segunda pregunta se abre camino: *¿puede, en las condiciones actuales, tanto sociales como económicas, tanto políticas como culturales, producirse una democracia radical?* La respuesta simple es no. Las condiciones actuales impiden no sólo pensar en la posibilidad de una democracia, ya no radical de corte republicana, sino meramente efectiva, donde al menos la clase dirigente tenga poder real para cambiar el estado de cosas o al menos paliar los efectos perniciosos de la actividad económica neoliberal generadora de desigualdad y precariedad. Una democracia, en definitiva, entendida como con Luigi Ferrajoli, principal teórico jurídico de Italia y reputado internacionalmente, para quien, en su extensa obra, tomando como ejemplo *Derechos y garantías. La ley del más débil*, la democracia debe ser garante de las leyes y de los derechos de los ciudadanos, produciendo las Constituciones leyes que protejan a los más débiles.³⁷⁰ Y digo todo esto porque una gran parte de la intelectualidad -aquí representada en este trabajo por el politólogo estadounidense Jason Brennan-, la clase política de corte conservador-

³⁷⁰ Ferrajoli, Luigi (2004). *Derechos y garantías. La ley del más débil*. Trotta, Madrid.

reaccionario e incluso medios de comunicación afines, culpan a la democracia liberal actual como gran culpable de todos los males.

La respuesta, compleja, es un sí, siempre y cuando vayamos *más allá de las condiciones de posibilidad actuales*, siempre y cuando estemos dispuestos a la *lucha activa* por la defensa de los derechos del ciudadano y por una democracia garantista de éstos. Siempre y cuando entendamos que la Democracia, con mayúsculas, es una cuestión de Política, también con mayúsculas, que no se limita a la política como concurso de popularidad o como mera pugna dialéctica de baja estofa, como la actual.

Del mismo modo en que el neoliberalismo se implementó política y socialmente de manera paulatina, generando consensos y alianzas, a través de la cultura de masas y no sólo la intelectual académica, igual debe ser el proceder de un movimiento prodemocrático y que refuerce las democracias occidentales actuales.

Pero si la historia de la cultura y del pensamiento es una sucesión de impugnaciones a lo existente, no me cabe duda de que hemos de encontrar, más pronto que tarde, una salida de esta. La cita de Milton Friedman en *Capitalismo y libertad*, tan manoseada, es fácil de emplear para justificar cualquier intento de cambio dentro del sistema. No encuentro mejor frase que la suya para poder, aquí, defender que un sistema democrático radical deba y pueda ser implementado en el futuro, próximo, inmediato, o lejano:

Sólo una crisis -real o percibida- da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que ésa es nuestra función primordial: desarrollar alternativas a las políticas existentes y mantenerlas vivas y disponibles hasta que lo políticamente imposible se convierta en políticamente inevitable³⁷¹

³⁷¹ Friedman, Milton (2022). *Capitalismo y libertad*. Deusto, Barcelona.

3.1. Crisis de las democracias occidentales

Desde la crisis de 2008, hay una sensación de que las democracias occidentales han entrado en una crisis de legitimidad. Primeramente, porque la clase política, en una democracia representativa, ha tendido a defender más a la clase rica que a la clase trabajadora, lo que ha llevado a la crisis de representación con los dirigentes. En segundo lugar, porque la economía, el trabajo y los salarios, cuando van mal y la vida de las personas empeora en vez de mejorar o mantenerse, los sistemas organizativos viven convulsiones y aparecen siempre voces críticas. Y, en tercer lugar, porque parece que la democracia no sólo no resuelve los problemas de la gente corriente, sino que además lleva de suyo problemas propios, como las crisis de gobernabilidad en sistemas plurales, las crisis internas de los contrapesos a los gobiernos políticos como el que representa el poder judicial, o los *shocks populistas* que estamos viendo en algunos países que han llevado a sus democracias al límite del colapso, como el enero de 2021 en Estados Unidos con Donald Trump y sus seguidores.

Son también ya muchos los ensayos que han surgido con la reflexión del fin de las democracias liberales. Dos de ellas que han tenido bastante relevancia social y académicamente son *Cómo mueren las democracias*, de los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt,³⁷² o *Contra la democracia*, del politólogo Jason Brennan.³⁷³ Estas obras no son las únicas que atienden al hecho innegable de la degradación de las democracias occidentales, existen otras muchas obras que responden a cuestiones más particulares, como la degradación del sistema judicial que se autonomiza y fiscaliza de manera incontrolada a aquellos políticos que tienen un sesgo ideológico particularmente de izquierdas (como por ejemplo el ensayo *El lawfare: Golpes de Estado en nombre de la ley*, de Arantxa Tirado)³⁷⁴; o clásicos como el del filósofo político Tzvetan Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, entre otros, quien aborda que el único sistema de organización política que permite a sus enemigos participar de ella, es la democracia.³⁷⁵ Lo que interesa aquí señalar es que hay todo un *zeitgeist* sobre un momento concreto en el cual las democracias tienen abiertos muchos frentes y no parecen dar una solución buena.

³⁷² Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018). *Cómo mueren las democracias*. Planeta, Barcelona.

³⁷³ Brennan, Jason(2018). *Contra la democracia*. Deusto, Barcelona.

³⁷⁴ Tirado, Arantxa (2021). *El lawfare: Golpes de Estado en nombre de la ley*. Akal, Madrid.

³⁷⁵ Todorov, Tzvetan (2016). *Los enemigos íntimos de la democracia*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Es parte de la tesis de Brennan, para el cual las democracias parten de unos valores e ideales encomiables, pero que han resultado no dar cuenta de los problemas que acucian a sus ciudadanos; y para resolverlos de la mejor manera posible, Brennan apuesta por una *epistocracia* que sustituya a las democracias liberales actuales. La *epistocracia* es, resumidamente, el gobierno de los que saben. José Luis Moreno Pestaña, uno de los teóricos de la democracia más importantes de nuestro país, realiza a tal caso una crítica en su pequeño y actual ensayo *Los pocos y los mejores* en el que afirma que la *epistocracia* es una alternativa tan idealista como la de la democracia ideal.³⁷⁶ ¿Cómo asegurarse de que los más sabios actuarán conforme a la ley, conforme a principios democráticos y humanos? ¿Acaso no es posible que los sabios se equivoquen? Moreno Pestaña se muestra escéptico ante la *epistocracia*, pero además advierte de que, con ella, perdemos la valiosa, a su entender, sabiduría colectiva, que queda relegada en las tesis de Brennan a que la mayoría de los ciudadanos son meros ignorantes que no saben nada de política y que cuyas decisiones políticas nos han llevado a una concatenación de malos políticos electos. Por otro lado, la *epistocracia*, o incluso la tecnocracia, para ser más exactos con el siguiente ejemplo, tiene otro problema importante que hemos podido observar con la crisis del coronavirus de 2020. Mientras que los médicos, epidemiólogos e inmunólogos clamaban por tomar cientos de medidas entre sí contradictorias sin ponerse ni entre ellos de acuerdo, alegando todos a su supuesta sabiduría sobre la materia, desde la política había que pensar más allá de lo que una medida tenía de efecto sobre la transmisión del virus, sino también sobre los efectos sociales que provocarían medidas exageradas.

Ya en su prefacio de 2017, Jason Brennan aboga por que, de seguir la soberanía popular eligiendo malos políticos por causa de la baja información, se opte por «experimentar otras formas de gobierno». La intencionalidad de Brennan es, más que probablemente, de las mejores. Pero los continuos ataques a la democracia desde aquellos que intentan limitarla de alguna manera, ateniéndose presuntamente a cualquier argumento loable y bienintencionado, concurre en un constante desgaste de la aceptación social de la democracia y, finalmente con la puesta en práctica de políticas antidemocráticas y antipolíticas, en una pérdida de derechos para la población general. Siempre ha existido una crítica a la masa ignorante, a la “calaña”, expresión de Antoni

³⁷⁶ Moreno Pestaña, José Luis (2021). *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político*. Akal, Madrid.

Domènech, a aquellos que nada saben de la política ni de cómo ha de dirigirse su propia vida, como para saber cómo habría de dirigirse una nación. Así, Brennan ve a la democracia como una herramienta, una herramienta imperfecta susceptible de mejorarse, y sobre lo cual no nos debería dar miedo adentrarnos en la experimentación, miedo a “hallar algo mejor”. Cabría preguntarle al propio autor, ¿acaso el capitalismo o el mercado no son también “herramientas” para mejor provecho del ser humano en general, y no sólo de unos pocos en particular? ¿Sería factible plantear lo que tan alegremente sugiere, experimentar nuevas formas y modelos organizativos, también en el capitalismo o en el mercado? A tenor de las metáforas que emplea a lo largo de toda la obra, sobre el dinero como “voto” y el mercado como “entidad democrática”, diría que el señor Brennan no postula ninguna duda acerca de un posible mal funcionamiento de estas “herramientas”. Más bien, considero que el autor plantea una forma de organización política que sea más acorde con una estructura social de mercado capitalista, donde la población en general tenga, cada vez, menos voz, y no se pueda poner en duda el sistema actual de cosas. A continuación desarrollaré los argumentos de Brennan de manera resumida.

Brennan distingue entre la visión *optimista* de John Stuart Mill, para quien la participación en política nos haría mejores, y la visión *pesimista* de Joseph Schumpeter, quien consideraba que la política embrutecía a las personas. Brennan toma partida de la opinión de Schumpeter, como no podía ser de otra forma, pues considera que en política diferentes formas de comprender los problemas llevan irremediablemente a planear soluciones contrapuestas que, en mayor o menor medida, nunca se pueden saldar sin que alguien pierda, lo que lleva a resentimientos y a una constante pugna de ideas y debates encendidos. Sin embargo, considero que esta visión contra la política y contra la democracia se debe más al juego por el poder partidista, la competición electoral y la mediatización televisiva que por la propia dinámica política. Brennan en realidad no deja de tener una concepción schmittiana de la política como *polemos*, la guerra por otros medios, y que es ahora la más extendida por los medios de comunicación y las estrategias políticas de partidos de todas las sensibilidades ideológicas, y en el que encaja el *principio de competencia* neoliberal asumido social e institucionalmente, así como de la tradición política partidista. No existe, como tal, hoy en día, una verdadera tradición democrática que genere verdaderos *valores cívicos* que imposibiliten este “schmittismo” político en el que nos encontramos en gran parte de los estamentos de poder -económico, político,

mediático-; y, por lo tanto, se expande cada día más la visión cínica del mundo como la de Brennan en estas páginas.

Hay en la obra de Brennan, y al mismo tiempo instaurada en una parte considerable de la sociedad, una descreencia contra la utilidad del valor individual del voto. Esta crítica del voto no refleja más que una mirada individualista y elitista de aquellos que la emplean. Así, dice Brennan:

Las posibilidades de que el voto de un individuo provoque algún tipo de diferencia son mínimas. Un voto en favor del peor candidato posible genera los mismos resultados que un voto en favor del mejor candidato posible. Abstenerse de votar genera los mismos resultados que votar. Un voto bien fundamentado genera los mismos resultados que uno mal fundamentado, desinformado o irracional. Un voto individual emitido después de una deliberación meticulosa genera los mismos resultados que votar después de lanzar una moneda al aire o tomar LSD³⁷⁷

En este pasaje, Brennan podría dedicar su argumentación a describir los males que el voto influenciado por la desinformación, la rabia o el odio a tal partido o candidato, ha generado en las democracias occidentales, podría haber construido una crítica incluso en los medios que han empleado este sistema desinformativo para orientar el voto hacia determinada opción electiva, incluso podría haber hecho una crítica a determinadas formas de hacer política por candidatos y partidos concretos; sin embargo, la crítica de Brennan se queda en un argumento de *reductio ad absurdum*.

Es importante la información política que se consume, ya que tiene la capacidad de influir y cambiar las preferencias políticas. Brennan advierte que los votantes pobres del Partido Demócrata tienen preferencias e intereses totalmente opuestas a los de los ricos o con estudios superiores, de manera que podemos vincularlos más a lo que Melanie Cooper englobaba dentro del término social-conservadores, yendo contra las políticas liberal progresistas culturales de la diversidad sexual y racial. A este respecto informativo, Brennan formula una afirmación como mínimo engañosa, cuando no falsa, cuando dice que el sistema democrático incentiva la ignorancia.³⁷⁸ Cabría quizá reformular la cuestión desde otro punto de vista, puesto que concretamente el sistema democrático necesita de una ciudadanía informada para su correcto funcionamiento. Debe ser un sistema que

³⁷⁷ Brennan, Jason (2018). *Contra la democracia*. Deusto, Barcelona: pp. 67-68.

³⁷⁸ *Ibid.*: pp. 90 y ss.

proyecte igualdades y, por ello, la participación de todos los estratos sociales. Sin embargo, el neoliberalismo promueve el libre mercado, basado ilusoriamente en la elección racional de los agentes económicos y en la también ilusoria igualdad de oportunidades que tiene como colofón la posibilidad de establecer proyectos que generen éxitos y progresos individuales y vitales a través del esfuerzo y el trabajo (meritocracia). Digo “ilusoria” en todos estos casos puesto que promueve necesariamente no una igualdad (en todo caso, formal), sino una *desigualdad social*, pues el modelo del sistema de libre mercado competitivo requiere de la competencia entre individuos, esto es, de generar ganadores y perdedores, y por ello, el ganador es más probable que disponga de más y mejor información (capital social, capital simbólico), de tiempo para informarse mejor, que el perdedor o inferior. Por lo tanto, es más factible suponer que el sistema económico de libre mercado competitivo a lo neoliberal incentiva la ignorancia, y no el sistema democrático.

Brennan, al definir a una gran parte de la sociedad política como “*hobbits*”³⁷⁹ o “*hooligans*”, critica a la democracia y a los individuos que, a su parecer, genera; pero en realidad lo que hace es criticar a una determinada forma de democracia, aquella que está vinculada al capitalismo de consumo y al del libre mercado (es decir, vinculados un sistema económico keynesiano y a uno neoliberal). Ambas son formas de democracia limitadas y supeditadas a la economía. Es obvio que estas formas de democracia y de hacer política han generado muchas disfunciones, disfunciones que Brennan señala como inherentes a las democracias, equivocadamente, cuando lo más probable es que se deba señalar al poder político del poder económico, el cual se encuentra fuera de los límites de la soberanía popular, incluso del “voto democrático” que se puede establecer a través del mercado.

Todo lo equivocado del argumentario de Brennan considero que se encuentra en esta cita suya:

yo sostengo que tu libertad y participación políticas no te permiten consentir al gobierno, no promueven tus intereses, no aumentan tu autonomía de forma significativa, no te protegen del control y no contribuyen a tu desarrollo moral como persona libre e igual. Excepto en circunstancias excepcionales, estás más empoderado si te encuentras un

³⁷⁹ Raza ficticia del mundo de *El señor de los anillos* y el cuento *El hobbit*, de J. R. R. Tolkien, caracterizada por una vida hedonista y sin tribulaciones, ajena a los acontecimientos fuera de su villa y comunidad, por muy malos que fuesen, y despreocupados de la administración social o política de la comunidad.

billete de cinco dólares en la acera que si posees el derecho al voto, a presentarte a un cargo político o participar en la política³⁸⁰

Considero que uno de los problemas en los argumentos de Brennan contra la democracia estriba en su metodología individualista. El voto, la democracia, los políticos, nos dice, no son útiles *para ti*. Ofrece una lectura individualista que, en efecto, así observado, empequeñece cualquier logro en derechos sociales colectivos que, tangencialmente, pueda beneficiarte. Pero también empequeñece la lectura y crítica de Brennan al ser incapaz de ir más allá del sujeto individual como objeto particular de los efectos de las políticas democráticas, y no ir al colectivo, la clase o el movimiento social determinado para cada cuestión política. Es evidente que las democracias occidentales requieren una reforma en su mayoría, pero no lo es menos que instituciones como el mercado, los medios de comunicación, las empresas (multinacionales, grandes nacionales y medianas de cualquier sector), el sistema financiero, las instituciones internacionales políticas y económicas, y en general, todo el sistema capitalista actual, requieren una reformulación que vaya más allá de la generación constante de capital y de los intereses de las élites económicas, virando a la reconstitución de herramientas políticas y económicas que ayuden al conjunto de las poblaciones a afrontar los retos que nuestra época nos requiere. Los cuales no son pocos, y entre los cuales está la crisis de las democracias.

No sólo desde el academicismo se plantean argumentos contra la democracia. Internamente sufre, desde sus propios agentes políticos, los peores ataques. Las democracias están debilitadas como consecuencia de los populismos que, desde hace unos años, han entrado en la política y han degradado las instituciones, así como generado un clima irrespirable de crispación política que se traslada en los platós de televisión y en las calles entre ciudadanos. El sistema jurídico ha tomado parte, no ya por las democracias (aunque en esencia justifican que sí), sino por defender aquello que se acomoda a sus valores. Este es un problema serio, en virtud del cual el Estado, que ha de ser diferenciado del Gobierno, como David Graeber nos advierte en su breve ensayo *El Estado contra la democracia*, el Estado, digo, ha pasado a plantear en muchas naciones la batalla política dentro de los juzgados. Como nos recuerda Graeber, el Estado ha sido siempre enemigo

³⁸⁰ Brennan, *Contra*: p. 167.

o, como mínimo, receloso del poder democrático, de la soberanía popular.³⁸¹ Los valores de los miembros togados, en su mayoría pertenecientes a familias con apellidos ilustres, generando “sagas familiares”, capital social y material, se vinculan, allí donde la jerarquía es mayor, con valores conservadores -sin contar con las asociaciones de jueces progresistas-, y que a raíz de los particulares movimientos de las placas tectónicas sociales y políticas de cada nación, se han ido erigiendo como punta de lanza de algunos partidos o personajes políticos. La base de nuestro problema se debe a que pensamos hoy en día que nuestros principios y valores son los únicos válidos, y ello se debe en gran medida a esa subjetividad frágil y fragmentada de la que venimos dando cuenta: no teniendo un suelo estable en el que poder posar nuestros pies, pues la realidad ha devino en constante contingencia e incertidumbre, sólo nos quedan los principios y valores. O, incluso, sólo el “cabreo”, la indignación.

A través de la obra reciente de Steven Forti, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, investigador y politólogo italiano radicado en Barcelona, quien es uno de los máximos expertos de las redes de la ultraderecha global en Europa, daré cuenta del cáncer de la política de reacción contemporánea que ha tomado la forma de una nueva extrema derecha, que no es del todo fascista (al menos, no en el sentido de los fascismos del siglo XX), ni es tampoco como la derecha conservadora al uso, sino que tiene características propias de nuestra época, aunque rimen, como uno puede atestiguar acercándose a la obra del economista español Manuel Montalvo, *Fascismo y crisis capitalista*, quien a través de datos históricos y citas de los principales miembros del fascismo español de la primera mitad del siglo XX, dándonos una imagen clara y nítida del debate y de los argumentos fascista; y siendo para Montalvo que el fascismo es el brazo armado necesario del capitalismo cuando éste entra en crisis, para justificar, por medio del totalitarismo violento y brutal, la acumulación de capital de las élites económicas, y la desposesión de las clases trabajadoras. Cabría decir, a raíz de esta tesis de Montalvo, que probablemente no sea el fascismo una *condición sine qua non* del capitalismo en crisis, pero sí el carácter punitivo de los Estados, como vimos a raíz de la crisis de 2008 en adelante, y como se ha explicado en el primer capítulo de esta tesis a través del artículo de William Davies.³⁸²

Así pues, aunque no sea la tesis principal de la obra de Forti, a través de ella cabe inferir que estamos ante un movimiento político e incluso cultural, cuyo objetivo no es

³⁸¹ Graeber, David (2021). *El Estado contra la democracia*. Errata naturae, Madrid.

³⁸² Davies, William (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101. (pp. 129-143).

otro que asentar las bases de una forma de acumulación de capital y poder en las pocas manos de la clase adinerada del planeta, y donde las tesis progresistas de la izquierda, defensora de la clase trabajadora y de las minorías étnicas y sexuales, son tachadas de un bolchevismo a combatir con la fuerza de los medios mediáticos, el sistema judicial y las fuerzas armadas de seguridad que le sean afines. Lo que Steven Forti sí refleja en su obra es el *cómo*, cuál está siendo el método para captar socialmente consenso y cómo está consiguiendo que la derecha tradicional moderada radicalice sus propuestas políticas y sus discursos frente a lo que podríamos considerar políticas y gobiernos socialdemócratas moderados tendentes, a fin de cuentas, a la mirada económica neoliberal.

Steven Forti señala 2016 como el año que evidentemente la ultraderecha toma verdadera relevancia global como un movimiento ideológico y político que adquiere consenso social y victorias políticas. Dos eventos más uno, de gran importancia, lo demuestran: la victoria en Reino Unido por la salida de la Unión Europea, y la victoria de Donald Trump, considerado por gran número de analistas como fascista, en las elecciones presidenciales de EE. UU., y, añade Forti, el fracaso del golpe de Estado en Turquía, que acabaría suponiendo un “giro autoritario” de Rəcəp Tayyip Erdoğan.³⁸³ Los eventos triunfalistas se irían consolidando en 2017: auge de Marine Le Pen en Francia como partido de la oposición, acceso a gobierno de coalición del partido ultra Partido de la Libertad Austriaco (FPÖ); 2018, entrada de Matteo Salvini en el gobierno italiano, y victoria de Jair Bolsonaro en Brasil, así como el progreso evidente de VOX en Andalucía, España; 2019, Chega! en Portugal empieza a tomar relevancia, gobierno de coalición con el Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE), y aumento de los votos ultras en las elecciones europeas por países como Francia, Gran Bretaña, Italia, Polonia y Hungría, donde fueron el partido más votado. Asimismo, directamente la extrema derecha ya gobierna algunos países europeos, como Jaroslaw Kaczynski en Polonia, Viktor Orban en Hungría o Janez Jansa en Eslovenia.³⁸⁴ En la India, desde 2014 gobierna Narendra Modi con el partido nacionalista hindú Bharatuya Janata Party (BJP); en Filipinas gobierna Rodrigo Duterte, *el castigador*; Benjamin Netanyahu, desde 2009 hasta 2021, ha sido el presidente de Israel con una política ultraderechista; en Rusia, Vladimir Putin

³⁸³ Cfr. Forti, Steven (2022). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI, Madrid: p. 23.

³⁸⁴ Cfr. Ibid.: pp. 24-25.

lleva más de 20 años en el poder y podría seguir así hasta 2036 gracias a su reforma constitucional.³⁸⁵

No pasa desapercibido que, a raíz de la crisis de 2008, hay una tendencia a la formación de partidos radicales de extrema derecha en toda Europa, en muchos casos como reacción a las políticas económicas impuestas desde la Unión Europea, medidas que tenían alma alemana. En este punto, considero que hay una paradoja curiosa entre el carácter, en la mayoría de los casos, neoliberal de las políticas económicas de la extrema derecha, en un sentido de libre mercado nacional y bajos sueldos como consecuencia de la represión de la negociación colectiva, y el alma globalista de mercado libre internacional que tuvieron los diseñadores del mercado neoliberal de finales de siglo XX. En lo que sí son globalistas estos partidos es en su forma de tejer redes de comunicación e influencia, ya que culturalmente hablando todos tienen en común la defensa de valores tradicionales y una visión nacionalista del territorio y la soberanía, así como cierto desprecio a la democracia liberal y a su visión republicanista por parte de las fuerzas progresistas. Así, citando a Cas Mudde, Forti afirma que la ultraderecha habría pasado de ser una “patología normal” de las democracias occidentales a una “normalidad patológica”, «una radicalización de las posturas del sistema político establecido».³⁸⁶

Una de las características principales de la ultraderecha es su populismo, pero ni hay consenso sobre si deben ser definidas como “populismos”, ni hay consenso sobre cómo definir “populismo”, pues hoy todo es definible potencialmente como “populismo”, hasta tal punto es así que la totalización del concepto de populismo no identifica ya nada. Es también interesante el fenómeno de populismos vinculados a la retórica ganadores-perdedores de la globalización, que a su vez están relacionados con la crisis de 2008 y que se ha extendido hasta la actualidad de diferentes formas de protesta: desde los populismos sociales de Podemos, en España, o Tsipras, en Grecia, a los populismos regionalistas como en Cataluña y su *procès* independentista, o los populismo nacionalistas, como los de Reino Unido o la presidencia de Trump en EE. UU., o el “populismo de los ricos” o “del libre mercado” de Emmanuel Macron.³⁸⁷

³⁸⁵ Cfr. Ibid.

³⁸⁶ Ibid.: p. 27.

³⁸⁷ Cfr. Ibid.: pp. 35-37.

Para Forti, el miedo es el alimento de los populismos de derecha y que es tan fácil de provocar en los ciudadanos en una época de desconcierto e incertidumbre vitales como la actual. Así, comenta:

No siempre son los más pobres en una sociedad quienes se rebelan contra el sistema, sino también, como apunta Yascha Mounk, las personas “que pertenecen a los colectivos que más tienen que temer: personas que todavía viven en una situación de confort material, pero en cuyos grupos de referencia ha cundido el miedo a que el futuro no les sea propicio”. La sensación de ansiedad económica está causada más por lo que se piensa del futuro que por lo que se vive en el presente. [...] Miedo, inseguridad, relegación, insatisfacción, privación, percepción de ser olvidados... son todos conceptos que se conectan con el resentimiento generalizado que ha estallado en la última década; una década marcada “por el contraste entre las promesas de libertad, autonomía y prosperidad que nos ofrecía la globalización y la verificación empírica de desigualdades o asimetrías crecientes entre culturas, grupos o modos de vida”³⁸⁸

De este modo, se apoya de nuevo en Yascha Mounk para describir que el declive de las democracias liberales se debe a la pérdida del equilibrio basado en la economía, la política y las migraciones, equilibrio que las asentó después de la II Guerra Mundial.³⁸⁹

Según su forma de entenderlo, estamos ante un fenómeno nuevo, con características propias y diferentes del fascismo de entreguerras. Forti advierte de que ello no significa que no sean igualmente peligrosos, o que algunos de sus elementos en particular no puedan ejercer o influenciar una violencia como sus parientes del siglo XX. El miedo al cambio y la incertidumbre generada ante nuestra época acelerada, ha generado una crisis cultural y de los valores profunda, y estas formaciones políticas son fruto de todo ello. El populismo no deja de ser una forma demagógica de dirigirse al pueblo o la ciudadanía, y por lo tanto, es un rasgo de nuestra época, un mero adjetivo, y no sirve para definir a estas formaciones y corrientes conservadoras.

Forti identifica una serie de características comunes de la extrema derecha contemporánea:

un marcado nacionalismo, el identitarismo o el nativismo, la recuperación de la soberanía nacional, una crítica profunda al multilateralismo -y, en Europa, un alto grado de euroescepticismo-, la defensa de los valores conservadores, la defensa de la ley y el orden,

³⁸⁸ Ibid.: pp. 37-38.

³⁸⁹ Cfr. Ibid.: p. 39.

la islamofobia, la condena de la inmigración tachada de “invasión”, la crítica al multiculturalismo y a las sociedades abiertas, el antiintelectualismo y la toma de distancia formal de las pasadas experiencias de fascismo. A grandes rasgos, además, todas estas formaciones se suelen centrar, como explica Cas Mudde, en cuatro temas principales en su discurso y en sus propuestas políticas: la inmigración, la seguridad, la corrupción y la política exterior³⁹⁰

Estas formaciones se suelen mover entre el Estado de bienestar chovinista, que defiende una limitación de los recursos públicos sociales sólo para nacionales, o entre el neoliberalismo más ultra, de desregulación y privatización, adelgazamiento del Estado, y bajada de impuestos y supresión del impuesto sobre el patrimonio. Otras tres características que Forti identifica son: la polarización social como estrategia política, su tacticismo discursivo y su crítica de la democracia liberal.

La *polarización social* ha sido una estrategia efectiva gracias a las redes sociales y a su empleo de *fake news* o bulos que cierto porcentaje de la población cree o, directamente, le genera dudas de la información y los datos oficiales. Una de las herramientas por las cuales la extrema derecha contemporánea ha gozado de tantos seguidores son las redes sociales y su empleo para tergiversar la verdad y manipular retóricamente los hechos. Forti se apoya, entre otros, en el filósofo estadounidense Lee McIntyre, quien reflexiona sobre el fenómeno que se ha venido a denominar “postverdad”, un mejunje fruto de la modernidad, desinformación, propaganda y nuevas tecnologías de la información y la comunicación:

Según Lee McIntyre, “la posverdad no es tanto la afirmación de que la verdad no existe sino la de que *los hechos están subordinados a nuestro punto de vista político*”. El filósofo norteamericano considera que a diferencia de las mentiras y los bulos del pasado, “ahora el campo de batalla abarca toda la realidad factual”. Se habría dado, pues, un salto cualitativo respecto a las décadas actuales por la hibridación de los viejos y nuevos medios que comportaría la “sofisticación de las viejas reglas de la propaganda, basadas en la exageración y la simplificación, la ridiculización del adversario, la mentira, la desinformación, la difusión de bulos y la propagación de teorías conspirativas³⁹¹

Asimismo, cita al ensayista ruso de extrema derecha, Aleksandr Dugin, parafraseando a Nietzsche: «la verdad es una cuestión de creencia [...] los hechos no

³⁹⁰ Ibid.: p. 85.

³⁹¹ Ibid.: pp. 147-148.

existen».³⁹² Esta es, asimismo, una de las características de estos movimientos que, al ser recogidas en medios de comunicación afines o a través de agentes propagandísticos en redes sociales que no requieren de verificación alguna para poder transmitir a las masas información incorrecta, cuando no falsa directamente, y que más está dañando a las democracias. Algo de esto vimos al final del segundo capítulo de este trabajo.

La característica del *tacticismo discursivo* busca confirmar si ante la población tienen acogida algunos discursos o temas, abandonándolos cuando no. «En tiempos de las redes sociales, las hemerotecas se miran poco y la memoria es muy corta».³⁹³ La tercera característica común de la extrema derecha actual es su *crítica a la democracia liberal*, donde se dan la separación de poderes, anhelando un control político y jurídico propio de la *democracia iliberal* de la Hungría de Orban. Sin necesidad de emplear la violencia armada, la extrema derecha contemporánea, con líderes electos, pueden ir erosionando las instituciones democráticas desde dentro, de modo que paulatinamente adquieran mayor poder concentrado en sí mismos. Esta es para Forti la característica principal que les distingue del fascismo y de formaciones similares del pasado.

Estas estrategias le sirven a la extrema derecha contemporánea para alcanzar dos objetivos: a corto plazo, ganar elecciones a través de métodos más efectivos que los anuncios electorales tradicionales; y a medio plazo, generar polarización social y política, socavando el debate público de calidad y erosionar la confianza en la democracia, el periodismo y las instituciones.

Hay cierto consenso académico a la hora de encontrar algunas causas comunes a todos los países del auge de la extrema derecha contemporánea. Así las enumera Forti:

En primer lugar, las económicas: el aumento de las desigualdades, el debilitamiento del Estado de bienestar, el creciente abandono de amplios sectores de la población que se encuentran en los márgenes de la sociedad o la precarización del trabajo... En síntesis, las consecuencias de la imposición del modelo neoliberal a partir de la década de los ochenta. En segundo lugar, las razones culturales: la centralidad de temáticas -como el aborto, los derechos de las minorías, la inmigración, el matrimonio homosexual, el feminismo, etc.- polarizan nuestras sociedades y rompen a menudo los clivajes políticos tradicionales llegando a producir lo que Norris e Inglehart han definido como *cultural backlash*, esto es, una reacción cultural de parte de la población. En tercer lugar, las

³⁹² Ibid.: p. 152.

³⁹³ Ibid.: p. 121.

sociopolíticas, la democracia liberal representativa vive una profunda crisis, nuestras sociedades están deshilachadas, los partidos políticos ya no cumplen con la función de correa de transmisión y válvula de escape entre territorios e instituciones, los sindicatos tienen enormes dificultades para adaptarse a una realidad plenamente posfordista y la desconfianza de la ciudadanía sigue en aumento. En cuarto lugar, hay que señalar las razones ideológicas: vivimos en una época de crisis de las ideologías que han marcado la época contemporánea. No es que ya no existan la izquierda y la derecha, como gusta decir a los populistas de todo pelaje: lo que pasa es que hay, como apunta Philipp Corcuff, una notable confusión que permite fenómenos morbosos y extraños popurrís ideológicos. Se trata de una crisis que, sobre todo en Occidente, es más generalizada: una crisis de valores y referentes. A todo esto, se debe añadir que una parte de la población ve con miedo los cambios rápidos que estamos viviendo y pide protección y seguridad. A su manera, la extrema derecha debe ofrecérselas, dando respuestas sencillas a problemas más complejos³⁹⁴

Lo que observamos, por lo tanto, y para concluir, es que sí, las democracias han entrado en una crisis de legitimidad importante y que están seriamente bajo el riesgo de que un traspies de los partidos prodemocráticos termine con un gobierno de ultras que trastoquen todo el sistema, desde la propia gobernanza hasta el sistema jurídico y policial. Ya hay muestras de ello en algunos países, como EE.UU. o como en nuestro propio país, sin que la extrema derecha haya entrado a gobernar siquiera. A nivel de los cuerpos de Seguridad y Fuerzas del Estado, hay un principio de preocupación de muchos activistas ante las crecientes muestras de exaltación franquista; desde el poder jurídico también hay muestras preocupantes en la acción judicial de algunos jueces que actúan como agentes políticos de los partidos políticos conservadores o reaccionarios, que provocan inseguridad jurídica y distorsiones dentro del correcto funcionamiento de los gobiernos donde estas cuestiones afectan, que como he dicho anteriormente, uno de ellos es nuestro país.

Sin embargo, a pesar de estas cuestiones, que no son precisamente baladí, encuentro un error culpar a las democracias muchos de los problemas que se le presuponen que son incapaces de resolver. Desde luego, los partidos políticos tienen mucha culpa a la hora de enfrentarse a los poderes económicos y mediáticos que tienen

³⁹⁴ Ibid.: p. 238.

músculo político. Pero su poder tampoco es ilimitado, y son muchos los ejemplos de que ello es así. La política y el poder de la sociedad civil a veces son imprevisibles y muestran una capacidad de resolución y de resiliencia que muchas veces es subestimada.

El poder político ha sido limitado para poder afrontar los desafíos provocados por un mal funcionamiento del libre mercado diseñado por el neoliberalismo. No me compete a mí justificar si esto es fruto de un simple mal diseño, de una falla en las instituciones internacionales que debían velar por su correcto funcionamiento y regulación interna, o si más bien el libre mercado a la neoliberal es, simplemente, una quimera, y que lo que hoy se necesita para paliar los golpes que el mundo geopolítico y el mundo de la naturaleza nos dan, es un mercado intervenido.

En los siguientes puntos me adentraré a analizar, primero, con Wendy Brown, cómo el neoliberalismo, pero no sólo, ha conllevado a la disminución del sujeto político entendido aristotélicamente, disminuyendo el poder estatal y la capacidad de reacción de los gobiernos ante los infortunios económicos y como garante de los derechos de los ciudadanos, en pos de defender los derechos del capital y los intereses de la clase adinerada; y cómo el incentivo del agente económico entendido neoliberalmente ha supuesto la aceptación de la precariedad, el aumento de la pobreza, y la pérdida de derechos colectivos que, durante décadas, otros lucharon y murieron por obtenerlos. En última instancia, veremos con Wendy Brown la necesidad de contraponer al neoliberalismo un programa efectivamente democrático, por y para la ciudadanía en su conjunto, para poder escapar, al menos, de la fase autodestructiva en la que se encuentra inmerso el neoliberalismo contemporáneo.

3.2. Del agente económico al sujeto político

3.2.1. *Hacia una nueva praxis democrática*

Una sociedad basada en el poder político de una democracia debe restituir al *homo politicus*, tal y como defendía Wendy Brown en *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Si el sistema cultural neoliberal ponía en marcha el libre mercado como dispositivo disciplinario constituyente de una subjetividad económica competitiva e individualista, con la puesta en marcha de toda una industria cultural y mediática que originaba modos de vida de tipo neoliberal, el sistema democrático debe generar por sí mismo lógicas sociales y una cultura que ponga en circulación los valores y principios democráticos, así como la defensa de lo público y lo común.

Nos interesa aquí la última obra de Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo*, de índole más política, y en la que desarrolla una crítica al neoliberalismo, contraponiéndole una propuesta decididamente democrática para contrarrestar los males que el neoliberalismo ha generado sobre las sociedades democráticas occidentales. Así, Brown nos dice que la estrategia neoliberal consistió en asumir ciertos temas del conservadurismo como propios, cuando no los defendían por propia convicción. Estos temas eran el patriotismo, el militarismo, el cristianismo, los valores de la familia, la retórica racista y antiinmigración. Todo ello, mientras se aplicaban medidas de desregulación del mercado financiero y se llevaba a cabo un capitalismo desenfrenado que terminaría implosionando con la crisis de 2008. Sin embargo, estas ideas por sí solas ya no son suficientes. Tras años de discusión política sobre feminismos, diversidad sexual y contra la segregación racial, al varón blanco (y a la clase rica con valores tradicionales) ha acumulado un resentimiento y una furia que se ha expresado políticamente a través de políticas de extrema derecha en todo el mundo. Así lo apunta Wendy Brown: «el nuevo populismo de derecha dura se nutre directamente de la herida del privilegio destronado que la blanquitud, el cristianismo y la masculinidad garantizaban a aquellos que de otra forma no eran nada, ni nadie».³⁹⁵

La tesis que defiende Brown reside en que estos problemas y el declive democrático no son a causa del neoliberalismo, sino que el propio proceder del neoliberalismo es antidemocrático, y que las leyes, la cultura y la subjetividad políticas

³⁹⁵ Brown, Wendy (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Traficantes de sueños, Madrid: p. 26.

que han modulado e impregnado socialmente nos han conducido a este momento. Así lo resume:

El argumento no es que el neoliberalismo por sí mismo *causó* la insurgencia de la derecha dura en el Occidente contemporáneo, o que todas las dimensiones del presente, desde las catástrofes que generan grandes flujos de refugiados en Europa y Norteamérica hasta la política de nichos y la polarización generada por los medios digitales, pueden ser reducidos al neoliberalismo. Más bien, el argumento es que nada queda intacto por un modo neoliberal de razón y evaluación, y que el ataque neoliberal a la democracia en todas partes ha modulado la ley, la cultura política y la subjetividad política. Para entender las raíces y las energías de la situación actual es necesario ponderar la cultura política neoliberal y la producción del sujeto, no sólo las condiciones económicas y los racimos perennes que las engendran. Significa ponderar el ascenso de las formaciones políticas autoritarias del nacionalismo blanco animado por la rabia movilizadora por los abandonados económicamente y racialmente resentidos, pero diseñado por más de tres décadas de ataques neoliberales a la democracia, la igualdad y la sociedad³⁹⁶

Asimismo, explicita Brown más adelante en su obra que originalmente no había una intención de llegar a este punto y a estas formas políticas, pero que fueron sus alianzas y estrategias, su “creación frankensteiniana”, su asimilación de los discursos conservadores y radicales, lo que constituye nuestro presente actual.³⁹⁷ También se aleja de conceptos trasnochados que tildan a la derecha nueva de “fascista” y otros calificativos. Para Brown, lo que la derecha está construyendo hoy es *algo nuevo* y que no hemos vivido en décadas de progreso y estamos en plena regresión.

El neoliberalismo y la racionalidad neoliberal son hoy, dirá Brown, profundamente hayekianos en todos sus presupuestos políticos y sociales:

La razón neoliberal, especialmente como la formuló Friedrich Hayek, presenta los mercados y la moral como formas singulares de previsión de necesidades humanas que comparten dinámicas y principios ontológicos. Basada en la libertad, generando orden y evolución espontáneos, sus opuestos radicales son *cualquier tipo* de política social, planteamiento y justicia deliberada y administrada por el Estado³⁹⁸

³⁹⁶ Ibid.: pp. 29-30.

³⁹⁷ Ibid.: p. 32.

³⁹⁸ Ibid.: p. 35.

Y continúa: «más que un proyecto de ampliar la esfera de la competencia y la valoración del mercado [...], el neoliberalismo de Hayek es un proyecto moral-político que intenta proteger las jerarquías tradicionales al negar la propia idea de lo social y al restringir radicalmente el alcance del poder político democráticos en los Estados nación».³⁹⁹

Democracia significa etimológicamente el poder ejercido por el pueblo, y que en su articulación política se expresa a través de los acuerdos políticos representados por los intereses del pueblo. Brown dirá que la base de la democracia es la igualdad más que ningún otro valor, y que cuando se producen desequilibrios en los gobiernos donde sólo se respetan y salvaguardan los intereses de una parte de la sociedad, entonces el *demos* deja de gobernar. «La igualdad política por sí sola asegura que la composición y ejercicio del poder político está autorizado por la totalidad y debe rendirle cuentas a la totalidad».⁴⁰⁰ La libertad, como así atestiguan nuestras democracias liberales, es un elemento importante dentro de las democracias, ya que esta es sinónimo de antidominación, y, sin embargo, los demócratas atenienses ponían el acento en la igualdad, y concretamente en tres formas de igualdad: la *isegoría* (la igualdad de hablar y a ser escuchado), *isonomía* (la igualdad ante la ley) y la *isopoliteia* (la igualdad de valor del voto y a la oportunidad de asumir cargos en la administración política). Según el sesgo igualitario, dirá Brown, las democracias liberales (o burguesas o capitalistas, no importa tanto el adjetivo que empleemos), nunca han sido democracias plenas. Es por ello necesario que para instaurar democracias más completas dentro del capitalismo los Estados deben actuar de manera activa contra las desigualdades sociales.

Frente a la defensa neoliberal de que los mercados supongan un límite al poder político, y que los Estados se rijan por las leyes de la economía, Brown descarta que éstos puedan “gobernar” las democracias, ya que se convierte el gobierno de los ricos y de las élites, dejando de lado a las clases más vulnerables e incluso desplazándolas de los mecanismos democráticos. «[...] la democracia requiere esfuerzos explícitos para crear un pueblo capaz de comprometerse con un autogobierno mesurado, esfuerzos contra las desigualdades sociales y económicas que ponen en peligro la igualdad política».⁴⁰¹ Otra cualidad del neoliberalismo es que, por vez primera prácticamente en la historia, «la

³⁹⁹ Ibid.: pp. 36-37.

⁴⁰⁰ Ibid.: p. 49.

⁴⁰¹ Ibid.: p. 54.

economía produce soberanía»,⁴⁰² esto es, el consentimiento político, su legitimidad, estará vinculado al crecimiento económico, así como a la apertura a los individuos al libre mercado. Además, el neoliberalismo disminuye y adelgaza al Estado y su poder político. Frente a la tesis neoliberal sobre el camino de servidumbre del Estado intervencionista socialista, el exégeta de Foucault, López Álvarez, advierte: «A ojos de Foucault, el problema es aquí otro: el nacionalsocialismo no es el incremento del Estado, sino su destrucción a manos de una gubernamentalidad de partido. Frente a ello, el neoliberalismo plantea el despliegue de una gubernamentalidad diferente, la económica. Dos modos, por tanto, de relación del Estado. Entre ambos polos (gubernamentalidad de partido / gubernamentalidad económica) se habrá de decidir el destino del Estado bajo el neoliberalismo».⁴⁰³ Por ello, las tesis neoliberales antisocialistas y antiintervencionismo estatal en realidad están viciadas de sesgos reaccionarios, unos sesgos que se llevan reproduciendo en los discursos de conservadores y reaccionarios hasta nuestros días, y que, en última instancia, han servido para deslegitimar cualquier medida política que tratase de dar más poder a la democracia frente al oligopolio económico, o a la mera defensa de valores cívicos y derechos civiles.

Hayek, así como la política que pondría en práctica sus ideas, Margaret Thatcher, tildarían el concepto de lo social como algo carente de sentido, o directamente inexistente. Sin embargo, para Brown es un concepto muy importante para la teoría democrática: «Lo social es donde somos más que individuos o familia, más que productores económicos, consumidores o inversores, y más que meros miembros de una nación».⁴⁰⁴ No extraña por parte de la derecha neoliberal y/o conservadora tanto empeño por erradicar tal concepto de la discusión en la cultura política. Las políticas de seguridad social y lo social conducen hacia una concepción de la política de carácter intervencionista, y por lo tanto, al autoritarismo, según la concepción neoliberal. Es por ello que para Hayek la sociedad debe ser desmantelada.

Epistemológicamente, desmantelar la sociedad implica negar su existencia, tal y como hizo Thatcher en la década de 1980, o descartar las preocupaciones por la desigualdad como “política de la envidia” [...] y que hoy es un contraargumento para las propuestas de cobrar impuestos a la riqueza. Políticamente implica hacer uso de las demandas de

⁴⁰² López Álvarez, “Sigue cierta algarabía...”: p. 237.

⁴⁰³ Ibid.: p. 239.

⁴⁰⁴ Brown, *En las ruinas*: p. 55.

libertad a fin de desafiar la igualdad el laicismo junto con la protección del medio ambiente, de la salud, de la seguridad, del trabajo y de los consumidores. Éticamente, supone desafiar a la justicia social de la mano de la autoridad natural de los valores tradicionales. Culturalmente, conlleva una versión de aquello que los ordoliberales llamaron “desmasificación”, apuntalando a los individuos y a las familias contra las fuerzas del capitalismo que los amenazan⁴⁰⁵

Política y democracia están estrechamente vinculadas; el uno no puede ser sin el otro: «La democracia sin política es un oxímoron; el reparto del poder que implica la democracia es un proyecto únicamente político que requiere cultivo, renovación y apoyo institucional. La legitimidad de la democracia sale de vocabularios y mandatos exclusivamente políticos». ⁴⁰⁶ Entendida así la política, Brown afirmará que en la praxis neoliberal (conservadora) hay una intencionalidad de «limitar y desdemocratizar lo político». ⁴⁰⁷ Para ello, se basa en la obra de Slobodian que ya hemos visto, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, quien ofrece un marco histórico del diseño de Europa y de determinadas instituciones económicas y mercantiles alejados del poder soberano de las democracias e independientes de las naciones (como la Cámara de Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, etc.).

El neoliberalismo definió diferentes formas de limitar lo político y la democracia tanto en el plano teórico como en su praxis. Friedman y Hayek defienden que lo político debe ser fuertemente limitado, ya que de lo contrario su carácter era ser *autoexpansiva*, y paralelamente debe tomar la forma, los métodos y los propósitos neoliberales. Los ordoliberales, por el contrario, construirían Estados fuertes que generasen orden y protegiesen la estabilidad económica, para lo cual deben adquirir un carácter tecnocrático, aislándolo de las demandas democráticas. ⁴⁰⁸

Milton Friedman defiende que la economía neoliberal sólo podrá darse en condiciones de libertad individual y libertad política, conceptos codependientes, insistiendo en que la libertad política nación con el capitalismo. Dirá Brown:

Lógicamente, esta idea se basa en el hecho de que los mercados libres (el “capitalismo competitivo”) requieren un gobierno limitado y una clara separación del poder económico respecto del poder político que” de esta manera habilita una” forma de poder “para

⁴⁰⁵ Ibid.: p. 66.

⁴⁰⁶ Ibid.: 89-90

⁴⁰⁷ Ibid.: 90

⁴⁰⁸ Cfr. Ibid.: p. 95.

compensar la otra”. El capitalismo, según este esquema, promueve inadvertidamente la libertad al limitar y restringir el gobierno⁴⁰⁹

Por otro lado, para Friedman el poder político, en cualquiera de sus formas, amenaza la libertad de ambas esferas, la política y la económica. Mientras que el poder político sigue una dinámica de concentración de poder y coerción, los mercados lo dispersan y promueven la diversidad.

Para Hayek, la tradición de la democracia republicana y de la socialdemocracia, ha generado adoctrinamiento y una limitación coercitiva de la libertad individual, ya que, como Friedman, identifica al poder político con la coerción. Pero no se queda ahí, dirá Brown: «Los pecados de la tradición continental incluyen el doctrinarismo, el racionalismo, y la imposición deliberada de un plan y un propósito colectivo, que juntos ahogan al organicismo, el desarrollo espontáneo, la tradición y la libertad individual. El pecado capital de la tradición continental, sin embargo, es el culto de la soberanía popular, un concepto, como la sociedad, que Hayek llama una peligrosa “nación sin sentido”». ⁴¹⁰ La cual también limita la libertad individual.

Hay aquí un nuevo ejemplo del carácter antidemocrático del pensamiento de Hayek. Su visión de la democracia está influenciada por el filósofo alemán, seguidor del nazismo, Carl Schmitt. Así, Hayek considera con él que la democracia incluye en sí una tendencia al totalitarismo, ya que por su propio carácter pluralista busca atender y satisfacer todos los intereses, para lo cual, consideran estos autores, debe el gobierno democrático intervenir en todos los aspectos de la vida. De este modo, se genera lo que von Mises llama una “democracia omnipotente”, que genera una *lógica de captura*, es decir, un disciplinamiento democrático no económico. Para evitar esto, Hayek se centraría en el diseño de instituciones para la Comunidad Económica Europea que limiten el poder político de los gobiernos democráticos impidiéndoles desatender o desviarse del orden económico.

Brown hace una descripción del presente que no achaca tanto a las intenciones iniciales de los neoliberales intelectuales como a sus desviaciones:

[...] las cosas se desviaron en el neoliberalismo realmente existente, como lo hicieron en las revoluciones marxistas del último siglo, lo cual es una razón de la confusión acerca

⁴⁰⁹ Ibid.: pp. 100-101.

⁴¹⁰ Ibid.: p. 104.

de qué es el neoliberalismo y de quién es la culpa de sus desastres económicos y políticos. La democracia ha sido estrangulada y degradada, sí. No obstante, el efecto ha sido el opuesto al de los objetivos neoliberales. En vez de estar aislado de la economía, y por lo tanto ser capaz de dirigirla, el Estado está cada vez más instrumentalizado por el gran capital -todas las grandes industrias, desde la agricultura y el petróleo hasta las farmacéuticas y las finanzas, metieron mano en las ruedas legislativas-. En vez de apaciguadas políticamente, las ciudadanías se hicieron vulnerables a la movilización demagógica nacionalista condenando la soberanía estatal limitada y las facilidades supranacionales a la competencia global y la acumulación de capital. Y en vez de poblaciones espontáneamente ordenadas y disciplinadas, la moral tradicional se ha convertido en un grito de guerra, muchas veces vaciada de sustancia al ser instrumentalizada para otros fines. Al tiempo que los poderes y energías políticas antidemocráticas en las democracias constitucionales crecieron en magnitud e intensidad, dieron lugar a una forma monstruosa de vida política, a merced de poderosos intereses económicos y del fervor popular, sin coordinadas, ni espíritu, ni responsabilidades democráticas o ni siquiera constitucionales, y por lo tanto, sin los límites o la limitación buscada por los neoliberales⁴¹¹

Para Hayek, *libertad* no es sinónimo de *emancipación*, sino más bien *ausencia de obstáculos a la voluntad*. Así, Brown define la libertad en Hayek como «la capacidad no coaccionada para la iniciativa y la experimentación dentro de los códigos de conducta generados por la tradición y consagrados en la justa ley, los mercados y la moralidad».⁴¹² Hayek diseñará la “esfera personal protegida” como un espacio protegido de todo intervencionismo estatal, así como de las normas democráticas. Asimismo, la esfera personal protegida y expandida por la moral tradicional los conservará y los hará florecer.

La privatización económica neoliberal es profundamente subversiva de la democracia. Genera y legitima la desigualdad, la exclusión, la propiedad privada de lo común, la plutocracia y el profundo debilitamiento del imaginario democrático. El otro orden de la privatización que hemos estado considerando, la privatización por familiarización y cristianización, logradas por la extensión de la «esfera personal protegida», subvierte la democracia con valores antidemocráticos de la moral, en vez de con valores antidemocráticos del capital. [...] Cuando este doble modelo de privatización se extiende a la nación misma, la nación se muestra a su vez como un negocio competitivo que

⁴¹¹ Ibid.: p. 123.

⁴¹² Ibid.: p. 139.

necesita hacer mejores tratos y como un hogar inadecuadamente asegurado, asediado por extraños malintencionados. El nacionalismo de derechas oscila entre los dos⁴¹³

La crítica de Brown al neoliberalismo nos abre un camino de reflexión en torno a su carácter antidemocrático, y la necesidad de preguntarnos, primero, cómo una ideología de con estos sesgos ha podido tomar la influencia directiva que ha tomado hasta nuestros días, y segundo, cómo podemos salir de ella. La respuesta a la segunda pregunta la ofrece nítidamente: a través de la democracia. Más democracia, *radicalmente* entendida, desde un republicanismo que dote de valores cívicos a sus individuos, que dote de fuerza a la sociedad civil igualitaria, y que podrá generar agentes políticos activos que la defenderán por encima de cualquier interés privado, como una fuente de interés colectivo.

La sociedad debe, por ello, generar una nueva praxis social que huya de la cultura de la competición y el individualismo, generando una cultura de la ayuda, de la cooperación, de la solidaridad e incluso de la igualdad entre oponentes. Debe, asimismo, ser un dispositivo de valores y de educar en emociones, emociones de *justicia* que puedan generar un *pathos* político, no sólo un *ethos*, un modo de vida, sino un vínculo emocional cívico que lleve a la participación activa de la sociedad civil en la política.

Para que esta praxis nueva de carácter político se dé, hay una necesidad de marco conceptual, de ideología, para orientar la mirada y la praxis social e individual. El marco conceptual ideal para entender la política y la democracia, y sus encrucijadas actuales, es el republicanismo⁴¹⁴, por muchos motivos que iremos esbozando a lo largo de este capítulo conclusivo.

Quien recientemente en España ha sido un referente en las cuestiones en torno a los procedimientos democráticos y al propio concepto de democracia es José Luis Moreno Pestaña. Más adelante consideraré esto con mayor profundidad, pero aquí lo mencionaré y dejaré constancia de ello de manera resumida. Moreno Pestaña advierte que, como he intentado recoger en mi tesis, los procedimientos democráticos de las democracias

⁴¹³ Ibid.: pp. 160-161.

⁴¹⁴ En ocasiones nos referiremos a él como “democracia radical”, tomado directamente de la obra de Antoni Domènech (2019), ya que entiende que referirse a una u otra es sinónimo de lo mismo, pues la república no es más que la puesta en marcha de una democracia radical. Si empleo en adelante más el uso del término “democracia radical” no es más que por dar mayor énfasis y darle un vínculo directo nominal con lo democrático.

liberales occidentales, dentro de un sistema de mercado capitalista, no sólo no han generado buenas democracias y mejores procesos de democratización, o como mínimo expandido la cultura y los valores democráticos en la ciudadanía. Más bien al contrario. En esta tesis he ido reconstruyendo las diferentes tecnologías de las que el neoliberalismo se ha valido para generar no sólo una subjetividad neoliberal, sino también un modo de vida, y, por ello, los individuos están más encaminados hacia el individualismo y la defensa de la propiedad privada que hacia el colectivismo bien entendido, y los valores de lo común. La democracia, por ello, debe generar sus propias tecnologías para expandir sus valores y principios a la sociedad, generando estructuras, herramientas y acciones encaminadas al desarrollo de la democratización de la ciudadanía. Es sobre esto sobre lo que Moreno Pestaña tratará más adelante, como recogeré en siguientes puntos de este capítulo.

Desde el punto de vista individual, el sujeto debe realizar un trabajo sobre sí mismo. Este discurso puede resultar similar al trabajo que el propio sujeto debe realizar sobre sí para constituirse como capital humano, pero el fondo y las lógicas que operan en esta subjetividad no generan individuos atomizados desconectados de toda solución de tipo colectivo, sino que es una puesta en práctica de una subjetividad activa políticamente y como ejercicio constante de los valores y principios democráticos.

Hay por ello un retorno a las enseñanzas clásicas de la filosofía y la ética del conocimiento de sí, *gnosti te auton*, como un principio básico de la moral individual cívica:

Sólo mediante la autoexploración y el autoconocimiento podemos forjarnos el carácter de modo tal que sean la virtud y la prudencia las que guían nuestros actos. En esa forja del carácter se va fijando la propia identidad, la unidad autoconsciente del yo, de un yo que ha aprendido -conociéndose a sí mismo- a controlar sus pasiones, a sentir y desear como es debido, y a actuar en consecuencia. El desconocimiento propio nos pone a merced de los múltiples candidatos a yoes que hay en cada uno de nosotros, siendo un día de una forma y otros de otra, sin orden ni concierto, sin armonía interna, sin voluntad y, en última instancia, sin verdadera libertad, pues no sabemos lo que queremos realmente. [...] El imperativo del autoconocimiento es pues un imperativo ético; es seguramente la

herramienta principal de que disponemos los seres humanos para labrarnos una vida buena⁴¹⁵

Este principio básico moral es importante, puesto que el *conocimiento de sí* se establece como brújula moral que sirve de guía para la actuación no sólo en la esfera política, sino como guía para la propia vida, generando de este modo un *ethos cívico*. Este principio es la base de una moral cívica porque es una herramienta moral para conformar el ciudadano político, el cual necesita gobernarse a sí mismo bien para poder gobernar a los otros.⁴¹⁶ Es, por lo tanto, un principio básico para el gobernante, pero también para el ciudadano que debe estar vigilante de que los representantes del poder soberano guíen su praxis política según la recta moral democrática.

La nueva praxis debe estar regida, asimismo, por un principio de *libertad cívica* completamente ajena y desligada de la libertad neoliberal que no deja de ser una libertad de empresa, de capital, incluso de deseo -un deseo que no es más que la expresión de un privilegio, el privilegio de poder acceder a determinado bien de consumo o servicio.

La libertad cívica se basa en una ausencia de relaciones de dominación. Debe ser, además, la libertad de un *sujeto crítico*, de aquel que actúa en el mundo para poder transformarlo, que actúa bajo una voluntad de cambio bajo principios de mejoramiento de la vida de sus ciudadanos conforme a la idea del bien común. Este ejercicio de la libertad es un trabajo de libertad que debe cuidar, primero, de la verdad (un estar vigilante, crítico, contestatario al poder y no sometido al poder), y segundo, de sí mismo. La puesta en práctica de libertad genera libertad.

⁴¹⁵ De Francisco, Andrés (2012). *La mirada republicana*. Catarata, Madrid: p. 133.

⁴¹⁶ Cfr. Foucault, Michel (2016). *Tecnologías del yo y otros textos* Paidós, Barcelona: 57 y ss., y en Foucault, Michel (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras Esenciales. Volumen 3*. Paidós, Barcelona: p. 278.

3.3. Democracia republicana

3.3.1. Igualitarismo para tiempos de crisis y desigualdad

En este punto voy a exponer las bases del igualitarismo, modelo ideológico necesario en una república democrática. El igualitarismo, vaya por delante, no trata de eliminar las jerarquías, como sus detractores suelen argumentar reiteradamente. Lo que pretendo dejar reflejado en este punto es la necesidad de establecer, por arriba y nunca por abajo, una igualdad de condiciones, donde los muchos tengan sus necesidades en mayor medida satisfechas, y donde los menos, los “aristócratas” del sistema contemporáneo, no puedan valerse de sus poderes e influencias para evadir sus deberes con la sociedad -como el pago de impuestos- o con la justicia. El igualitarismo, por otro lado, no trata sólo de derechos, como veremos, sino también de *deberes*. Considero que éste es el único ideario para poder establecer una sociedad más justa, si bien, como quedará patente más adelante, no hay un único modo de llevarla a cabo, y sus debates internos son, asimismo, vastos y profundos, como aquellos que tienen que ver con la Renta Básica Universal, o las infraestructuras colectivas.

La democracia, tal y como la entendemos modernamente, es la conjunción del ideal democrático de la Grecia clásica y el programa Ilustrado basado en los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Al menos, tal y como se entiende desde una perspectiva republicana progresista. Desde el marco liberal, se puso mayor énfasis en el programa basado en la libertad bajo un modelo económico, fruto del triunfo de la revolución industrial inglesa frente a la revolución francesa de tipo político. Bajo este marco, se reconceptualizó el resto de las ideas ilustradas. La igualdad se constituyó como igualdad de oportunidades y el progreso social basado en la meritocracia (y, bajo el modelo neoliberal de libre mercado, en la práctica es una desigualdad sistémicamente necesaria), y la fraternidad fue diluida en un individualismo atomizante que, en tal caso, debía generar una comunidad de intereses con lazos frágiles. Hoy es sabido que esta falta de fraternidad igualitarista nos conduce durante los eventos de depresión económica y de crisis políticas y sociales hacia procesos de autoritarismo.⁴¹⁷

⁴¹⁷ Manuel Montalvo describe en *Fascismo y crisis capitalista* un patrón que se repetirá en la formación del fascismo de principios de siglo XX y en el proceso de formación de fascismos en el siglo XXI. Para él, fascismo y capitalismo son dos fenómenos interrelacionados, siendo el primero parte de la estructura sistémica del segundo. El patrón que se sigue para la conformación social del fascismo se trata, en un primer momento, de la eventualidad de una crisis económica, que no es más que una crisis de la reproducción del valor, del capital. Le sigue una “guerra cultural”, esto es, una confrontación de discursos y valores entre

El igualitarismo, entendido como el proyecto ideológico en una democracia radical que busca poner la idea de igualdad como principio social y programa político de justicia y redistribución, le va de suyo articularse con las ideas de libertad y fraternidad. *Libertad*, entendida como *libertad cívica*, que establece los derechos individuales y sociales del ciudadano, y la fraternidad, que establece lazos fuertes y de colaboración en la sociedad civil, y los articula políticamente como comunidad.

Según la tesis referida a Antoni Domènech en *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, el proyecto Ilustrado, iluminado por el ideal de la fraternidad republicana, tiene como fin, primero, el hermanamiento de todos los ciudadanos de una nación para, después, hermanar a las naciones bajo una república cosmopolita. Para ello, la Ilustración debía romper las cadenas “familiares”, basadas en las relaciones de poder y dominación estamentales y paternalistas, sacando a sus individuos de la minoría de edad, y “emanciparlos”. En su emancipación encontrarían, en el seno de la patria, la comunión con otros, la hermandad de ciudadanos. Y, después, rompiendo la cadena de las luchas entre naciones por el territorio y la dominación exterior, las naciones, las comunidades étnicas y las comunidades religiosas, toda la humanidad debía hermanarse en una República cosmopolita.⁴¹⁸ A la fraternidad, vemos, va de suyo una concepción igualitarista de la sociedad.

La fraternidad igualitarista debe enfrentarse, primeramente, a un problema de “odio de clase”. Desde la antigua Grecia hasta nuestros días, siempre ha existido el odio de clase, dividiendo a la sociedad entre los mejores -los aristócratas, literalmente- y la plebe, la muchedumbre, la masa, aquellos individuos de la sociedad de baja condición. Por ello, la historia de la política y del pensamiento intelectual está plagada de sentencias contra el pueblo bajo y su baja cultura, así como de reacciones cuando está a punto de entrar en las instituciones de gobierno. No en vano, los aristócratas eran, asimismo, los que disponían de más recursos y de una vida ociosa, una vida acomodada modelo para

ideologías que pugnan por la hegemonía social (entre progresismo y conservadurismo), a través de la cual se establece una “superestructura reaccionaria”. En tercer lugar, se “burocratiza” el partido fascista o reaccionario, como efecto de la normalización social del discurso reaccionario y la asunción de sus principios en las esferas mediáticas y funcionariales conservadoras. Finalmente, el capital público se fusiona con el capital privado, generando un poder económico mediatizado donde los partidos reaccionarios ven cómo sus postulados y su programa político-social tienen mayor resonancia y aceptación. La regresión económica y la caída en la barbarie está siempre en el horizonte, no existe “vacuna” contra la dictadura, salvo políticas que aseguren a los ciudadanos y una mayor involucración de la sociedad en el funcionamiento de la democracia.

⁴¹⁸ Cfr. Domènech, *El eclipse*: pp. 20-23.

poder ejercer el poder y el mando, ya que sus necesidades básicas estaban cubiertas. La plebe, por otro lado, tenía restringido el acceso a la política no sólo por su condición, sino por ser incapaces de cubrir esas necesidades básicas salvo con sus propias manos. Por ello, como muchos autores rescatan,⁴¹⁹ el modelo democrático ateniense sufrió una fuerte revolución cuando Clístenes, del partido democrático ateniense, estableció la *isonomía*, la igualdad de todos los ciudadanos, y, posteriormente, cuando Efiates estableció la obligación de dar una retribución sufragado con fondos públicos a todo aquel cargo de gobierno o aquel que participara en las asambleas de gobierno. Ello generó un fuerte rechazo por parte de la aristocracia, conservadora y reaccionaria ante el sistema de Clístenes y Efiates (este último asesinado poco después por una conjura de los aristócratas en su contra), al alegar que, de este modo, se degradaba a la política al “profesionalizarla” y se destruía el buen gobierno y el orden establecido.

El igualitarismo ha sufrido siempre de una reacción en su contra y denostación continua. Advertía Herbert Spencer en *El individuo contra el Estado* bajo el prisma de la reacción que no había nada más natural que la desigualdad, y que la igualdad de los individuos no era más que un modo de ir contra natura, que destruiría las capacidades intelectuales de aquellos individuos más dotados para “igualarlos” a la mediocridad general. Del mismo modo, los conservadores reaccionarios durante la Revolución francesa expandirán un *spencerismo social* donde los mejores sobrevivan y se reproduzcan socialmente mientras los peores y vagos perezcan, como idea de progreso y evolución social; asimismo, buscarán eliminar su condición de ciudadanos a los pobres; y emplearán la “antipolítica”, esto es, el empleo de discursos y estrategias que desacreditan a las instituciones, para tachar a todo intento de mejorar a la sociedad de vano y de contraproducente para el progreso social. El espacio para la producción de esta desigualdad, de este *spencerismo social*, es el libre mercado contemporáneo.

Pero hoy hemos de pensar en una solución al problema generado por el *mercadismo*, la ideología del libre mercado, que ha expandido no sólo la competencia y la individualización sociales, sino un falso programa de meritocracia. El neoliberalismo meritocrático aboga hoy por una idea de igualdad particular: la igualdad de oportunidades. Según esta, cada individuo obtiene aquellas recompensas que su esfuerzo, su capacidad y sus logros personales merecen, en igualdad de condiciones al resto de competidores y

⁴¹⁹ José Luis Moreno Pestaña y Antoni Domènech, entre otros.

sin barreras particulares. Así describe la función de la narrativa de la meritocracia en nuestras sociedades el sociólogo español y activista César Rendueles:

La meritocracia justifica la situación de las clases altas como un premio justo al talento y, por tanto, no sólo no cuestiona el privilegio sino que ni siquiera plantea la idea de que existen obligaciones y corresponsabilidades que legitiman ese privilegio. Por eso, en cierto sentido, la meritocracia es un paso atrás respecto a las formas de desigualdad arcaicas que solían entrañar un cierto compromiso -bien es cierto que casi siempre meramente nominal y sin mecanismos reales para forzar su cumplimiento- de las élites con las comunidades con las que estaban enraizadas⁴²⁰

Mientras que la libertad es entendida como un derecho garantizado mediante mecanismos complejos de contrapesos jurídicos y una producción político-social, la igualdad se comprende como algo dado como un derecho natural, y sólo habría que garantizar (produciéndolo políticamente) el sucedáneo meritocrático. Sin embargo, la igualdad social requiere de una intervención política rotunda para la producción de igualdad efectiva social, para la cual es necesaria la constitución de una ciudadanía y una democracia bajo un programa igualitarista. Es decir, la igualdad social requiere de un proceso de retroalimentación entre la producción de ciudadanos democráticamente iguales y la producción de igualdad social. Como decíamos anteriormente sobre la libertad, el ejercicio de la igualdad produce igualdad.

El mercado, aunque los liberales lo comprendan como un espacio de competencia donde el esfuerzo personal y las habilidades particulares pueden desarrollarse y practicarse libremente y procurarse bienestar y beneficios, es en realidad a sabiendas un espacio de poder, disciplinario y de coacción contra los débiles y dominados, donde se genera desigualdad social al generar vencedores y perdedores de manera constante por propio principio. Para César Rendueles, el libre mercado tiene como único fin no ya la competencia por sí misma, sino distinguir y premiar a los ganadores. «En realidad, los ricos poderosos nunca han tenido una gran preferencia por la competencia económica excepto como medio para imponer el poder de los más fuertes. Cuando han podido saltarse ese engorroso y caro interludio competitivo y acceder directamente al monopolio, no han dudado en hacerlo».⁴²¹ Ya vimos anteriormente en el primer capítulo que el

⁴²⁰ Rendueles, César (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Capitán Swing, Madrid: p. 51.

⁴²¹ *Ibid.*: p. 65.

mercado libre se configura como un espacio donde los intrépidos, aquellos individuos que buscan sensaciones épicas y encarnar los valores de un héroe individual, veían en este espacio como el lugar donde poder llevar a cabo sus aventuras donde poder demostrar sus capacidades y dotes de visión, liderazgo y de capacidad para llevar a éxito sus empresas.

Por ello, en el mercado se instalan, a través de la libre competencia mercantil, los valores meritocráticos. Todo éxito es fruto del genio individual. El azar o la cuna nunca tienen importancia en el relato que estos sujetos, gustados de sí mismos, ofrecen al oído dispuesto a tragarse su discurso. La posición igualitarista respecto al mercado es que «es imprescindible embridar la competición mercantil no sólo porque es materialmente peligrosa y nos arroja a una pendiente de miseria, enfrentamiento político y destrucción medioambiental sino porque tiene efectos carcinógenos sobre la generalización de los compromisos éticos».⁴²²

Muchos fueron los pensadores que podrían haber ofrecido una salida que salvara al mercado como un espacio de realización y desarrollo de los individuos, al tiempo que eliminaban la dominación de los efectos capitalistas, y disminuían al mínimo el efecto acumulador de poder del Estado. Me centraré, a través de la obra de Moreno Pestaña, en autores franceses que ofrecieron una vía diferente al neoliberalismo de Thatcher y Reagan, así como al de la izquierda tradicional, precisamente para poner en cuestión la respuesta de Foucault a este momento, si bien los siguientes autores tuvieron la ventaja (o desventaja, a tenor de sus planteamientos) de vivir durante más tiempo y observar el desarrollo del neoliberalismo. Los años 1970 y 1980 franceses están muy determinados por lo que fue y por el espíritu de las protestas del Mayo del 68. La postura política de filósofos importantes como Pierre Rosanvallon, Michel Foucault o Cornelius Castoriadis no puede entenderse sin ese acontecimiento. Las proclamas sesentayochistas beben asimismo de un espíritu de época de individualismo y libertad que, nos dice Moreno Pestaña, culminará políticamente en los años 1980 con el advenimiento del neoliberalismo, pero que antes tuvo su versión izquierdista, representada por pensadores como Rosanvallon. La “segunda izquierda” rompe con las ideas de la tradición socialista y aboga por una “democracia económica radical -la autogestión-“.⁴²³ En 1976 escribe *L'âge de l'autogestion*, donde emparenta a pensadores de distinta tradición como son

⁴²² Ibid.: p. 89.

⁴²³ Moreno Pestaña, José Luis (2019). *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico*. Siglo XXI, Madrid: p. 95.

Locke y Marx, al respecto del libre mercado. Genera así el embrión político que bebe del liberalismo social clásico, un “liberalismo autogestionario”. De los tres modelos de propiedad, véase: privada, cooperativa y nacionalizada, Rosanvallon apuesta por la tercera, pero de manera matizada, no aquella impulsada por el gobierno soviético. Así lo describe Moreno Pestaña: «Las nacionalizaciones suponían la articulación de un gobierno compartido entre los trabajadores, los consumidores y el Estado y, por tanto, se inspiraba en una organización democrática de la economía».⁴²⁴ Proclama lo que hoy estamos denominando Estado CEO, un *neokeynesianismo*, para salir de la crisis de la pandemia del 2020. Un *neokeynesianismo* de inspiración socialdemócrata: «Una autogestión sin plan se asemejaría a un conjunto de empresas capitalistas, aunque propiedad de sus trabajadores, compitiendo entre sí. Un plan sin mercado supone, como en la Unión Soviética, la idea de que existen necesidades objetivas y que en la sociedad no hay conflictos».⁴²⁵

Serán los filósofos Rosanvallon y Viveret quienes rescatarán, asimismo, la idea liberal del empresario militante. Para ello, deben contraponer la idea del empresario emprendedor de la idea de la explotación: son el capitalismo y el Estado, uno desde la explotación y la división social del trabajo, el otro desde la imposición de la gestión burocrática de los bienes públicos y su centralización, a quienes se contraponen el modelo del socialismo autogestionario. «La empresa autogestionada devolverá el poder a los trabajadores y a la sociedad, pues no concederá el monopolio de la producción y distribución de la riqueza al Estado. El empresariado militante podrá introducir la creatividad en la educación y la salud, la escuela, el hospital y los servicios sociales».⁴²⁶ Rosanvallon tenía en mente una sociedad de pequeños y medianos empresarios donde, al parecer, las grandes multinacionales y su poder político a través del poder económico no existen o no existirían. Mientras, Castoriadis, a través de Marx, concluirá que el capitalismo, en cualquiera de sus formas, no puede formar buenos ciudadanos, dado que de su principal objetivo no es otro que el de generar valor y la acumulación ilimitada. La única posibilidad de que la economía capitalista genere buenos ciudadanos es vinculándola a un concepto de buena vida.⁴²⁷

⁴²⁴ Ibid.: p. 98.

⁴²⁵ Ibid.: p. 99.

⁴²⁶ Ibid.: p. 100.

⁴²⁷ Ibid.: p. 129.

Para Moreno Pestaña, la respuesta de Michel Foucault tampoco es muy satisfactoria. En sus investigaciones sobre la democracia, Foucault realiza una investigación del poder y sus luchas por éste en las democracias que se remonta a la antigua Grecia. En su investigación, según Moreno Pestaña, realiza inexactitudes más o menos intencionadas, por las cuales reduce a las dinámicas de poder democrático de las masas a una especie de lucha por el poder entre élites.

Foucault, a través de su investigación en torno al capital humano, atravesado por Gary Becker, y esto es, entendiendo a los individuos como sujetos empresarios de sí, a la neoliberal, propondrá una ética basada en la concepción griega clásica de ésta, pero a su vez salpicada por la cultura neoliberal del capital humano, es decir, «a través de una gestión autónoma de la propia vida y de la propia salud, exactamente igual que propondrán las éticas griegas fundadas en el cuidado de sí y en la gestión consciente de los propios riesgos».⁴²⁸

Para Foucault, nos dice Moreno Pestaña, no hay un vínculo que articule ética y política, de modo que a su visión de la conformación de una subjetividad foucaultiana libre y “griega” no va de suyo una actitud política concreta. Por todo ello, nos afirma Moreno Pestaña, hay un sesgo importante en la particular visión de la ética griega clásica y de la democracia ateniense, pues no llega a articularla con la política. Sin embargo, no siendo un experto como Moreno Pestaña en Foucault, sí querría referir, al menos brevemente, que encuentro una referencia en la articulación política de su ética, en sus textos recogidos en *Tecnologías del yo y otros textos*, donde Foucault, citando el *Alcibíades* de Platón, recuerda el pasaje y el diálogo entre Sócrates y el joven Alcibíades, a quien espeta que no podrá conducir correctamente a los demás si no es capaz de conducirse debidamente a sí mismo.⁴²⁹ Es cierto, quizás este extracto no sea suficiente para afirmar que articula políticamente su ética, pero sí encuentro, al menos, una ligera intencionalidad de que finalmente su ética individualista tenga resultados políticos. Si ello es suficiente como para afirmarlo, se me escapa.

Moreno Pestaña encuentra en la lectura de Foucault una visión particular sobre el concepto de *isegoría*. A través del comentario de textos, empleará una metodología radicalmente filosófica sobre las cuestiones del gobierno democrático. A través de la

⁴²⁸ Ibid.: p. 45.

⁴²⁹ Foucault, Michel (2016). *Tecnologías del yo y otros textos*. Paidós, Barcelona.

discusión filosófica con Aristóteles -a quien considera su antagonista- y de la lectura y comentario del *Edipo Rey* de Sófocles, generará Foucault su discurso, según el cual: «El modelo de filosofía cultivado por Aristóteles se complementa con la lección de la pieza de Sófocles, que simboliza al tirano destituido por la palabra de la asamblea democrática. Solo cuando la segunda aparece, la primera operación, que desliga saber y poder, que identifica la verdad con la pureza, se vuelve posible».⁴³⁰ Y, de este modo, Moreno Pestaña nos describe cómo se configura la verdad penal en Foucault a través de esta articulación entre la filosofía aristotélica y la obra de Sófocles: «Se impone la verdad como constatación, tanto en el sistema jurídico como en la filosofía. Según Foucault, este es el tipo de verdad que Aristóteles impondrá frente a los sofistas. En los tribunales y en la filosofía aparece una institución epistemológica común: la del observador puro sin más cualidades que su apertura al mundo».⁴³¹

Sin embargo, nos dirá Moreno Pestaña, esta concepción foucaultiana entenderá que lo que se produce en el mundo griego (y por ende, en la democracia griega) es una lucha entre las élites por el poder. Así, nos dice Moreno Pestaña:

Foucault analiza la democracia dentro de la más estricta ortodoxia izquierdista: encubre los privilegios de clase. Su disección de las reformas democráticas de Solón confirma la lógica censitaria en un periodo en que solo las clases altas pueden acceder al conjunto de magistraturas. Hacia abajo la capacidad de acceso se restringe. Foucault ignora las reformas democráticas de Efiltes y Pericles. El poder democrático rotatorio es la circulación de un fetiche que disimula el desequilibrio de clases»⁴³²

De este modo, Foucault reproduce un sesgo de la visión de la democracia griega de tal forma que «Las leyes y la verdad acompañan la colaboración de clases. Los hombres extraordinarios y sus ordalías nos abandonan. La democracia retiene los simples procedimientos de investigación. La objetividad se adueña de Atenas».⁴³³

Otro sesgo que se detecta en Foucault es la reproducción del desprecio platónico hacia los sofistas, con lo que se obvian aquellos posibles progresos que éstos pudieran haber establecido política y socialmente:

⁴³⁰ Ibid.: p. 58.

⁴³¹ Ibid.: p. 61.

⁴³² Ibid.: p. 62.

⁴³³ Ibid.: pp. 64-65.

[...] Foucault asume, casi sin rechistar, el modo en que una tradición -que comienza con Platón- caracteriza al sofista. No advierte que los denominados sofistas se embarcaron en distintos haceres filosóficos. Tampoco que esto se enmarcaba en compromisos políticos divergentes. Sofista es una etiqueta que incluye, con bastante sofistería, nombres propios incompatibles bajo un injustificado nombre común. [...] Foucault, quien intenta huir del internalismo ante la tradición filosófica, se desentiende de las precisiones políticas⁴³⁴

Y de nuevo, nos dirá Moreno Pestaña, otro sesgo que reproducirá Foucault refiere acerca de su comentario sobre Aristófanes y Tucídides, en la cual dará cuenta de la crítica a las masas propia de cierto elitismo: «Foucault añade que la crítica del poder popular nunca fue tan excesiva en Aristófanes o Tucídides. Estos aún no concebían al pueblo como una entidad bestializada. En los filósofos el saber se encuentra unido a la pureza moral: la masa no puede merecerla, en cuanto a los tiranos, únicamente la merece aquel que se deja aconsejar».⁴³⁵ Entre los intelectuales y personas de la cultura, así como en general entre las élites, hay una fácil crítica a la estulticia de las masas. Ya hemos observado en este mismo capítulo, con Brennan, este mismo sesgo, y no tengo intención ahora de repetirme. Sirva hasta aquí, con esta pequeña muestra de la crítica de Moreno Pestaña a la concepción democrática de Foucault, para indicar la necesidad de intentar ir más allá de la visión democrática que éste mostraba, y tratar de completarla como hemos hecho en este capítulo con otros autores, como el propio Moreno Pestaña, aunque nos alejemos del esquema de pensamiento foucaultiano.

El neoliberalismo ha destruido en muchos sentidos los valores del compromiso, en el cual la idea de fraternidad tenía una importancia radical. Ha expandido los derechos bajo el modo del privilegio, destruyendo el modelo de los servicios públicos del Estado de bienestar, degradando la sanidad y la educación públicas, los derechos del ciudadano se han tornado en derechos del consumidor: el que paga el servicio tiene derecho a quejarse. Lo público, estigmatizado como “lo gratuito”, lo que no es más que una falacia pues es pagado por los ciudadanos vía impositiva, queda descuidado, abandonado al desamparo de la responsabilidad política pero también ciudadana que debe reclamar unos servicios públicos de calidad, para los cuales contribuye. Pues bajo el modelo de la privatización, no hay derechos, sino mercancías, productos y consumo de bienes, libre

⁴³⁴ Ibid.: pp. 69-70.

⁴³⁵ Ibid.: p. 79.

mercado, en definitiva. Es el privilegio de aquellos que pueden acceder a dichos servicios, que no requiere de responsabilidades ciudadanas, sino de defensa del statu quo. El igualitarismo busca, por ello, la expansión de los derechos, pero es igual o más escrupuloso respecto de los deberes, que pongan a los ciudadanos al cuidado de lo común y de lo público. Requiere por ello de un compromiso individual fuerte, pues son las experiencias de injusticia ajenas o propias, la que instan a traer sentimientos en contra de la desigualdad, y que generan efectos inmediatos de rechazo y movilización.

Las obligaciones sociales tienen que ver con la idea de que cada uno debe contribuir al bien general en cierta medida, con independencia de las posibles recompensas -materiales o morales- que retribuyan esa aportación. La igualdad es un efecto de una concepción sustantiva de los límites de la competencia, las recompensas, las desventajas y la diferencia de estatus aceptables en cada posición social. Tiene que ver con una manera de entender la naturaleza humana y social en la que decidimos ciertas posiciones -como el esclavismo o la pobreza o la riqueza extremas- son incompatibles, por exceso o por defecto, con la vida buena compartida y que, por tanto, hay umbrales mínimos para la vida digna que vienen establecidos por un sistema de obligaciones colectivas antes que por derechos individuales⁴³⁶

Uno de los grandes problemas a la hora de tratar de expandir a la sociedad los valores igualitarios, democráticos y republicanos, consiste en pensar que de ello se debe encargar un programa educativo diseñado estatalmente. Al final, todos los problemas sociales, desde la diversidad sexual hasta los problemas del medioambiente provocado por el cambio climático, deben ser atendidos en el currículum educativo. Y esa perspectiva es un grave error. Además, hay una paradoja en el sistema educativo contemporáneo, ya que se promete una igualdad, la igualdad de ser todos calificados bajo un modelo de examen donde poder demostrar lo aprendido, ya sea de la capacidad de memorizar o de resolver problemas, y sin embargo, la educación es un mecanismo de reproducir desigualdades heredadas familiarmente, ya que aquellos estudiantes con mayores posibilidades materiales podrán centrarse en sus estudios o invertir en mejorar las capacidades de éste en actividades extraescolares o academias y profesores particulares, mientras que los estudiantes en peores circunstancias se verán con mayores problemas para poder hacer frente al sistema educativo que se pone en marcha en nuestras sociedades.

⁴³⁶ Rendueles, *Contra la igualdad*: p. 93.

Los conservadores han encontrado en la educación no sólo un *nicho de mercado* sino también un modo de segregación social adecuado a los intereses de las élites a través de la educación privada, que al mismo tiempo y por poco dinero permite que la clase media aspiracional disfrute de parte de los privilegios de la élite a través de la educación concertada. Pero ello redundaría en un daño a la educación pública, con menos recursos y alumnos con mayores dificultades o problemáticos, y dificulta un programa social igualitarista, ya que esta segregación educativa perpetúa la desigualdad social. Por ello, se acentúa que es necesario mirar más allá de la educación como mecanismo para la génesis de una ciudadanía basada en principios y valores para la democracia, y que esta producción de igualdad debe venir de otras instituciones y desde otras perspectivas, como venimos proponiendo.⁴³⁷

Asimismo, como hemos venido observando, hay una necesidad de abordar desde la perspectiva igualitarista la importancia de las relaciones laborales establecidas bajo el modelo neoliberal. Visto que el neoliberalismo ha buscado eliminar toda negociación colectiva, ya que ésta supone una posición de fuerza de los trabajadores frente al empresario por un sueldo y unas condiciones laborales dignas, una perspectiva igualitarista debe abordar cómo deben organizarse los individuos para resolver de la mejor manera esta cuestión, así como el establecimiento de diferentes mecanismos redistributivos de la riqueza.

Una de las fórmulas para la igualdad material de la sociedad es la RBU, la Renta Básica Universal, que sirve para «[...] universalizar realmente los derechos sociales desvinculándolos del mercado de trabajo».⁴³⁸ Uno de sus máximos exponentes en España es Daniel Raventós, quien le ha dedicado a su defensa teórica gran parte de su vida y un innumerable compendio de artículos y libros, siendo su último libro *La renta básica, ¿por qué y para qué?*, escrito en 2021. En general, los principales valedores de la RBU son el grupo de Barcelona, afincados en su mayor parte dentro de la asociación SinPermiso, y

⁴³⁷ Tan alejada de los planteamientos llevados durante la legislatura del socialista José Luis Rodríguez Zapatero con la asignatura para la E.S.O. de *Ética para la ciudadanía*, que bajo diferentes formas y denominaciones tuvo recorrido en el currículum académico desde 2006 hasta su desaparición completa en 2016; esta perspectiva educativa tiene muchos detractores como modelo para la formación de un “espíritu” democrático. Rendueles defiende que: «Deberíamos dejar de pensar en la educación como motor privilegiado de la equidad y plantearnos lo contrario, que sin igualdad social, sin un ethos igualitarista generalizado, cualquier proyecto de democratización y mejora pedagógica universalista es imposible. [...] La educación igualitaria sólo tiene sentido si va de la mano de la igualdad de los centros de trabajo y en los hogares y en las instituciones culturales» Ibid.: pp. 293-294.

⁴³⁸ Ibid.: p. 128.

al cual perteneció también Antoni Domènech. Su defensa de la RBU radica en que, para sostener una verdadera libertad, libre de las ataduras de las necesidades materiales a las que estamos ligados por el sistema económico capitalista, debe ser garantizada una existencia material por parte de las estructuras económicas estatales, que son comunes para toda la población. Dentro del neoliberalismo también se han defendido estructuras de RBU, pero con mayores limitaciones y objetivos distintos. Por ejemplo, un estipendio mensual por parte del Estado podría generar un cierto acomodo social, pero si éste queda reducido lo suficiente para generar movimiento laboral, podrían los individuos incluso a emprender y abrir sus propias empresas. Pero fuera del neoliberalismo, la RBU, visto desde una perspectiva republicana, trataría de establecer una base material suficiente para los ciudadanos y que éstos se vean libres para poder elegir, por ejemplo, sus trabajos según su vocación y sus habilidades, o establecer con mayor fuerza sus jornadas laborales y negociar sus sueldos. Para Daniel Raventós, la RBU es el estipendio que ha de ser recibido por los individuos, no por las familias, y que ha de ser garantizada incondicionalmente, y por lo tanto, por el Estado para toda la población, al ser universal.

Pero Rendueles advierte de un peligro de la RBU, y es que implícitamente parece sustituir y mejorar la lucha colectiva organizada y sindicalista, al poner sobre el individuo la fuerza negociadora al mejorar sus condiciones materiales de existencia y librarse de la necesidad.⁴³⁹ Tampoco queda claro que genere individuos más colectivizados y activos políticamente, ya que lo contrario, ciudadanos pasivos e individualistas también, es factible; o con trabajadores en situación particularmente problemática. Por los problemas que genera y las posibles adversidades de los servicios públicos que pudiera ocasionar para los presupuestos estatales, algunos abogan por el “trabajo garantizado” del Estado. Sin embargo, Rendueles insiste:

Si la renta básica ofrecía una respuesta desinstitucionalizada e individualista, el trabajo garantizado es una especie de salida organicista en la que la cooperación compleja es sustituida por la mediación directa del Estado. Muy significativamente, en las propuestas de trabajo garantizado los empleos facilitados por el Estado cotizarían y tendrían todos los derechos laborales salvo uno: el derecho a la negociación colectiva⁴⁴⁰

Aun con todos estos problemas y complejidades, ambas propuestas son de gran interés e importancia a la hora de llevar a cabo un programa igualitarista que responda al

⁴³⁹ Cfr. *Ibid.*: pp. 130-132.

⁴⁴⁰ *Ibid.*: p. 134.

dogma de la mercantilización capitalista. Pero estos mecanismos, en cierto modo, sólo reflejan la importancia que en nuestras sociedades ha tomado el trabajo asalariado como principal guía de orientación de nuestras vidas, y que no deja de ser, a pesar de lo que los defensores del libre mercado pretenden inculcarnos, un modo de depender de los azares del mercado, ingobernable por sí mismo y por las instituciones regulatorias tanto nacionales como internacionales. «Tanto la renta básica como el trabajo garantizado apuntan a la ruptura de esas cadenas sociales que nos impiden vivir como iguales. La renta básica por el lado de la liberación individual de la compulsión del mercado, el trabajo garantizado por el de la construcción deliberativa de un futuro compartido».⁴⁴¹

Para que mecanismos como la *renta básica* o el *trabajo garantizado* se puedan servir como herramientas de liberación social, será necesario la puesta en marcha de un conjunto de herramientas y mecanismos que garanticen todo un programa de igualitarismo social, como salarios máximos, intervenciones públicas, democratización de los centros de trabajo, fortalecimiento de cooperativas, protección de la reproducción, normalización de sectores estratégicos y otras medidas en esta dirección.

Rendueles y Brown, así como Moreno Pestaña, podrían inscribirse en una misma tradición igualitarista, que puede remontarse a la antigua Grecia, donde en un determinado lapso de tiempo gobernaron los igualitaristas, que consideraban, como explicaba Brown en el anterior punto, la igualdad social como base de la democracia.

Hoy en día la igualdad política es tenida como una suerte de resentimiento de los pobres contra los ricos, que buscaría igualar a la baja al conjunto de la sociedad. Por el contrario, la idea, más bien, es igualar al alza, ascender a los individuos más vulnerables a un estado en el cual todos los ciudadanos puedan mantener un nivel de vida digno, pudiéndose valer de su propio trabajo, a través de una serie de derechos que un Estado fuerte -en un sentido garantista de dichos derechos- garantizaría.

Lo que en las restantes páginas intentaré dilucidar es cómo podría establecerse una democracia de corte republicano, una democracia radical, que no se deje llevar por la ola totalitaria, generando mecanismos de control más o menos eficientes -resultado del

⁴⁴¹ Ibid.: p. 135.

ensayo y del error, es decir, de la experiencia y el aprendizaje de los fracasos- de índole democrática.

3.3.2. *Democracia radical. Principios y valores republicanos*

El republicanismo, entendido éste como la organización del Estado que lleva a cabo una democracia radical, podría considerarse una corriente filosófica y política, que deviene en un corpus de una “familia política de la libertad”, sin olvidarse de la importancia del resto de valores ilustrados, como son la igualdad y la fraternidad. Defiende la constitución de una *comunidad de ciudadanos libres, iguales e independientes en lo material y en lo civil*, unida por valores compartidos como los del bien común, la felicidad y la justicia, que extiende un concepto de vida buena de todos los ciudadanos, asumida como fin último de la comunidad política. Se reconoce un mínimo de seguridad material necesaria para garantizar la libertad y la independencia de los individuos, así como garantizar la independencia política y su exigencia de responsabilidad fuera de interés particulares.

La teoría republicana, desde una perspectiva normativa del buen gobierno, del *deber ser*, aboga en un primer momento por construir Constituciones, principios y leyes normativas que establezcan equilibrios entre las desigualdades sociales. Asimismo, propone mecanismos que eviten la acumulación de poder mediante clientelismos, para lo cual establece el principio de rotación de los gobernantes. Que los mandatos sean breves y limitados también complementan este principio democrático. Pero el fundamento eminentemente democrático es la deliberación, que es al mismo tiempo un límite al poder y su legitimación al proporcionar una base pluralista de intereses en la toma de decisiones. La falta de deliberación democrática es un decisionismo, el ejercicio de la voluntad del poder del gobierno de turno.

La profesionalización de los políticos que se ha producido en las democracias liberales contemporáneas ha convertido a los partidos en organizaciones que buscan representación institucional de sus miembros para captar financiación. Este proceso ha conducido al mismo tiempo a una desvinculación de los políticos con sus ciudadanos representados y viceversa. Por otro lado, es raro ver en política a personas que han tenido una formación humilde o una ocupación trabajadora, las cuales podrían representar de manera más efectiva y con mayor conocimiento de causa los intereses de la clase

trabajadora y más vulnerable de la sociedad. Lo cual nos lleva inevitablemente a que los políticos formen parte de la élite antes incluso de tomar relevancia política. Estos políticos, que no representan a nadie más que a su propio interés de clase, la clase privilegiada, interpelan a una clase social que o no existe o forma parte sólo como simulacro social, que es la clase media. Esta es una clase social que en verdad es *clase aspiracional*, la de aquellos que aspiran a vivir como un rico y disfrutar de sus privilegios. Y ello es un problema político y de calidad democrática, ya que los partidos obvian a la clase trabajadora con sus problemas reales precisamente porque los propios políticos se identifican con esta *clase aspiracional*. Es también un problema porque aspirar a vivir como un rico no significa tener los recursos que permiten a estos vivir con su tren de vida alto, lo que conduce irremediamente a un choque entre las expectativas y la realidad, puesto que la *clase media aspiracional* es esclava del mercado, y cuando su particular economía sufre alguna pérdida de beneficios, ésta se resiente. Al mismo tiempo, quienes de ellos tienen un caudal económico robusto pueden permitirse acudir a los servicios privados, mientras que, si se impone el discurso de la bajada general de impuestos y se lleva a la práctica, los servicios públicos se verán severamente resentidos, obligando a la mayoría social a acudir a los servicios privados si es que pueden permitírselo. Y lo privado siempre resulta ser más caro que lo público, ya que está sujeto a la especulación y a la lógica de costos/beneficios. La *clase aspiracional* lleva a la práctica una moral egoísta y particularista que conlleva, como vemos, a una degradación no sólo de lo público y lo común, sino también de la calidad democrática.

Para la puesta en práctica de una democracia radical, republicana, es necesario que tanto los gobernantes como los gobernados ejerzan la *virtud cívica*. El buen ciudadano está vigilante y trata de fiscalizar el poder político, constituyéndose como agente activo, participando de la vida política en la sociedad civil. De manera que el ciudadano participativo desea el bien público y se indigna ante las injusticias sociales y la corrupción política. El buen ciudadano no es, por lo tanto, un ciudadano pasivo y siervo del poder político del gobierno, sino que puede, y debe serlo cuando sea necesario, ser contestatario. *Ser buen ciudadano es la puesta en práctica de la virtud cívica.*

Moreno Pestaña, ya mencionado como uno de los grandes investigadores españoles sobre la democracia, cita en su obra *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico* a otro peso pesado de la investigación de la democracia y de las teorías republicanas como es Antoni Domenèch, para quien la democracia representativa

indirecta tiene dos objeciones importantes. La primera es que no produce sujetos ciudadanos ni voluntad ciudadana, sino que cada elección es una competición de popularidad por adquirir votos, volviendo al poder político en algo ineficaz, reduciendo la política al voto y convirtiendo cada conflicto en una cuestión posibilista. La segunda es que está preñada de la racionalidad instrumental. Es necesario generar *sujetos ciudadanos*, es decir, aquellos en los que coinciden la búsqueda del bien personal, así como el bien público. En palabras de Moreno Pestaña: «Sin la ciudad, los individuos no pueden perseguir sus objetivos vitales, los cuales, por tanto, deben remodelarse hasta dar cabida al compromiso político».⁴⁴²

La democracia ateniense, nos dice, era asamblearia. Las asambleas, conformadas por individuos diferentes de todo estrato social, tienen temas concretos y comunes a los ciudadanos, de manera que la asamblea es un espacio igualitarista. Asimismo, requiere de dispositivos de integración y de discusión de los participantes y miembros. La asamblea política tiene como objetivo el círculo virtuoso, es decir, hacer de las personas de bien ciudadanos políticamente activos, y a la vez, hacer de los ciudadanos personas de bien.

En el aparente reino de la libertad que es la época que nos ha tocado vivir, hemos renunciado a la brújula que nos guía. Así, *la libertad sin moral, concretamente sin virtud cívica, se adentra en el reino del egoísmo y el interés privado*, propiciando una moral hedonista de placer y displacer, que lleva hacia el vicio y la corrupción. La libertad, de este modo, se torna ciega, pues el vicio lleva al egoísmo, y el egoísmo generalizado, hacia leyes que protegen a las minorías aristocráticas y sus privilegios elitistas, en definitiva, a la dominación del hombre por el hombre. Pues existe un vínculo que va del vicio a la servidumbre, como de la virtud a la libertad. También, que el vicio conduce a lo particular e individual, la virtud hacia lo común y lo universal.

Lo común es una categoría en alza y que refiere a la comunidad compartida y a los servicios públicos. Hablar de comunidad o de restaurar los vínculos comunitarios requiere atender que la base de las comunidades tradicionales se basa en homogenización cultural y social, lo cual está muy alejado de nuestras sociedades urbanas, abiertas, complejas, heterogéneas y plurales. Ya hemos observado, no obstante, que hay en marcha ciertos mecanismo que buscan establecer sesgos y homogenización en determinadas

⁴⁴² Moreno Pestaña, *Retorno a Atenas*: p. 42.

zonas urbanas. Esta segregación por renta y por comunidades étnicas, decíamos, tiene una intención política evidente, que es la de generar zonas urbanas privilegiadas con un modo de vida y una calidad de vida similares, al mismo tiempo que se “protege” a estas comunidades privilegiadas de los *otros* diferentes, probablemente más vulnerables, y que llevan consigo una serie de problemas ante los cuales la clase privilegiada quiere mantenerse alejada, ciega e ignorante.

No es ésta una novedad de nuestra época. La escisión entre ricos y pobres se ha dado en todas las civilizaciones, incluyendo la idealizada Grecia clásica, donde los aristócratas disponían de esclavos y las mujeres se consideraban más cercanas a los animales que a los humanos. Sin embargo, son también muchos los casos en la historia que se ha tratado de eliminar la segregación e igualar a ricos y pobres, como mínimo en el plano de los derechos humanos, o desde las Constituciones. Es el caso de lo sucedido durante la Revolución francesa, cuya escisión entre ricos y pobres se mantendría a pesar de la opinión en contra del demócrata radical Maximilien Robespierre. En la I Declaración de Derechos Humanos y Ciudadanos de 1789, se aprobaría el “derecho natural” de la propiedad. Aquello generaba dos problemas: primero, salvaguardaba los privilegios del Antiguo Régimen que se trataba de derribar, pero también salvaguardaba los intereses futuros de la burguesía; el segundo, afectaba a las posibilidades materiales de los pobres, manteniéndolos en una situación de dependencia y sumisión igual al del anterior régimen. Es por ello que Robespierre buscará resolverlo con la Constitución de 1793 y el “derecho de existencia”.⁴⁴³ El primer derecho, dirá Robespierre en 1793, será el de existir, del cual se encargará de salvaguardar la República, y la ley que garantiza la propiedad privada está para garantizar este primer derecho natural de los individuos.⁴⁴⁴

Todas las conquistas sociales que pueden pensarse han tenido lugar desde la lucha de la izquierda, nunca de la derecha, y raramente desde el lado conservador moderado.⁴⁴⁵ Y frente a la defensa de la “libertad” que realiza la derecha neoliberal y el liberalismo reaccionario (que en realidad es defensa del “privilegio” de clase), la izquierda no puede abandonar uno de sus ejes ideológicos más importantes. Debe defender la libertad (cívica) y contraponerla a la libertad (privilegios) de la derecha. La igual libertad es la base del proyecto emancipatorio de la izquierda histórica.

⁴⁴³ Cfr. Domènech, *El eclipse*: pp. 99-102.

⁴⁴⁴ Cfr. *Ibid.*: p. 104.

⁴⁴⁵ Cfr. 2.1.1.2.

El concepto de ciudadanía se construye a través del concepto de igual libertad. Tenemos una identidad particular y unas identidades sociales y compartidas. Sería fundamental formarse una identidad ciudadana cívica «que tenga como referencia a toda la comunidad como comunidad *política*. Y ello teniendo presente que toda lógica identitaria incorpora un *principio de alteridad*: nosotros somos –personal, grupo o políticamente– en la medida en que nos *diferenciamos* de los otros individuos, grupos o comunidades». ⁴⁴⁶ Cuando estas comunidades se producen bajo el principio de igual libertad, se generan las relaciones de cooperación y de interés mutuo; mientras que, si se producen bajo la fuerza y la coerción, se genera la dominación de unos sobre otros. Así, aunque sean comunidades vulnerables que dependan de una estrecha colaboración de todas las partes implicadas, de Francisco aboga por una ciudadanía de identidad cívica: «El reto de la ciudadanía es, pues, el siguiente: construir una identidad cívica que permite en grado máximo: 1) que los individuos y los grupos *dentro* de cada comunidad política o Estado sean igualmente libres; y 2) que las relaciones *interestatales* sean relaciones cooperativas entre Estados que se respetan y tratan mutuamente como igualmente libres». ⁴⁴⁷

La noción de ciudadano en el republicanismo es, asimismo, entendida desde una “triple ciudadanía”: la ciudadanía civil, garante de los derechos individuales; la ciudadanía política, garante del sistema democrático de la elección de representantes y a ser elegido representante; y la ciudadanía social, garante del bienestar material exigible. Podemos observar que esta concepción lleva consigo una vinculación con la justicia republicana, esfera del Estado garante de los derechos ciudadanos. Se contrapone al sujeto empresario de sí, es decir, al agente económico cuya “libertad” y “derechos” los garantiza el libre mercado neoliberal. El concepto de ciudadano neoliberal, vinculado a la propiedad privada, se basa simplemente en su capacidad para poder acceder al mercado y actuar acorde a la libre elección dentro de las opciones que el mercado le propone. Sin embargo, mientras que la noción de ciudadano republicano es expansiva, expande las condiciones de libertad de los sujetos, el ciudadano liberal está sometido y es esclavo del mercado.

Hay, por otro lado, una mirada liberal dentro de una determinada corriente republicana. La concepción renacentista y moderna (interés económico privado, individualismo y control de las instituciones políticas y jurídicas), se trata de un

⁴⁴⁶ de Francisco, *La mirada republicana*: p. 95.

⁴⁴⁷ *Ibid.*: p. 96.

republicanismo de inspiración liberal, que pone el foco en las libertades y derechos individuales, en las sociedades pluralistas y heterogéneas, y que pone en valor el comercio y la propiedad privada. Hablamos por tanto de un republicanismo de inspiración en valores burgueses.⁴⁴⁸

Los Estado-nación están vinculados con el liberalismo político. Sin embargo, el fenómeno de la globalización está transformando la categoría de los Estados nacionales, perdiendo su capacidad de soberanía por el concierto internacional y el poder de los mercados financieros.⁴⁴⁹ Ello ha redundado en una paulatina pérdida general de derechos fruto de las respuestas que, desde las políticas neoliberales de adelgazamiento de los Estados, se ha dado a las diferentes crisis económicas. La pérdida del poder de los sindicatos y de las fuerzas de negociación colectivas de los trabajadores, así como la reducción de los servicios públicos garantizados por los Estados en favor de las empresas privadas, esto es, el proceso de privatización, son algunos de los efectos que han hecho que el Estado, el verdadero garante de la puesta en práctica de los derechos humanos, haya ido abandonando su condición en favor de los más vulnerables como redistribuidor del poder económico, para ser garante de los derechos de la libertad de empresa, el rentismo y la especulación económica. Así, el Estado ha abandonado a los ciudadanos, que han visto cómo se han tenido que adaptar y conformar una subjetividad laboral sumisa y sometida a los bajos salarios, la exigencia de rendimiento y a horarios flexibilizados acomodados al ritmo de lo digital: la inmediatez, provocando nuevas figuras laborales que recientemente han estado en los márgenes de la legalidad. Por ello, una de las primeras características que la democracia radical debería reorientar y recuperar sería el de una justicia cívica.

La justicia sería el principio natural de una república bien ordenada. La justicia republicana o cívica debe ser entendida en un sentido amplio. Es decir, no es sólo la justicia distributiva ni la justicia conmutativa, pues sería una justicia *parcial*. La justicia política es aquella que se da entre aquellas personas que participan en la vida común, generando autarquía, es decir, personas libres e iguales. La autarquía o autosuficiencia es la condición fundamental para una libertad real, desterrando así la dominación social, la

⁴⁴⁸ Cfr. Muñoz et al. (2014). *Los valores del republicanismo. Ante la crisis de la representación política*. Siglo XXI, Madrid: p. 20.

⁴⁴⁹ «Más allá de imperativos sistémicos ilegítimos, el Estado nación se revela ya como herramienta incapaz de posibilitar que un pueblo pueda modelarse a sí mismo, esto es, hacer frente a aquellos factores que determinan sus vidas». Ibid.: p. 45.

desigualdad o la discriminación. Para Hannah Arendt,⁴⁵⁰ el núcleo central de la autonomía de la política es la acción, una acción de carácter aristotélico, actividad *autotélica* alejada de la instrumentalidad, es praxis, no *poesis* o *techné*. La acción política, dirá Arendt, se da con otros y no de manera individual, sino que requiere de una pluralidad de sujetos y, al mismo tiempo, del acompañamiento de la palabra, de la deliberación. A través de la acción el sujeto se revela como es, constituye su individualidad y se distingue. De este modo, se constituyen las sociedades plurales y heterogéneas, es decir, fruto de la práctica política en comunión con una sociedad participativa y activa. Asimismo, el poder se genera en la confluencia con los *otros*, y en el espacio público, en la infraestructura social, se genera la libertad.

La infraestructura social, nos dice Eric Klinenberg en *Palacios del pueblo*, no es un sinónimo de capital social; por el contrario, es la estructura que la desarrolla, pues genera actividad social, cimentando la vida pública. Cuando la infraestructura social languidece o es inexistente, entonces se instala el individualismo sociológico y el spencerismo social: individualidad y competencia, mercadismo y “sálvese quien pueda” como forma de vida, como pudimos ver en el capítulo anterior a través de la obra de Jorge Dioni López. Y el momento histórico indica que hoy todas las sociedades

afroitan profundos desafíos -como el cambio climático, el envejecimiento de la población, una desigualdad desenfrenada y explosivas desavenencias étnicas- que sólo podemos abordar si establecemos vínculos sólidos los unos con los otros y si desarrollamos algunos intereses comunes. Al fin y al cabo, en una sociedad tan profundamente dividida, cada grupo se las apaña como puede pisando a los demás⁴⁵¹

Vemos que para que haya justicia política son necesarias cinco condiciones. La primera de ellas es que la justicia se dé por las leyes y no por los hombres, pues esta última es la que se da entre dominadores y dominados. Si la justicia es el imperio de la ley e igual para todos, todas las personas son igualmente libres, son ciudadanos. La ley constituye al ciudadano. La segunda condición es su esencia universal, fruto de un espíritu de síntesis y pluralista de lo común. Sólo de este modo la ley que se establezca será una ley recta, equilibrada, pluralista de intereses y manifestación del bien común. Y para ello es necesario un equilibrio en el poder que se base en un principio elitista de selección de gobernantes. Para lo cual, toma un papel central la *paideia* política republicana, es decir,

⁴⁵⁰ Cfr. *Ibid.*: p. 52.

⁴⁵¹ *Ibid.*: p. 19.

de la formación de élites que encarnan los caracteres y valores republicanos. La tercera condición es que la ley, para que sea justa, debe ser parcial y equitativa. Por su equidad, la ley es “compasiva”, lo cual es particularista, un sesgo afectivo, pero necesario. La cuarta condición es la suficiencia material, propiedad y libertad. No puede haber libertad en sentido republicano sin suficiencia material y propietaria: «La necesidad material hace a los hombres dependientes y les obliga a vivir para otros, a hacer la voluntad de otros, cumplir deseos ajenos, satisfacer intereses ajenos. La dependencia aliena al hombre de sí, lo hace *alieni iuris*, lo somete a la ajena jurisdicción. El hombre libre, por el contrario, vive para sí, se basta a sí mismo, es *sui iuris*».⁴⁵² Y la quinta condición es la virtud cívica y personal. Esta disposición, los hábitos y la forja del carácter acorde a unos valores se ejercitan a través del autodomínio o *enkrateia*, que es la *libertad interior*, hacerse dueño de los propios deseos y escapar de su dominación. Este autodomínio se traduce en una superación de sí.

El liberalismo ha hecho de la tolerancia la base de su ética (de ideas, de formas de vida, de proyectos, etc.), sin embargo, por ambiciosa es más bien insuficiente. No genera verdadera comunicación entre comunidades (de valores) diferentes, sino más bien nos sitúa en comunidades que coexisten diferenciadamente en espacios homogéneos segregados en comunidades de valores. El republicanismo adopta la tolerancia desde otra perspectiva: como necesaria para que exista de hecho un pluralismo social, y, asimismo, requiere antes marcar los límites de lo tolerable, lo intolerable es una cuestión política, así como ideológica, pues ya delimita la concepción misma entre liberalismo y republicanismo. Al mismo tiempo, el republicanismo no es una corriente meramente racionalista, sino que se vincula a sentimientos políticos que desarrollan y aprehenden sus valores inherentes. Es necesario educar en el pudor (*aideia*), la vergüenza, contra los vicios privados de la élite política y público-mediática, y que despierta el miedo de la opinión pública. Otro de los sentimientos vinculados políticamente al republicanismo es la compasión, que nos indigna ante las injusticias de los otros. Un sentimiento que crea comunidad entre los dominados, entre aquellos más vulnerables. También la ciudadanía ha de desarrollar estos sentimientos para garantizar, primero, el carácter contestatario a los gobiernos, y segundo, para el buen gobierno de uno mismo. En conjunción estos

⁴⁵² Ibid.: p. 76.

sentimientos unidos fuertemente a valores republicanos son generadores de lazos comunitarios.

A lo largo de la historia se ha transmitido culturalmente un miedo al Estado que nos llega hasta nuestros días, y que es transversal, común a las democracias liberales occidentales, salpicando a todo tipo de ideologías. Sin embargo, para llevar a cabo la tarea de la democracia radical de expandir la libertad civil y la igualdad fraternal a toda la sociedad, sea cual sea su condición, es necesario un *Estado fuerte*.

[...] un Estado fuerte es republicanamente posible sólo en la medida en que el gobierno de ese Estado es un gobierno democráticamente controlado, contestable y participado por la sociedad civil. [...] al hablar de un Estado fuerte quiero decir -republicanamente- varias cosas: a) que quien lo gobierne gobernará un poderoso aparato con una amplia capacidad de intervención *en* la sociedad civil, mas de forma eficiente y transparente; b) que ese gobierno republicano del Estado tendrá una base popular democrática emanada de una sociedad civil soberana y activa; por ello, c) el gobierno republicano gobernará un Estado fuerte sin que este caiga en la eficiencia, la corrupción y el descontrol⁴⁵³

Considero que la noción de *Estado fuerte* es más que problemática, en cierto sentido. Nuestra sociedad no deja de ser hija de nuestras peores pesadillas, ya sea el fascismo del siglo XX, el autoritarismo soviético o los campos de concentración y holocaustos. Nuestra cultura siempre ha tenido miedo de ciertos Estados fuertes, como bien prueba de ello puede ser la clásica novela de George Orwell, *1984*. Escrita en 1948, su principal crítica y temor era la expansión de un Estado totalitario como el soviético de Stalin, donde el espacio para la libertad individual estuviese totalmente restringido. No es esta la única distopía del siglo XX que abunda en los problemas de un Estado fuerte, de índole totalitario. Por ello, creo sin duda que defender un Estado fuerte en los términos empleados por de Francisco, llevará de algún modo a poner voz en alto a muchos críticos.

Pero ello se deberá, sin duda, a una lectura poco atenta de la obra del autor español. De Francisco no está proponiendo un Estado fuerte sin cortapisas, no propone un Estado autoritario, sino un Estado controlado democráticamente y en el cual participaría la sociedad civil. Cabría preguntarle por los mecanismos democráticos a través de los cuales se controlaría un Estado de estas características, cómo de eficiente sería la vigilancia

⁴⁵³ de Francisco, *La mirada republicana*: p. 75.

contra la corrupción política y estatal, o cómo se garantizaría la participación de la sociedad civil. Pero, sin duda, no carece de argumentos la propuesta de de Francisco.

El principal argumento se basa en que el neoliberalismo ha establecido una fuerza estatal importante para la implantación de su modelo, con un poder judicial hipertrofiado, sesgos conservadores dentro de las instituciones estatales y políticas, y una menor capacidad para tomar medidas materiales contra la desigualdad y la pobreza, o para garantizar los derechos a los ciudadanos. Por ello, es necesario revitalizar a un Estado que, de este modo, no se deje guiar por sesgos y que genere espacios de libertad individual y colectiva, que garantice los derechos individuales y de los ciudadanos, que establezca la importancia de las infraestructuras comunes que, entre todos, cuidamos y utilizamos.

Nuestra democracia es, no obstante y *grosso modo*, una partitocracia, esto es, fruto de la competencia entre partidos se elige gobierno y se reparten los escaños parlamentarios. Esta competencia nos insta a un sistema político profesionalizado donde es extremadamente compleja la participación de la sociedad civil salvo que se esté en sintonía con un determinado partido o se milite en él. Asimismo, las instituciones que deberían estar alejadas del sistema de partidos y que debieran ser un límite del poder de los gobiernos (como el sistema judicial, los medios de comunicación, etc.) están influenciados por los partidos, cuando no se milita voluntariamente en ellos.

La competencia entre partidos se retroalimenta a través de la lógica neoliberal de imperativo a la competitividad y a constituirse uno mismo como marca de sí mismo. En este sentido, es un aspecto decisivo que en la última década hayan surgido partidos políticos alrededor de un líder político (Emmanuel Macron en Francia o Matteo Renzi en Italia son algunos ejemplos más conocidos en Europa, pero en España han surgido proyectos políticos también marcados por las personalidades de Santiago Abascal y su partido, Vox, o Pablo Iglesias y Podemos); pero también algunos partidos políticos históricos se han subsumido a una personalidad de líder que ha eliminado disidencias internas y hecho medrar políticamente a aquellos que mantenían un culto a su persona y a sus propias ideas (el ejemplo internacional paradigmático de este caso es Donald Trump en Estados Unidos y el partido conservador de los republicanos).

Una de las propuestas que Moreno Pestaña en *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político* describe dentro de estos modelos diferentes de elección democrática de los gobernantes es el de la elección por sorteo. Es, en mi

opinión, un modelo interesante sobre todo para algunas instituciones y organismos democráticos como el sistema judicial, entre otros, donde los magisterios fueran elegidos no tanto por una suerte de deliberación entre políticos o entre los propios magistrados, sino que fuese una elección arbitral entre las diferentes organizaciones conservadoras y progresistas de jueces, y donde el cargo en este caso dejaría de estar sujeto a los favores realizados. Por otro lado, el modelo de elección por sorteo en la elección de asambleas ciudadanas o en organismos democráticos elimina la *lógica de la competición* y puede generar diferentes efectos. Entre ellos, puede estar la disolución de la *lógica competitiva* neoliberal, las disputas partidistas y la crispación mediática, así como otros efectos también positivos, como una *mayor implicación de la ciudadanía en la defensa del sistema democrático y de su buen funcionamiento*.

El modelo de elección por sorteo puede servir como dispositivo para generar un *ethos democrático* en el conjunto de la sociedad, y que eliminaría los sesgos desigualitarios implementados por el neoliberalismo. Dicho de otro modo, la democracia de participación y elección por sorteo se convertiría en una suerte de democracia disciplinaria.

Una reflexión similar realiza Moreno Pestaña a raíz de la democracia asamblearia. Su reflexión la enmarca dentro de una genealogía histórica, yendo a la base misma de la democracia radical: la democracia ateniense. Ésta, se constituyó como una democracia asamblearia. Siguiendo el argumento de Moreno Pestaña, antes que nada en una asamblea se establecen los temas a debatir, así como un procedimiento de resolución de estos. Es un espacio de deliberación común entre individuos con diferentes intereses y particulares características estamentales y personales. Y es por ello que, en ese espacio común, las desigualdades se han de diluir. Asimismo, se requiere de unas normas donde se establezcan los derechos de selección de miembros para la asamblea, estableciéndose un censo de participantes. El objetivo de la democracia asamblearia es generar un *círculo virtuoso democrático*:

una asamblea política tiene como objetivo convertir a las personas de bien en ciudadanos políticamente activos; a su vez, una asamblea política puede obligar a los ciudadanos a actuar como personas de bien. El círculo virtuoso puede declinarse de modo más o menos integrador y ambicioso. Quienes consideren que sólo unos pocos, los mejores, pueden mandar debe, si no puede o no desea recurrir a interdicciones de hecho, incentivar solo la participación de individuos con determinadas cualidades; si presume que esas cualidades

se encuentran universalmente repartidas incentivará la participación del mayor número de cuantos forman el censo y procurará, ya que raramente se encontrará entre personas angelicales, que esa participación se ajuste a determinadas normas⁴⁵⁴

Moreno Pestaña recoge que uno de los diseños más interesantes vinculados a la moral es el de Jeremy Bentham, quien consideraba que todos los miembros de una asamblea habrían de ser tratados como potenciales canallas. De este modo, eliminaba el “equipo” dentro de la asamblea, y establecía una retribución económica, premiando a aquellos individuos más participativos. Y, además, diseñaba un castigo moral a través de un *principio de transparencia*,⁴⁵⁵ y que servía para impedir la corrupción, a través de la publicidad permanente de las decisiones tomadas.

Sin embargo, ninguna propuesta es totalmente definitiva ni idílica. Requiere trabajo y esfuerzo por parte de todos, y como nos señala Moreno Pestaña, se necesita de un buen diseño de las estructuras democráticas que fomenten el denominado “*círculo virtuoso*”:

al describir las asambleas políticas, debemos atender tanto a su composición (a qué miembros reconoce como integrantes legítimos) y a los procedimientos con los que definen reglas de deliberación y decisión. [...] Además de los censos explícitos, existen los implícitos y las normas pueden condicionarlos. Toda asamblea constituye un espacio complejo. Como cuerpo político exige una división técnica del trabajo (con diferentes comisiones o magistraturas, en suma diversos cuerpos de deliberación o decisión) en la cual pueden repartirse a los ciudadanos según diversos criterios. Esa repartición puede definirse exigiendo mayor o menor conocimiento, puede o no incentivarse la participación y es posible arbitrar o no medidas que favorezcan un cierto *ethos* (de probidad, pero también de arrojo, prudencia, etcétera)⁴⁵⁶

Siguiendo las tesis de los neoliberales Hayek y Mises, si expandir el libre mercado al conjunto de la población genera agentes económicos que les hace partícipes del libre juego económico y los constituye como capital humano, la expansión de la democracia de este modo al conjunto de la ciudadanía y la sociedad civil podría constituir un agente político más comprometido, primero, con los principios democráticos deliberativos y de

⁴⁵⁴ Moreno Pestaña, José Luis (2021). *Retorno a Atenas*. Siglo XXI, Madrid: pp. 47-48.

⁴⁵⁵ Cfr. *Ibid.*: p. 49.

⁴⁵⁶ *Ibid.*: p. 53.

la Constitución, los valores democráticos y su defensa por parte de toda la ciudadanía; y segundo, con los Derechos Humanos y del Ciudadano, lo público y lo común. El libre mercado como dispositivo disciplinario expandió los valores de la propiedad privada y su defensa, así como una defensa del mercado libre por encima de todas las cosas, incluyendo el poder político, regulatorio y redistributivo, necesario para la protección de aquellos ciudadanos más vulnerables, y generando una hipertrofia del poder económico fruto de su desregularización financiera que, asimismo, ha provocado desajustes sociales de gran calibre y desigualdad.

Si la expansión del libre mercado ha resultado una puesta en marcha de los valores desigualitarios (esto es, en el libre juego competitivo, unos ganan y otros pierden y, por lo tanto, la desigualdad como principio base del sistema), la expansión de la democracia como democracia radical de corte republicano, pone en marcha todo un sistema de valores igualitaristas.

Si, como decíamos anteriormente, una corriente crítica con la democracia había surgido fruto de su incapacidad de ofrecer respuestas satisfactorias a los problemas sistémicos y de la ciudadanía que se están generando, y la respuesta que algunos dan a esta cuestión es la puesta en práctica de una *epistocracia*, Moreno Pestaña, en *Los pocos y los mejores*, no sólo se va a mostrar crítico con estas posturas, sino que además va a dar razones fundadas sobre por qué deberíamos establecer una democracia radical que implique y responsabilice a la sociedad en su conjunto.

Moreno Pestaña recoge la irónica paradoja de que, tras 2012, las calles se inundaron de proclamas exigiendo una mayor participación de la ciudadanía en la toma de decisiones políticas en democracia, y, tras la crisis sanitaria de 2020, lo que se ha producido es una pugna entre partidos por dar voz y voto a diferentes expertos, científicos, etc., que doten de fundamento a las políticas sanitarias durante la pandemia y posteriormente a ella, en la pospandemia que sin duda estamos viviendo.⁴⁵⁷

En última instancia, la crítica que hace a los defensores de la *epistocracia*, y por lo tanto a Jason Brennan y su obra aquí ya citada, se dirige a su metodología consistente en la realización de cuestionarios los cuales, sin duda, examinan determinados conocimientos que un individuo tiene o no tiene, y conforme a los resultados y las

⁴⁵⁷ Cfr. Moreno Pestaña, *Los pocos*: pp. 6-7.

estadísticas, extrapolan un nivel más o menos detallado de ignorancia de la ciudadanía. Sin embargo, nos dice Moreno Pestaña, a menudo la inteligencia consiste en saberse ignorante de algo, y después, saber dónde buscar la información. Por ello, así nos dice, es mejor generar un sistema que prepare e implique a la sociedad civil, constituyéndoles como sujetos políticos activos, en vez de relegarlos a una minoría de edad permanente. Sólo cuando el coste de aprendizaje es mayor, sería necesario requerir de expertos en tal o cual materia.

Asimismo, considero que la *epistocracia* es la respuesta a una suerte de *idiocracia*,⁴⁵⁸ esto es, el gobierno de los ignorantes, políticos mediocres que han medrado fruto del capital social influyente del que ellos o su familia disponen, pero sin mayores cualidades intelectuales -esto no sólo sucede a nivel político, sino que se reproduce a nivel empresarial, donde la meritocracia es un mito, una leyenda, siendo así que las empresas se heredan de padres a hijos. Se dice a menudo que el sueldo de los políticos no compensa la exposición pública que se tiene y el juego sucio entre bambalinas como para atraer el talento, que prefiere implicarse en el sector privado con mejor sueldo y mayor intimidad. Ello nos ha condenado democráticamente a la “elección del mal menor” y a un descontento paulatino pero constante de la ciudadanía con el sistema democrático y con la clase política gobernante. Esta *idiocracia* se aplicaría, por lo tanto, a la propia ciudadanía, la cual, ignorante, sería incapaz de elegir correctamente a sus votantes, dejándose llevar por el emotivismo demagógico y populista de determinados partidos radicales. ¿Cómo dejar en manos de esta ciudadanía la elección de los representantes que tomen las decisiones de nuestro devenir nacional?

Quienes defienden la «epistocracia» deploran que otorguemos derechos políticos a personas que carecen de información solvente. A menudo, y de acuerdo con una moda académica dominante, se escudan en resultados de encuestas realizadas mediante cuestionarios donde se inquiere a la población sobre asuntos de política; las confusiones o la ignorancia se muestran como síntoma del disparate ínsito en lo más profundo de la democracia, siempre proclive a entregarle poder a los tardos⁴⁵⁹

Más allá del conocimiento y del nivel de preparación tengan los políticos elegidos democráticamente, una de sus tareas más importantes consiste en reunir a la mejor cantidad de asesores posible, a los más preparados, y no tanto a amistades o familiares, o

⁴⁵⁸ Tomo aquí el nombre de la película cómica de 2006 *Idiocracy*.

⁴⁵⁹ Moreno Pestaña, *Los pocos*: p. 23.

simplemente a miembros del partido a los que se debe algún favor o afines a uno mismo. Su deber es el de representar a los ciudadanos, y como tal, convencernos de que su labor se ha realizado con la mayor escrupulosidad.

Dado que hay cuestiones en política que sí pueden aprenderse por la mayor parte de la sociedad civil, sería interesante establecer otros modelos diferentes al sistema de partido que generasen mayor participación ciudadana y, por lo tanto, generasen el llamado “círculo virtuoso”. Para Moreno Pestaña, «lo importante es que proporcionen una cierta cultura media para activarse políticamente. Dicha cultura se adapta perfectamente a la articulación política ateniense fundada en el acceso por sorteo a múltiples cargos públicos y a la rotación en el desempeño. En ese camino, se iban interiorizando saberes que cualificaban políticamente».⁴⁶⁰

Frente a la aristocracia política y empresarial, pero también tecnocrática, la democracia radical se impone como un modelo que diluye el poder aristócrata, el poder económico, y restituye el poder político respaldado en la soberanía ciudadana. La democracia representativa debe basarse en un principio de transparencia, deliberación y de contestación, según el cual el representante del poder soberano esté bajo escrutinio constante de sus representados, y no simplemente de los poderes económicos y mediáticos que rigen el mundo. La verdadera responsabilidad democrática recaída en la ciudadanía haría que fuese posible que ésta se vincule a prácticas vinculadas con la política que la impregnen de valores y principios democráticos, así como del funcionamiento de las instituciones y de otros conocimientos más o menos técnicos. Se generaría, por lo tanto, una cultura general política que active a los individuos como agentes políticos. La propia vida activa política de la sociedad civil se encargaría de generar un conocimiento, un saber para la ciudadanía que supliría la inicial ignorancia de determinados procedimientos más técnicos y comunes de la vida política diaria. Lo necesario para todo esto es eliminar las barreras de entrada y que se permita ejercer a toda persona, sin atender a sus circunstancias, ejercer los derechos ciudadanos.

En última instancia, la democracia y la democratización de un país y su ciudadanía es un proceso constante. Que un sistema de gobierno se denomine “democracia”, independientemente de sus posibles apellidos (liberal, parlamentaria, etc.) no es garantía suficiente de que, primero, ésta se dé en la práctica, y segundo, de que garantice la

⁴⁶⁰ Ibid.: p. 26.

emancipación ciudadana requerida.⁴⁶¹ La democracia requiere de un continuo ejercicio de la libertad individual y social, de participar en los procesos democráticos sin que ello se limite a un mero voto para elegir representantes políticos de los gobiernos. La democracia es un constante *por hacer y haciéndose*.

Restituir el poder político es necesario, como vemos, pero no cualquier poder político. Es necesario que este poder político sea un poder de índole democrático y, por lo tanto, que recaiga en la soberanía popular de los ciudadanos libres. Los valores democráticos para la ciudadanía no sólo se adquieren, de este modo, a través del currículum educativo, sino en la praxis de la acción ciudadana constituida como agente política, y a través de un sistema representativo y unas instituciones que, bajo el escrutinio ciudadano y el derecho de contestación de los representados, deben encarnar propiamente los valores y principios democráticos.

La restitución del poder político, así, produciría una nueva generación de derechos adquiridos para la ciudadanía que dotarían de respuestas a los problemas acuciantes de la ciudadanía que hemos podido ver en este trabajo: la puesta en marcha de políticas que tomen en consideración los problemas laborales esbozados mediante regulaciones que eliminen la nueva figura del trabajador falso autónomo, que regule los sueldos bajos, el sistema financiero parasitario de los beneficios empresariales, las horas de trabajo realizadas, la realización de políticas que traten de paliar fenómenos como el del burnout, así como un fortalecimiento del poder sindicalista y de la negociación colectiva, necesario para la exigencia, tanto para enfrentar al empresariado como para reclamar a los gobiernos mayores derechos. Por otro lado, la restitución del poder político es capital para dar una respuesta satisfactoria para dar soluciones a los nuevos problemas que surgen como consecuencia del cambio climático, la crisis de los recursos energéticos o futuras crisis de salud pública y alimentarias, que tengan al grueso de la ciudadanía en el centro de sus respuestas y genere mecanismos de protección para los más vulnerables, y deje de lado los intereses de algunos personajes mediáticos o empresariales. Si la clase política de nuestras democracias ponen el interés particular de una clase privilegiada por encima de la ciudadanía y el bien común, si se impone, en definitiva, la ideología conservadora y reaccionaria frente a los valores democráticos del bien común y del respeto a lo público

⁴⁶¹ «[...] ningún procedimiento político tiene efectos intrínsecamente emancipatorios. O, si se quiere una expresión menos fuerte, ningún dispositivo crea automáticamente espacios cívicos garantizadores de libertad» Moreno Pestaña, *Los pocos*: p. 30.

y lo común, las democracias estarán abocadas a su fin. Sólo hay, pues, una única solución posible: la restitución del poder político sobre el poder económico y los intereses particulares, y la conformación, a través de una democracia radical disciplinaria, que ponga en marcha sistemas de participación asamblearia y deliberativa de la sociedad civil, de una subjetividad democrática activa que se constituya como defensora de los derechos humanos, que encarne los principios y valores democráticos ilustrados, y defienda lo común y lo público.

3.4. Conclusiones

No puede haber análisis del neoliberalismo y de las subjetividades que éste disemina en las sociedades occidentales sin hacer mención de la cuestión política y, más concretamente, de la situación de las democracias. El análisis foucaultiano era incompleto no sólo por el momento en que éste fue escrito, sin haber vivido aún las grandes transformaciones que la praxis neoliberal llegaría a llevar a cabo años y décadas después como resultado de gobiernos de todo signo político desplegando una lógica neoliberal, sino que también fue un análisis incompleto en cuanto a su inexistente análisis político.

Wendy Brown subsana, a mi parecer, esta carencia que es a menudo una intención del filósofo francés. La democracia, dirá Brown, requiere de la participación y de la producción del *homo politicus*, dado que fiarlo todo al *homo oeconomicus* generará distorsiones, pondrá en el centro de las preocupaciones gubernamentales la legitimidad que genera el crecimiento económico de las naciones pero, sobre todo, de las empresas, las grandes empresas, que son al mismo tiempo dueñas de los medios de comunicación que susurran a los votantes los bienes y males de los gobiernos, lo bien o mal que va el país, lo bueno o malo que es tal o cual político. El interés económico de las clases adineradas, se constituye finalmente en un elemento central que descuida ya no sólo a las poblaciones más vulnerables y a las clases trabajadoras, sino que además empeora a las democracias.

Como decía, Wendy Brown trata de salvaguardar en su teoría a las democracias y a los sujetos políticos. Debe de mirarse a la tradición de la democracia griega, y concretamente a la ateniense, para rescatar los valores que, al parecer de los teóricos de la democracia que he recogido en este capítulo, son más nobles y mejores para la producción de una democracia funcional y correcta que despliegue toda una praxis social e individual generadora de virtudes democráticas y, por ello, de ciudadanos preocupados por su democracia y sus derechos, atentos al peligro oligopólico de las élites, preocupadas por sus intereses y su cuota de poder.

A lo largo del proceso que ha sido escribir este trabajo he ido considerando los elementos en los que consiste, en parte, el gran triunfo del neoliberalismo y las razones por las cuales cuesta tanto abandonar los discursos promercado de algunos políticos presumiblemente de izquierdas. Entre otras cuestiones, he creído atisbar que el hecho de hacer partícipe a toda la ciudadanía del libre mercado, ya sea simplemente consumiendo

todo tipo de bienes y servicios, comprando en el supermercado o a través del pequeño comercio, o mejor, en los grandes templos del consumo que son nuestros actuales centros comerciales, o bien participando como emprendedores, en suma, la constante ubicuidad del mercado y su participación diaria, nos ha hecho aceptarlo como una realidad natural que debe ser defendida.

No se trata, por tanto, de una defensa del ferviente creyente de las bondades metafísicas del libre mercado que los economistas despliegan en *papers*, artículos periodísticos, medios de comunicación de masas, etc; sino de una defensa más visceral, menos racional e intelectual. Se trata del modo de vida colectivo, del funcionamiento del sistema tal y como lo conocemos. Se defiende el mercado porque encontramos en él beneficios como comprar fruta de procedencia peruana que de otro modo seríamos incapaces de probar, se defiende porque nos ha abierto un mundo de turismo con precios asequibles para visitar cualquier lugar del mundo, porque nos facilita medicinas y tecnología que nos permiten vivir más cómodamente y con menos riesgos de salud que nunca antes en la historia de la humanidad. Porque el mercado es, como decía provocativamente en clase el profesor de sociología y antropología de la Universidad de Valladolid, Emilio Roger Ciurana, el mercado es la única institución verdaderamente democrática.

Por el contrario, el ciudadano no encuentra hoy en día mayor beneficio en la democracia que en el mercado libre neoliberal. Hay una crítica constante desde 2008 a las democracias liberales occidentales tanto desde las perspectivas progresistas como desde las conservadoras o reaccionarias. Desde la perspectiva progresista, en la que puede incluirse este trabajo, las democracias liberales han sido laxas y no han llevado a término hasta las últimas consecuencias los principios democráticos debido, precisamente, a las políticas neoliberales que han generado todo un sistema económico de defensa de los privilegios de clase. No han cumplido con el deber de constituir una ciudadanía libre e igualitaria -jurídica y civilmente- en ninguna sociedad occidental, donde la sociedad civil pueda participar, sin atender a su clase, raza, sexo u orientación sexual, en ella siempre que lo desee. Por el contrario, ha generado restricciones -que, para Moreno Pestaña, como hemos visto, es algo que se debe hacer, pero preservando el carácter igualitarista democrático que lo ha de fundamentar- en favor de una oligarquía que defiende los intereses económicos y los negocios entre las administraciones públicas y las empresas privadas, en las que participan amigos -o potenciales nuevos amigos- o familiares. El

clientelismo y la corrupción son dos características importantes que las democracias liberales occidentales han cultivado desde hace décadas. Pero la crítica que se hace desde el conservadurismo es que se dota de demasiadas competencias al poder de la ciudadanía, que es a menudo ignorante de las cuestiones de las administraciones públicas, y que debido a una educación sentimental y emocional *tóxica* a través de los medios de comunicación y de los programas sensacionalistas emitidos por televisión, se ha vuelto visceral a la hora de pedir y reclamar a los gobiernos, obviando todo principio de racionalidad, de los cuales serían garantes los expertos y los técnicos.

Ahí entra la crítica de la oligarquía intelectual académica y cultural: la *epistocracia* y la tecnocracia. En suma, estas críticas no son más que la expresión de un sesgo que se viene repitiendo, precisamente, desde la antigua Grecia, donde las aristocracias de estas sociedades, acostumbradas al mando y a imponer sus intereses por encima de la plebe ignorante, criticaba con esmero e iracundia el gobierno de los iguales, donde cualquier campesino o trabajador manual podía ejercer su derecho a participar en la administración de lo público. Debe gobernar el filósofo rey, aquellos que más saben. Deben gobernar los técnicos, aquellos que más se han preparado. ¿Quién puede permitirse, cabe preguntarse, una mejor preparación, una mejor educación? ¿Quién puede ir a las mejores universidades sin tener que ejercer grandes sacrificios económicos familiares siquiera para comprar los libros de primaria que se emplean en los colegios, al mismo tiempo que se pagan alquileres desmesurados, facturas de la luz y del gas infladas, o productos de primera necesidad encarecidos con el fin de aumentar los beneficios empresariales y generar retorno accionario?

La política, en realidad, no va de quién está mejor preparado -es obvio que en determinadas cuestiones se necesitan técnicos que apunten hacia la correcta realización de muchas gestiones y análisis correctamente- sino, entre otras cosas, de conocer la realidad social. Una realidad social en la que la clase dirigente parece cada vez más ignorante y desconectada. Esta desconexión se debe en realidad a que la clase política está saliendo de la oligarquía económica y privilegiada en las últimas décadas, de que los partidos tradicionales se han constituido en empresas familiares donde los apellidos se repiten. Algo similar pero incluso más grotesco ocurre en determinadas instituciones ajenas al escrutinio democrático, y que está más vinculado a las narrativas de la meritocracia, como el poder judicial o determinadas instituciones del Estado.

A través de las posiciones de José Luis Moreno Pestaña y otros investigadores, consideramos necesario repensar otros modos de generar herramientas e instituciones bajo el principio democrático y la participación ciudadana, establecer modelos de selección en determinadas instituciones que traten de eliminar los sesgos oligárquicos estableciendo modalidades selectivas de cargos que establezcan principios igualitaristas. La selección por sorteo podría ser uno de ellos. Se eliminaría de un plumazo en España los debates interminables sobre cómo se debe establecer la selección que constituya el CGPJ, el Tribunal Constitucional, etc; las luchas partidistas por su control o el establecimiento de clientelismos con el poder judicial, sea de la cuerda ideológica que sea. Se debería, así mismo, establecer todo un sistema de becas que proporcionen ayudas económicas a aquellos individuos con menos facilidades para poder preparar de la mejor manera posible las pruebas para acceder a aquellos puestos más altos dentro de las diferentes instituciones estatales. La reproducción social dentro de los sistemas estatales es un hecho registrado y que daña gravemente el funcionamiento de los sistemas democráticos.

Por todo ello, soy partidario de establecer un sistema democrático que necesariamente dote a los individuos de poder político, que dote a las clases trabajadoras de fuerza para defender y ampliar sus derechos, hoy en retroceso. Abogo por que el *sujeto de rendimiento* neoliberal, el cual en esta tesis ha sido trabajado en una multiplicidad de subtipos o participaciones de éste, como el *sujeto deudor* de Lazzarato, el *sujeto empresario de sí* foucaultiano, o el *sujeto consumidor y pasivo* que en diferentes modos ha sido categorizado y estudiado desde la crítica sociológica del sistema de consumo; en definitiva, que todas las subjetividades desplegadas por el neoliberalismo han de ser deconstruidas, tanto por los propios individuos como a través de un trabajo institucional y político que las reduzca hasta su mínima expresión. Para la consecución, pues, de la supresión de la *ratio* o *razón neoliberal*, ha de desarrollarse instituciones políticas que instauren una praxis cívico-política, de índole democrática, y una moral cívica y virtuosa que conformen un cambio de paradigma social en favor del desarrollo de una *subjetividad democrática*.

Es obvio que no nos encontramos en el mejor momento para proponer la constitución de una democracia radical que empodere al Estado de una mayor fuerza frente a los intereses económicos de la oligarquía empresarial, de que hay principios rectores neoliberales que imperarán durante décadas en nuestra sociedad, o de que el

sesgo antidemocrático, pero sobre todo, el miedo al poder estatal que el liberalismo ha desplegado cultural y políticamente durante tanto tiempo, funcionarán como elementos de choque ante la perspectiva de un Estado fuerte pero en lo tocante a la defensa de los derechos de los ciudadanos y su expansión.

Mejor que el límite intrínseco del poder judicial tal y como lo conocemos hoy, o el límite también intrínseco del mercado y de la economía, es el poder democrático donde la soberanía reside en la sociedad, y donde la sociedad civil sea la encargada de sancionar a sus representantes, sea la encargada de ejercer el escrupuloso escrutinio del correcto funcionamiento de las instituciones democráticas, y garante escrupuloso de una moral cívica e igualitarista.

Por supuesto, es un modelo teórico a revisar, ampliar, mejorar e incluso defender. La democracia no es, como he dicho, una institución acabada, sino que siempre está por hacer, y debe ser susceptible a modificaciones. Se construyen democracias a través de la praxis libre y democrática de la ciudadanía, en su día a día, y no sólo durante las elecciones o en la participación de partidos políticos. Se ha de generar necesariamente una democracia tal que garantice y expanda los derechos democráticos de la ciudadanía para que, al mismo tiempo, dé forma a la democracia del futuro.

CAPÍTULO 4. CONCLUSIONES

A lo largo de todo el trabajo, he intentado, con mayor o menor éxito, desplegar toda una crítica en torno al neoliberalismo y a las *subjetividades* desplegadas desde la década de 1980, cuando los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher comienzan a desarrollar un entero programa económico y político para transformar la realidad social de Estados Unidos y Reino Unido. El despliegue de dichas políticas tendrá como fin, tal y como dijo la propia Thatcher, *transformar el espíritu de los individuos*. “Muerta” la sociedad, sólo quedan individuos y familias, elementos de la sociedad mucho más fáciles de ser gobernados neoliberalmente. No hay colectividades, ni fuerzas colectivas, como las sindicales, capaces de pugnar contra sus políticas.

David Harvey, autor marxista a quien dedico un espacio relativamente menor en el trabajo, pero a quien hay que reconocer un profundo e interesante análisis sobre el neoliberalismo en su obra *Breve historia del neoliberalismo*⁴⁶², es uno de los primeros críticos del neoliberalismo que lo concibe como una ideología de carácter *multiforme*, tomando diferentes aspectos y características en según qué países e incluso continentes se despliega. Tomando de esta forma su advertencia, trato de señalar a lo largo de la tesis que del neoliberalismo que aquí se trata es únicamente del *neoliberalismo occidental*; que, del mismo modo, aunque hable en términos generales de neoliberalismo, no son idénticos el neoliberalismo norteamericano y el neoliberalismo europeo, y, así con todo, no es lo mismo el neoliberalismo español que el neoliberalismo alemán. De hecho, en Alemania, la “religión” económica que más se profesa es el *ordoliberalismo*, surgido en la propia nación alemana, mientras que en España podríamos hablar de un neoliberalismo conservador con influencias norteamericanas, pero también con la particularidad de seguir el modelo *clientelista* de las naciones con casos de corrupción importantes.

La especificidad del neoliberalismo ha sido atendido asimismo por la Crítica del Valor, que ofrece un interesante cuestionamiento sobre *el fin del neoliberalismo y el capitalismo*, vinculándolos como una salida hacia delante donde el neoliberalismo sería, finalmente, el mecanismo último de escape del modelo económico de acumulación capitalista. No obstante, son muchos los problemas que esta lectura plantea, como la salida posible posterior al decaimiento del sistema de cosas actual. Por ejemplo, ¿cómo se comportarían los individuos, acostumbrados a la individualidad egoísta, a no valerse de la colectividad, al no tener acceso a infraestructuras públicas, en un caso de colapso de

⁴⁶² Harvey, David (2009). *Breve historia del neoliberalismo*. AKAL, Madrid.

las economías internacionales? Desde luego, nada se plantea desde esta perspectiva marxista que, a mi modo de ver, pueda suponer un análisis de mayor interés. El capitalismo y el neoliberalismo más concretamente se sustentan por la *reproducción social de las subjetividades neoliberales*, y, de subsistir éstas ante una eventual falla del sistema, subsistirá en mayor o menor medida un modelo neoliberal o posneoliberal. Se requiere, por ello, una perspectiva de *teoría de subjetividad*, para mi parecer, que dé cuenta de cómo sustituir la subjetividad neoliberal por una subjetividad que ponga en el centro lo *común* y los *valores humanistas de los derechos humanos*.

Si con William Davies se puede hablar de diferentes fases del neoliberalismo,⁴⁶³ en las que los partidos socialdemócratas han tenido bastante relevancia a la hora de importar el modelo neoliberal a la sociedad, e incluso, como en el caso de Bill Clinton en EE.UU., de llevar a cabo los mayores recortes de seguridad social y bienestar de la historia de la nación, no podemos hablar, como tal, de la existencia de un *neoliberalismo progresista en lo social*. En esta cuestión, me alinee en la órbita del pensamiento de Nancy Fraser, para quien nunca existió algo así como un *neoliberalismo progresista*. Hubo una necesidad de consenso, de buscar la aceptación de políticas diferentes, innovadoras, con el potencial de transformar a la sociedad, y generar una “percepción” de liberalismo progresista con determinadas políticas feministas o de diversidad sexual y racial. Sin embargo, ello no hace merecedor del calificativo “progresista” al neoliberalismo. Éste, si por algo se caracteriza, es por haber generado una situación constante a lo largo de las décadas que lleva en práctica por los gobiernos de una *precariedad laboral* y una *disminución de los derechos civiles y humanos* en todo el globo.

La privatización de los servicios públicos, la deslocalización de los trabajos, la tecnologización digital de los servicios de la economía de plataformas logísticas, la financiarización del sistema económico, todo ello y otros elementos ha empobrecido a las sociedades, al mismo tiempo que se regaba con el vino de la facilidad crediticia para las familias, la facilidad de hipotecarse para comprar una casa, o en EE.UU. con las exageradas cantidades de deuda de los estudiantes universitarios, generando la gran burbuja que terminaría por explotar con la crisis de 2008 y la gran depresión económica global.

⁴⁶³ Davies, William (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101. (pp. 129-143).

Esto ha sido siempre la doctrina económica y política de los conservadores, políticas de derechas disfrazadas con la retórica socialdemócrata de la generación de una sociedad más progresista, y una economía a la estela de las nuevas formas de innovación económica empresarial para el país. Sin embargo, como demuestra este trabajo, desde el punto de vista ideológico lo que se ha implantado es un conjunto de herramientas gubernamentales para establecer necesidades familiares y redes de apoyo familiares, para evitar que la atomización y los vínculos frágiles que la socialización neoliberal establece. Si bien, paradójicamente, el conservadurismo y el neoliberalismo han tenido que ir de la mano en todo momento.

Con las obras de Melinda Cooper⁴⁶⁴ y Corey Robin,⁴⁶⁵ he tratado de establecer los puntos comunes en los cuales enmarcar esta vinculación entre lo neoliberal y lo (neo)conservador, e incluso con las políticas de reacción, a las cuales podemos incluir el análisis de la última obra de Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo*. No hay algo así como un *neoliberalismo progresista*, insisto, en tanto en cuanto el neoliberalismo pone por encima de todo la *autonomía del individuo* y su *autogestión* de los riesgos, *eliminando toda forma de colectivización y de defensa de los derechos*; no hay una defensa de un sistema democrático verdaderamente efectivo, donde los ciudadanos establezcan las líneas maestras de las políticas de sus gobiernos representativos, donde se eliminen las barreras de la *desigualdad* y la *segregación*, donde encontremos *virtudes públicas* en los representantes institucionales y un Estado garante de los derechos civiles, no tanto de los intereses de los privilegios oligárquicos de los grandes empresarios de la nación. No hay nada de eso en el neoliberalismo, salvo la *defensa a ultranza del mercado libre competitivo y sin restricciones estatales de ningún tipo*. Esto nos ha llevado directamente, en pleno 2022, a una situación donde la especulación inmobiliaria y energética, y que empieza a tener también importancia en el sector alimenticio de primera necesidad, donde el mercado ha inflado los precios para sostener el nivel de beneficios de las empresas, aunque con ello se lleven por delante la economía de poblaciones y países enteros. El nivel de *extractivismo* económico en el que vivimos es tal, que se realiza a plena luz del día sin pudor alguno, mientras los gobiernos van a la zaga de la iniciativa

⁴⁶⁴ Cooper, Melinda (2022). *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*. Traficantes de sueños, Madrid.

⁴⁶⁵ Robin, Corey (2019). *La mente reaccionaria. El conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Capitán Swing, Madrid.

europea, la cual no se caracteriza por su inmediatez ante problemas de índole sistémica, me temo.

La otra gran rama de esta investigación es, precisamente, el *trabajo* dentro del *posfordismo neoliberal*. La *subjetivación neoliberal* ha constituido individuos bajo la forma del *capital humano financiarizado*, esto es, *recursos que son extraídos por las empresas, sobre todo privadas, pero también públicas -laboralmente hablando-, hasta que los beneficios de éstos superan los beneficios de los individuos*. Su carácter individual, en tanto que *recurso*, permite que, una vez extraído todo el posible beneficio posible de un sujeto hasta quemarlo *-burnout-*, la empresa se deshace de él.

El posfordismo neoliberal supuso el fin de un modelo rígido y garantista como era el fordismo, y su sustitución por un nuevo paradigma que trataba de vender, de cara a la sociedad, una apariencia de libertad laboral y autonomía individual. No obstante, aquello sería una trampa, o como diría Richard Sennett, *la trampa de la modernidad*.⁴⁶⁶ Sennett y Zygmunt Bauman serán dos de los sociólogos de relevancia de este capítulo y de esta investigación, a través de los cuales trabajar el cambio de mentalidad y los problemas y patologías que de ello derivarán en las subjetividades modernas. El cambio de vida, la desestructuración familiar fruto de los nuevos modos de empleo en sucursales, el fin de la carrera laboral como signo de vida y de estatus. Todo ello conforma una *crisis de identidad y de sentido* en los individuos que se instalarán en una *incertidumbre*, tanto existencial como presencial, esto es, debido a los vaivenes que los acontecimientos internacionales supondrán para la vida de las personas.

Las nuevas formas de trabajo están vinculadas con aspectos violentos y son causa de patologías mentales que, de la mano del mayor experto en teoría de las patologías mentales laborales, Christophe Dejours, gracias a su obra *Trabajo y desgaste mental* daremos cuenta de cómo los individuos han salido, en muchos casos, perdiendo en salud debido a las condiciones laborales en precariedad y a las jornadas intensivas, los ritmos cada vez más acelerados y la destrucción de puestos de empleo que conllevan a un mayor trabajo para los trabajadores empleados.⁴⁶⁷ La generación de estas dinámicas de trabajo,

⁴⁶⁶ Sennett, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.

⁴⁶⁷ Dejours, Christophe (2001). *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo*. Lumen Humanitas, Buenos Aires.

unido a la *precariedad* de los salarios, nos llevan a la producción de una patología mental conocida como el *burnout*, esto es, el cansancio tanto físico como mental, el agotamiento absoluto de los trabajadores.

En esos términos nos encontramos en lo que Byung-Chul Han llama la *sociedad del cansancio*,⁴⁶⁸ una suerte de sociedad que está vinculada con el rendimiento constante de su capital accionario, que se debe movilizar para cualquier ámbito de la vida, ya sea en la compra de un coche o en el estudio de un máster o un simple cursillo de alfarería. Todo capital -humano, social, material, simbólico- debe circular y generar rendimientos, rendimientos siempre ajenos a los propios individuos. En la sociedad del progreso contemporánea, el *crecimiento constante* no se produce en el ámbito de la vida de las personas cotidianas y normales, sino de la oligarquía empresarial y las élites económicas.

Por eso mismo surgen las narrativas que producen subjetividad conforme a la ideología neoliberal: la *meritocracia*, el *management*, la *psicología positiva*, el movimiento de la *acción individual*, que se mueve entre el inconformismo de la búsqueda del éxito y del conservadurismo más *naif* del “forma una familia” y “establece vínculos emocionales positivos”, “destapa la felicidad”, porque -si se nos permite recordar el célebre eslogan publicitario- “cuando haces pop ya no hay stop”. Y, ciertamente, el sistema económico neoliberal necesita que no haya *stop*, que los individuos estén siempre en movimiento, por eso de la sociedad del cansancio se pasa a la sociedad dopada, como explica Jonathan Crary⁴⁶⁹ o Alejandra de la Fuente⁴⁷⁰ en el mundo laboral español, y hemos visto en este trabajo, la necesidad de mantenerse despierto y activo productivamente requiere de la utilización de estupefacientes para poder mantener el ritmo. La necesidad de recurrir a narrativas psicologicistas como la del *pensamiento positivo* forma parte del mismo *placebo anestésico*: *generar una mentalidad dócil con el sistema económico y laboral, individualizado, y que autogestione sus emociones y su estrés, sin necesidad de parar ni de una mayor seguridad material o de servicios públicos de calidad. El individuo neoliberal todo se lo da a sí mismo, mientras que al mismo tiempo no tiene nada.*

Por todo ello, explico y justifico que es necesaria una acción política que conteste al discurso neoliberal y despliegue ya no sólo *políticas progresistas* auténticas, efectivas

⁴⁶⁸ Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder, Barcelona.

⁴⁶⁹ Crary, Jonathan (2015). *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*. Ariel, Barcelona.

⁴⁷⁰ De la Fuente, Alejandra (2021) *La España precaria*. AKAL, Madrid.

en el ámbito vital y *material* de las personas que, desde 2008 y más allá de este fatídico año, han entrado en el umbral de la vulnerabilidad económica.

Ante una perspectiva desdibujada, donde el progreso económico no va de la mano con una mejora de las condiciones de existencia de los individuos, la sociedad ha asimilado los sesgos reaccionarios de la tradición neoliberal, y *se está poniendo en duda la viabilidad de las democracias occidentales*, que han entrado en una *profunda crisis*, tanto interna, por la acción propia de los políticos, como externa, con injerencias antidemocráticas de otras instituciones, como los mercados y las élites económicas, que ponen en duda las recetas económicas que exigen mayores tributaciones a los que más tienen para acabar con la desigualdad.

Entendemos y concluimos con los autores y obras del igualitarismo, como César Rendueles, la necesidad de dar respuesta al neoliberalismo con políticas de índole *igualitarista* que pongan en práctica mecanismos para *disminuir la desigualdad social*, y adquirir una base *material* que permita *cubrir las necesidades individuales* para poder garantizarse, así, una *verdadera libertad de acción*. *No puede ser libre quien es esclavo de la necesidad*.

Es necesario, así, poner el foco en un sistema democrático que, a través de un *Estado fuerte* que no permita injerencias de las élites económicas de los países, y que, al mismo tiempo, esté controlado democráticamente y participado por la sociedad civil.

Este sólo puede ser un sistema de *democracia radical, de corte republicano*. Una democracia que sea, tal y como expresa y defiende el teórico del derecho Luigi Ferrajoli, garante de los derechos de los individuos y del ciudadano.⁴⁷¹

Se necesita, para ello, generar individuos y colectividades que defiendan la única herramienta política capaz de defender a los más vulnerables y garantizar los derechos humanos y del ciudadano: la *democracia*. Ello requiere *desplegar toda una serie de tecnologías de creación de subjetividades democráticas*, como el descrito por José Luis Moreno Pestaña en torno al círculo virtuoso, donde la participación en los asuntos democráticos por parte de la ciudadanía genere *normas morales de actuación conforme a virtudes públicas y cívicas*, y una necesidad de sentirse parte del sistema democrático. Esta participación de los ciudadanos generará, sí, un *círculo de virtud*, pero también

⁴⁷¹ Ferrajoli, Luigi (2004). *Derechos y garantías. La ley del más débil*. Trotta, Madrid.

debería generar una necesidad de la población en general de defender la democracia así constituida.⁴⁷²

Al mismo tiempo, las democracias efectivas, radicales, deberían desplegar todo un programa igualitarista que elimine los elementos de desigualdad y segregación, como los urbanísticos que hemos investigado a través de la obra del politólogo Jorge Dioni López *La España de las piscinas*.⁴⁷³ Si por algo se caracteriza el neoliberalismo es por el despliegue de un sistema *desigualitario*, en todos los formatos, donde los más ricos se *independizan* del resto de la sociedad en sus nuevas zonas urbanas, y donde se da lugar a una clase social *aspiracional* con los mismos sesgos que los ricos, buscando su parcela de independencia social respecto a aquellos que consideran de clase inferior. Por desgracia, hemos llegado a un punto donde sale más barato una vivienda en estas nuevas urbanizaciones, si bien termina siendo más cara la vida por la *falta de servicios públicos* y su alejamiento del centro de las ciudades, sucediendo que muchas personas de menor extracción social se ven alejadas precisamente hacia las periferias por necesidad económica.

Así, pues, por concluir, considero que *sólo a través de la teoría de la subjetividad, como la planteada a través del esquema de pensamiento de Michel Foucault y actualizada en diálogo con los diagnósticos sociales contemporáneos, se puede problematizar la cuestión de la revitalización de la democracia y sustituir, cuando no eliminar, la corrosiva subjetividad neoliberal que tantos problemas y sufrimientos ha generado a lo largo y ancho del globo*. Pero, como advierto en el tercer capítulo de este trabajo, el pensamiento de Foucault respecto a la democracia contiene sesgos por los cuales debe ser complementado con autores más o menos fuera de su órbita, entre los cuales se encuentra, de manera preponderante en nuestro país, José Luis Moreno Pestaña. A este último encuentro de especial interés para llevar a cabo una reflexión sobre el estado de nuestras democracias y sobre las herramientas y estrategias que las democracias del futuro deberían implementar y ensayar.

⁴⁷² Moreno Pestaña, José Luis (2021). *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político*. Akal, Madrid.

⁴⁷³ López, Jorge Dioni (2021). *La España de las piscinas. Cómo el urbanismo neoliberal ha conquistado España y transformado su mapa político*. Arpa, Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, LUIS ENRIQUE (2009). *Prácticas económicas y economía de las prácticas*. Catarata, Madrid.

ADORNO, THEODOR W. (2020). *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*. Taurus, Madrid.

ADORNO, THEODOR W. Y HORKHEIMER, MAX (2013). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Akal, Madrid.

AGAMBEN, GIORGIO (2011). “¿Qué es un dispositivo?”. *Sociológica*, año 23, número 73: 249-264.

BARRAGUÉ CALVO, BORJA (2012). “Liberalismo económico y darwinismo social. Sobre la figura de Herbert Spencer”. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*. Número 13. 47-54

BAUDRILLARD, JEAN (1978). *Cultura y simulacro*. Kairos, Argentina.

BAUMAN, ZYGMUNT (2004). *La modernidad líquida*. Fondo de cultura económico de Argentina, Buenos Aires.

BAUMAN, ZYGMUNT (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Gedisa, Barcelona.

BAUMAN, ZYGMUNT (2013). *Sobre la educación en un mundo líquido. Conversaciones con Ricardo Mazzeo*. Paidós, Barcelona.

BAUMAN, ZYGMUNT y LYON, DAVID (2013). *Vigilancia líquida*. Paidós, Barcelona.

BECK, ULRICH (2014). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós, Barcelona.

BECKER, GARY (1983). *El capital humano. Un análisis empírico referido fundamentalmente a la educación*. Alianza, Madrid.

BENTHAM, JEREMY (2014). *El panóptico*. Globus, Madrid.

BERARDI “BIFO”, FRANCO (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Traficantes de sueños, Madrid.

BOLOGNA, SERGIO (2006). *Crisis de la clase media y posfordista*. Akal, Madrid.

BOLTANSKI, LUC Y CHIAPELLO, ÈVE (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal, Madrid.

BRENNAN, JASON (2018). *Contra la democracia*. Deusto, Barcelona.

BRENNER, JOHANNA (2017) *No ha habido tal cosa como “el neoliberalismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.

BROWN, WENDY (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. MalPaso, Barcelona.

BROWN, WENDY (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Traficantes de sueños, Madrid.

CABANAS, EDGAR e ILLOUZ, EVA (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Paidós, Barcelona.

CARDOSO VARGAS, HUGO ARTURO (2006). “El origen del neoliberalismo. Tres perspectivas”. *Espacios Públicos*, vol. 9, núm. 18. 176-193

CARR, NICHOLAS (2010). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Taurus, Madrid.

CASTELLS, MANUEL (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La sociedad red*. Alianza, Madrid.

CASTELLS, MANUEL (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid.

- CASTELLS, MANUEL (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 3. Fin de milenio*. Alianza, Madrid.
- COMTE, AUGUSTE (2011). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Alianza, Madrid.
- COOPER, MELINDA (2022). *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*. Traficantes de sueños, Madrid.
- CRARY, JONATHAN (2015). *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*. Ariel, Barcelona.
- DAVIES, WILLIAM (2016). “El nuevo liberalismo”. *New Left Review* 101. (pp. 129-143).
- DAVIES, WILLIAM (2017). *La industria de la felicidad. Cómo el gobierno y las grandes empresas nos vendieron el bienestar*. MalPaso, Barcelona.
- DALRYMPLE, THEODORE (2016). *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. Alianza, Madrid.
- DE CABO DE LA VEGA, ANTONIO (2012). “La democracia y su calidad”. *Revista Derecho del Estado* n.º 28. 37-53
- DE FRANCISCO, ANDRÉS (2012). *La mirada republicana*. Catarata, Madrid.
- DE LA FUENTE, ALEJANDRA (2021) *La España precaria*. AKAL, Madrid.
- DEJOURS, CHRISTOPHE (2001). *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo*. Lumen Humanitas, Buenos Aires.
- DENEAULT, ALAIN (2019). *Mediocracia. Cuando los mediocres llegan al poder*. Turner, Madrid.
- DOMÈNECH, ANTONI (2019). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Akal, Madrid.
- DOMÈNECH, ANTONI; BERTOMEU, MARÍA JULIA; DE FRANCISCO, ANDRÉS (comps.) (2004). *Republicanism y Democracia*. Miño y Dávila, Madrid.

- DURKHEIM, ÉMILE (2009). *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. Alianza, Madrid.
- EHRENBERG, ALAIN (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- EHRENREICH, BARBARA (2011). *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*. Turner, Madrid.
- ENGELS, FREDERICH (1965). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Progreso, Moscú.
- EUBANKS, VIRGINIA (2021). *La automatización de la desigualdad. Herramientas de tecnología avanzada para supervisar y castigar a los pobres*. Capitán Swing, Madrid.
- FERRAJOLI, LUIGI (2004). *Derechos y garantías. La ley del más débil*. Trotta, Madrid.
- FERRY, LUC (2017). *La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Alianza, Madrid.
- FOUCAULT, MICHEL (1978). *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- FOUCAULT, MICHEL (1991). *El sujeto y el poder*. Carpe Diem, Bogotá.
- FOUCAULT, MICHEL (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras Esenciales. Volumen 3*. Paidós, Barcelona.
- FOUCAULT, MICHEL (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Fondo de cultura económica, México D.F.
- FOUCAULT, MICHEL (2006). *Seguridad, territorio y población*. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- FOUCAULT, MICHEL (2007). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, Madrid.
- FOUCAULT, MICHEL (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. AKAL, Madrid.

- FOUCAULT, MICHEL (2012b). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Ediciones siglo XXI, Madrid.
- FOUCAULT, MICHEL (2016). *Tecnologías del yo y otros textos* Paidós, Barcelona.
- FORTI, STEVEN (2022). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI, Madrid.
- FRASER, NANCY (2017). *El fin del neoliberalismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.
- FRASER, NANCY (2017). *Contra el neoliberalismo progresista, un nuevo populismo progresista*. Visto en sinpermiso.info.
- FREUD, SIGMUND (1987). *Psicología de las masas*. Alianza, Madrid.
- FREUD, SIGMUND (1997). *El malestar en la cultura*. Alianza, Madrid.
- FRIEDMAN, MILTON (2022). *Capitalismo y libertad*. Deusto, Barcelona.
- FROMM, ERICH (1980). *El miedo a la libertad*. Paidós, Barcelona.
- GAGO, VERÓNICA (2015). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Traficantes de sueños, Madrid.
- GARCÍA LÓPEZ, JORGE, ET AL. coord (2005). *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis del trabajo*. Traficantes de sueños, Madrid.
- GERGEN, KENNETH (2006). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós, Barcelona.
- GOFFMAN, ERVING (2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GOFFMAN, ERVING (2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GRAEBER, DAVID (2018). *Trabajos de mierda. Una teoría*. Ariel, Barcelona.
- GRAEBER, DAVID (2021). *El Estado contra la democracia. Errata naturae*, Madrid.

- HABERMAS, JÜRGEN (1992). *Ciencia y técnica como “ideología”*. Tecnos, Madrid.
- HAN, BYUNG-CHUL (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder, Barcelona.
- HAN, BYUNG-CHUL (2014). *En el enjambre*. Herder, Barcelona.
- HAN, BYUNG-CHUL (2015). *Psicopolítica*. Herder, Barcelona.
- HAN, BYUNG-CHUL (2016a). *La sociedad de la transparencia*. Herder, Barcelona.
- HAN, BYUNG-CHUL (2016b). *Sobre el poder*. Herder, Barcelona.
- HAN, BYUNG-CHUL (2018). *El aroma del tiempo*. Herder, Barcelona.
- HARVEY, DAVID (2009). *Breve historia del neoliberalismo*. AKAL, Madrid.
- HAYEK, FRIEDRICH (2005). *Camino de servidumbre*. Alianza, Madrid.
- HAYEK, FRIEDRICH (2022). *Los fundamentos de la libertad: antología*. Alianza, Madrid.
- HERNÁNDEZ, ESTEBAN (2017). *Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI*. Clave Intelectual, Madrid.
- HORKHEIMER, MAX (1973a). *Crítica de la razón instrumental*. Sur, Buenos Aires.
- HORKHEIMER, MAX (1973b). *Teoría crítica*. Edit. Barral, Barcelona.
- JAPPE, ANSELM; KURZ, ROBERT y CLAUS, ORTLIEB (2014). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Pepitas de Calabaza, Madrid.
- KEEN, STEVE (2015). *La economía desenmascarada*. Capitán Swing, Madrid.
- KELLERMAN, ARNE (2013). “El empleado doblemente libre: el individuo extenuado después de su hundimiento”. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* Vol. 5. Teoría crítica de la subjetividad: 103-131.
- KLINENBERG, ERIC (2021). *Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria*. Capitán Swing, Madrid.
- LANCEROS, PATXI (1996). *Avatares del hombre. El pensamiento de Michel Foucault*. Deusto, Bilbao.

- LAVAL, CHRISTIAN (2020) *Foucault, Bourdieu y la cuestión neoliberal*. Gedisa, Barcelona.
- LAVAL, CHRISTIAN y DARDOT, PIERRE (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa, Barcelona.
- LAZZARATO, MAURIZIO (2013). *La fábrica del hombre endeudado Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu, Buenos Aires.
- LEVITSKI, STEVEN Y ZIBLATT, DANIEL (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel, Barcelona.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, PABLO (2006). “La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política”. *La guerra*. Pre-Textos, Valencia: 161-183.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, PABLO (2010). “Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault”. *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*. CSIC/La Catarata, Madrid: 39-61.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, PABLO (2015) “Sigue cierta algarabía. Foucault, el neoliberalismo y nosotros”. *La actualidad de Michel Foucault*. Escolar y mayo, Madrid.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, PABLO (2019). “Lo imposible y lo inevitable. Aspectos del neoliberalismo”. *¡Autonomía! ¡Autonomización!*
- LÓPEZ ÁLVAREZ, PABLO (2021). “El último umbral. Foucault y el neoliberalismo”. *Ir a clase con Foucault*. Siglo XXI, Madrid.
- LÓPEZ, JORGE DIONI (2021). *La España de las piscinas. Cómo el urbanismo neoliberal ha conquistado España y transformado su mapa político*. Arpa, Barcelona.
- MAISO, JORDI (2012). “Ante la descomposición del capitalismo. Sobre *Crédito a muerte* de Anselm Jappe”. Seminario Internacional *¿Teoría Crítica del capitalismo?*

- MAISO, JORDI (2013). “La subjetividad dañada. Teoría Crítica y psicoanálisis”. Instituto de filosofía, CISC: 132-150.
- MAISO, JORDI Y MAURA, EDUARDO (2014). “Crítica de la economía política. Más allá del marxismo tradicional. Postone y Kurz”. ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política N.º 50: 269-284.
- MARCUSE, HERBERT (1968). *El hombre unidimensional*. Editorial Joaquín Mortiz, México.
- MARCUSE, HERBERT (2011). *Entre hermenéutica y teoría crítica*. Herder, Barcelona.
- MARCUSE, HERBERT (2016). *Eros y civilización*. Ariel, Barcelona.
- Martínez Romero, Rubén - Democracia como igualdad en el poder
- MARX, KARL (2008). *El capital*. Siglo XXI, Madrid.
- MARX, KARL (2013). *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza, Madrid.
- MARX, KARL (2018). *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza, Madrid.
- MARX, KARL Y ENGELS, FREDERICH (1970). *La ideología alemana*. Grijalbo, Barcelona.
- MIROWSKI, PHILIP (2013). *Never let a serious crisis go to waste: how neoliberalism survived the financial meltdown*. Londres/Nueva York, Verso.
- MONTALVO, MANUEL (1978). *Fascismo y crisis capitalista*. Zero, Madrid.
- MORENO PESTAÑA, JOSÉ LUIS (2019). *Retorno a Atenas. La democracia como principio antiologárquico*. Siglo XXI, Madrid.
- MORENO PESTAÑA, JOSÉ LUIS (2021). *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político*. Akal, Madrid.
- MORUNO, JORGE (2018). *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*. Akal, Madrid.
- MUÑOZ, JACOBO (1978). *Lecturas de filosofía contemporánea*. Materiales, Barcelona.

- MUÑOZ, JACOBO (ED.) (2014). *Los valores del republicanismo. Ante la crisis de la representación política*. Siglo XXI, Madrid.
- PARISER, ELI (2017). *El filtro burbuja. Cómo la web decide lo que leemos y lo que pensamos*. Taurus, Barcelona.
- PECK, JAMIE (2010). *Constructions of Neoliberal Reason*. Oxford University Press.
- PEÑA, JAVIER (2003). “Ciudadanía republicana y cosmopolitismo”. *Daimon. Revista de filosofía* nº29: 17-33.
- PEÑA, JAVIER (2011). “La república moderna ante la democracia: gobierno de las leyes y soberanía popular”. *Res publica*: 59-82.
- POSTMAN, NEIL (2001). *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era del “show business”*. Ediciones de la tempestad, Madrid.
- POSTONE, MOISHE (2006) *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Marcial Pons, Barcelona.
- RAND, AYN (2008). *La virtud del egoísmo*. Grito Sagrado, Buenos Aires.
- RAVENTÓS, DANIEL (2021). *La renta básica, ¿por qué y para qué?*. Catarata, Madrid.
- REICH, WILHELM (1973). *La psicología de masas del fascismo*. Roca, México D.F.
- RENDUELES, CÉSAR (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Capitán Swing, Madrid.
- RENDUELES, CÉSAR (2020). *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*. Seix Barral, Barcelona.
- RIFKIN, JEREMY (2014). *La sociedad de coste marginal cero. El internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo*. Paidós, Barcelona.
- ROBIN, COREY (2019). *La mente reaccionaria. El conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Capitán Swing, Madrid.

- ROSA, HARTMUT (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz, Madrid.
- SENNET, RICHARD (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.
- SLOBODIAN, QUINN (2021). *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing, Madrid.
- SMITH, ADAM (2013). *La riqueza de las naciones*. Alianza, Madrid.
- SOLA, JORGE (2009). “Las semillas de la democracia”. *Revista latinoamericana de estudios educativos*. Vol. 39. 39-64
- SPENCER, HERBERT (1976). *El individuo contra el Estado*. Doncel, Madrid.
- STREECK, WOLFGANG (2011). “La crisis del capitalismo democrático”. *New Left Review* número 71. 5-26
- STUART MILL, JOHN (2013). *Sobre la libertad*. Alianza, Madrid.
- TODOROV, TZVETAN (2016). *Los enemigos íntimos de la democracia*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- TIRADO, ARANTXA (2021). *El lawfare: Golpes de Estado en nombre de la ley*. Akal, Madrid.
- TURIEL, ANTONIO (2020). *Petrocalipsis. Crisis energética global y cómo (no) la solucionaremos*. Alfabeto, Barcelona.
- VALLÍN, PEDRO (2021). *C3PO en la corte del rey Felipe. La guerra del Estado Profundo español contra la democracia liberal*. Arpa, Barcelona.
- VÁZQUEZ GARCÍA, FRANCISCO (2005). “Empresarios de nosotros mismos. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal”. *La administración de la vida: estudios biopolíticos*: 73- 103.

VERGARA ESTÉVEZ, JORGE (2001). “La utopía neoliberal y sus críticos”. Versión ampliada y revisada de una conferencia ofrecida en el Departamento de Filosofía de la Universidad de París 8.

WEBER, MAX (2012). *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*. Alianza, Madrid.

WEBER, MAX (2012). *El político y el científico*. Alianza, Madrid.

WEBER, MAX (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

WILKINSON, RICHARD y PICKETT, KATE (2019). *Igualdad. Cómo las sociedades más igualitarias mejoran el bienestar colectivo*. Capitán Swing, Madrid.

ZAMORA, DANIEL y BEHRENT, MICHAEL C. (comps.) (2017). *Foucault y el neoliberalismo*. Buenos Aires, Amorrortu.

ZAFRA, REMEDIOS (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Anagrama, Barcelona.

ZWEIG, STEFAN (2011) *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. Acantilado, Madrid.